Los Estados Unidos Desde 1816 Hasta La Guerra Civil

Colección Historia Universal

1. EL COMIENZO DE LA DIVISIÓN.

Unionismo contra derechos de los Estados.

En 1816, los Estados Unidos celebraron el cuadragésimo aniversario de su Declaración de la Independencia. En esos cuarenta años habían arrancado esa independencia de Gran Bretaña por la fuerza de las armas, y luego elaboraron una Constitución que establecía una compleja forma federal de gobierno por la cual los Estados particulares cedían suficiente a fin de formar un gobierno central bastante fuerte como para llevar el control de la nación.

Pero la naturaleza exacta del federalismo así establecido seguía en disputa. ¿Cuánto poder, exactamente, habían cedido los Estados? ¿Cuánto poder, exactamente, había obtenido el gobierno federal? En caso de discrepancia sobre si un determinado poder correspondía al Estado particular o al gobierno federal, ¿quién habría de decidir?

Sin duda, existe una Constitución escrita en forma clara, pero sus palabras pueden ser matizadas e interpretadas en un sentido u otro. Algunos podían sostener que los Estados eran la autoridad última y que los derechos básicos eran esencialmente los suyos, mientras que la Unión Federal de los Estados sólo poseía aquellos derechos que la Constitución le otorgaba específicamente. De quienes defendían esta opinión puede decirse que se pronunciaban por los «derechos de los Estados».

Por otro lado estaban aquellos que sostenían que, si la Unión Federal "había recibido ciertos derechos, era natural suponer que también había recibido implícitamente poderes que permitían poner en práctica esos derechos. Pensaban que la Unión tenía todos los derechos posibles excepto los que la Constitución le prohibía y reservaba a los Estados. Podemos llamar «unionistas» a tales personas.

En aquellos tempranos años posteriores a la adopción de la Constitución se formaron dos partidos. Uno de ellos era el Partido Federalista, el cual, como indica su nombre, creía en una Unión Federal poderosa y era de filosofía unionista. El otro era el Partido Demócrata Republicano, que defendía los derechos de los Estados.

Durante doce años los federalistas estuvieron en el gobierno, bajo los presidentes Washington y Adams, y el rumbo de la nación fue puesto en la dirección de una centralización creciente y una unión cada vez más fuerte. Siguieron dieciséis años de gobierno demócrata republicano, bajo los presidentes Jefferson y Madison, pero aunque los Estados Unidos adquirieron un espíritu más democrático en esos años, las realizaciones del federalismo no fueron anuladas.

Bajo los primeros cuatro presidentes, Estados Unidos pasó por un difícil período de revoluciones y guerras en Europa, y luego sobrevivió a una segunda guerra contra Gran Bretaña, la guerra de 1812, en la que Estados Unidos no obtuvo ninguna victoria clara, pero tampoco sufrió ninguna derrota clara*.

Y ahora, en 1816, la lucha parecía haber terminado. Europa estaba en paz, y lo mismo Estados Unidos. Un bien acogido velo de paz hasta parecía haber caído sobre la lucha partidista interna. El Partido Federalista había sido mortalmente herido durante la Guerra de 1812 porque parecía haber abrigado intenciones traidoras, y después de terminada la guerra eran cada vez menos los que se declaraban federalistas. Al parecer, la nación se estaba volviendo totalmente demócrata republicana.

Pero esto no significaba que todo el mundo estuviera de acuerdo en todo. Todos podían decirse demócratas republicanos, pero algunas personas aún deseaban una Unión fuerte y otras defendían los derechos de los Estados. Extrañamente, aunque fue el partido defensor de los derechos de los Estados el que ganó y sobrevivió, el ala unionista del partido, en los días que siguieron a la guerra, era el más fuerte.

Por ejemplo, estaba en pie la cuestión de la existencia de un banco nacional. En 1791 se había creado un banco de los Estados Unidos a sugerencia de Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro y el más brillante de los federalistas. Los demócratas republicanos lo contemplaron con alarma, pues lo consideraban como un medio por el cual los inversores extranjeros, en combinación con los representantes de los intereses comerciales del Noreste, podían tiranizar al resto de la nación

En 1811, pues, cuando expiró el plazo de veinte años fijado al banco, los demócratas republicanos, entonces en completo dominio del gobierno, no lo renovaron, y el Banco de los Estados Unidos dejó de existir.

Pero su inexistencia debilitó la estructura financiera de Estados Unidos e hizo considerablemente más difícil para la nación llevar adelante eficientemente la Guerra de 1812. Después de la guerra, pues, el ala unionista del Partido Demócrata Republicano decidió tratar de corregir lo que pensaban que había sido un error.

En el último año de la guerra, el presidente Madison, preocupado por la creciente desorganización de las finanzas americanas y la práctica bancarrota del Tesoro, nombró a Alexan-der James Dallas (nacido en la isla de Jamaica el 21 de junio de 1759, de padres escoceses) secretario del Tesoro. Dallas inmediatamente persuadió al Congreso a que votase mayores impuestos, restableció el Tesoro y recomendó la resurrección del Banco de los Estados Unidos.

Los esfuerzos para crear tal banco empezaron de inmediato en el Congreso, y la lucha fue conducida por un brillante joven miembro del Congreso, John Caldwell Calhoun (nacido en Abbeville, Carolina del Sur, el 18 de marzo de 1782). Se había casado por interés, y en 1811 fue elegido miembro de la Cámara de Representantes. Aquí, inmediatamente se destacó como uno de los principales «halcones de la guerra», los deseosos de la guerra con Gran Bretaña.

También entre los halcones de la guerra estaba Henry Clay, de Kentucky (nacido en el condado de Hanover, Virginia, el 12 de abril de 1777). Clay había estado activo en la política de Kentucky desde la época en que había viajado por primera vez al oeste, a este Estado, a la edad de veintitrés años, y había estado en el Senado en dos ocasiones. En 1811 renunció a su escaño en el Senado a fin de presentarse para las elecciones a la Cámara de Representantes (por entonces considerada la rama más prestigiosa del Congreso).

Así como Calhoun y Clay habían trabajado para provocar la Guerra de 1812, así también ahora, después de la guerra, actuaron juntos en el ala unionista del Partido para crear un segundo Banco de los Estados Unidos. Calhoun presentó el proyecto de ley para crear el banco y Clay trabajó para hacerlo aprobar.

Entre los que se oponían al proyecto se contaba Daniel Webster (nacido en Salisbury, New Hampshire, el 18 de enero de 1782), quien había entrado en la Cámara de Representantes en 1813. Nueva Inglaterra había sido desafecta al resto de la Unión durante la Guerra de 1812, y los restos de este descontento dejaron en Webster algunos persistentes rastros de sentimientos favorables a los derechos de los Estados.

El 10 de abril de 1816 el proyecto fue aprobado y se creó el segundo Banco de los Estados Unidos con una carta que mantendría su validez por veinte años. Un quinto de su capital de 35 millones de dólares fue proporcionado por el gobierno y un quinto de sus directores fueron designados también por éste. El resto se hallaba en manos privadas. Como el primer banco, el segundo también tuvo su sede central en Filadelfia. Las operaciones comenzaron el 1 de enero de 1817.

Los defensores de los derechos de los Estados no estaban totalmente derrotados. Los Estados podían emprender acciones. En Maryland, por ejemplo, se aprobaron leyes que ponían duros impuestos a la rama del banco que se había establecido en Baltimore.

El banco se negó a cumplir con esas leyes sobre la base de que eran inconstitucionales, y en 1819 la disputa llegó al Tribunal Supremo.
El presidente del organismo era John Marshall (nacido en Germantown, Virginia, el 24 de septiembre de 1755). Había sido nombrado en el cargo por el presidente John Adams en 1801 y era un declarado y obstinado federalista. Aunque el Partido Federalista había desaparecido y los federalistas estaban todos muertos o retirados o se habían convertido, Marshall estaba vivo y activo, y era tan federalista como siempre.
El caso llegó al Tribunal Supremo como la causa «McCullough contra Maryland», pues James McCullough era el cajero de la rama de Baltimore que se había negado a obedecer la ley de Maryland.
A la sazón, Daniel Welzster se había hecho unionista en grado suficiente como para ser uno de los abogados defensores del banco. El Tribunal Supremo oyó los argumentos, y entonces Marshall anunció una de las decisiones judiciales más importantes de la historia americana.

Adoptó la posición unionista de los poderes implícitos. El gobierno federal tenía poder para crear un banco, dijo, aunque la Constitución no lo dijera específicamente, porque para gobernar con eficiencia debía disponer de tal poder si lo juzgaba necesario, y la Constitución no decía específicamente que no podía hacerlo.
Además, puesto que el gobierno federal podía crear el banco, esto significaba que ningún Estado podía destruirlo, lo cual, a su vez, significaba que ningún Estado podía ponerle impuestos, pues, decía Marshall, «el poder de poner impuestos es el poder de destruir». Yendo aún más lejos, Marshall sostenía que el gobierno federal no era responsable ante los Estados, sino directamente ante el pueblo.
Mientras el banco estaba destinado a fortalecer internamente la economía americana, otra medida tomada aproximadamente por la misma época apuntaba a la situación externa. La intención era limitar la dependencia americana de productos manufacturados en el exterior a fin de estimular la industrialización doméstica. Esto podía lograrse mediante un arancel, o impuesto sobre los artículos importados.
Los aranceles estaban, claramente, dentro de los poderes constitucionales de la Unión Federal, pero el propósito original de tal impuesto sobre las importaciones era solamente el de elevar los ingresos. Por ello, los aranceles eran generalmente tan pequeños como fuera posible, ya que si eran demasiado elevados podían interrumpir totalmente el comercio y las rentas disminuían.
Pero ahora el propósito era limitar el comercio. Si los aranceles eran tan elevados que los productos importados se volvían demasiado caros para que los comprasen los americanos, éstos se verían obligados a comprar productos de fabricación interna, aunque no fuesen de tan buena calidad. Entonces, puesto que las fábricas americanas quedarían inundadas de pedidos, prosperarían, se expandirían, mejorarían la calidad de sus productos y todos los americanos estarían mejor.
Puesto que tales aranceles estaban destinados a proteger a los manufactureros americanos de productos como el cuero, el papel, los sombreros, los textiles, etc., de la competencia por parte de sus equivalentes más adelantados del exterior, fue llamado un «arancel protector». Nuevamente, Calhoun y Clay estuvieron vigorosamente a favor de él, y el Arancel de 1816, la primera tarifa proteccionista de la historia de la nación, se convirtió en ley el 27 de abril. Fue otra victoria unionista.
Clay y Calhoun actuaron también en otra dirección La Guerra de 1812 había demostrado que la nación tenía serias dificultades para desplazar sus ejércitos a través de su enorme y subdesarrollado territorio. Y lo que era dificultoso para los fines de la guerra también lo era

para el comercio; la falta de caminos en las regiones solitarias limitaban la prosperidad y también obstaculizaban la acción de un gobierno federal eficiente.
Clay, por ello, propuso lo que llamó el «sistema americano» (con referencia a toda la nación, y no ya a uno u otro Estado). Propuso «mejoras internas», un sistema completo de caminos, puentes y canales por el que las personas y los bienes pudieran trasladarse de una parte del país a otra. Esto no podían hacerlo los Estados separadamente, puesto que habría sido casi imposible asegurarse la cooperación de todos, y algunos Estados eran menos ricos que otros. Tenía que hacerlo el gobierno federal.
Calhoun trató de hacer aprobar un proyecto de ley por el cual se recaudaría dinero para este fin, dinero que debía ser administrado por el Banco de los Estados Unidos. El proyecto fue aprobado por el Congreso, pero el presidente Madison era esencialmente un defensor de los derechos de los Estados y lo vetó, pues pensó que el gobierno federal adquiriría un poder injustificado si el proyecto se convertía en ley.
Aunque el sentimiento unionista era fuerte después de la Guerra de 1812 y aunque la decisión de Marshall en la causa «McCullough contra Maryland» sentó las condiciones para un gobierno federal fuerte, el bando defensor de los derechos de los Estados no estaba totalmente derrotado. Tenía sus partidarios y, como en el caso del veto de Madison, sus victorias. De hecho, en los cuarenta años siguientes, el enfrentamiento entre el unionismo y los adeptos del derecho de los Estados se haría cada vez mayor y con el tiempo llegaría casi a destruir la nación.
El curso de este enfrentamiento, y el modo en que los Estados Unidos apenas lograron sobrevivir a la crisis que provocó, constituye el tema de este libro.

Continúa la dinastía de Virginia.

El año 1816 no fue solamente el año de la creación del Banco y del arancel proteccionista. Fue también un año de elecciones. James Madison, cuarto presidente de los Estados Unidos, estaba en el último año de un segundo mandato.
Era un virginiano, nacido en el Estado que había sido la colonia más antigua, la más populosa y, a sus propios ojos, con mucho la más importante. De hecho, de los primeros cuatro presidentes de Estados Unidos, tres (Washington, Jefferson y Madison) habían sido virginianos y cada uno había tenido dos mandatos. La única interrupción se había producido con la presidencia de un solo mandato de John Adams, de Massachusetts.
Madison favoreció la permanencia de la «Dinastía de Virginia» y apoyó a James Monroe (nacido en el Condado de Westmoreland, Virginia, el 28 de abril de 1758), que había combatido en la Guerra Revolucionaria y había sido herido en la batalla de Trenton, íntimo amigo de Thomas Jefferson, Monroe era un firme defensor de los derechos de los Estados. Había figurado entre los que negociaron la compra de Luisiana bajo Jefferson, y finalmente fue nombrado secretario de Estado bajo Madison, en 1811, cargo en el que permaneció hasta el final del gobierno de Madison.
Cuando los miembros demócratas republicanos del Congreso se reunieron para elegir un candidato, no todos estaban contentos con Monroe, quien en el momento en que representó a la nación en Francia y otras partes ocasionalmente fue más allá de sus poderes de un modo precipitado. Los miembros más jóvenes querían elegir a William Harris Crawford. También éste era un virginiano de nacimiento (Condado de Amherst, 24 de febrero de 1772). Pero su familia se había trasladado a Georgia y en 1807 había sido elegido senador por este Estado. En 1815 entró en el gabinete de Madison, primero como secretario de Guerra y luego como secretario del Tesoro.
Pese al apoyo presidencial a Monroe, y pese al hecho de que Crawford no hizo campaña electoral, Crawford obtuvo 54 votos, frente a 65 de Monroe. La prueba de que la

popularidad de éste no era abrumadora no alteró el hecho de que Monroe era el candidato demócrata republicano en un año en el que el candidato de este partido no podía perder. Para equilibrar la candidatura (es decir, para tener dos candidatos de diferentes partes de la nación) se eligió como candidato a la vicepresidencia al gobernador de Nueva York, Daniel D. Tompkins (nacido en Scarsdale el 21 de junio de 1774).

Los federalistas que quedaban en el Congreso eligieron como candidato presidencial al neoyorquino Rufus King (que se había presentado sin éxito como candidato a vicepresidente en 1804 y 1808). Como vicepresidente eligieron a John Eager Howard (nacido en Baltimore, Maryland, el 4 de junio de 1752), veterano de la Guerra Revolucionaria, en la que fue herido, y que había servido a su Estado como gobernador y senador.

Hablando en términos estrictos, no hubo lucha. Los federalistas sólo podían ganar en Massachusetts y Connecticut.

Todos los demás Estados votaron a los demócratas republicanos. Monroe recibió 183 votos electorales contra 34 de King, y la «Dinastía de Virginia» continuó.

En el Decimoquinto Congreso, que fue elegido al mismo tiempo, en el Senado los escaños demócratas republicanos sumaban 34, contra 10 de sus oponentes, mientras que las cifras en la Cámara de Representantes eran de 141 a 42.

También continuó el crecimiento de la nación. El 11 de diciembre de 1816 Indiana entró en la Unión como el Estado decimonoveno. Como territorio, había recibido su nombre antes de la época de la compra de Luisiana, cuando era la sede de las tribus indias mejor organizadas que quedaban en suelo americano.

En los tres años siguientes, otros tres Estados se añadieron a la lista. Mississippi, sobre las orillas orientales de los tramos inferiores del río de igual nombre, ingresó como el vigésimo Estado el 10 de diciembre de 1817; Illinois, como Estado vigésimo primero, el 3 de diciembre de 1818, y Alabama, como Estado vigésimo segundo, el 14 de diciembre de 1819. «Illinois» y «Alabama» son versiones de los nombres dados a estas regiones por las tribus indias.

El continuo incremento de los Estados hizo que fuese necesario modificar la bandera americana. Estaba difundido el sentimiento de que el número de bandas y estrellas debía reflejar el número de Estados; así, el dibujo original de trece franjas y trece estrellas fue aumentado a quince después de la admisión de Vermont y Kentucky.

Pero era claro que no se podía aumentar más el número de franjas. Si se introducían once franjas rojas y once franjas blancas para reflejar la situación existente a fines de 1819, a distancia la bandera se vería como una mancha uniforme de color rosa. Por ello, el 4 de abril de 1818 se decidió fijar el número de franjas en trece (siete rojas y seis blancas) y aumentar solamente el número de estrellas, a medida que aumentase el número de Estados. Desde entonces, Estados Unidos ha adherido a esta regla.

El censo de 1820 reveló que la población de Estados Unidos era de 9.638.453 personas, un incremento de dos veces y media sobre la cifra del primer censo, en 1790, sólo tres décadas antes. Nueva York y Filadelfia tenían ahora poblaciones que superaban las cien mil personas.

Los barcos de vapor comenzaron a navegar por el río Mississippi y los Grandes Lagos. El primer barco de vapor que cruzó el Atlántico fue un americano, el Savannah, que hizo el viaje en 1819.

Aunque el gobierno federal no podía financiar las mejoras internas, varios de los Estados lo hicieron. Nueva York, en particular, empezó a construir un canal del lago Erie al río Hudson, de modo que se extendiera una vía acuática continua a todo lo largo de los Grandes Lagos y hasta el océano Atlántico. (En aquellos días, era mucho más fácil y rápido transportar materiales por agua que por tierra.)

También la nación pudo ajustar sus fronteras con razonable éxito.

Cuando Monroe ocupó la presidencia, Estados Unidos tenía dos vecinos extranjeros: Gran Bretaña, que dominaba Canadá al norte, y España, que dominaba La Florida y México al sur. Podía parecer que Gran Bretaña sería la más inquietante, ya que era la más fuerte de las dos potencias y acababa de finalizar una guerra con ella. En verdad, después de la guerra, parecía que comenzaría una carrera en la que Estados Unidos y Gran Bretaña tratarían cada uno de superar al otro en la militarización de los Grandes Lagos y el lago Champlain. La perspectiva parecía ser la de una frontera intensamente fortificada, sumamente costosa para ambas naciones, y que seguía el origen de frecuentes incidentes militares y amenazas de guerra.

Afortunadamente, ni Estados Unidos ni Gran Bretaña deseaban estos riesgos, y que ello no ocurriera se debió en gran medida a John Quincy Adams (nacido en Braintree, Massachusetts, el 11 de julio de 1767), por aquel entonces embajador americano en Gran Bretaña.

John Quincy Adams era el hijo mayor de John Adams, el segundo presidente de Estados Unidos. A los ocho años, el pequeño Adams había contemplado la batalla de Bunker Hill, y, en 1781, cuando sólo tenía catorce años, hizo su primer viaje a Europa. Posteriormente fue embajador en los Países Bajos durante la presidencia de Washington, y embajador en Prusia durante la de su padre.

En un comienzo había sido federalista, pero se pasó al bando demócrata republicano bastante antes de la Guerra de 1812, de modo que no compartió la fortuna declinante del Partido Federalista. Fue embajador en Rusia bajo Madison y luego contribuyó a negociar el Tratado de Gante, que puso fin a la Guerra de 1812. Más tarde fue nombrado embajador en Londres.

Sin duda el diplomático más capaz del país por entonces, y uno de los más capaces de la historia de la nación, Adams promocionó la idea del desarme en los Grandes Lagos. A principios de 1816 logró persuadir al gobierno británico a que aceptase este principio. Las negociaciones sobre esta cuestión continuaron en Washington, D. C., cuando Monroe subió a la presidencia.

El secretario de Estado de Monroe era Richard Rush (nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 29 de agosto de 1780), quien había sido ministro de Justicia bajo Madison. Trató con Charles Bagot, el embajador británico en los Estados Unidos. Juntos, elaboraron el Tratado Rush-Bagot, que fue aprobado por el Senado el 16 de abril de 1818.

Todo lo que hizo el Tratado Rush-Bagot fue limitar los barcos de guerra que cada nación mantendría en los Grandes Lagos, permitiendo sólo un pequeño número de ellos para funciones policiales y aduaneras. No se dijo nada acerca de la frontera terrestre, y ambas partes podían dar fin al Tratado con seis meses de aviso. Si hubiera habido una continua enemistad entre las dos potencias, el Tratado no habría servido de nada.

Pero ambas partes se beneficiaron tan claramente con el desarme que todos los cambios posteriores se hicieron siempre en el sentido de reducir aún más las fuerzas. El límite entre los Estados Unidos y Canadá llegó a convertirse en la más larga frontera no fortificada del mundo y siguió siendo un permanente ejemplo de cómo las naciones podían vivir en paz, aunque pudiesen surgir disputas entre ellas.

Y hubo disputas. No había ningún límite definido entre Estados Unidos y los dominios británicos al oeste del lago de los Bosques. El lago de los Bosques, situado a unos 400 kilómetros al oeste del lago Superior, señalaba el extremo noroeste de los Estados Unidos de acuerdo con el Tratado de París de 1783, que había puesto fin a la Guerra Revolucionaria. Excepto en lo concerniente a la frontera septentrional de Maine, que era aún incierta, el límite entre Estados Unidos y el Canadá Británico había sido fijado por el Tratado.

Pero en 1803 Estados Unidos había comprado el territorio de Luisiana a Francia y nadie sabía cuáles eran los límites septentrionales de este territorio. La región nunca había sido explorada apropiadamente.

Estados Unidos consideraba que la manera más razonable de dirimir la cuestión era prolongar la línea existente al oeste del lago de los Bosques. Puesto que el lago se centraba alrededor de la línea de los 49° de latitud norte, la sugerencia equivalía a hacer de esta línea la frontera entre los Estados Unidos y Canadá y prolongarla hasta el Pacífico.

Los británicos discrepaban por dos motivos. En la región del lago de los Bosques querían que la frontera estuviera bastante al sur de la línea de los 49°, para que el curso superior del río Mississippi estuviese en suelo británico. En segundo lugar, no admitían que la línea se extendiese más allá de las Montañas Rocosas. Reclamaban hasta los 42° de latitud norte la región situada al oeste de las montañas (el Territorio de Oregón), que era el límite septentrional del territorio dominado por los españoles.

Finalmente, los británicos retiraron su demanda del lago de los Bosques, que los Estados Unidos no admitía en modo alguno, mientras que Estados Unidos admitió la demanda sobre las Montañas Rocosas. La frontera fue establecida a lo largo de la línea de 49° desde el lago de los Bosques hasta la divisoria de aguas continentales, y este límite ha permanecido sin cambio hasta hoy.

En cuanto al Territorio de Oregón, iba a estar bajo la ocupación conjunta británico-americana; el problema no se resolvería hasta otro cuarto de siglo después.

La Florida

Al sur, las cosas eran diferentes. España no había estado en guerra con los Estados Unidos, pero tampoco era una potencia amiga. Estaba resentida por la compra americana de Luisiana a Francia, pues Francia había arrancado la región ilegal-mente a España. Además, Estados Unidos había interpretado la compra ampliamente y se había apoderado unilateralmente de la región de la costa del golfo de Florida occidental, incluyendo la ciudad de Mobile, que había tomado por la fuerza en 1813.

Además, aunque España, por enemistad con Gran Bretaña, había ayudado a Estados Unidos a conquistar su independencia, el ejemplo americano era peligroso para su dominación, cada vez menos sólida, sobre México, América Central y la mitad de América del Sur. Así, aunque España no tomó medidas manifiestas contra Estados Unidos, ciertamente no estaba dispuesta a ayudar a los americanos contra sus enemigos.

Entre esos enemigos estaban los indios del Sudoeste americano, los cuales habían guerreado contra Estados Unidos en el curso de la Guerra de 1812 y habían sido derrotados por un duro hombre oriundo de Tennessee, Andrew Jackson (nacido en la frontera con Carolina, el 15 de marzo de 1767), quien se convirtió posteriormente en héroe nacional al obtener una gran victoria sobre los británicos en la-batalla de Nueva Orleans, el 8 de enero de 1815*.

Pero algunos de los indios derrotados se retiraron a la Florida septentrional, adonde las fuerzas americanas legalmente no podían seguirlos y donde las fuerzas españolas no veían ninguna razón para actuar contra ellos. A los indios se unieron negros que escapaban de la esclavitud. Los indios y los negros juntos se llamaban a sí mismos seminólas (de una palabra india que significa 'fugitivos').

El río Apalachicola corre hacia el sur a través de la Florida occidental, y en su desembocadura, a trescientos veinte kilómetros al este de Mobile, los británicos habían fundado Fort Apalachicola durante la Guerra de 1812. Los seminólas se habían adueñado de este fuerte y lo usaban como base para hacer incursiones por los campos de Georgia y Alabama. Peor aún, desde el punto de vista de estos Estados, la existencia de Fort Apalachicola era un constante incentivo a la fuga de esclavos.

Por ello, en 1816, Estados Unidos envió una fuerza armada a Florida y el 27 de julio destruyó el fuerte. Esto no tuvo mayores repercusiones, pues si bien el territorio era teóricamente español, no había fuerzas españolas en la vecindad, y aunque España probablemente ayudaba a los seminólas subrepticiamente, no estaba dispuesta a hacer de eso un problema real.

Pero los seminólas contraatacaron, y lo que siguió fué llamado la Primera Guerra Seminóla. Puesto que Estados Unidos no podía librar eficazmente la guerra si los indios usaban la Florida como santuario intocable, el ejército americano recibió órdenes de perseguir a los seminólas por la península hasta los mismos puestos españoles.

El 26 de diciembre de 1817 se otorgó el mando del ejército al vigoroso y muy poco sutil Andrew Jackson. Sus instrucciones le parecieron oscuras y escribió a Washington pidiendo aclaraciones. Preguntó si tenía permiso para hacer lo que juzgase mejor, en cuyo caso podía apoderarse de toda Florida, de un extremo a otro, en sesenta días. El secretario de Guerra bajo el presidente Monroe era John C. Calhoun. Ni él ni el presidente consideraron adecuado contestar la carta de Jackson.

Presumiblemente, la idea era dejar que Jackson hiciese lo que quisiera (y sabían que éste actuaría audazmente). Si las cosas salían bien, magnífico. En caso contrario, Monroe y Calhoun podían decir que Jackson había actuado sin órdenes y arrojarlo a los lobos.

Jackson tomó el silencio por consentimiento (como el gobierno sabía que haría) y se abalanzó a Florida. Tomó San Marcos el 7 de abril de 1818, y Pensacola el 24 de mayo, ocupando toda la faja noroccidental de la región. Éstos no eran puestos indios, sino fortificaciones españolas.

Esto ocurría en el mismo momento en que John Quincy Adams, ahora secretario de Estado de Monroe, estaba negociando con Luis de Onís, el embajador de España en Estados Unidos, sobre límites en disputa y sobre el permiso que daba España para que los indios usasen la Florida como refugio. Podía parecer que la vigorosa ofensiva de Jackson ponía en mala situación a Adams, pero de hecho no era así. Adams se lamentó de la cuestión ante el embajador español, pero era muy consciente de que Jackson estaba demostrando a España que no podría mantener la Florida por mucho tiempo y que causaba más trastornos de lo que valía.

Pero entonces Jackson fue demasiado lejos. Encontró dos súbditos británicos, Alexander Arbuthnot y Robert C. Ambruster, y sospechó que suministraban material de guerra a los seminólas. Quizá lo hicieran, pero no eran americanos ni actuaban en suelo americano, y los americanos estaban allí ilegalmente. Pasando todo esto por alto, Jackson hizo fusilar a uno de los comerciantes y ahorcar al otro. Luego, sin pedir permiso a nadie, nombró un gobernador militar de Florida y retornó a su país.

Naturalmente, España protestó con vehemencia, y si bien el gobierno británico optó por no hacer nada, la opinión pública británica reaccionó furiosamente y parecieron cernirse nuevamente las nubes de la guerra.

Monroe tuvo que tomar una decisión y reunió a su gabinete, la mayoría del cual optó por la retirada; Calhoun, en particular, estuvo a favor de formar un consejo de guerra a Jackson como manera de apaciguar a España y Gran Bretaña. Además, el bando más cauteloso del Congreso, conducido por Henry Clay, pensaba que Jackson debía ser censurado.

Pero Adams apoyó las acciones de Jackson y argumentó vigorosamente que Estados Unidos debía seguir una política firme y no volverse atrás. Hacía más aceptable esta opinión el hecho de que la aventura de Florida resultó ser enormemente popular entre el público americano (como siempre ocurre con las aventuras militares entre cualquier público... cuando tienen éxito). Monroe finalmente respaldó a Adams y Jackson no fue reprendido.

En cambio, Adams envió una nota al gobierno español en la que tomó la ofensiva, acusando a los españoles de alentar la anarquía y las actividades antíamericanas en Florida. Defendió a Jackson alegando que había actuado en defensa propia y ofreció a España la alternativa de conservar la Florida en la paz y el orden o cederla a los Estados Unidos. Luego salvó las apariencias para España restituyendo el territorio que Jackson había tomado.
Para entonces, España comprendió claramente que debía ceder la Florida a los Estados Unidos voluntariamente o sufrir la humillación de que éstos la tomasen por la fuerza. Por ello, el 22 de febrero de 1819 el secretario de Estado y el embajador español firmaron el Tratado Adams-Onís, que fue rápidamente ratificado y convertido en ley.
Por este Tratado, Florida era cedida a Estados Unidos, con lo que llegaron a su fin tres siglos de dominación española allí (exceptuando el período comprendido entre 1763 y 1783, en que la Florida fue británica). Estados Unidos no pagó por la Florida, pero convino en hacerse cargo de las deudas por cinco millones de dólares que España debía pagar a ciudadanos americanos.
Además, el Tratado establecía una línea fronteriza definida a través de todo el continente, desde el golfo de México hasta el océano Pacífico, que separaba los territorios de Estados Unidos de los españoles. A diferencia de la línea establecida en el Norte, ésta del Sur y el Oeste no duraría más de una generación.

¿La era de los buenos sentimientos?

El gobierno de Monroe parecía funcionar a las mil maravillas. Había paz y prosperidad. Había desarme en algunas fronteras y límites fijados pacíficamente en otras, con un poquito de gloria militar como condimento.
El arancel de 1816 fue seguido por algunos años de expansión económica, particularmente para Nueva Inglaterra, que prosperó detrás de la muralla aduanera a medida que pasó del comercio a la industria. Cuando Monroe visitó Nueva Inglaterra, en el verano de 1817, esta próspera región olvidó su legado de federalismo, para no hablar de su actitud cercana a la traición en la Guerra de 1812, y saludó al presidente con gran entusiasmo. El 12 de julio de 1817 un periódico de Boston, el Columbian Centinel, anunció lo que llamó una «era de buenos sentimientos», y el gobierno de Monroe ha pasado con este nombre a los libros de historia.
Parecía haber alguna razón para hacer tal caracterización. En las elecciones para el Congreso de 1818 hubo un mayor decrecimiento de la lucha partidista, o al menos un mayor aumento de la desproporcionada mayoría demócrata republicana. El número de federalistas en el Senado disminuyó de diez a siete en el Congreso Decimosexto, y en la Cámara de Representantes su número disminuyó de cuarenta y dos a veintisiete.
Cuando llegó el momento de la elección presidencial de 1820, real y literalmente no hubo pugna por primera (y última) vez desde Washington. Monroe y Tompkins fueron reelegidos como candidatos por los demócratas republicanos, pero los federalistas sencillamente no se molestaron en elegir a ningún candidato. Fue una elección con un solo partido y no hubo campaña electoral.
El 6 de diciembre de 1820 se emitieron los votos electorales y estaba claro que Monroe obtendría los 232 votos. Sin embargo, hubo un hombre que puso objeciones. William Plumer (nacido en Newburyport, Massachusetts, en 1759), un elector de New Hampshire que estaba terminando su tercer mandato como gobernador de este Estado, deliberadamente votó por John Quincy Adams. La razón que adujo fue que, en su opinión, ningún otro americano, excepto George Washington, debía ser elegido unánimemente. Y, sin duda, hasta hoy, ningún otro lo ha sido.

(William Plumer es importante en la historia americana por otro motivo. El más antiguo y más famoso colegio de New Hampshire, Dartmouth, tenía una junta directiva federalista. Plumer, que era demócrata republicano, condujo la lucha para convertirlo en una universidad estatal, de modo que pudieran incorporarse a la junta directiva nuevos miembros de la tendencia política de Plumer. Dartmouth se resistió y el caso llegó al Tribunal Supremo. Daniel Webster, alumno de Dartmouth, defendió elocuentemente al colegio, y John Marshall, el tenaz federalista, sostuvo que un Estado no podía violar un contrato ni, por ende, entrometerse en el colegio. Ésta fue una importante limitación puesta por el Tribunal Supremo al poder del gobierno y una importante salvaguardia a los derechos de los gobernados.)

Sin embargo aunque las cosas parecían marchar a las mil maravillas durante el primer año de la presidencia de Monroe, había problemas, y un poco por debajo de la superficie no era en modo alguno una era de buenos sentimientos.

En primer lugar, la prosperidad se había detenido repentinamente en 1819. El optimismo nacional habría conducido a la especulación con tierras occidentales mediante el uso de papel moneda exuberantemente emitido por los bancos estatales. Con todo este dinero disponible, la gente estaba dispuesta a hacer ofertas elevadas por las tierras, con la esperanza de venderlas por precios aún mayores. De hecho, los precios de todo se elevaron mucho y hubo, como siempre en tales condiciones, una inflación galopante.

Cuando todo se encaminada hacia el caos, el Banco de los Estados Unidos emprendió una acción que fue al mismo tiempo demasiado drástica y demasiado tardía. Dejó de conceder nuevos préstamos, exigió el pago de muchos préstamos que había concedido, y lo exigió en dinero contante y sonante, no en papel. Los bancos de los Estados, que estaban endeudados con el Banco de los Estados Unidos, tuvieron que cerrar; las hipotecas fueron ejecutadas; los precios agrícolas cayeron drásticamente; las fábricas cerraron. Fue el «pánico de 1819».

Las personas perjudicadas por esta situación -granjeros y especuladores en tierras del Oeste y el Sur- naturalmente acusaron al Banco. En primera línea del clamor contra el Banco estaba Thomas Hart Benton (nacido cerca de Hillsborough, Carolina del Norte, el 14 de marzo de 1782). Era un hombre tan duro como Andrew Jackson, y, aunque en un principio fueron amigos, riñeron por un malentendido. Ambos tenían temperamentos violentos y se batieron a duelo; Jackson casi falleció (tuvo que dirigir la campaña contra los indios, al año siguiente, con el brazo en un cabestrillo.)

Benton se había trasladado a Saint Louis, Missouri, en 1815, y allí, como director de un periódico, empezó a abogar por un mayor peso del Oeste en el gobierno americano. Llamó al Banco «el Monstruo», y éste se convirtió en su nombre para todos los que se oponían a él.

Era muy claro que el Banco de los Estados Unidos había actuado mal en la crisis, y en medio del pánico estuvo a punto de destruirse a sí mismo. Se nombró como nuevo presidente a Langdom Cheves (nacido en Abbeville, Carolina del Sur, el 17 de septiembre de 1776), ex presidente de la Cámara de Representantes. Reorganizó el Banco adoptando una cautelosísima política de ahorro, y bajo su dirección se restableció sobre bases firmes.

En enero de 1823, uno de los directores del Banco, Nicho-las Biddle (nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 8 de enero de 1786), se convirtió en su tercer presidente, y bajo su eficiente y conservadora administración el Banco continuó floreciendo. Pero el Banco nunca comprendió la importancia de las relaciones públicas. Su gerencia nunca se molestó en ocultar su alianza con los elementos empresariales de la nación o su indiferencia hacia los elementos rurales. Por ello, en todo el Sur y el Oeste la política aprobada era ser contrario al Banco.

El pánico de 1819 y los años de depresión que siguieron podían haber llevado a una escisión entre las partes meridionales y occidentales de la nación, por un lado, y la parte

Noreste, por el otro. Esto habría sido similar a la escisión regional que en tiempo de Washington había conducido a la fundación de los partidos Federalista y Demócrata Republicano.

Tal escisión habría sido bastante nociva, pero no se produjo. En cambio, surgió otro tipo de regionalismo sobre otras bases, que fue mucho más serio y contribuyó a hacer de la era de los buenos sentimientos la última que la nación conocería por largo tiempo. Esa nueva escisión concernía a la cuestión de la esclavitud y se produjo del siguiente modo.

El problema de la esclavitud no había sido tomado muy en serio por la mayoría de la nación en la época en que fue aprobada la Constitución. Ésta aceptaba el hecho de la esclavitud, aunque no la mencionaba en ninguna parte. Tampoco en la Declaración de Derechos figuraba el derecho a no ser esclavizado. El gobierno federal no estaba facultado para aprobar ninguna ley concerniente a los esclavos. (La única excepción fue que la importación de negros africanos destinados a la esclavitud -el «comercio de esclavos»- pudo ser detenida veinte años después de ser adoptada la Constitución. Y, efectivamente, el comercio de esclavos fue suspendido veinte años más tarde, el 1 de enero de 1808.)

Se dejó a cada Estado la facultad de decidir si permitir o no la esclavitud. Cuando la población de un territorio solicitaba al gobierno ser admitida como un Estado, podía decidir si quería ser un Estado que permitía la esclavitud o un Estado que no la permitía. (La única excepción fue el territorio situado al norte del río Ohio, donde la esclavitud había sido prohibida antes de que se redactase y aprobase la Constitución.)

Muy pocas personas juzgaban errónea la esclavitud por la época en que se aprobó la Constitución. Se daba por sentado que los negros eran inferiores a los blancos, mental y moral-mente, y que sacarlos de sus países bárbaros y otorgarles los beneficios de la civilización y el cristianismo era para su bien.

Pero hubo un número creciente de personas para quienes la esclavitud era injusta y debía ser abolida; por ello, fueron llamados «abolicionistas». Poco a poco triunfaron en los Estados norteños. Para 1819, la esclavitud había sido puesta fuera de la ley en los Estados situados al norte de la línea Mason-Dixon (la línea de Este a Oeste que señalaba el límite entre Pensilvania y Maryland). Los Estados situados al sur de ella aún permitían la esclavitud. Así, la nación se dividió en «Estados libres» y «Estados esclavistas».

Los abolicionistas se sintieron cada vez más insatisfechos de que hubiera Estados esclavistas en los Estados Unidos.

Pensaban que la existencia de la esclavitud en cualquier parte de la nación era una vergüenza para todos los Estados, tanto libres como esclavistas.

Es posible que todos los Estados hubieran llegado a ser libres como los del Norte, pues había sentimientos abolicionistas aun en aquellos Estados que todavía eran esclavistas. Virginia era un Estado esclavista, por ejemplo, pero muchos vir-ginianos (Washington y Jefferson, entre otros) con el tiempo liberaban a sus esclavos. Asimismo, había hombres de los Estados esclavistas que se destacaban en los movimientos que aspiraban a devolver a los negros su libertad africana, si no se podía obtener para ellos la libertad americana. (En 1816 se fundó la Sociedad Americana de Colonización, y se llevaron negros a la costa de la protuberancia occidental de África. Allí se fundó la nación de Liberia -de la palabra latina que significa «libertad»- y una capital, Monrovia, así llamada en homenaje al presidente Monroe. La nación aún existe hoy y aún es llamada Liberia, y su capital es todavía Monrovia.)

Pero ocurrió algo que cambió esta situación. El inventor Eli Whitney, de Connecticut, había creado, en 1793, la desmotadora, que hacía muy fácil separar las fibras de algodón de las simientes. Esto eliminó el principal obstáculo para la producción de algodón, que entonces comenzó a expandirse enormemente. Los Estados esclavistas del Sur empezaron a depender cada vez más, año tras año, del algodón que alimentaba a las fábricas textiles de

Nueva Inglaterra y Gran Bretaña, y este algodón era recogido por esclavos negros. Puesto que el algodón era la espina dorsal económica de la mayoría de los Estados sureños, éstos consideraron que la esclavitud era vital para su prosperidad.

Con este motivo económico para retener a sus esclavos, la gente de los Estados esclavistas empezó a defender la esclavitud como un categórico bien.

Además, a medida que crecía el movimiento abolicionista en los Estados libres, aumentó el temor de la gente de los Estados esclavistas. Les parecía que los abolicionistas estimulaban a los negros a rebelarse, y la historia de las revueltas de esclavos era temible. En el siglo anterior había habido rebeliones de negros en la isla de Santo Domingo que fueron tiempos de horror para los blancos.

La gente de los Estados esclavistas, herida por las acusaciones de inhumanidad y temerosa de la posibilidad de matanzas y violencias a manos de negros rebeldes, cerró filas. Fue imposible predicar el abolicionismo en los Estados esclavistas. Allí la esclavitud se hizo sacrosanta; no se la podía cuestionar.

Así, cuando llegó el tiempo de la llamada «era de los buenos sentimientos» había notablemente escasos buenos sentimientos entre los Estados libres y los Estados esclavistas. Había comenzado una división regional que iba a empeorar y hacerse más peligrosa constantemente durante los siguientes cuarenta años.

El Compromiso de Missouri

A fines del primer mandato de Monroe, los Estados esclavistas eran plenamente conscientes de que estaban a la defensiva. Aunque los Estados esclavistas eran mayores en superficie -1.125.000 kilómetros cuadrados frente a 750.000 de los Estados libres- estaban quedando atrás en cuanto a población. En la época del primer censo, en 1790, la población de los Estados que luego formarían los Estados libres era aproximadamente igual a la de los Estados que luego serían esclavistas, pero en 1820 había cinco millones de personas en los Estados libres y sólo 4,4 millones en los Estados esclavistas.

Más aún, por lo menos un millón y medio de los habitantes de los Estados esclavistas eran esclavos, y la Constitución sólo permitía contar tres quintos de ellos para la representación en la Cámara de Diputados. Eso significaba que en ésta, mientras en 1790 los Estados libres y los esclavistas habían tenido una representación, casi igual, ahora los miembros del Congreso de los Estados libres superaban a los de los Estados esclavistas en una proporción de tres a dos.

Era obvio que esta desproporción entre las poblaciones iba a aumentar. Los Estados libres estaban pasando por un proceso de industrialización y ofrecían mayores oportunidades a los inmigrantes, que llegaban de Europa en grandes cantidades. Para los inmigrantes no tenía sentido ir a los Estados esclavistas, donde las tareas agrícolas las efectuaban los negros y el trabajo industrial era inexistente.

Los Estados esclavistas conservaban mayor homogeneidad en la población y un modo de vida más antiguo, más aristocrático y más grato (para los miembros de las clases superiores), pero eran los Estados libres los que se estaban haciendo ricos y prósperos. Los esclavos y el algodón fueron una trampa en virtud de la cual los Estados esclavistas cayeron en una situación de dependencia económica con respecto a los banqueros e industriales de los Estados libres, pero los propietarios de esclavos se negaban a hacer frente a este hecho.

Los presidentes de Estados Unidos eran elegidos por electores, y cada Estado tenía un número de electores igual al número total de sus senadores y diputados. Esto implicaba que los Estados libres, con un número sustancialmente mayor de representantes, tenían mayor peso en la elección de presidentes. Así, de los cinco primeros presidentes, cuatro

(Washington, Jefferson, Madison y Monroe), elegidos un total de ocho veces, habían procedido del Estado esclavista de Virginia, mientras que sólo John Adams, elegido una vez, provenía del Estado libre de Massachusetts.

Pero no era probable que se mantuviese esta tendencia, y muchas personas reflexivas de los Estados esclavistas pensaron que sería cada vez más probable que los presidentes provinieran de los Estados libres y que, con el tiempo, apoyasen el movimiento abolicionista.

Sólo parecía quedar una muralla protectora, y ésta era el Senado. Cada Estado tenía dos senadores, cualquiera que fuese su población, y, como en efecto ocurrió, el número de Estados esclavistas era igual al de Estados libres. Había once de cada lado en 1819: New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, New Jersey, Pensilvania, Ohio, Indiana e Illinois eran Estados libres; Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Mississippi, Luisiana, Tennessee y Kentucky eran Estados esclavistas. Esto significaba que había veintidós senadores de los Estados libres y veintidós de los Estados esclavistas.

Mientras los senadores de los Estados esclavistas resistieran firmemente, no podía aprobarse nada insoportable para los Estados esclavistas, independientemente de lo que ocurriese en la Cámara de Representantes o de quien estuviese en la Casa Blanca. Por ello fue esencial para los Estados esclavistas vigilar para que, a medida que se incorporaban nuevos Estados a la Unión, el número de Estados libres no superase al de los Estados esclavistas.

Los ciudadanos de los Estados libres tampoco eran ciegos a la situación. Se hicieron cada vez más renuentes a admitir en la Unión a nuevos Estados esclavistas. Pocas de las personas de los Estados libres eran realmente abolicionistas. La mayoría era partidaria de que se dejase a los Estados esclavistas seguir siéndolo, pero esto no significaba que deseasen más Estados esclavistas.

En 1819, la cuestión llegó a un punto decisivo a causa de Maine. Esta región, la extensión situada más al noroeste de los Estados Unidos desde el momento de la independencia hasta la actualidad, había formado parte de la colonia de Massachusetts antes de la Guerra Revolucionaria y parte del Estado de Massachusetts posteriormente. Maine no era tiranizado por el gobierno de Boston, pero no estaba conectado con Massachusetts por tierra y consideraba que sus intereses eran distintos. No era tan rico ni tan populoso como Massachusetts, y su población demócrata republicana había sido sofocada políticamente por el Massachusetts federalista en los primeros años de la república. Maine siguió aspirando a formar un Estado separado, y el movimiento se aceleró después de la-Guerra de 1812.

Massachusetts no podía esperar beneficiarse mucho con un distrito escasamente poblado y separado de él por el mar, sobre todo si este distrito se mostraba cada vez más descontento; así, finalmente convino, el 19 de junio de 1819, en permitir que Maine formase un Estado separado. Para el resto de la Unión, no parecía haber ninguna razón para negarse si Massachusetts estaba de acuerdo con ello, de modo que nadie en Maine esperaba hallar problemas.

Por supuesto, Maine, como parte de Massachusetts, había proscrito la esclavitud mucho tiempo antes, y se dada por sentado que entraría en la Unión como un Estado libre.

Mientras tanto, la parte del territorio de Luisiana ubicada alrededor de los tramos inferiores del río Missouri, con la floreciente Saint Louis como ciudad principal, deseaba entrar en la Unión como Estado de Missouri. La gente de la región, conducida por Benton, había presentado una petición a tal fin en diciembre de 1818.

El territorio había permitido la esclavitud desde los días anteriores a su incorporación a Estados Unidos. La mayoría de los emigrantes al territorio provenía de Estados esclavistas,

y en 1819 ya había dos mil quinientos esclavos allí. Los habitantes, pues, pidieron entrar en la Unión como Estado esclavista.

Hasta entonces se había supuesto siempre que un territorio podía entrar en la Unión, como esclavista o libre, a su elección; por eso los habitantes de los Estados esclavistas se horrorizaron cuando el representante James Tallmage, de Nueva York, introdujo una enmienda al proyecto de ley que aceptaba a Missouri como Estado, enmienda por la cual los esclavos que ya existían en Missouri serían gradualmente liberados y no se permitiría la entrada de nuevos esclavos. La enmienda fue aprobada por la Cámara de Representantes, pero, por supuesto, fue rechazada por el Senado.

Los Estados esclavistas vieron esta acción como la concreción de sus peores temores. Era claro para ellos que los abolicionistas iban a impedir la incorporación de nuevos Estados esclavistas y, de este modo, se adueñarían del Senado, la última defensa de los Estados esclavistas. Éstos se prepararon para una lucha a muerte y se decidieron a impedir que Maine entrase en la Unión como Estado libre a menos que Missouri entrase como Estado esclavista.

El Decimoquinto Congreso se disolvió y se reunió el nuevo Decimosexto Congreso. Después de un verano en el que las pasiones públicas, por ambos lados, llegó a extremos sin precedentes, la cuestión fue abordada nuevamente en un acalorado y tenso debate*.

Tenía que llegarse a un compromiso, y finalmente propuso uno el senador Jesse Burgess Thomas, de Illinois (nacido en Shepherdstown, Virginia, en 1777). Fue hecho aprobar por Henry Clay (quien luego sería llamado «el Gran Compromisario»), que convenció a algunos de los demócratas republicanos de los Estados libres de la necesidad de un compromiso amenazándolos con la ruptura del Partido y la resurrección de los federalistas.

Por el Compromiso de Missouri de 1820, pues, se permitió a Missouri entrar como Estado esclavista y a Maine como Estado libre. Fue una victoria de los Estados esclavistas, que de este modo conservaron un poder igual en el Senado, con doce Estados y veinticuatro senadores de cada lado.

Pero-también se llegó a un acuerdo, por estrecho margen, según el cual a partir de entonces se excluiría la esclavitud de todos los territorios restantes de los Estados Unidos aún no organizados como Estados y que estuviesen al norte de los 36° 30' de latitud norte, la línea que formaba el límite meridional de Missouri.

Ésta fue una victoria de los Estados libres, pues ese límite estaba muy al Sur. (Más tarde, la región no organizada dentro de las fronteras americanas y situada al sur de la línea constituiría la totalidad o la mayor parte de tres Estados, mientras que el territorio al norte de la línea comprendería la totalidad o la mayor parte de once Estados.)

¿Por qué, pues, aceptaron eso los Estados esclavistas? En primer lugar existía la difundida creencia de que la parte septentrional del territorio de Luisiana, una pradera sin árboles, era «desértica» y que no era probable que se formasen Estados allí. En segundo lugar, la dominación española sobre su territorio al sudoeste de los Estados Unidos se estaba debilitando constantemente, y la gente de los Estados esclavistas aspiraba a la expansión hacia México, donde, por los términos del Compromiso, podía crear cualquier número de Estados esclavistas nuevos.

Así, por el momento, el Compromiso de Missouri pareció dirimir la cuestión y brindar una fórmula para impedir problemas similares en el futuro.

Pero en realidad fue un legado de perturbaciones. Desde ese momento, los Estados esclavistas comprendieron que sólo aumentando el poder de los Estados podían hallar seguridad. El gobierno federal seguramente iba a estar dominado por los cada vez más populosos Estados libres, en cuyo caso una Unión fuerte sería ruinosa para los Estados esclavistas.

Como resultado de ello, el unionismo empezó a decaer en los Estados esclavistas y floreció en su lugar una sólida filosofía de los derechos de los Estados. Antes de 1820, la lucha por el unionismo contra los derechos de los Estados había sido conducida vigorosamente en todos los Estados. Después de 1820 se convirtió cada vez más en un problema de regionalismo: los Estados libres optaban firmemente por el unionismo, y los Estados esclavistas firmemente por los derechos de los Estados.
En verdad, poco a poco, todos los problemas se oscurecieron y desaparecieron ante la amenaza creciente de ese único gran problema: libertad contra esclavitud. Este problema no iba a ser resuelto rápidamente, ni fácilmente, ni, por desgracia, pacíficamente.

2. Colonias y aranceles.

La Doctrina Monroe.

La esperanza, por parte de muchas personas de los Estados esclavistas, de una futura expansión al Oeste y al Sur no era una fantasía remota. Mientras España vendía la Florida a Estados Unidos, el resto de su imperio americano estaba derrumbándose.
Había habido insurrecciones en una y otra parte de las colonias españolas en el siglo 18, pero fueron sofocadas. Mas en la primera década del siglo 19, España sufrió el huracán de las guerras napoleónicas. En 1807, Fernando VII de España fue depuesto por Napoleón, quien proclamó rey de España a su propio hermano José Bonaparte.
Las colonias españolas de América se negaron a aceptar al nuevo gobernante, y cuando parecía que la dominación napoleónica de España podía durar largo tiempo, varias colonias declararon su independencia. Pero luego Napoleón fue derrotado y, en 1814, Fernando fue restaurado en el trono. De inmediato Fernando trató de dar marcha atrás y declaró que las antiguas colonias eran... aún colonias.
Esto no lo aceptaron las que-ya-no-eran-colonias. Región tras región, diversas partes de lo que antaño había sido el Imperio español de América del Norte y del Sur mantuvieron y extendieron sus pretensiones de independencia. Al mismo tiempo, también el enorme Brasil se rebeló contra su madre patria, Portugal.
Mucha gente en Estados Unidos se regocijada de esta citación. Los Estados esclavistas estaban particularmente ansiosos de ver a España y Portugal totalmente fuera del hemisferio occidental. Abandonadas a sí mismas, las naciones latinoamericanas* recientemente independizadas serían más fáciles de tratar y, quizá, podían ser zonas adecuadas para la expansión estadounidense.
Naturalmente, la región más importante del Imperio español en lo concerniente a Estados Unidos era México, con el que lindaba al Sur y al Oeste. Allí España logró mantener una vacilante autoridad hasta 1820, cuando estalló la revolución en el país. Durante un momento la monarquía española se tambaleó, y México se separó. El 24 de febrero de 1821 se declaró independiente de España.
Ya en 1818 Henry Clay propuso el reconocimiento americano de las nuevas repúblicas. Tal reconocimiento permitiría a Estados Unidos extender su ayuda a ellas en sus batallas contra España, como antaño Francia había reconocido y ayudado a Estados Unidos en rebelión contra Gran Bretaña.
Pero el secretario de Estado, Adams, se negó a apresurar las cosas mientras estaban en marcha las negociaciones sobre la Florida. Sólo cuando Estados Unidos se hubiese anexado y ocupado formalmente la Florida sería seguro ir más adelante. Entonces, el 12 de diciembre de 1821, Estados Unidos reconoció a México como nación independiente.

La cuestión era si Estados Unidos se comprometía a ir a la guerra en esta cuestión. Puesto que España aún no había reconocido la independencia de sus colonias, era posible que considerase la medida tomada por Estados Unidos como un acto hostil.

Esta posibilidad, por sí sola, no preocupó a Estados Unidos. España se hallaba en tal estado de parálisis que, cualquiera que fuese su reacción, no podía hacer nada. Pero más allá de España estaba el resto de Europa. Las potencias europeas que habían derrotado a Napoleón después de muchos años de lucha -principalmente, Gran Bretaña, Prusia, Austria-Hungría y Rusia- estaban decididas a mantener, en lo sucesivo, el continente seguro y en paz. Hasta Francia, ahora libre de Napoleón y nuevamente gobernada por su viejo linaje de reyes, estaba de acuerdo en esto.

Estas naciones pensaban que todos sus problemas con Napoleón habían comenzado con la Revolución Francesa de 1789; por ello, decidieron que las revoluciones debían ser aplastadas a toda costa desde el comienzo. Así, cuando España pasó por una revolución en 1820 y pareció que se establecería en ella una monarquía más liberal, las otras naciones intervinieron. Realizaron una conferencia sobre la cuestión en 1822 y convinieron en permitir a Francia que enviase un ejército a España para sofocar la revolución. Francia lo hizo sin problemas, y el 31 de agosto de 1823 la revolución llegó a su fin.

La nación más fanáticamente antirrevolucionaria era Rusia. De hecho, el zar Alejandro I de Rusia había llamado emotivamente a una «Santa Alianza» contra los demonios que creyeran en los principios de la libertad y el republicanismo. El llamado no logró nada. Otras naciones se enrolaron para complacer a Rusia, pero ninguna de ellas pretendía salir de cruzada a los confines de la Tierra o hacer de policía en todo el planeta.

Pero Estados Unidos temía que lo hicieran. La Santa Alianza se convirtió en una pesadilla para los americanos. Una vez que la monarquía española fue restablecida nuevamente en su forma completamente antiilustrada, ¿no podría la Santa Alianza, luego, devolver las colonias españolas en revolución a la madre patria? ¿No podría la Santa Alianza hasta decidir que los Estados Unidos habían surgido de una revolución ilegal y tratar de devolverlos a Gran Bretaña? Esto era muy improbable, por supuesto, pero los americanos se sentían suficientemente nerviosos como para preocuparse por ello.

Lo que hacía parecer a la Santa Alianza particularmente peligrosa era que la misma Rusia, el cabecilla, tenía posesiones en el continente americano. Durante el siglo 18, los rusos se habían dedicado al comercio de pieles a lo largo de las costas de Alaska, y en 1800 Rusia inició la ocupación en serio del país. Bajo el mando de un competente gobernador, Alexander Baranov, la influencia rusa se expandió. En 1799, Baranov fundó como capital Nueva Arcángel, sobre la costa del Pacífico, bien al sur de la península de Alaska. (La ciudad siguió siendo la capital de Alaska durante un siglo y hoy es llamada Sitka.) Se construyeron fuertes aún más al sur, y en 1811 se edificó uno (temporalmente) inmediatamente al norte de San Francisco.

En 1821, el zar anunció que Rusia reclamaba como suya la costa del Pacífico hasta la línea de los 50° de latitud norte. Esta reclamación alcanzaba el extremo septentrional de la isla de Vancouver y estaba bien dentro del Territorio de Oregón, que Estados Unidos reclamaba como suyo. Se prohibió a los barcos extranjeros, incluidos los barcos americanos, acercarse a menos de ciento sesenta kilómetros de la costa reclamada por Rusia.

Estados Unidos estaba furioso, pero ¿qué podía hacer? No podía luchar contra la Santa Alianza.

De hecho, Gran Bretaña se alineó con Estados Unidos en lo concerniente a los nuevos países latinoamericanos. Mientras España y Portugal conservaron sus imperios, la posibilidad de Gran Bretaña de comerciar con esas regiones era pequeña, pero una vez que las naciones latinoamericanas se hicieron independientes, los barcos británicos podían

comerciar allí libremente; de modo que convenía a los grandes intereses comerciales de Gran Bretaña mantenerlas libres.
Gran Bretaña no deseaba reconocer como naciones independientes a las colonias, pues era una monarquía y no quería alentar el republicanismo de forma demasiado abierta. También deseaba no tener enemigos en Europa. No le importaba dejar que Estados Unidos hiciera el trabajo sucio por ella, y estaba totalmente dispuesta a proteger a Estados Unidos mientras hacía ese trabajo sucio. Mientras Gran Bretaña dominase los mares, ninguna otra nación europea podía embarcar un ejército para las Américas sin permiso británico, y menos librar una guerra allí, de modo que, realmente, Estados Unidos estaba seguro.
El ministro de Relaciones Exteriores británico, George Canning, hasta ofreció unirse a los Estados Unidos en una declaración por la cual no se permitiría ninguna invasión europea de las Américas. El embajador americano en Gran Bretaña, Richard Rush (quien había negociado el acuerdo Rush-Bagot), se sintió tentado. Cuando las noticias llegaron al presidente Monroe, también se sintió tentado, lo mismo que Jefferson y Madison, a quienes pidió consejo Monroe.
Pero el secretario de Estado, Adams, se opuso firmemente a unirse a Gran Bretaña en una declaración conjunta. Si lo hacían, el mundo la consideraría como enteramente británica, y Estados Unidos haría el papel de un ridículo enano que repetía «yo también». Además, si Gran Bretaña se unía a la declaración, ella misma no estaría sujeta a ella.
Adams insistió en que Estados Unidos hiciese su propia declaración, contra Gran Bretaña tanto como contra cualquier otro país. Gran Bretaña apoyaría la declaración por su propio interés, de modo que ninguna otra nación podría desafiarla seriamente. Además, Adams sugirió que fuese acompañada por una especie de soborno. Estados Unidos prometería no intervenir en el hemisferio oriental. No alentaría revoluciones en Europa ni intentaría ganar poder allende los mares.
Mientras los funcionarios gubernamentales americanos discutían entre ellos, los británicos gradualmente perdieron interés; comprendieron que realmente nadie planeaba invadir las Américas.
Monroe, pues, convino en emitir una declaración puramente americana. Adams quería que se enviasen copias de la declaración a los principales gobiernos del mundo, pero el secretario de Guerra, Calhoun, se opuso juiciosamente a ello. Esos gobiernos podían sentirse ofendidos y negarse a recibir la comunicación. En cambio, sugirió Calhoun, puesto que pronto debía hacerse la alocución anual del presidente al Congreso, ¿por qué no hacer, sencillamente, que la declaración formase parte de la alocución? El mundo escucharía, si quería hacerlo.
Fue lo que hizo Monroe. El 2 de diciembre de 1823 anunció lo que años más tarde se conocería como la «Doctrina Monroe».
La Doctrina Monroe anunciaba que los continentes americanos estaban cerrados a la ulterior colonización por potencias europeas (advertencia dirigida principalmente a los intentos de Rusia de extender sus posesiones de Alaska). También declaraba que las potencias europeas no debían tratar de subvertir las formas americanas de gobierno por métodos distintos de la guerra. En retribución, Estados Unidos no intervendría en las colonias europeas de América existentes por entonces, ni se mezclaría en los asuntos internos de las potencias europeas o en guerras estrictamente europeas.
Equivalía a decir: «Dejadnos en paz y os dejaremos en paz».
La Doctrina Monroe no fue tomada en serio por ninguna nación, ni siquiera por las nuevas repúblicas latinoamericanas, que prefirieron confiar en la flota británica.
Afortunadamente para los Estados Unidos, Gran Bretaña, por sus propios motivos egoístas, llevó a cabo una política que coincidía con la Doctrina Monroe, por lo que la proclamación

americana pareció surtir efecto. Con el tiempo, por supuesto, Estados Unidos llegaría a ser suficientemente fuerte como para hacerla valer aun sin la cooperación de Gran Bretaña.

Gran Bretaña también hizo a Estados Unidos otro favor. Estaba tan inquieta como Estados Unidos por la expansión rusa aguas abajo de la costa del Pacífico, y podía demostrar su disgusto más enérgicamente. Rusia decidió que no merecía la pena querellarse por esa cuestión y el 17 de abril de 1824 convino en reducir su reclamación a los 54° 40' de latitud norte, que era la frontera septentrional del Territorio de Oregón. Esta concesión parecía una respuesta a la Doctrina Monroe y los pechos americanos se hincharon de orgullo.

La elección de los cinco candidatos.

Pero el segundo gobierno de Monroe estaba llegando a su fin, y ya era una tradición bien establecida que ningún presidente tuviera más de dos mandatos. Se planteó la cuestión del sucesor, y el mismo Monroe favorecía a su secretario del Tesoro, William H. Crawford (quien ocho años antes había estado a punto de arrebatar la candidatura a Monroe).

Crawford, aunque georgiano, había nacido en Virginia y era un defensor de los derechos de los Estados al viejo estilo de Jefferson, Madison y Monroe. Éste pensó que Crawford sería el que mejor continuaría las tradiciones de la Dinastía de Virginia.

En el pasado, la manera habitual de elegir un candidato presidencial había consistido en que los diversos miembros del Congreso de un partido determinado se agrupaban en lo que se llamaba una «reunión electoral» y votaban sobre la cuestión. Pero esta vez el viejo sistema no funcionó. No había federalistas para celebrar una reunión electoral y parecía haber demasiados demócratas republicanos con demasiados puntos de vista diferentes para efectuar otra.

Pese a esto, se efectuó una pequeña reunión electoral con 66 miembros del Congreso, de un total de 216, y el 14 de febrero de 1824 eligieron candidato a Crawford. Fue un espectáculo sin relieve, y la última reunión electoral para elegir candidatos que se llevó a cabo.

En todo el país habían surgido protestas contra el sistema. La reunión electoral parecía una manera de mantener el control en manos de los políticos profesionales para actuar sobre seguro, eligiendo a un viejo colaborador eficaz tras otro. Nunca habría cabida para héroes populares fuera de la tradición del Congreso.

Ni siquiera dentro del gobierno la reunión electoral había significado nada. El secretario de Guerra, Calhoun que había maniobrado para llegar a la presidencia desde 1821, se proclamó candidato, y el 18 de noviembre de 1822 la legislatura estatal de Kentucky, por su parte, eligió candidato a presidente al orgullo de Kentucky, Henry Clay. Éste, que era un político sumamente hábil, había maniobrado para hacer que el Congreso aprobase el Compromiso de Missouri, lo cual tenía mucho mérito.

Pero la candidatura de mayor resonancia surgió en Tennessee. Allí el clamor no era por un miembro del gabinete o del Congreso, sino por un héroe de guerra que se había destacado en la batalla de Nueva Orleans y en la Florida. Ya el 20 de julio de 1822 la legislatura de Tennessee había elegido a Jackson candidato a presidente; luego lo envió a Washington como senador. No había duda de que este activismo rudo y vigoroso complacía a gran parte de la nación.

Estos cuatro candidatos eran de Georgia, Carolina del Sur, Tennessee y Kentucky, todos ellos Estados esclavistas. Surgió un quinto candidato en Boston, el 15 de febrero de 1824. Nuevamente, se trataba de un personaje notable, John Quincy Adams, el arquitecto de la Doctrina Monroe. Fue el único miembro de los Estados libres en la competición.

Nunca antes ni después hubo cinco candidatos fuertes que se disputasen la presidencia, y la «era de los buenos sentimientos» Llegó totalmente a su fin.

En el curso de la campaña, las cosas se simplificaron un poco cuando Calhoun, juzgando la situación con un criterio práctico, llegó a la conclusión de que no sería elegido. Por ello, se retiró y aceptó la candidatura a la vicepresidencia que le ofrecieron las fuerzas de Adams y de Jackson. Luego Crawford sufrió un ataque y quedó con una parálisis parcial. Aunque se negó a retirarse de la competición, su posición quedó debilitada.

Además del número de candidatos, hubo otra complicación en la elección de 1824. Se estableció prácticamente una nueva forma de votación. Hasta entonces, el presidente había sido elegido por un grupo de electores, tantos por cada Estado, y estos electores habitualmente eran elegidos por las legislaturas estatales.

Pero poco a poco se hizo cada vez más común que la gente de cada Estado votase directamente a los electores. La mayoría generalmente elegía una de las listas rivales de electores, cuyos miembros se comprometían todos a votar por el candidato particular deseado por esa mayoría*. Así, en 1824 no sólo había un voto electoral, para elegir a un presidente, sino también un «voto popular», que mostraba cuál era el sentir de la población en general.

En la elección de 1824, la primera en la que se registró un voto popular, Jackson fue el más votado con 153.544 votos, frente a los 108.740 para Adams. Pero los otros dos rivales, Crawford y Clay, recibieron un poco más de 45.000 cada uno, lo cual hizo que la ganancia de Jackson estuviese lejos de ser una clara mayoría popular; había recibido sólo el 43,1 por 100 de los votos.

Por supuesto, eran los votos electorales los que contaban, pero aquí la situación era la misma. Jackson tenía 99 votos electorales; Adams, 84; Crawford, 41, y Clay, 37. Puesto que se necesitaban 131 votos, nadie llenó las condiciones para ser elegido. (El caso fue diferente en la competición por la vicepresidencia: Calhoun, apoyado por Adams y Jackson, obtuvo 182 votos electorales y fue elegido.)

Por segunda vez en la historia americana* terminaba una elección presidencial sin que ningún candidato obtuviese una clara mayoría. De acuerdo con la Constitución, esto implicaba que los tres candidatos con más votos debían hacer frente a un voto de decisión en la Cámara de Representantes. Clay, que salió en cuarto lugar, fue excluido.

Puesto que Clay no podía ser presidente, tenía el privilegio de elegir a quién apoyar de los tres restantes, y su apoyo fue influyente, en verdad. Como era un unionista, no sentía ninguna simpatía por Crawford, un firme partidario de los derechos de los Estados. Las inclinaciones políticas de Jackson eran desconocidas, y a Clay no le gustaba particularmente. Adams, en cambio, era el más cercano a las ideas unionistas de Clay. Así, Clay, aprovechando al máximo su considerable influencia entre los representantes, apoyó vigorosamente a Adams.

Cada Estado tenía un voto en este caso, y cuando Clay terminó y se emitió el voto, el 9 de febrero de 1825, resultó que trece de los veinticuatro Estados votaron por Adams, mientras que Jackson obtuvo siete votos y Crawford cuatro. Esto significaba que, si bien Adams ocupó el segundo lugar tanto en el voto popular como en el electoral, fue elegido, y tres semanas más tarde comenzó su mandato como sexto presidente de los Estados Unidos. (Éste es el único caso en la historia americana en que un padre y su hijo obtuvieron la presidencia. John Adams, que había sido el segundo presidente de los Estados Unidos,- aún estaba vivo y se estaba acercando a los noventa años.)

Los adeptos de Jackson estaban horrorizados por lo que había hecho la Cámara de Representantes y se sentían particularmente amargados por el papel que le cupo desempeñar a Clay. Aunque ahora podemos ver que las acciones de Clay fueron motivadas por principios, esto no era tan visible para quienes estaban ciegos de cólera. Muchos de ellos insistían en que Clay había vendido su influencia por alguna clase de posición bajo

Adams; y el mismo Jackson, un hombre de intensos odios y que nunca olvidaba y nunca perdonaba, parecía creerlo.

Adams, como su padre, era de una enorme capacidad e integridad, y es totalmente inconcebible que se hubiese entregado a maniobras poco limpias para ganar la elección. Pero también, como su padre, tenía una marcada carencia de tacto y de sentido común político. Incapaz de imaginar que alguien pudiese dudar de su honestidad, ofreció a Clay el cargo de secretario de Estado.

Clay, que era un político consumado, debe de haber comprendido que, en esas circunstancias, habría sido mejor que se alejase de Adams hasta que se apaciguase el furor de la elección del Congreso. Pero fue incapaz de resistir la tentación de ese alto cargo, sobre todo porque, en aquellos días, la Secretaría de Estado conducía directamente a la presidencia. Jefferson, Madison, Monroe y el mismo John Quincy Adams habían ocupado el cargo de secretario de Estado antes de conquistar la presidencia.

Naturalmente, el atronador alboroto de los partidarios de Jackson alcanzó nuevas alturas. Muchos vociferaban: «¡Un trato corrupto!», y muchos lo creían. No había ninguna posibilidad de reconciliación. Los adeptos de Jackson pasaron a la oposición con tal fuerza que fue como si se hubiesen formado dos partidos: uno encabezado por el gobierno, bajo Adams y Clay, y otro por los jacksonianos. La campaña para la elección de 1828 empezó inmediatamente.

La aparente división partidista se convirtió en una división de hecho. Clay pronto formaría un Partido Nacional Republicano, así llamado para diferenciar a sus seguidores de los demócratas republicanos de Jackson. En el curso de los años siguientes, las dificultades que suponía tener dos tipos de republicanos fueron tales que las fuerzas de Jackson acentuaron la primera mitad de su nombre; se convirtieron simplemente en los demócratas, y este nombre ha persistido hasta la actualidad.

En general, los republicanos nacionales* tendieron a ser unionistas, y los demócratas se inclinaron hacia el bando de los defensores de los derechos de los Estados.

El Decimonoveno Congreso, elegido en 1824, fue partidario del gobierno, pues las fuerzas jackson ianas eran superadas por 26 a 20 en el Senado y por 105 a 97 en la Cámara de Representantes. Pero los efectos del alboroto del «¡trato corrupto!» aparecieron en las elecciones de mitad del mandato, en 1826, cuando el Vigésimo Congreso se inclinó al bando de Jackson, quien tuvo ahora una mayoría de 28 a 20 en el Senado y de 119 a 94 en la Cámara de Representantes.

Adams, que había sido un gran secretario de Estado en el pasado e iba a ser un gran miembro del Congreso en el futuro, demostró ser un mediocre presidente. Optó por mantener su integridad política hasta el suicidio político. Mantuvo en su cargo a hombres que habían actuado contra él, sobre la base de que hacían bien sus tareas. Designó a opositores en cargos del gobierno, sobre la base de que estaban cualificados para ellos. Se negó a entregarse a ninguno de los juegos políticos que hacen amigos y debilitan a los enemigos, por lo que debilitó a sus amigos y aumentó el número de enemigos.

También operó contra Adams la continua liberalización del proceso "de las elecciones. Originalmente, los Estados habían establecido requisitos de propiedad para votar, lo que había mantenido el voto mayormente en manos de personas ricas y cultas, que no eran propensas a dejarse arrastrar por entusiasmos populares. Los nuevos Estados incorporados desde la Guerra de 1812 carecían de tales requisitos, y los viejos Estados empezaron a eliminarlos.

Naturalmente, todo aquello que favoreciera el voto de todo el mundo redundaba en beneficio de Jackson, que era un héroe popular.

El arancel de las abominaciones.

La impopularidad de Adams y el implacable odio que sentían hacia él los jacksonianos lo obstaculizaron en todo, hasta en el campo en que era más experto: los asuntos extranjeros. Era muy natural, considerando la larga historia de Adams como diplomático y su hoja de servicios como creador de la Doctrina Monroe, que se interesase particularmente por el destino de las repúblicas latinoamericanas; pero hasta sus esfuerzos en esta esfera fueron erróneos.

Canning, el ministro de relaciones exteriores británico, también se interesaba por la América Latina. Había ofrecido unirse a los Estados Unidos en lo que fue luego la Doctrina Monroe y había sido rechazado. Sentía cierto fastidio por ello y estaba decidido a golpear a Estados Unidos en su propio terreno. No necesitaba violar la Doctrina Monroe para hacerlo (aunque probablemente no le hubiera preocupado si lo hacía). Gran Bretaña no necesitaba colonizar América Latina ni subvertir su política; sólo necesitaba comerciar con las nuevas naciones y reducirlas a la servidumbre económica.

Gran Bretaña tenía enormes ventajas sobre Estados Unidos por esa época, pues las mismas naciones latinoamericanas preferían la protección británica y el comercio británico a los de Estados Unidos. Gran Bretaña era más fuerte y más rica que Estados Unidos y, por ello, podía ser de mucha mayor ayuda. Así, cuando Simón Bolívar, uno de los jefes de la revolución latinoamericana, convocó un congreso interamericano en Panamá para crear medios de protección mutua, invitó a Gran Bretaña pero no a Estados Unidos.

Algunas de las naciones latinoamericanas (particularmente México, que lindaba con Estados Unidos y no deseaba tener un enemigo innecesario), también invitaron a Estados Unidos. Adams y Clay aceptaron prestamente la invitación y nombraron dos delegados.

El único problema era que los jacksonianos no estaban dispuestos a aceptar nada que propusiera el gobierno. No asignaron fondos a los costes de la misión, y la disputa fue larga y agotadora. Finalmente, ganó el gobierno, mas para entonces uno de los delegados estaba muerto y, de todos modos, la reunión de Panamá había sido suspendida. Fue un asunto humillante para Estados Unidos, y para Adams en particular.

La rivalidad británico-americana en América Latina podía haber continuado y su encono crecido peligrosamente, pero Canning murió en 1827 y sus sucesores no estaban interesados en competir con los Estados Unidos en esa región del mundo. Una vez más, Estados Unidos ganó por buena suerte, más que por buen sentido.

Otro problema -y mucho peor- que surgió por la enemistad de los jacksonianos concernía a los aranceles.

Los aranceles protectores de 1816, de hecho, no habían protegido suficientemente a las industrias americanas. Los productos británicos aún competían duramente y dejaban en desventaja a las fábricas americanas. Los niveles arancelarios sobre ciertas mercancías fueron elevados en 1818 y 1822, pero aún eran bajos.

Los Estados industriales del Noreste presionaban al gobierno para que efectuase nuevos aumentos. Pero los Estados esclavistas, que seguían siendo agrícolas, estaban firmemente en contra de tales aumentos, pues preferían productos manufacturados más baratos de Gran Bretaña a productos más caros del Noreste. Para ellos, era claro que los aranceles superiores aumentarían la prosperidad del Noreste industrial a expensas del Oeste y Sur rurales.

En los últimos días del Decimonoveno Congreso, cuando el gobierno todavía mantenía el control (pero sabiendo ya que lo perdería en el futuro Vigésimo Congreso), se hizo el intento de hacer aprobar esos aumentos arancelarios antes de que fuese demasiado tarde. El aumento arancelario fue aprobado por la Cámara de Representantes, y luego recibió una votación empatada en el Senado.

Calhoun, como vicepresidente, ocupaba la presidencia del Senado y tenía el privilegio de votar para romper un empate. (En verdad, no podía votar en ninguna otra ocasión.) Como miembro del gobierno y como unionista, cabía esperar que votase por el aumento arancelario. Pero también había figurado en la lista electoral de Jackson, y era más un jacksoniano que un hombre del gobierno. Además, había empezado a pasar del unionismo a la defensa de los derechos de los Estados, como demostró ahora. Votó contra el aumento arancelario y el proyecto de ley quedó anulado.

Luego, cuando el Vigésimo Congreso se reunió por primera vez, en 1827, los jacksonianos, que predominaban en el Congreso, elaboraron un plan verdaderamente maquiavélico. Prepararon un arancel con tasas extremadamente elevadas, establecidas de tal modo que actuasen contra Nueva Inglaterra cuando fuese posible.

Los representantes y senadores de Nueva Inglaterra estaban obligados a votar contra él y serían acusados del fracaso del proyecto de ley. Los jacksonianos, en cambio, podían decir a quienes estaban a favor del arancel elevado que ellos mismos habían presentado el proyecto de ley y que sus opositores habían conseguido hacerlo fracasar. El resultado final, pensaban confiadamente los jacksonianos, sería que todo el mundo estaría por Jackson y nadie por Adams.

La estrategia jacksoniana en el Congreso era conducida, claro está, por Calhoun. Lo secundaba hábilmente Martin Van Burén (nacido en Kinderhook, Nueva York el 5 de diciembre de 1782), un senador de Nueva York desde 1821, partidario de los derechos de los Estados.

Van Burén había apoyado la construcción del canal de Erie, en Nueva York, financiado por el Estado; el proyecto fue completado el 26 de octubre de 1825, gracias al vigoroso impulso que le dio el gobernador De Witt Clinton. (Clinton, nacido en Little Britain, Nueva York el 2 de marzo de 1769, era sobrino de George Clinton, que había sido vicepresidente bajo Jefferson y Madison.) El canal de Erie fue un éxito enorme e hizo de la ciudad de Nueva York el principal puerto por el cual podía efectuarse el comercio entre Europa y el interior americano. Este acceso condujo al fenomenal crecimiento de Nueva York e hizo de ella, con el tiempo, la mayor y más notable ciudad de Estados Unidos, y en muchos aspectos del mundo.

Van Burén había afilado sus dientes políticos en una larga lucha con De Witt Clinton y había ganado, finalmente. Uno de los primeros políticos que creó un sistema de fieles secuaces (una «máquina de partido») que gobernaban su Estado originario mientras él estaba en Washington, fue un temprano ejemplo de un «jefe de partido».

Como era un hombre de escasa estatura y de gran encanto personal, que tenía el arte de ganarse a la gente con una conversación suave y amable, era llamado «el Pequeño Mago». (Posteriormente, fue llamado «el Viejo Kinderhook» [Oíd Kinderhook], por su lugar de nacimiento, y se supone que el uso de distintivos electorales con las iniciales OK [okey] dio origen al uso generalizado del término en los Estados Unidos para significar «sí», o «muy bien», o «todo está en orden».)

Había sido Van Burén quien había convocado la última reunión electoral política de miembros del Congreso en 1824 y había maniobrado para que se nombrase candidato a Crawford. Pero Van Burén percibió claramente la dirección del viento después de la elección; se pasó al bando de Jackson. En adelante no hubo jacksoniano más firme que él.

Con su acostumbrada habilidad, Van Burén activó rápidamente el proyecto de ley de elevados aranceles proteccionistas en el Congreso. Astutamente, obstaculizó a los delegados de Nueva Inglaterra en toda ocasión, toda vez que proponían enmiendas para hacer más sensato el arancel. Finalmente se llegó a la votación y, mientras los hombres de Jackson sonreían con aire satisfecho, los representantes de Nueva Inglaterra votaron a

favor del proyecto. Se emitieron suficientes votos como para ser aprobado. Adams luego lo firmó, y el 19 de mayo de 1828 se convirtió en ley.
Los horrorizados defensores de los derechos de los Estados de las zonas rurales del país llamaron a la ley el «Arancel de las Abominaciones». Los jacksonianos quedaron sin habla; habían caído en su propia trampa. Sus seguidores, si hubiesen tenido otro partido al cual apoyar, habrían abandonado a los jacksonianos inmediatamente.

La desaparición de lo viejo.

El inesperado resultado de la maquinación arancelaria dejó a los Estados rurales, particularmente a los esclavistas, en el más alto grado de frustración. Se acercaba la elección presidencial de 1828, que seguramente enfrentaría de nuevo a Jackson contra Adams en otra ronda de la cálidamente disputada decisión de 1824. Puesto que no podían votar por Adams y el Noreste industrial, los Estados esclavistas tendrían que votar por el jacksonismo, cuyo historial había sido bastante pobre hasta entonces.
Empezó a parecer como si, de un modo u otro, los Estados esclavistas debían ser siempre vencidos en las elecciones por los intereses industriales del Noreste. Además, los Estados occidentales, aun los que tenían esclavos, poseían una tradición democrática que les hacía sentir escasa simpatía por el aire aristocrático de los Estados costeros, más viejos; era dudoso, pues, que se pudiera confiar en el Oeste.
Este sentimiento de desconfianza hacia la mayoría de los otros Estados o hacia todos ellos era más fuerte en Carolina del Sur, donde el espíritu de la aristocracia de viejo estilo estaba aún vivo. Carolina del Sur, por ejemplo, elegía electores presidenciales por el voto de la legislatura estatal, no por elección popular. Por ello, no era sorprendente que Carolina del Sur fuese el más extremo de los Estados esclavistas en la hostilidad a las fuerzas mayoritarias que veía alinearse contra él en el resto de la Unión. Un número creciente de ciudadanos de Carolina del Sur pensó que sólo podían hallar seguridad en la más extrema posición de defensa de los derechos de los Estados.
El 2 de julio de 1827 Thomas Cooper, presidente del Colegio de Carolina del Sur, había planteado en un discurso si era posible siquiera que Carolina del Sur recibiese una apropiada consideración de sus justas necesidades por parte de una coalición hostil de Estados con tradiciones diferentes de las suyas, y si la opción no se estaba convirtiendo en la de «sumisión o separación».
La aprobación del Arancel de las Abominaciones había levantado protestas en muchas legislaturas estatales sureñas, pero Carolina del Sur fue extremada en su reacción. El 19 de diciembre de 1828 la legislatura de Carolina del Sur aprobó resoluciones que denunciaban el arancel en términos enérgicos.
Al mismo tiempo, se publicó un ensayo titulado «Exposición y protesta de Carolina del Sur». No llevaba nombre de autor, pero había sido escrito por Calhoun, el vicepresidente de Estados Unidos, quien ahora completaba de este modo su paso del unionismo a los derechos de los Estados.
El punto principal de la argumentación de Calhoun era que la soberanía estaba realmente en los Estados, es decir, que eran ellos los que finalmente debían decidir en cuestiones legislativas. La unión creada por la Constitución sólo era un acuerdo voluntario entre los diversos Estados, y ningún Estado se hallada obligado a cumplir una ley si pensaba que ella violaba ese acuerdo. Esto significaba que un Estado, frente a una ley federal que consideraba intolerable, podía anularla (declararla inexistente) dentro de sus límites.
Ésta no era una idea nueva. Ya en 1798, cuando, bajo John Adams, Estados Unidos había aprobado leyes represivas que limitaban la libertad de expresión y de prensa, el Estado de Kentucky había aprobado resoluciones que apoyaban la idea de la anulación. Estas

resoluciones también habían sido escritas, anónimamente, por un vicepresidente de Estados Unidos, que a la sazón era Thomas Jefferson. Más aún, bajo los presidentes Jefferson y Madison, algunos sectores de Nueva Inglaterra habían prácticamente desafiado y anulado la ley federal.

Pero con cada década que pasaba la idea de la anulación se hacía más difícil de defender. Medio siglo había transcurrido desde la declaración de la independencia, y un tercio de siglo desde que la Constitución había creado la Unión Federal.

Por entonces, la mayoría de la población había nacido y vivido en la Unión. Estaban habituados a considerarse como americanos, no como nativos de un Estado particular. Estados Unidos había luchado contra Gran Bretaña en la Guerra de 1812, terminada en un empate; había obtenido vastos nuevos territorios; cada día era más rico, más fuerte y más populoso. La idea de desmembrarlo en regiones o Estados individuales y destruir la fuerza, las dimensiones y la riqueza propia de la Unión era cada vez más insoportable.

Tampoco la mayoría de la nación aceptaba la teoría de que la Constitución era meramente el producto de un acuerdo entre Estados. El preámbulo de la Constitución, al exponer las razones de su creación, empezaba con las palabras: «Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos...», y no: «Nosotros, los Estados que constituyen los Estados Unidos...», o «Nosotros, el pueblo de los Estados».

Además, John Marshall, el duro federalista que todavía era presidente del Tribunal Supremo, había declarado firmemente que el gobierno federal era responsable ante el pueblo, y no ante los Estados, y que sólo el Tribunal Supremo, no los Estados, podía decidir si una ley era inconstitucional o no; y los americanos se habían acostumbrado a considerar que la palabra de Marshall era la ley.

La desaparición de los viejos sentimientos favorables a los Estados, no a la Unión, hizo difícil para Carolina del Sur hallar apoyo en el asunto del arancel. Otros Estados podían simpatizar con ella, pero no admitían su posición extrema, y Carolina del Sur quedó aislada.

Sólo los hombres de más de sesenta años podían recordar los días anteriores a la Constitución, pero ahora, bajo el gobierno de Adams, aparecieron algunos intensos recordatorios de aquellos viejos días.

El 14 de agosto de 1824 llegó a Nueva York un recuerdo viviente de la guerra. Se trataba nada menos que del marqués de Lafayette, quien de joven había combatido bajo el mando de Washington y desempeñado un papel de particular importancia en la fundamental batalla de Yorktown*. Había sido invitado por los Estados Unidos a visitar el país que había ayudado a crear, y allí fue con su hijo, para ser honrado y aclamado durante una gira de un año.

Tenía sesenta y siete años y había luchado por la libertad toda su vida. Había tomado parte en la Revolución Francesa como ardiente defensor de la libertad, fue expulsado de la nación cuando la revolución se hizo demasiado extrema para preocuparse por la libertad y retornó bajo Napoleón. Pero fue contrario a Napoleón y luchó por sus ideas liberales después de la caída de éste.

El 17 de junio de 1825, mientras Daniel Webster pronunciaba un discurso, Lafayette puso la piedra angular del monumento a Bunker Hill en Charlestown. El 8 de septiembre volvió a Europa, y allí, durante nueve años más, hasta su muerte, ocurrida el 20 de mayo de 1834, mantuvo firmemente las mismas ideas que lo llevaron a combatir como voluntario junto a los americanos por la independencia y la libertad, más de medio siglo antes.

Un signo más triste del paso del tiempo se produjo el 4 de julio de 1826, el quincuagésimo aniversario de la Declaración de la Independencia. Dos de los firmantes, y sólo dos, habían llegado a ser presidentes de Estados Unidos: John Adams y Thomas Jefferson. Habían sido enconados adversarios políticos a finales de siglo, pero en su retiro, en su vida madura y al

apaciguarse las pasiones, se habían hecho amigos; se escribieron frecuente y afectuosamente durante más de trece años.
Al acercarse el quincuagésimo aniversario de la independencia, John Adams había cumplido sus noventa años, y Jefferson sus ochenta y tres; y ambos estaban enfermos. Era dudoso, en efecto, que Jefferson viviera para ver el aniversario, pero se aferró a la vida lo suficiente para darse cuenta, después de medianoche, que era el 4 de julio; luego, se dejó morir.
John Adams murió unas pocas horas más tarde, y sus últimas susurrantes palabras fueron: «¡Jefferson aún sobrevive!» Pero, ¡ay!, no era así.
Que los dos presidentes signatarios muriesen el mismo día y que este día fuese el centenario de la independencia americana es, seguramente, una de las coincidencias más notables de la historia americana.
Con la muerte de Adams y Jefferson, sólo un firmante de la Declaración seguía con vida: Charles Carroll, de Maryland, quien tenía ochenta y nueve años por entonces, habiendo nacido en Annapolis, Maryland, el 19 de septiembre de 1737. Él y dos signatarios sobrevivientes de la Constitución, Rufus King y James Madison, eran los únicos «Padres Fundadores» que seguían vivos.

3. Andrew Jackson.

La segunda competición.

Nadie dudaba de que la elección presidencial de 1828 sería una repetición de la de 1824. De hecho, fue una continuación de ésta, pues esa vieja batalla nunca se había detenido. Jackson estaba firmemente resuelto a invertir una elección que, estaba convencido, se la habían robado, y la campaña jacksoniana por la presidencia llenó el final del mandato de John Quincy Adams. En octubre de 1825, sólo siete meses después de que Adams asumiera su cargo, la legislatura de Tennessee ya había nombrado nuevamente a Jackson candidato a presidente, y éste renunció al Senado para concentrarse en su campaña.
Luego fue elegido para presentarse junto a él Calhoun, quien era el vicepresidente de Adams. Esto no era una traición, pues en 1824 Calhoun había figurado en la lista electoral de Jackson tanto como en la de Adams.
Los republicanos nacionales, que ahora constituían definidamente un partido separado, volvieron a nombrar candidato a Adams, por supuesto, y como candidato a la vicepresidencia eligieron a Richard Rush, que era secretario del Tesoro bajo Adams.
La gradual democratización del proceso de votación había eliminado barreras y aumentado el número de los capacitados para votar. Mientras que unos 350.000 votaron en 1824, más de 1.150.000 votarían en 1828, una expansión del derecho de voto de unas tres veces y cuarto. La era en que las elecciones estaban en manos de los hombres cultos y acomodados había terminado.
Esto significaba que los políticos tenían que rivalizar por los votos de la gente sencilla y sin educación; y esto, a su vez, implicaba que podían usarse provechosamente graves acusaciones, exageraciones y manifiestas mentiras.
Las elecciones de 1828 fueron las primeras en que se utilizaron las tácticas de campaña electoral sucias a las que Estados Unidos se ha acostumbrado desde entonces. Adams, por ejemplo, que fue uno de los hombres más honestos que hubo nunca en la vida pública, fue acusado de toda clase de corrupciones por hombres que sabían que mentían al hacer sus acusaciones.
Otro factor novedoso fue la aparición de un nuevo tipo de partido.

Hasta 1828, los partidos de Estados Unidos habían actuado sobre la base de alguna filosofía de líneas muy generales que atravesaba todo el espectro de las creencias y la actividad política. Había habido dos de esos partidos por vez, con conjuntos de ideas importantes, y opuestos: por ejemplo, el unionismo de los federalistas y los republicanos nacionales contra las creencias en los derechos de los Estados de los demócratas republicanos y los demócratas.

Pero en 1826 se creó un partido que se basaba en un solo punto estrecho, y por un tiempo creció con sorprendente velocidad. Surgió en relación con una organización llamada la masonería, que se reunía en secreto, confería cargos a sus miembros y efectuaba ritos misteriosos pero esencialmente inocuos.

Los orígenes de la masonería se remontan a tiempos medievales; se había destacado en las Islas Británicas a principios del siglo 18 y de allí se difundió por el resto de Europa y las colonias americanas. En 1734, por ejemplo, Benjamín Franklin fue elegido Gran Maestre de los masones de Filadelfia. Muchas de las figuras del período revolucionario, entre ellas George Washington, eran masones; tal vez hubo hasta tres docenas de ellos entre los Padres Fundadores.

La gran debilidad de la organización masónica era su secreto y el hecho de que sus miembros se complacían en esta clandestinidad y no ponían ninguna objeción a destacar su importancia sugiriendo toda clase de ritos y poderes misteriosos. Como resultado de ello, se hicieron sospechosos de metas y actividades sediciosas; y no se creía en sus negaciones a causa de su secreto. Así, en Europa, estaba difundida la creencia de que los masones se hallaban detrás de toda actividad revolucionaria.

En Estados Unidos también había vagas sospechas, y éstas hicieron crisis por la actividad de William Morgan (nacido en Culpeper County, Virginia, en 1774), un veterano de la batalla de Nueva Orleans que se había establecido en Batavia, Nueva York, en 1823. Había sido masón, pero anunció que había roto con la orden y estaba preparando un libro que exponía todos sus secretos.

El 12 de septiembre de 1826 desapareció, y hasta hoy nadie sabe con certeza qué le ocurrió. Por supuesto, inmediatamente circuló ampliamente el rumor de que los masones lo habían raptado y asesinado. Hubo una histeria general, especialmente cuando, unas semanas más tarde, se publicó la primera parte del libro de Morgan, que estaba lleno de espeluznantes detalles de las presuntas actividades conspirativas de los masones.

Cuando se empezó a investigar la cuestión, resultó que la mayoría de los funcionarios de Nueva York, incluido el mismo gobernador, eran masones. Surgió la cuestión de si no podía haber una nación dentro de la nación, un gobierno dentro del gobierno, si los masones no estaban gobernando secretamente a los Estados Unidos para sus propios fines misteriosos y ocultos.

Un periodista y político de Nueva York llamado Thurlow Weed (nacido en Green County, Nueva York, el 15 de noviembre de 1797) fundó un partido antimasón, que se expandió de Nueva York a los Estados vecinos. Era un partido sin principios ni intereses aparte de ser antimasón, y se declaró adversario de Jackson, pues también él era masón.

El Partido Antimasón fue el primero de los «terceros partidos» de Estados Unidos y también el primer partido «de un tema» (y en modo alguno iba a ser el último). En 1828 ya había alcanzado fuerza suficiente como para provocar el temor de que jackson perdiera el Estado de Nueva York. Van Burén tuvo que presentarse él mismo para el cargo de gobernador y hacer una intensa campaña en el Estado para ponerlo a favor de Jackson.

Gracias a Van Burén, Jackson triunfó en Nueva York, pero la elección fue muy pareja, 140.000 frente a 135.000. En el conjunto de la nación, Jackson ganó en todo el Sur y el Oeste, y ganó por una buena mayoría: 650.000 a 500.000 por el voto popular, y 178 a 83 por el voto electoral. Los sucesos de 1824 fueron vengados.

El 4 de marzo de 1829 Jackson ocupó el cargo de séptimo presidente de Estados Unidos. También dominó el Congreso, pues el Vigésimo primer Congreso, que inició sus sesiones en 1829, era demócrata por 26 a 22 en el Senado y 139 a 74 en la Cámara de Representantes.

La democracia se expande.

La investidura de Jackson marcó una fuerte ruptura en la tradición americana. Hasta entonces, la presidencia había sido ocupada por hombres de las clases superiores, criados en la culta tradición de las regiones costeras. En los cuarenta años transcurridos desde la aprobación de la Constitución, el cargo había sido ocupado por hombres de Virginia durante treinta y dos años y por hombres de Massachusetts durante ocho años.
Jackson era de Tennessee y sólo había recibido una instrucción-general. Violento y rudo, era conocido como «el Viejo Nogal», para indicar que era duro y rugoso como la madera del nogal. Tenía gran confianza en el hombre común, lo cual significaba que abrigaba algunas sospechas con respecto a los hombres cultos. Mientras que los anteriores presidentes podían jactarse de su ascendencia familiar, Jackson había nacido en una cabana de troncos; su éxito (y el crecimiento de la población votante entre los menos acomodados) hizo prácticamente obligatorio para los políticos jactarse de tener orígenes humildes y rechazar toda pretensión de educación y refinamiento. (La riqueza estaba muy bien en sí misma: los políticos podían ser ricos, mientras fueran toscos.)

De hecho, el desprecio de los demócratas jacksonianos por la educación era tal que los amargados republicanos nacionales simbolizaron al Partido Demócrata mediante un asno, y este símbolo ha subsistido hasta hoy.
Jackson fue el primer presidente colorido de Estados Unidos. Antes de él, los presidentes eran investidos en un solemne retiro; pero Jackson invitó al público a la Casa Blanca para celebrar su investidura y, en su entusiasmo, los hombres vociferantes y totalmente bebidos arruinaron todo el mobiliario.
Jackson tampoco mantuvo la solemnidad ni actuó solamente como grave ejecutor de las leyes aprobadas por el Congreso. Presentó activamente proyectos de las leyes que deseaba y no vaciló en vetar las leyes que no le gustaban; fue el primer presidente que constituyó el tipo de líder poderoso y activo al que nos hemos acostumbrado hasta hoy. Sabía que tenía al pueblo con él, y se apoyó en el pueblo contra el Congreso y hasta contra el Tribunal Supremo.
El gradual crecimiento de la democracia, que se mostró del modo más triunfal en el carácter del nuevo presidente, también se manifestó de otras maneras. Así llegaron a introducirse ideas radicales en la corriente americana de ideas.
Por ejemplo, un «Partido de los obreros» fue fundado en la ciudad de Nueva York por trabajadores en paro, en 1829, siguiendo un intento similar de Filadelfia del año anterior. Este partido no duró mucho ni logró nada, pero fue el primer intento de organizar a los obreros. También consiguió dar publicidad a ciertas ideas nuevas -como la creación de escuelas públicas gratuitas y la abolición de la prisión por deudas-que, si bien fueron consideradas ridículas por aquel entonces, con el tiempo llegarían a ser aceptadas.
Luego, también, la idea de abolición de la esclavitud y la extensión de las ideas americanas de libertad e igualdad a to-dos los hombres alcanzó un nuevo nivel de intensidad.
Antes del decenio de 1830, la palabra «abolicionista» era poco conocida, y quienes creían en el fin de la esclavitud eran amables filósofos y cuáqueros que se contentaban con razonar apaciblemente. Benjamín Lundy (un cuáquero nacido en Hardwick, Nueva Jersey, el 4 de enero de 1789) era un hombre semejante; había organizado la Sociedad

Humanitaria de la Unión en 1815 y publicado un periódico antiesclavista que abogaba por la gradual emancipación de los negros y su retorno a África.

En 1829 conoció a William Lloyd Garrison (nacido en Newburyport, Massachusetts, el 12 de diciembre de 1805) y lo convirtió a su causa. Pero Garrison fue hasta el final. No quería la emancipación gradual, sino la inmediata y total libertad para los negros, quienes entonces se convertirían en americanos libres, iguales a los blancos en todo aspecto. Con él surgió la palabra «abolicionismo», a la par de un lenguaje impaciente, extremista y violento que hizo difícil para la causa ganar adeptos.

El 1 de enero de 1831 Garrison fundó The Liberator, que, en su mayor parte, fue financiado por negros libres. Aunque su circulación nunca pasó de los tres mil ejemplares, The Liberator se convirtió en el órgano más destacado del movimiento abolicionista en el país. No sólo se oponía a la esclavitud, sino también a la guerra, la masonería, la prisión por deudas y el .consumo de alcohol y tabaco. Garrison denunció a las Iglesias como órganos del orden establecido; hasta se declaró por la igualdad de los sexos (mientras que la mayoría de los que deseaban liberar a los negros estaban totalmente en contra de todo intento de liberar a la mujer).

Garrison encarnaba todo lo que los Estados esclavistas odiaban y temían. Tampoco eran particularmente populares en los Estados libres él y otros abolicionistas. Pocos ciudadanos estaban preocupados por la esclavitud en otras partes, y casi nadie pensaba en dar la igualdad a los negros; mientras no hubiera esclavos (o negros) en su vecindad, estaban satisfechos. Para el habitante medio de los Estados libres, Garrison era un radical perturbador, por todas las causas que apoyaba ruidosamente, y no sólo por la antiesclavista. (El 21 de octubre de 1835 Garrison estuvo a punto de ser linchado por una muchedumbre en Boston; tuvo que ser encarcelado y escoltado temporalmente fuera de la ciudad para así proteger su vida.)

También surgieron nuevas ideas en temas religiosos. Así, Joseph Smith (nacido en Sharon, Vermont, el 23 de diciembre de 1805), quien pasó su juventud en el Nueva York occidental, pretendía haber tenido visiones allí. Afirmaba que el 22 de septiembre de 1827, cerca de Palmyra, Nueva York, había hallado placas de oro escritas en caracteres egipcios, que él tradujo con la ayuda divina. El resultado fue el Libro de Mormón (publicado en 1830), que pretendía relatar la historia de un grupo de judíos que escapó de Jerusalén cuando ésta cayó en manos de Nabucodonosor y con el tiempo llegó a lo que es ahora los Estados Unidos.

Surgió un grupo de creyentes -popular pero inexactamente llamados «mormones»- que adhirió a ese relato y formó el núcleo de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día. Creado el 6 de abril de 1830, el mormonismo fue el primer movimiento religioso importante de origen totalmente americano.

Otro aspecto de la nueva democracia que surgió provino de la creencia de Jackson en el hombre medio, jackson consideraba de escasa importancia qué hombre ocupase un cargo determinado. Puesto que todos los hombres eran iguales, cualquier hombre podía realizar la tarea, y por lo tanto, ¿por qué no darle el cargo a un amigo, y no a un enemigo?

Hasta la investidura de Jackson, los presidentes habían seguido, más o menos, el principio de permitir que las personas permaneciesen en sus cargos gubernamentales al menos y hasta que mostrasen incompetencia. De Jefferson a John Quincy Adams, había habido una serie de cuatro presidentes, los tres últimos de los cuales habían figurado en los gabinetes de sus predecesores. Los hombres que habían servido a un presidente podían fácilmente servir al siguiente.

Pero luego llegó Jackson, que era un enconado enemigo de su predecesor, y no quería saber nada con los hombres de confianza del régimen anterior. ¿Por qué no echarlos, sin consideración a su competencia y experiencia, y llenar los cargos con fieles jacksonianos?

Fue lo que hizo, y este proceso recibió un nombre para siempre, de William Ncarned Marcy (nacido en Southbridge, Massaehusetts, el 12 de diciembre de 1786), un abogado establecido en Troy, Nueva York, que era un leal aliado de Martin Van Burén. En 1831 entró al Senado por un breve período y allí, el 24 de enero de 1832, pronunció un discurso defendiendo a Van Burén contra las acusaciones de Henry Clay. Hablando de los políticos de Nueva York y su método de recompensar a los hombres de su bando con nombramientos políticos, Marcy dijo: «No ven nada malo en la regla de que los despojos pertenecen al vencedor». La voz «despojos» alude a la armadura y el resto del equipo de un soldado muerto, los cuales, por una larga tradición, pertenecen al soldado que lo mató. Este modo de considerar los cargos públicos como un botín, no como una responsabilidad, ha sido llamado, por ello, desde entonces el «sistema de los despojos».
Jackson en realidad usó este sistema moderadamente, pero sentó el precedente. En el medio siglo siguiente, el sistema de los despojos asoló la política americana, degradando la calidad de los detentadores de cargos y la eficiencia de la labor de gobierno, para incalculable perjuicio de la nación. Además, impuso a todos los funcionarios del gobierno que ocupaban cargos elevados la tarea de asignar los «despojos», sometiéndoles así a interminables solicitudes de políticos menores y cazadores de puestos, y haciéndoles perder innecesariamente el tiempo. Y, por supuesto, todo el que era rechazado se convertía en un enemigo, y no todos los aceptados se convertían en amigos.
Pese a todo, bajo el gobierno de Jackson Estados Unidos aumentó mucho su poder. El censo de 1830 mostró que su población era de 12.866.020 personas, aproximadamente igual a la de Gran Bretaña por aquel entonces. Estados Unidos la había alcanzado finalmente, y sin duda la superaría.
Que esto sería así era seguro no sólo por su vasto territorio, sino también porque se estaban ideando nuevos métodos para penetrar en esos territorios. A comienzos del siglo 19, la máquina de vapor fue utilizada para accionar las ruedas de un vehículo que podía desplazarse sobre rieles metálicos lisos, eliminando de este modo las dificultades del viaje terrestre por terrenos accidentados. Este artefacto -la locomotora de vapor- no sólo podía moverse por sí mismo, sino también arrastrar un largo tren de coches. Así nació el «tren de vía férrea».
Gran Bretaña había estado a la cabeza del desarrollo de la locomotora, pero Estados Unidos no estaba muy atrás. En 1825, un tal John Stevens construyó la primera locomotora de los Estados Unidos que marchaba sobre rieles una distancia de 800 metros cercana a su hogar de Hoboken, Nueva Jersey.
En 1827 fue inaugurado el Ferrocarril de Baltimore y Ohio. El 4 de julio de 1828 se comenzó a construir el primer ferrocarril de pasajeros y carga de los Estados Unidos, y el primer azadazo lo dio Charles Carrol, el último firmante sobreviviente de la Declaración de la Independencia (que a la sazón tenía noventa y dos años). El 24 de mayo de 1830 se inauguraron los primeros veinte kilómetros, y Estados Unidos entró en la era del ferrocarril. A los diez años, sus kilómetros de vías férreas ascendían a tres mil quinientos, y a los treinta años, cincuenta mil.
El ferrocarril abriría el interior mucho más que los ríos y los canales, y haría de la vastedad de Estados Unidos una fuerza, no una debilidad.

«Nuestra Unión Federal...»

Los Estados esclavistas sacaron el máximo provecho de la elección de Jackson. La política de éste era vacilante, pero se oponía a los industriales del Noreste, provenía de un Estado esclavista (al igual que cuatro de los seis presidentes que lo precedieron) y él mismo era propietario de esclavos.

En conjunto, su elección fue suficiente para que los defensores extremistas de los derechos de los Estados de Carolina del Sur tomasen la ofensiva. La «Exposición y Protesta de Carolina del Sur» contra el Arancel de las Abominaciones apareció casi inmediatamente después de la elección de Jackson. Stephen D. Miller, gobernador de Carolina del Sur, proclamó audazmente que la esclavitud no era un mal nacional, sino un beneficio nacional.

Pero lo que necesitaba Carolina del Sur era el apoyo de los otros Estados; hizo todos los esfuerzos posibles para unir a los Estados del Sur y del Oeste (esclavistas o libres) bajo su liderazgo y aislar al Noreste.

Se presentó una ocasión cuando el Noreste cayó presa de su particular desasosiego: que el Oeste en crecimiento pudiera ahogarlo, convirtiendo a los Estados del Noreste, don-de se había iniciado la Guerra de la Independencia, en una minoría de la que se hiciera caso omiso. Con este temor en la mente, el 29 de diciembre de 1829 el senador Samuel A. Foot, de Connecticut, propuso que se restringiera la venta de tierras occidentales para reducir la migración hacia el Oeste.

El senador Benton, de Missouri, se manifestó contra toda posibilidad de frenar el crecimiento occidental, y el 18 de enero de 1830 acusó al Noreste de conspirar contra el Oeste.

Se levantó gozosamente para apoyarlo el senador Robert Young Hayne, de Carolina del Sur (nacido en Colleton District, Carolina del Sur, el 10 de noviembre de 1791). Defendió vigorosamente la posición de Benton y trató de formar una alianza del Sur y el Oeste contra el Noreste. Al hacerlo, Hayne logró retorcer su argumentación para convertirla en un enérgico alegato a favor de los derechos de los Estados y contra una Unión fuerte. Habló elocuentemente con palabras escritas para él por el más destacado de todos los defensores de los derechos de los Estados, Calhoun.

Inmediatamente, Daniel Webster, de Massachusetts, recogió el desafío, y se produjo el «debate Hayne-Webster», el mayor despliegue de oratoria que había visto nunca la nación. Webster, que fue sin discusión el más grande orador de la historia de la nación, había pasado del bando de los derechos de los Estados al del unionismo, así como Calhoun se había desplazado en la dirección opuesta.

Webster negó que el Noreste fuese hostil al Oeste y como aquí estalla en terreno poco sólido, aprovechó la oportunidad de seguir el ejemplo de Hayne y abordó la cuestión del unionismo frente a los derechos de los Estados. Ambos pronunciaron discursos sobre las cuestiones fundamentales: si la Constitución fue creada por los Estados o por el pueblo; si era o no un acuerdo al que cualquier Estado podía dar fin según su voluntad; si podía servirse mejor a la libertad mediante la Unión o si un Estado que aspirase a su libertad no estaría justificado en abandonar la Unión.

El 26 y el 27 de enero de 1830 Webster pronunció un discurso de dos días que, por consenso general, fue considerado el más grande de los suyos. (Desgraciadamente, esto fue antes de los fonógrafos, las radios y la televisión, y no tenemos manera de saber cómo fue, excepto por los informes admirativos de quienes lo oyeron.)

Webster proclamó inflexiblemente a la Unión Federal superior a los Estados y responsable sólo ante el pueblo. Insistió en que sólo la Unión podía asegurar la libertad y la prosperidad, y en que la desunión sólo traía el desastre. No había modo de establecer diferencias entre la libertad y la Unión. Esperaba no ver nunca el día en que la Unión llegase a su fin, y éstas fueron las últimas frases de su discurso:

Cuando mis ojos contemplen por última vez el sol en el cielo que no lo vea yo brillar sobre los fragmentos rotos y deshonrados de una Unión antaño gloriosa; sobre Estados separados, discordantes, beligerantes; sobre una tierra desgarrada por las disputas civiles o, quizá, anegada de sangre fraterna. Que su débil y persistente mirada contemple, en cambio, la magnífica enseña de la república, hoy conocida y honrada en toda la Tierra, aún

plenamente desplegada, sus armas y trofeos brillando con su lustre original, sin ninguna franja borrada ni manchada, sin una sola estrella oscurecida, llevando como lema, no una miserable pregunta como «¿de qué vale todo esto?» ni esas otras palabras engañosas y absurdas: «la libertad primero y la Unión después», sino, en todas partes, estampada en vivos caracteres, resplandeciente en todos sus amplios pliegues, al ondear sobre el mar y sobre la tierra, y a todos los vientos bajo la totalidad de los de la expresión de este otro sentimiento, caro a todo verdadero corazón americano: ¡Libertad y Unión, ahora y siempre, unidas e inseparables!

El discurso tuvo un profundo efecto sobre muchas personas de la nación y ha seguido resonando en la historia, pero Carolina del Sur permaneció inmutable. Después de todo, Webster era un senador enemigo, del odiado Noreste; sus palabras podían ser ignoradas. Lo que realmente importaba era la actitud del presidente Jackson.

Hayne concertó con Benton la celebración del Día de Jefferson, para el 13 de abril de 1830, el octogésimo sexto aniversario del nacimiento de Jefferson. Sería una demostración de la nueva unidad del Oeste y el Sur. Jackson fue invitado y asistió a la celebración, se esperaba que en esta ocasión se pusiera del lado de los derechos de los Estados y junto a Carolina del Sur, aislando y dejando en la impotencia el Noreste.

Se hicieron veinticuatro brindis, la mayoría de ellos exaltando los derechos de los Estados con arrebatada emoción, mientras Jackson esperaba sentado y en silencio. Había planeado cuidadosamente lo que diría cuando llegase su turno.

Finalmente, los ojos se centraron sobre él. Se levantó elevó su copa y dijo, firme y ásperamente: «Nuestra Unión Federal... debe ser conservada».

Y si Jackson decía que debía ser conservada, nadie en los Estados Unidos podía abrigar la menor duda de que usaría todo su poder para vigilar que así fuera. Jackson siempre hablaba muy en serio, y ahora no podía haber ninguna duda de que era un unionista.

Para Jackson, sin duda, era una cuestión de principio, pero estaba involucrado también otro factor. Cuando hizo su brindis, miró fijamente a Calhoun, pues sabía que su vicepresidente era la fuente misma de la anulación.

Calhoun, nervioso y desalentado, trató de neutralizar el efecto del brindis de Jackson rindiendo homenaje también a la Unión, pero en términos mucho menos absolutos. Dijo: «Nuestra Unión, después de nuestra libertad, es lo más caro para nosotros. Ojala que siempre recordemos que sólo puede ser conservada distribuyendo los beneficios y las cargas de la Unión».

Pero la torva mirada de Jackson no vaciló ni se suavizó. Los dos hombres habían llegado al punto de ruptura, y con la bien desarrollada capacidad para el odio de Jackson, no había ninguna posibilidad de que apoyase ninguna doctrina de Calhoun.

Los problemas entre Jackson y Calhoun habían comenzado por una cuestión más trivial.

Jackson, con su pasión por el hombre común, había llenado su gabinete de nulidades, excepto Martin Van Burén. (Van Burén, después de presentarse como candidato a gobernador para mantener el Estado a favor de Jackson y habiendo sido elegido, rápidamente renunció para ocupar la Secretaría de Estado, cargo que por entonces aún era considerado como el camino hacia la presidencia.)

Como secretario de Guerra, Jackson eligió a un viejo amigo personal suyo pero de escasa distinción, un rico senador de Tennessee, John Henry Eaton (nacido en Halifax, Carolina del Norte, el 18 de junio de 1790). Su esposa había estado bajo la tutela de Jackson, pero había muerto, y la mirada del viudo se había fijado en los maduros encantos de Margaret («Peggy») O'Neale, de treinta y dos años. Era hija de un tabernero y su primer marido había muerto en 1828.

Circularon muchos rumores sobre Peggy O'Neale; para las mujeres respetables, una «moza de taberna» era necesariamente una persona de poca moral. Se insinuaba que era la amante de Eaton, y algunos decían que su marido había labrado su propia ruina por desesperación, a causa de la infidelidad de su esposa.

Pero Jackson no creía nada de esto. No sólo era un caballero galante (e ingenuo) que siempre gustaba de creer en la resplandeciente pureza de las mujeres, sino que había pasado por una desgarradora experiencia similar con su propia esposa. El había sido su segundo marido y se habían planteado algunas dudas sobre la legalidad de su divorcio, y algunos se preguntaban si no vivía con Jackson en el pecado. Aunque hubiera habido alguna irregularidad en el divorcio, era claro que ni Jackson ni su esposa eran culpables de ella; pero la difamación inseparable de una campaña presidencial sucia había provocado, pensaba Jackson, su muerte, de vergüenza y aflicción.

Jackson estaba seguro de que las calumnias contra Peggy O'Nealc eran lanzadas por la misma clase de villanos que habían acosado a su propia esposa, y defendió a la primera con el mismo vigor con que había defendido a la segunda. Urgió a Eaton a que se casase con ella. El casamiento tuvo lugar el 1 de enero de 1829, y luego Eaton fue nombrado secretario de Guerra.

Pero ahora se planteó la cuestión de la aceptabilidad social de la esposa de Eaton. Jackson podía proclamarla casta y pura desde la altura del sillón presidencial, pero ni siquiera Jackson en toda su furia podía obligar a las esposas aristocráticas de los miembros de su gabinete, amuralladas en su super respetabilidad, a inclinarse ante una moza de taberna.

Floride Calhoun, la esposa del vicepresidente, no quiso saber nada de la señora de Eaton, y las otras esposas de los miembros del gabinete la imitaron. Era claro que Jackson no era un hombre con quien se podía jugar, pero los nerviosos hombres de su gobierno no podían hacer nada con sus esposas.

Sólo Van Burén podía adular a la camarera esposa/amante del secretario de Guerra, y podía hacerlo porque era viudo y no tenía que enfrentarse con las susceptibilidades de una esposa. El «Pequeño Mago» obsequiosamente hizo zalemas a la señora de Eaton, y Jackson observó y apreció su cortesía.

Pero Calhoun no perdió el favor de Jackson sólo porque no pudiese persuadir a su esposa a ser razonable. Por la misma época en que Jackson fulminó con su mirada al vicepresidente y exigió la conservación de la Unión Federal, también se enteró por primera vez de que diez años antes, cuando el futuro presidente daba vueltas por la Florida, había sido Calhoun quien había pedido que se le hiciese un consejo de guerra a Jackson. (Jackson se enteró de esto por el deliberado cotilleo de William Crawford, uno de los candidatos de 1824, quien se lo contó por enemistad con Calhoun.)

Jackson siempre había creído que Calhoun lo había apoyado y que había sido John Quincy Adams quien había querido formarle consejo de guerra. El descubrimiento de que se había equivocado, que era al revés de lo que había creído y que, por ignorancia, se había aliado con su enemigo casi enloqueció a Jackson. Exigió una explicación a Calhoun, y éste respondió con una larga carta que se iba por las ramas y no consiguió engañar al presidente. Toda relación entre los dos hombres quedó cortada.

Era muy probable que Jackson fuese suficientemente popular como para influir en la sucesión a la presidencia mediante su apoyo a uno u otro candidato, como habían podido hacerlo Jefferson y Madison. Era claro ahora que este apoyo jamás, jamás, jamás, en ninguna circunstancia, sería para Calhoun.

Calhoun lo sabía y, con la pérdida de toda posibilidad de llegar a la presidencia, todo resto de afecto que pudiese sentir por la Unión desapareció. A partir de ese momento era un cabal ciudadano de Carolina del Sur y sus únicos intereses eran los de su Estado.

En cuanto a Van Burén, ofreció aliviar la intolerable situación reinante en el gabinete, por la cuestión de la señora Eaton, mediante su renuncia. Jackson no quería perder a Van Burén, pero éste le explicó que, si renunciaba, fácilmente podía lograrse que Eaton lo imitase y, entonces, Jackson podría reorganizar el gabinete y empezar de nuevo.

Jackson, nuevamente agradecido por el astuto consejo de Van Burén, llevó a cabo este plan, y en la primavera de 1831 nombró un nuevo gabinete, conservando solamente al director general de Correos. Envió a Van Burén y a Eaton al exterior como embajadores, al primero a Gran Bretaña y al segundo a España.

Después de algunos meses, finalmente se efectuó en el Senado la votación concerniente al nombramiento de Van Burén. La votación quedó en un empate y correspondió al vicepresidente Calhoun emitir el voto decisivo, el 25 de enero de 1832. Calhoun no tenía nada que perder, de modo que eliminó al candidato presidencial votando negativamente. Van Burén perdió la embajada, pero esto no importaba, pues Jackson tenía a su disposición otros y mejores dones.

Los franceses y los indios.

Fue afortunado el hecho de que, mientras Jackson ocupó la presidencia, hubiera una profunda paz exterior y prácticamente no surgiesen problemas que la perturbasen en las relaciones exteriores. Por su temperamento precipitado y su firme resolución, cualquier dificultad exterior habría aumentado rápidamente hasta convertirse en un serio problema.

Estaba, por ejemplo, el caso de las reclamaciones americanas contra Francia por daños a la propiedad americana durante las guerras napoleónicas. Otras naciones habían reclamado por daños y Francia les había pagado a todas... a todas excepto a los Estados Unidos. Era claro que Francia consideraba que podía ignorarse sin riesgos a la joven república del otro lado del mar.

Jackson no era hombre para soportar pacientemente tal tratamiento; empezó a presionar por un acuerdo con creciente dureza. El 4 de julio de 1831 Francia, finalmente, convino en pagar veinticinco millones de francos en seis plazos anuales, siempre que su legislatura aprobase el acuerdo.

La legislatura se negó a aprobarlo, y el gobierno francés dijo a los Estados Unidos que lo sentía mucho pero que no podía hacer nada. Jackson inmediatamente puso la armada en pie de guerra y exigió medidas enérgicas, incluso represalias contra la propiedad francesa en Estados Unidos.

Tras esto, los franceses rompieron relaciones y convinieron en aprobar el pago si Jackson se excusaba de ciertas observaciones que había hecho, tapando así su propia humillación con la humillación más obvia del americano. Pero Francia juzgó mal a Jackson, quien solamente intensificó sus duras palabras, y por un momento pareció (para la considerable inquietud de Francia) que habría guerra.

Afortunadamente, Gran Bretaña se ofreció como mediadora. Francia pagó las reclamaciones, Jackson se vio obligado a desdecirse refunfuñando de algunas acres observaciones y en la primavera de 1836 todo quedó resuelto*.

Durante el gobierno de Jackson, el largo martirio de los indios llegó a una nueva etapa. Ahora, los indios que quedaban en los diversos Estados de la Unión estaban, en su mayoría, inermes ante el poder organizado de los hombres blancos. Ya no podían librar guerras; sólo podían apelar a los tribunales.

Cuando se descubrió oro en Georgia, en una región que había sido asignada a la tribu cherokee, el hombre blanco penetró en ella y los tratados con los indios fueron rotos tan fácil y tan insensiblemente como todos esos tratados, antes y después. Los indios los

llevaron a juicio y el caso llegó al Tribunal Supremo. Luego, el viejo John Marshall decidió que era el gobierno federal el que gobernaba los territorios indios y que las leyes de Georgia contra los cherokees eran inconstitucionales.
Georgia desafió el veredicto y Jackson se negó a hacer nada. El viejo luchador contra los indios no estaba en el poder para apoyar a los pieles rojas contra el hombre blanco. Se le atribuyeron estas palabras: «John Marshall ha tomado su decisión; ¡pues ahora que la ponga en práctica!».
En verdad, lo que Jackson impulsó fue el gradual y complejo traslado de todos los indios a tierras situadas al oeste del Mississippi. Esto se llevó a cabo gradualmente, pero no de modo totalmente pacífico.
Estaba, por ejemplo, el caso de Halcón Negro, jefe de una tribu que vivía en el lado de Illinois del río Mississippi. Halcón Negro, nacido en Illinois en 1767, había combatido en el bando británico durante la Guerra de 1812 y no sentía ningún amor por los americanos, que habían acosado constantemente a su pueblo. En 1831, la tribu fue persuadida a que abandonase su tierra y se trasladase al oeste del Mississippi. Halcón Negro sostenía que el acuerdo había sido el resultado de una treta ilegal, y cuando empezaron a pasar hambre al oeste del río llevó a mil personas de su tribu, incluso mujeres y niños, de vuelta a las viejas tierras de Illinois, con la esperanza de que se les permitiera quedarse allí.
Pero no se les permitió. El gobernador de Illinois llamó a las tropas estatales y convirtió la cuestión en lo que se llamó la Guerra de Halcón Negro, en la que los indios fueron perseguidos y diezmados sin mucha dificultad.
Un residente de Illinois que se presentó como voluntario para el servicio y condujo una compañía de soldados (pero no vio indios ni entró en acción) fue un joven tendero llamado Abraham Lincoln (nacido en una cabaña cerca de lo que llegaría a ser Hodgenville, Kentucky, el 12 de febrero de 1809). Cuando Halcón Negro fue capturado, se lo confió a un graduado reciente de West Point, el teniente Jefferson Davis (nacido en lo que es ahora Fairview, Kentucky, el 3 de junio de 1808)*.
El único lugar del Este donde los indios aún podían luchar era en Florida, que todavía no constituía un Estado. Los seminólas de esta región recibieron la orden de evacuarla, pero muchos se negaron a marcharse. Habían combatido al general Andrew Jackson en 1818 y ahora estaban dispuestos a combatir al presidente Andrew Jackson. En noviembre de 1835, bajo el mando de Osceola (nacido cerca del río Tallapoosa, Georgia, alrededor de 1800), tomaron las armas y así empezó la Segunda Guerra Seminóla.
Los seminólas, cuyo santuario eran las tierras cenagosas, rechazaron al ejército americano durante toda la presidencia de Jackson. Osceola fue capturado en octubre de 1837, cuando el ejército americano, traidoramente, no respetó una bandera de tregua, pero los seminólas siguieron luchando casi hasta que cayó el último de sus hombres.
El 14 de agosto de 1843 Estados Unidos, finalmente, anunció el fin de la guerra, y la paz del exterminio, o poco menos, flotó sobre Florida. Pero no hubo ningún tratado de paz formal, y hasta hoy los mil seminólas que quedan en Florida pueden ser considerados, legalmente, como en guerra con los Estados Unidos.
Todo este asunto costó a los americanos mil quinientas vidas y unos veinte millones de dólares. Fue la guerra india más costosa que libró nunca Estados Unidos.

El Banco y la reelección.

Pero Francia y los indios sólo eran problemas secundarios. Otras cuestiones preocupaban mucho más a Jackson. Una de ellas, por ejemplo, era su guerra con Calhoun, no por cuestionas meramente personales como el pedido de consejo de guerra hecho por Calhoun

en 1818 o el desaire de la señora de Calhoun a la bonita Peggy Eaton, sino por el enfrentamiento entre el unionismo y los derechos de los Estados.
Después de todo, el Arancel de las Abominaciones de 1828 estaba volviendo locos a los de Carolina del Sur. Podía acusarse a su defectuosa economía de depender en demasía del cultivo del algodón y de un ineficiente sistema de trabajo esclavista, pero pocos ciudadanos de Carolina del Sur veían la situación de este modo. El Estado prefería acusar de todos sus males al arancel y, conducido por Calhoun, su exigencia de anulación de éste se hizo más ruidosa.
Jackson no podía permitir la anulación. Él mismo no gustaba del arancel pero pensaba que no correspondía a los Estados individuales anularlo, ni ninguna ley federal. Sólo el Congreso podía eliminar el arancel. Por ello Jackson declaró abiertamente que el Arancel de 1828 era constitucional, y luego puso manos a la obra para elaborar otro arancel que fuese más aceptable para los Estados esclavistas, y para Carolina del Sur en particular. Lo mejor que pudo lograr en esta dirección fue el Arancel de 1832.

Esta ley redujo algunas de las tasas más exageradamente elevadas de 1828, pero aún era fuertemente protector. En modo alguno logró satisfacer a los partidarios de la anulación de Carolina del Sur, y los espectros de la anulación y el caos siguieron flotando sobre la nación.
Y cuando se acercaban el año 1832 y una nueva elección presidencial, surgió un nuevo problema. Se trataba del Banco de los Estados Unidos.
Bajo Nicholas Biddle, el Banco fue administrado bien y con eficiencia; mantuvo la economía americana en equilibrio. Sin embargo, siempre actuaba de acuerdo con los intereses de los conservadores hombres de negocios del Noreste. Mantenía una rígida política monetaria que era buena para los hombres de negocios, pero mala para los granjeros; buena para los acreedores, y mala para los deudores; buena para los ricos, y mala para los pobres. Naturalmente, había un difundido resentimiento contra el Banco en todo el Oeste y el Sur.
El senador Benton, de Missouri, enemigo del Banco desde mucho tiempo atrás, lanzó un vigoroso ataque contra él en un discurso pronunciado en febrero de 1831, y era claro que tenía el respaldo del presidente Jackson.
Biddle podía haber ignorado la cuestión. El momento de la renovación de la carta del Banco no llegaría hasta 1836. En cinco años podían suceder muchas cosas.
Pero Biddle no estada seguro de poder ignorar la situación. La popularidad de Jackson parecía abrumadora, y si tenía cinco años para consolidar su posición, no habría ninguna posibilidad de renovar la carta. ¿No sería mejor actuar ahora, rápidamente, tomando a los jacksonianos por sorpresa, y haciendo aprobar la renovación antes de que la oposición se percatase de lo que estada ocurriendo?
Biddle consultó a Clay, el astuto político que conducía la oposición a Jackson. Clay conocía el ánimo del Congreso y también tenía muy presente la próxima elección. Le dijo a Biddle que siguiese adelante.
Así, se presentó un proyecto de ley ante el Congreso para renovar la carta del Banco, y en marzo de 1832 fue aprobado por ambas Cámaras, gracias al apoyo abierto de Clay y Webster y al apoyo menos abierto de Calhoun (no por convicción, sino para debilitar a Jackson).
Luego el proyecto de ley pasó a Jackson para su firma y, según el razonamiento de Clay, esto ponía al presidente en un dilema. Si firmaba el proyecto, el Banco estaba seguro y las fuerzas antijacksonianas se fortalecerían. Si vetaba el proyecto, podía ser acusado de irresponsabilidad fiscal en las próximas elecciones y la gente, temiendo el caos monetario, votaría contra él. En ambos casos, razonaba Clay, Jackson se debilitaría.

Pero-mientras Clay confiaba en la razón, Jackson, como siempre, apeló a la emoción. Vetó el proyecto de ley con un vigoroso mensaje en el que alimentaba deliberadamente todos los prejuicios del Sur y del Oeste contra el Noreste. Aunque Clay no se daba cuenta de ello, porque aún no había llegado a comprender la nueva democracia, era Jackson quien tenía mejores cartas.
Pero en la elección que se acercaba, ni Jackson ni Clay eran los primeros en la competición. El Partido Antimasón, que se había destacado en Nueva York en 1828, se había expandido hasta el punto de que era ahora un partido nacional, y decidió presentar su candidato para la presidencia.
La antimasonería que había servido de excusa para su formación había enmudecido y se habían añadido otros puntos de vista. Era nacionalista y deseaba mejoras internas, y, sobre todo, era antiesclavista y antialcoholista. Se habían fundado muchos periódicos que expresaban el punto de vista antimasón; el partido había influido y ganado en elecciones locales; ¿por qué no hacer un intento nacional, entonces?
Puesto que los antimasones no tenían representación en el Congreso ni dominaban ninguna de las legislaturas estatales, no podían adoptar los viejos métodos para elegir un candidato a presidente (la reunión electoral del Congreso o el voto legislativo). Por ello, los antimasones se vieron obligados a convocar una conferencia de miembros activos del partido de toda la nación para elegir un candidato. El 26 de septiembre de 1831, por lo menos 116 miembros provenientes de trece Estados se reunieron en Baltimore en una «Convención Nacional», y esto sentó una costumbre. Los antimasones hicieron, inadvertidamente, una contribución duradera a la política americana, pues desde entonces todas las elecciones de candidatos para la presidencia fueron efectuadas por tales convenciones nacionales.
Muchos de los antimasones deseaban nombrar candidato a Henry Clay, pues, en general, las ideas del Partido Antimasón se habían acercado a las de los republicanos nacionales. Pero tal coalición habría hundido al Partido Antimasón; decidieron elegir un candidato independiente.
En la primera votación, la elección recayó en William Wirt, de Virginia (nacido en Bladensburg, Maryland, el 8 de noviembre de 1772), quien había sido un eficiente y capaz ministro de Justicia durante doce años, bajo Monroe y Adams. Amos Ellmaker, de Pensilvania (nacido en 1787), fue elegido candidato a vicepresidente. Otra innovación hecha por los antimasones fue adoptar una plataforma política, en la que se esbozaban principios partidistas. También esto se convirtió en una característica regular de las campañas presidenciales.
Los republicanos nacionales, adoptando la idea de la convención, también se reunieron en Baltimore. Podían haber apoyado a Wirt y unido las fuerzas antijacksonianas, pero no podían abandonar a su líder, de modo que eligieron a Clay, quien se preparó para su segundo intento de alcanzar la presidencia. Como candidato a vicepresidente eligieron a John Sergeant, de Pensilvania (nacido en 1779), el miembro sobreviviente de la desdichada delegación enviada al Congreso de Panamá por Adams.
En cuanto a los demócratas, se reunieron en Baltimore el 21 de mayo de 1832 y eligieron a Jackson (por supuesto) unánimemente. Para vicepresidente siguieron las órdenes de Jackson y, con menos entusiasmo, eligieron a Martin Van Burén. Ésta fue la primera recompensa por su lealtad en el asunto de Eaton. El deliberado intento de Calhoun de destruir políticamente a Van Burén votando su descalificación como embajador en Gran Bretaña cuatro meses antes tuvo, así, un efecto bu-merán.
La Convención Demócrata adoptó una regla por la cual nadie podía ser elegido candidato a presidente si no obtenía el voto favorable de dos tercios de sus miembros. Esta regla aspiraba a que los candidatos elegidos tuviesen un fuerte apoyo del partido; sin embargo,

fue una interminable fuente de problemas para el Partido Demócrata en el curso del siguiente siglo.
Clay, convencido aún de que el veto de la ley sobre el Banco era un punto débil para Jackson, hizo de esto el gran tema de la campaña. Jackson lo enfrentó directamente, y fue él quien estimó correctamente el sentimiento popular. También actuó contra Clay el Partido Antimasón, que perjudicó a los republicanos nacionales mucho más que éstos a los demócratas, al atraer muchos votos que en otras circunstancias habrían sido para Clay.
El resultado fue la victoria de Jackson. Éste obtuvo 687.502 votos, contra 530.189 para Clay. Los votos de Wirt, aunque escasos en comparación, costaron a Clay varios Estados, de modo que en el colegio electoral la votación fue de 219 para Jackson contra sólo 49 para Clay. El Partido Antimasón logró ganar en un Estado, Vermont, y obtuvo siete votos electorales. La legislatura de Carolina del Sur (que efectuó la votación por el Estado) dio sus 11 votos a John Floyd, de Virginia.
Jackson conservó el dominio de la Cámara de Representantes por la misma mayoría, más a menos, que tenía en los dos Congresos de su primer mandato; pero la minoría republicana nacional decayó, pues no menos de cincuenta y tres escaños fueron ocupados por los que se llamaban a sí mismos antimasones. (Ningún otro tercer partido ha tenido nunca mayor representación en el Congreso.) En el Senado, los demócratas y los republicanos nacionales tenían veinte escaños cada uno, y los antimasones ocho.
Estas elecciones fueron el fin del Partido Republicano Nacional, de corta vida, que había sido derrotado dos veces por Jackson. La victoria de Jackson alarmó a los conservadores de todo el país; comprendieron ahora que era absurdo dividirse en partidos separados. En 1834 se formó un nuevo partido antijacksoniano, con la combinación de los republicanos nacionales y los antimasones. (Los antimasones desaparecieron inmediatamente, sólo dos breves años después de su meteorice ascenso al plano nacional.)
Se necesitaba un nuevo nombre para el partido, un nombre breve, conciso y carente de significado (para que el partido sólo quedase comprometido a ser antijacksoniano). El nombre elegido fue whig, que era también el nombre de uno de los dos partidos de Gran Bretaña. El otro partido británico era el de los lories, nombre odiado en Estados Unidos, pues se había aplicado a los leales pro británicos en los días revolucionarios. Quizá los whigs americanos esperaban que el partido de Jackson quedase salpicado con ese nombre.
Durante un cuarto de siglo después de la reelección de Jackson, la lucha política en Estados Unidos fue entre los demócratas, que se inclinaban a defender los derechos de los Estados, y los whigs, que se inclinaban hacia el unionismo.

La anulación.

La negativa de Carolina del Sur a dar sus votos electorales a Jackson fue un signo inquietante de que seguía su propio camino. Ni el furor por la cuestión del Banco ni la campaña presidencial apartó la atención de Carolina del Sur del arancel. En verdad, mientras se desarrollaba la campaña, la disputa por la anulación se acercaba a una crisis.
Después de todo, no era sólo el asunto del arancel lo que corroía a los ciudadanos de Carolina del Sur, sino la sensación de formar parte de una nación hostil. Muchos, en los Estados esclavistas, daban por cierto que los abolicionistas de los Estados libres estaban estimulando deliberadamente las rebeliones de esclavos y poniendo en peligro la vida misma de los blancos de los Estados esclavistas.
Que el peligro de las rebeliones de esclavos era real parecía probado por un incidente ocurrido en Virginia. Allí un esclavo negro llamado Nat Turner (nacido en Southampton County, Virginia, en 1800), que veía visiones y se sentía guiado por la divinidad, decidió sacar a su pueblo de la esclavitud. El 21 de agosto de 1831 él y siete seguidores

irrumpieron en la casa del amo de Turner y lo mataron, junto a otros cinco miembros de su familia.
Al día siguiente, la banda de Turner aumentó a cincuenta y tres, y en el curso de ese día otros cincuenta y cinco blancos fueron muertos. Mas, para entonces, se reunieron blancos armados y dispersaron la banda. Estos blancos procedieron a perseguir a negros sospechosos, matando a unos cien (la mayoría inocentes). Nat Turner fue capturado el 30 de octubre y fue colgado, junto con otros dieciséis, el 11 de noviembre.
Aunque ningún abolicionista había tenido nada que ver con este incidente, y aunque muchos esclavos habían luchado para proteger a sus amos en el curso de ese breve día de horror, la «Insurrección de Turner», como fue llamada, tuvo un efecto tremendo sobre los Estados esclavistas. Atemorizó a todo amo de esclavos, haciéndole mirar a sus propios esclavos con sospecha y detestar a los agitadores de los Estados libres, de quienes pensaba que estaban trastornando a esos esclavos. Se intensificaron las medidas policiales contra los esclavos, y desapareció la última esperanza de moderación en el tema de los Estados esclavistas.
No es sorprendente, pues, que Carolina del Sur considerase que no podía sentirse segura a menos que tuviese el poder de decidir qué leyes federales tendrían vigencia dentro de sus límites. Calhoun continuó su campaña activa y eficaz por la anulación, al igual que el gobernador del Estado, James Hamilton (nacido en Charleston, Carolina del Sur, el 8 de mayo de 1786). En octubre de 1832, las elecciones en Carolina del Sur aplastaron completamente el sentimiento unionista en el Estado, y Hayne (el del debate Hayne-Webster) fue elegido como sucesor de Hamilton.
Tan pronto como terminó la elección, Hamilton convocó una sesión especial de la legislatura para considerar el problema de la anulación. La legislatura, reunida el 22 de octubre, a su vez convocó una convención estatal, que se reunió en Co-lumbia, capital del Estado, el 19 de noviembre.
En esta convención se aprobó una ordenanza declarando inconstitucionales los Aranceles de 1828 y 1832 y anulándolos dentro de los límites de Carolina del Sur. Prohibía toda recaudación de impuestos después del 1 de febrero de 1833, prohibía llevar la cuestión ante el Tribunal Supremo y declaraba que si el gobierno federal hacía algún intento para recaudar esos impuestos, Carolina del Sur se separaría totalmente de la Unión.
Jackson reaccionó con su característico vigor. Mientras la campaña por la anulación estaba llegando a una crisis en octubre, Jackson había puesto en pie de guerra los fuertes de Charleston Harbor. Sobre las fuerzas armadas destacadas en Carolina del Sur puso al general de División Winfield Scott (nacido cerca de Petersburg, Virginia, el 13 de junio de 1786), quien se había desempeñado bien en la Guerra de 1812* y era el soldado más capaz de Estados Unidos.
El 10 de diciembre Jackson hizo pública una enérgica proclama negando el derecho de ningún Estado a anular leyes o a abandonar la Unión. La anulación y la secesión eran, para Jackson, casos de traición, y serían tratados como tales.
Hayne, quien asumió su cargo el 13 de diciembre, no cedió, sino que mantuvo la ordenanza después de la proclama de Jackson. Carolina del Sur empezó a reclutar tropas, y éstas fueron puestas bajo el mando del ex gobernador Hamilton, quien había luchado en la Guerra de 1812.
Y el 28 de diciembre Calhoun, a quien sólo quedaban dos meses en la vicepresidencia, renunció para ocupar el puesto de Hayne en el Senado. Juzgó, con razón, que podía hacer más por la causa de Carolina del Sur como senador activo que como vicepresidente. (Éste es el único ejemplo en la historia de los Estados Unidos en que un presidente o vicepresidente renunció a su cargo en condiciones honorables.)

Carolina del Sur hacía todo lo posible para persuadir a otros Estados esclavistas a que adoptaran su posición, pero en esto fracasó. Había considerable simpatía por el Estado en pie de batalla, pero también una clara renuencia a emprender acciones por él.

El aislamiento de Carolina del Sur fortaleció la posición de Jackson, quien el 16 de enero de 1833 pidió al Congreso que aprobase lo que fue llamado «Proyecto de Ley de Uso de la Fuerza», que lo facultada para recaudar aranceles aduaneros a punta de bayoneta si era necesario. El proyecto fue aprobado por el Congreso y firmado por Jackson, con lo que se convirtió en ley el 2 de marzo de 1833, dos días antes del comienzo del segundo mandato de Jackson.

No hay duda de que, con esta ley que lo autorizaba a usar la fuerza, Jackson habría enviado un ejército a Carolina del Sur, y hasta lo hubiera conducido, de ser necesario. Que Jackson se echase atrás era inimaginable. Estados Unidos estaba al borde de la guerra civil.

Pero nadie deseaba una guerra civil realmente, y aun mientras Jackson estaba tratando imperiosamente de hacer aprobar el Proyecto de Ley de Uso de la Fuerza, los compromisarios estaban trabajando afanosamente. El principal de éstos era el mismo Clay, el Gran Compromisario. Clay estaba totalmente dispuesto a permitir que se aprobase el Proyecto de Ley de Uso de la Fuerza, para que quedase establecido el principio de que un Estado no puede dictar la ley por su cuenta. Al mismo tiempo, urgió a que se rebajase el arancel, para que Carolina del Sur tuviese la oportunidad de dar marcha atrás honorablemente.

Así se hizo. Se aprobó apresuradamente un arancel inferior, que también incluía una estipulación para la ulterior disminución de los impuestos por un período de diez años. El mismo día en que Jackson firmó el Proyecto de Ley de Uso de la Fuerza, también firmó el nuevo arancel, para presentar a Carolina del Sur al mismo tiempo el palo y la zanahoria.

Carolina del Sur decidió aceptar la zanahoria. A regañadientes, suspendió la vigencia de su ordenanza de Anulación, el 15 de marzo de 1833, y empezó a pagar derechos de aduana nuevamente. Así, no fue necesario usar la fuerza. Por otro lado, Carolina del Sur salvó las apariencias, tres días más tarde, «anulando» la Ley de Uso de la Fuerza.

La crisis estaba superada y ambas partes podían reclamar la victoria. Los unionistas se habían mostrado dispuestos al uso de la fuerza y podían señalar que Carolina del Sur había abandonado su actitud de defensa de la anulación. Carolina del Sur había mostrado su resolución y podía señalar que el gobierno federal había renunciado a su elevado arancel.

Pero el punto principal -si la supremacía correspondía a la Unión o a los Estados individuales- no había sido dirimido. Iba a surgir nuevamente, en otra crisis mucho más seria, un cuarto de siglo más tarde.

Jackson estaba encantado de dejar atrás la crisis de la anulación y se preparó para la batalla verdaderamente importante, la batalla contra el Banco

Se había opuesto al Banco desde un comienzo, y las maniobras de Nicholas Biddle con Clay para derrotar a Jackson en 1832 lo decidieron inflexiblemente a destruir el Banco aun antes de que expirase su carta en 1836.

Gran parte de la estabilidad del Banco reposaba en el hecho de que el gobierno tenía sus propias reservas depositadas allí; el Banco podía usar este dinero para controlar la economía nacional. Jackson decidió retirar esos depósitos gubernamentales y colocarlos en varios Bancos de los Estados, los cuales, pensaba, serían más sensibles a las necesidades del pueblo.

Fue apoyado en esta medida, y hasta urgido a tomarla, por su capaz ministro de Justicia, defensor de los derechos de los Estados, Rober Brooke Taney (nacido en Calvert, County, Maryland, el 17 de marzo de 1777). Taney (que estaba casado, dicho sea de paso, con la hermana de Francis Scott Key, el autor de La Bandera Estrellada) había sido un federalista,

hasta que rompió con el partido para apoyar la Guerra de 1812. En el decenio de 1820 se hizo jacksoniano y, como Calhoun, adoptó la posición de defensa de los derechos de los Estados. Había apoyado el veto de Jackson a la renovación de la carta del Banco y había escrito buena parte del mensaje que acompañó al veto.

El secretario del Tesoro de Jackson, Louis McLane (nacido en Smyrna, Delaware, el 28 de mayo de 1786), juzgó que el retiro de los fondos era económicamente insensato y se negó a autorizar la medida. Jackson, entonces, desplazó a McLane al cargo de secretario de Estado y nombró un nuevo secretario del Tesoro: William John Duane (nacido en Irlanda el 9 de mayo de 1780). Duane consideró la cuestión y también se negó a retirar los depósitos.

Jackson, furioso, despidió a Duane y el 23 de septiembre de 1833 nombró a Taney secretario del Tesoro. Ahora no habría problemas. Taney retiró los fondos y los colocó en veintitrés bancos estatales diferentes, con lo cual mató, efectivamente, al Banco de los Estados Unidos.

El resultado fue una feroz lucha con el Senado, que exigió ver las comunicaciones entre el presidente y su gabinete en el curso de la larga lucha del primero para doblegar a dos secretarios a su voluntad, jackson se negó, sobre la base de que la legislatura no tenía ningún poder sobre el Ejecutivo en lo concerniente a tratos legales dentro de los diversos departamentos ejecutivos.

El Senado tuvo que ceder, pero el 28 de marzo de 1834 censuró al presidente y se negó a confirmar el nombramiento de Taney en el Departamento del Tesoro. (El senador Benton consiguió hacer suprimir la censura del diario del Senado el 16 de enero de 1837, cuando el mandato de Jackson estaba llegando a su fin. Habían sido enemigos durante largo tiempo, desde que Benton casi había matado a Jackson en un duelo, pero ahora se hicieron amigos nuevamente. Ésta fue una de las pocas veces en que Jackson perdonó a un enemigo personal.)

Como Van Burén dos años antes, Taney, obligado a dimitir por el Senado, se encumbró aún más gracias a esta revocación. Jackson no olvidaba a sus amigos.

El 6 de julio de 1835 John Marshall murió en Filadelfia, poco antes de cumplir ochenta años. Había sido presidente del Tribunal Supremo durante treinta y cuatro años (un récord nunca superado desde entonces) y había contribuido a hacer de los Estados Unidos lo que era por sus intransigentes decisiones federalistas.

El 15 de marzo de 1836 Jackson nombró a Taney para que ocupase el lugar de Marshall. En el curso de su mandato, Jackson nombró cinco jueces del Tribunal Supremo y había puesto fin a la dominación federalista que había caracterizado a los cuarenta primeros años del Tribunal. El Tribunal Supremo jacksoniano tendía a favorecer los derechos de los Estados, propensión que sería importante en los tormentosos años futuros.

4. Fronteras intranquilas.

Los abolicionistas.

Aunque el problema del arancel se había apaciguado y la crisis de la anulación había sido superada, en modo alguno había paz entre los Estados. De hecho, al no tener que preocuparse por el arancel, se hizo muy claro que el gran punto de disensión entre los Estados era la esclavitud.

El ascenso del sentimiento abolicionista en los Estados libres, conducido por Garrison, halló una resistencia cada vez mayor en los Estados esclavistas. Las oficinas de Correos de los Estados esclavistas se negaban a recibir correspondencia abolicionista, y los mismos abolicionistas entraban en los Estados esclavistas con riesgo de sus vidas.

El gobierno federal se puso contra los abolicionistas. Jack-son propuso una ley que prohibía la circulación de materiales antiesclavistas por el correo. Este proyecto de ley fue rechazado por el Congreso porque los defensores de los derechos de los Estados deseaban que ese control estuviese en poder de los Estados individuales. El gobierno federal podía cambiar de opinión algún día, a fin de cuentas; los Estados esclavistas, jamás.

El Congreso recibió muchas peticiones de grupos abolicionistas, que habitualmente eran remitidos a alguna oscura comisión y sepultados. Pero en 1836 los senadores y diputados de Estados esclavistas fueron tan abrumados por la constante afluencia de denuncias contra la esclavitud y estaban tan temerosos de futuras insurrecciones de esclavos, como la de Nat Turner, que insistieron en establecer algún medio automático para impedir que alguna petición lograra abrirse paso por accidente.

En el Senado se creó un sistema por el cual las peticiones, al ser recibidas, eran rechazadas automáticamente. En la Cámara de Representantes, desde el 26 de mayo de 1836, las peticiones ni siquiera fueron recibidas, sino que se les negó entrada por una «regla mordaza» que fue renovada año tras año.

La más firme resistencia a esta regla mordaza provino de John Quincy Adams. Después de su retiro de la presidencia, en 1829, Adams había vuelto a la vida pública en noviembre de 1830 como diputado, cargo para el que fue reelegido siempre hasta su muerte. (Como diputado fue más eficaz y más feliz que como presidente.)

Adams no era un abolicionista, pero sabía que la Primera Enmienda a la Constitución otorgaba a los ciudadanos el derecho de petición. Antes de ser rechazadas, las peticiones debían ser examinadas; negarles hasta la más superficial consideración era violar la Primera Enmienda. La regla mordaza, sostenía Adams, era claramente anticonstitucional.

Sesión tras sesión, Adams presentó peticiones abolicionistas, una tras otra. Tan pronto como se discernía la naturaleza de la petición se la declaraba no pertinente, y en cada caso Adams protestaba tan eficazmente que se ganó el apodo de «el Viejo Elocuencia».

Adams llevaría adelante esta lucha por ocho años, obligando finalmente a poner fin a la regla mordaza. Pero mientras ésta se mantuvo, las peticiones antiesclavistas recibieron mucha más publicidad por las acciones de Adams que lo que hubiese sucedido si se las hubiera recibido calmadamente y rechazado, como antes.

Era un círculo vicioso. Así como la agitación abolicionista originaba el endurecimiento de la resistencia en los Estados esclavistas, así también la intransigencia de éstos fortalecía la causa abolicionista en los Estados libres.

Un ejemplo particularmente trágico de la creciente hostilidad fue el de Elijan Parish Lovejoy (nacido en Albion Maine, el 9 de noviembre de 1802), un sacerdote presbiteriano. Lovejoy había publicado un periódico religioso en Saint Louis, en el Estado esclavista de Missouri. Rechazaba la esclavitud, pero sus declaraciones habían sido suaves, hasta que un negro, acusado de asesinato, fue atrapado por una multitud que, luego, sin juicio, lo linchó. La posición antiesclavista de Lovejoy se hizo entonces más firme, y las amenazas lo obligaron a cruzar el río para pasar a Alton, Illinois.

Allí, en un Estado libre, adoptó una postura abolicionista más vigorosa. Sin embargo, los abolicionistas tampoco eran exactamente populares en los Estados libres. Su prensa fue destruida varias veces y, el 7 de noviembre de 1837, la oficina de Lovejoy fue atacada por una multitud y él mismo muerto.

Mucha gente de los Estados esclavistas se regocijó de esta noticia, pero los abolicionistas ahora tenían un mártir y su causa se fortaleció.

Mientras continuaba la lucha por conquistar la conciencia de los hombres, subsistió la cuestión de la fuerza política. Desde el Compromiso de Missouri de 1820, pasaron dieciséis años sin que ningún Estado nuevo fuese admitido en la Unión, de modo que seguía habiendo doce Estados esclavistas y doce libres.

Pero el 15 de junio de 1836 Arkansas entró en la Unión como vigésimo quinto Estado, y, por los términos del Compromiso de Missouri, como Estado esclavista. Medio año más tarde, el 26 de enero de 1837, Michigan, muy al norte de
la línea del Compromiso, entró en la Unión como el vigésimo sexto Estado, y libre. Así, había trece Estados esclavistas y trece Estados libres, un número parejo nuevamente.

Rebelión en Texas.

El territorio americano al sur de la línea del Compromiso de Missouri aún disponible para la formación de Estados esclavistas era muy limitado; en verdad, se limitaba a lo que ahora constituye los Estados de Florida y de Oklahoma. Pero los Estados esclavistas no estaban muy preocupados. Para futuros reclutamientos, miraban más allá de la frontera de los Estados Unidos.
Al oeste de Luisiana, por ejemplo, estaba la provincia de Texas, que muchos americanos consideraban como legítimo territorio americano, de acuerdo con la compra de Luisiana de 1803. En 1819, en la época de la compra de la Florida, Estados Unidos había renunciado formalmente a toda reclamación sobre Texas, pero su población había crecido desde entonces y era casi enteramente americana. No parecía, pues, que la decisión de 1S19 debía ser considerada como permanente.
El primer americano implicado en la historia de Texas fue Moses Austin (nacido en Durham, Connecticut, el 4 de octubre de 1761). Había perdido una fortuna en el pánico de 1819 y pensó que podía recuperarse más al oeste. El 17 de enero de 1821, cuando México todavía estaba en las vacilantes manos de España, Austin obtuvo una carta del gobierno español que le permitía llevar trescientas familias americanas a Texas.
Moses Austin murió el 10 de junio de 1821, cuando todavía estaba en Missouri, pero su hijo, Stephen Fuller Austin (nacido en Austinville, Virginia, el 3 de noviembre de 1793), continuó con el proyecto. Por aquel entonces México estaba conquistando su independencia, y el joven Austin viajó a Ciudad de México para confirmar la carta.
Luego llevó a las familias americanas y las estableció en los tramos inferiores del río Brazos, a unos ciento sesenta kilómetros al sudoeste de la que a la sazón era la frontera estadounidense.
Texas estaba prácticamente vacía, y las diferentes facciones que trataban de gobernar sobre la recién nacida nación de México eran indiferentes a lo que ocurría en el lejano norte del país y permitían a los inmigrantes establecerse allí. En 1834 había veinte mil americanos en Texas y sólo cinco mil mexicanos. Sin duda, se suponía que los inmigrantes debían ser católicos, por lo que los americanos que entraban decían que eran católicos y luego construían iglesias protestantes.
Pero el problema más serio surgió a propósito de la esclavitud. La mayoría de los colonos americanos provenían de los Estados esclavistas y habían llevado a sus esclavos con ellos. Había dos mil esclavos negros en Texas en 1834. Pero México había abolido la esclavitud en 1831 y exigía que no hubiera esclavos en Texas. (Gran Bretaña, que finalmente abolió la esclavitud en todas sus colonias el 28 de agosto de 1833, apoyó a México en esto.)
Por entonces, ya era claro para México que Estados Unidos estaba detrás de Texas. Después de todo, Jackson había ofrecido comprar el territorio por cinco millones de dólares. El orgullo mexicano cobró vida. México prohibió toda ulterior inmigración de americanos a Texas (la cual continuó ilegal-mente) y empezó a guarnecer la provincia. Las cosas empeoraron cuando se apoderó del gobierno mexicano un aventurero, Antonio López de Santa Anna, que se oponía firmemente a los téjanos.
Los colonos téjanos no querían problemas. Sólo pedían que se les dejase en paz y se les permitiese conservar sus esclavos. Austin viajó a Ciudad de México para explicar esto a

Santa Anna, pero el 3 de enero de 1834 fue puesto en prisión por sus esfuerzos; estuvo encarcelado ocho meses.

Por la época en que Austin fue liberado y se le permitió retornar a Texas, ya no había ninguna posibilidad de un acuerdo pacífico. Ahora los americanos afluían a Texas, se autodenominaban téjanos y pedían luchar por la independencia.

"Uno de estos nuevos inmigrantes era Samuel («Sam») Houston (nacido en Rockbridge County, Virginia, el 2 de marzo de 1793). Había prestado servicio bajo Andrew Jackson contra los indios sureños durante la Guerra de 1812, pero luego se había puesto firmemente de parte de ellos contra la explotación de los blancos. Estuvo en el Congreso y, de 1827 a 1829, fue gobernador de Tennessee.

En diciembre de 1832 fue a Texas en nombre de Estados Unidos para negociar tratados con tribus indias y decidió permanecer allí y luchar por la independencia. El 2 de marzo de 1836, el día en que cumplió cuarenta y tres años, publicó una declaración de independencia; dos días más tarde fue elegido comandante en jefe del ejército tejano.

Pero mientras tanto Santa Anna había conducido un ejército mexicano de unos 4.000 hombres hacia el Norte y, el 23 de febrero de 1836, había iniciado el asedio de El Álamo, una vieja capilla de San Antonio, a unos quinientos kilómetros al oeste de la frontera mexicana. El Álamo había sido convertido toscamente en un fuerte y estaba ocupado por 187 hombres bajo el mando de William Barret Través (nacido cerca de Red Banks, Carolina del Sur, el 6 de agosto de 1809) y James Bowie (nacido en Burke County, Georgia, en 1799), considerado el inventor del cuchillo de monte.

También estaba en el fuerte David («Davy») Crockett (nacido en Washington County, Tennessee, el 17 de agosto de 1786). Como Houston, Crockett había combatido con Jackson en las guerras indias y abogaba por un tratamiento correcto de los indios. De hecho, había roto con Jackson por la insistencia de éste en trasladar indios americanos al oeste del río Mississíppi. Crockett había estado en la Cámara de Representantes por tres mandatos y había llegado a Texas en 1835.

Durante doce días, los defensores atrincherados rechazaron al ejército de Santa Anna, pero el 6 de marzo de 1836 (cuatro días después de declararse la independencia de Texas), el fuerte fue tomado en un asalto final y aquellos de sus defensores que aún estaban con vida murieron luchando. El 20 de marzo Santa Anna capturó a unos trescientos téjanos en la ciudad de Goliad, a 175 kilómetros al sudeste de El Álamo, y el 27 de marzo ordenó hacer una matanza con ellos.

Los sucesos de marzo fueron desalentadores en verdad, y los viejos colonos empezaron a huir hacia el Este. Con todo, no todo marchaba bien para Santa Anna. Los ataques a El Álamo le costaron la cuarta parte de su ejército; y durante el tiempo que tardó en tomar el fuerte y luego restablecer su ejército, Houston había logrado reunir una pequeña fuerza, que condujo al Este, con la esperanza de atraer a Santa Anna tras de sí hasta que llegase el momento apropiado para un contraataque.

Santa Anna le hizo el juego a Houston. Con 1.600 hombres persiguió a los 750 de Sam Houston. Éste se retiró a las orillas del río San Jacinto, a ciento quince kilómetros de la frontera estadounidense y a unos 400 kilómetros al este de El Álamo. Allí, el 21 de abril de 1836 esperó a que las tropas mexicanas durmiesen la siesta y luego cayó sobre ellas, logrando una completa sorpresa.

Gritando «¡Recordad El Álamo!», los téjanos prácticamente destruyeron el ejército mexicano en veinte minutos, mientras que sólo sufrieron nueve muertos. Al día siguiente tomaron prisionero a Santa Anna y lo persuadieron a ver la conveniencia de conceder a Texas la independencia a cambio de su libertad. Santa Anna firmó un tratado reconociendo la independencia de Texas el 14 de mayo de 1836.

Con la batalla de San Jacinto nació la independencia teja-na, y la nación de Texas ocupó brevemente un lugar en los libros de historia. La guerra había sido llevada casi enteramente, desde el comienzo hasta el fin, por americanos que habían penetrado en la región principalmente para librar esa guerra. ■Los viejos colonos, que habían vivido en la región desde hacia diez años o más, no participaron.
La victoria de lo nuevo sobre lo viejo se observa en el hecho de que el 1 de septiembre de 1836 Sam Houston fue elegido presidente de Texas, por encima de Stephen Austin. Houston inició su mandato el 22 de octubre y nombró a Austin secretario de Estado, pero Austin murió dos meses más tarde, el 27 de diciembre.
La capital de Texas, desde 1839, ha sido Austin, pero la mayor ciudad de Texas, fundada en el sitio de la batalla de San Jacinto, es llamada Houston. Ahora es la sexta ciudad, en tamaño, de Estados Unidos, y la más grande que lleva el nombre de un americano.
Una vez establecida la independencia de Texas, la cuestión, para Estados Unidos, era qué hacer con el territorio. La respuesta lógica era: anexárselo. La independencia tejana había sido ganada por estadounidenses, y los téjanos no querían realmente la independencia; querían formar parte de los Estados Unidos.
Los Estados esclavistas estaban locos de entusiasmo ante esta posibilidad. Texas ya había legalizado la esclavitud y entraría como un Estado esclavista. Y era suficientemente grande, quizá, como para formar varios Estados, cada uno con dos senadores.
Pero esto también lo comprendieron en los Estados libres. No ponían objeciones a que se expandiese la nación, siempre que ello no representase un aumento del poder de los Estados esclavistas. Los abolicionistas acusaban ruidosamente a los Estados esclavistas, y a Jackson también, de haber montado la rebelión tejana con el único propósito de expandir la esclavitud.
Este argumento era suficientemente plausible como para hacer explosivo el tema de la anexión, y en vista de la elección de 1838 Jackson vaciló en actuar con demasiada audacia.
Tenía razón en vacilar, pues el problema de Texas ahora formaba parte del creciente conflicto sobre la esclavitud, conflicto que, lenta pero irresistiblemente, absorbía todas las otras preocupaciones. El 25 de mayo de 1836, cinco semanas después de la batalla de San Jacinto, John Quincy Adams -ahora reconocido como el más destacado representante del Congreso del punto de vista antiesclavista- pronunció un importante discurso contra la anexión de Texas.
Los ciudadanos de los Estados esclavistas estaban furiosos. El 1 de julio Calhoun presentó una resolución para que se reconociera la independencia de Texas. Si al menos podía lograrse esto, la anexión se efectuaría más tarde, cuando México amenazase con recuperar la región. La resolución fue aprobada por el Congreso, pero Jackson aún vaciló y no actuó hasta después de las elecciones. De hecho, sólo el 3 de marzo de 1837, el último día de su mandato, Jackson completó el reconocimiento oficial americano de Texas como nación independiente.

Martin Van Burén.

Si bien Jackson era viejo y enfermo y no se habría presentado para un tercer mandato, aunque la tradición no le impidiera hacerlo, estaba decidido a hacer que lo sucediera uno de sus hombres. Jackson eligió a su vicepresidente, Martin Van Burén, quien ahora recibió la recompensa final por sus fieles servicios.
El Partido Demócrata, en conjunto, sentía mucho menos entusiasmo por el neoyorquino que Jackson, pero la palabra de Jackson era la ley. En 1836, no habría ganado ningún demócrata contra el cual se hubiese declarado Jackson.

El 20 de mayo de 1835, pues, los demócratas se reunieron en una convención electoral en Baltimore, que parecía estar convirtiéndose en el sitio tradicional para tal fin, y eligieron unánimemente a Van Burén como su adalid*.

Como candidato a vicepresidente, los demócratas eligieron a Richard Mentor Johnson (nacido en Beargrass, Kentucky, el 17 de octubre de 1780). Había combatido en la Guerra de 1812 y se le atribuía una importante contribución a la victoria en la batalla del Thames, y había estado desde entonces en el Congreso. Pero la fuente real de su fama era su pretensión al dudoso mérito de haber matado al estadista indio Tecumseh.

El Partido Whig recientemente formado, destinado a as;ru-par a las fuerzas contrarias a Jackson, aún no estaba unido hasta el punto de poder realizar una convención nacional. Así, puesto que las fuerzas antijacksonianas no estaban todavía unidas, diferentes partes del país eligieron distintos candidatos para oponerse a Van Burén.

Nueva Inglaterra eligió a Daniel Webster. Los Estados occidentales eligieron a Hugh Lawson White, de Tennessee (nacido en Iredell County, Carolina del Norte, el 30 de octubre de 1773). White había sucedido a Jackson en su escaño en el Senado, pero riñó con él cuando Jackson designó a Van Burén como su sucesor. Como Johnson, White también pretendía haber dado muerte a un jefe indio (Martín Pescador, de los cherokees) con sus propias manos.

Otro candidato era William Henry Harrison, de Ohio (nacido en Charles City County, Virginia, el 9 de febrero de 1773), hijo de Benjamin Harrison, un firmante de la Declaración de la Independencia. También él había luchado contra los indios y ganado una estrecha y poco notable victoria contra la tribu de Tecumseh en el río Tippecanoe, en 1811.

Era claro que ninguno de los tres candidatos que rivalizaban con Martin Van Burén podía salir elegido. Pero los whigs esperaban que cada uno ganase en algunos Estados y, finalmente, entre los tres, impidiesen a Van Burén obtener la mayoría de los electores. Entonces, la elección sería llevada a la Cámara de Representantes, y ¿quién podía saber lo que ocurriría allí?

Era una posibilidad. Van Burén era mucho menos popular que Jackson, y aunque el neoyorquino realizó una campaña servilmente jacksoniana, sólo obtuvo 765.483 votos, contra 739.795 para los diversos whigs.

Webster obtuvo los 14 votos de Massachussets; White obtuvo los 26 votos de Tennessee y Georgia; Carolina del Sur dio sus 11 votos a Willie Person Mangum (nacido en Orange County, Carolina del Norte, el 10 de mayo de 1792). En cuanto a Harrison, logró un sorprendente número de votos, al recibir 73 votos electorales de siete Estados.

Sin embargo, Van Burén logró ganar la mayoría en quince de los veintiséis Estados, recibiendo 170 votos electorales en total, frente a los 120 votos sumados de sus oponentes; de modo que fue elegido.

La situación fue diferente en la elección de vicepresidente. Contra Johnson se presentaron dos adversarios. Uno era Francis Granger, de Nueva York (nacido en Suffield, Connecticut, el 1 de diciembre de 1792), un miembro del Congreso que había sido un destacado antimasón. Otro era John Tyler (nacido en Greenway, Virginia, el 29 de marzo de 1790), que había sido gobernador de Virginia y luego senador por este Estado. Tyler era un firme defensor de los derechos de los Estados, pero se había opuesto a los extremistas de Carolina del Sur. Había roto con Jackson por el retiro de los depósitos del Banco de los Estados Unidos, votado la censura al presidente y renunciado al Senado para no seguir las instrucciones de su Estado de votar para que se levantase esta censura.

Los dos candidatos a vicepresidente antijacksonianos lograron un éxito mucho mayor que los tres candidatos presidenciales antijacksonianos, e hicieron a Johnson lo que los whigs habían esperado hacer a Van Burén. Johnson recibió 147 votos electorales, uno menos que la mayoría. Por primera y única vez en la historia de los Estados Unidos, ningún candidato

a la vicepresidencia obtuvo la mayoría de los votos electorales. Por la Decimosegunda Enmienda a la Constitución, el Senado tenía que elegir entre los dos candidatos con mayor número de votos.
Después de Johnson, seguía Granger, con 77 votos. (Tyler terminó tercero, con 47.) El 8 de febrero de 1837 el Senado votó a favor de Johnson por 33 votos contra 16.
El 4 de marzo de 1837, pues, Martin Van Burén fue investido como octavo presidente de Estados Unidos. Fue el primer presidente que no era de ascendencia inglesa (era de origen holandés). Fue el primer presidente que nació después de la Declaración de la Independencia y, por ende, que nació como ciudadano de los Estados Unidos y no como subdito de la corona británica.
Se convirtió en presidente justo a tiempo para padecer la amarga cosecha del error de Jackson con respecto al Banco.
Una América en expansión halló muchísimas oportunidades para especular con tierras y mejoras internas. Se suponía que la gente afluiría al Oeste, a los nuevos Estados, y que surgirían nuevas granjas, ciudades, caminos, canales y ferrocarriles. Por ello, se compraron tierras para venderlas a otros con una ganancia, quienes también compraban para vender con un beneficio adicional, y así sucesivamente.
Para efectuar todas estas compras, pidieron dinero prestado a los bancos. Los bancos de los Estados se multiplicaron y emitieron papel moneda imprudentemente, en el supuesto de que la expansión y el aumento de riqueza de la nación permitirían recuperar todo. Por supuesto, finalmente, muchas personas se quedaron con tierras que ya no podían vender obteniendo un beneficio y con deudas que no podían pagar, pero cada persona especulaba con la probabilidad de poder deshacerse de todo antes de que eso ocurriera.
Si hubiese existido el Banco de los Estados Unidos podía haber ejercido un control financiero sobre los bancos estatales e impedido esa desenfrenada especulación. (En tal caso, por supuesto, podía haber sido acusado de obstaculizar el crecimiento del Oeste en interés del Noreste.)
La montaña de dinero barato aumentó cada vez más y la inflación subió en espiral. Todo el mundo -tanto Estados como individuos- operaba con deudas.
El 11 de julio de 1836 Jackson, temiendo que la constante declinación del valor del papel moneda dejase al mismo gobierno federal con ingresos insignificantes, promulgó lo que se llamó «Circular del Metálico», en la que se ordenaba que las tierras públicas vendidas por el gobierno fuesen pagadas en oro o plata («metálico»).
Inmediatamente se hizo difícil obtener tierras y la perspectiva de lograr grandes beneficios desapareció. Los bancos, con la esperanza de salir del juego especulativo antes de que se derrumbase, empezaron a exigir el pago de las deudas; y, por supuesto, cada deuda cuyo pago se exigía pinchaba el globo en un nuevo lugar y apresuraba su colapso.
El 10 de mayo de 1837, poco después de la investidura de Van Burén, los bancos de Nueva York empezaron a quebrar, y siguió toda una cadena de bancarrotas de bancos: 618 antes del final del año. El pánico de 1S37 fue el comienzo de una depresión económica de siete años.

Rebelión en Canadá.

El pánico tuvo también repercusiones internacionales. Había sido apresurado por el hecho de que los tiempos también eran duros en Gran Bretaña, y los bancos británicos, que habían hecho grandes inversiones en la especulación con tierras americanas, se habían visto obligados a exigir la devolución de sus préstamos. Los americanos pensaban que esta política británica había contribuido a precipitar el pánico, mientras los británicos consideraban que el incumplimiento americano había llevado a la bancarrota a los bancos

de Londres. Los sentimientos hostiles entre las dos naciones se elevaron al nivel más peligroso desde la Guerra de 1812.

La situación empeoró por ciertos sucesos inquietantes que se produjeron a la sazón en Canadá. Canadá estaba dividido en seis provincias: Terranova, Nueva Escocia, Nuevo Brunswick, la Isla del Príncipe Eduardo, el Canadá Inferior y el Canadá Superior (las dos últimas corresponden a las actuales Quebec y Ontario). Desde la Revolución Americana, Gran Bretaña había gobernado estas provincias muy rígidamente.

Pero durante los decenios de 1820 y 1830, algunos canadienses empezaron a mostrar un creciente interés por una mayor autonomía, y empezó a oírse una propaganda separatista muy similar a la que circuló en Massachusetts y Virginia medio siglo antes.

Que la idea no echase raíces como había ocurrido en las colonias americanas probablemente se debió, en parte, al hecho de que muchos canadienses deseaban una presencia británica fuerte por temor y desconfianza hacia los Estados Unidos. Muchos de los canadienses descendían de leales americanos que habían sido expulsados de -o habían abandonado voluntariamente- los Estados Unidos después de la Guerra Revolucionaria; y muchos recordaban la Guerra de 1812, en la que los americanos habían invadido varias veces el territorio situado al norte del lago Erie.

El acuerdo Rush-Bagot de 1818 había eliminado, en su mayor parte, el peligro de incidentes fronterizos. Sin embargo, la frontera no estaba completamente desmilitarizada. Había fuertes guarnecidos con soldados a ambos lados de la frontera, y eran más de cinco mil los soldados británicos estacionados en Canadá.

Luego surgieron problemas con William Lyon Mackenzie (nacido cerca de Dundee, Escocia, el 12 de marzo de 1795). Había llegado al Canadá Superior en 1820, y allí, como periodista, empezó a hacer agitación por la autonomía. Obtuvo cierto éxito y fue elegido alcalde de la nueva ciudad de Toronto, en 1835, pero finalmente desesperó de lograr algún resultado por medios pacíficos.

Pensó que, quizá, una demostración de fuerza podía hacer que el pueblo de Canadá se alzara, y se dispuso a conseguir su propio Lexington-y-Concord. El 4 de diciembre de 1837 condujo a ochocientos hombres contra los edificios del gobierno en Toronto. El contingente fue puesto en fuga fácilmente con una mera demostración de fuerza, y Mackenzie logró huir, cruzando la frontera, a Buffalo, el 7 de diciembre.

Pese a este fracaso, Mackenzie no renunció. En el río Niágara, entre Estados Unidos y Canadá, está la pequeña isla de Navy, que es considerada parte de Canadá. Allí Mackenzie estableció lo que llamó el «Gobierno Republicano del Canadá Superior».

El gobierno de Mackenzie era una pura farsa y no se hubiera mantenido un solo día si los americanos de las fronteras de Nueva York y Vermont, recordando odios tradicionales y encolerizados por lo que consideraban como contribuciones británicas al pánico financiero, no hubiesen pensado que estaban presenciando una rebelión cabal, y decidieron convertirse en un conjunto de Lafayettes.

Van Burén emitió una proclama de neutralidad en los disturbios canadienses, pero muchos americanos la pasaron por alto. Acudieron voluntarios americanos a ayudar a Mackenzie en la isla de Navy, hasta que su número llegó a mil hombres. Eran aprovisionados por un barco de vapor de propiedad de americanos y tripulado por americanos con base en Buffalo, el Carolhie.

Esta ayuda, hablando en términos estrictos, era un acto de guerra por parte de los americanos, y las autoridades canadienses estaban seriamente fastidiadas. Fueron enviados cincuenta hombres a destruir el Caroline.

La idea era atrapar el barco en la isla, pues esto lo ponía en territorio canadiense, con lo cual los canadienses actuarían con completo derecho. El plan fracasó, y los canadienses, en la noche del 29 de diciembre de 1837, decidieron pasar al lado americano del río y

apoderarse del barco mientras estaba en su dársena, y en territorio americano. Realizaron con éxito este proyecto, pero no sin alguna violencia. Varios americanos fueron heridos y uno muerto. El Caroline luego fue incendiado, arrastrado al medio del río y hundido. Sin el Caroline, Mackenzie se vio obligado a abandonar la isla. El 13 de enero de 1838 huyó nuevamente a territorio americano, donde fue arrestado. Durante un año o dos, ambas partes llevaron una guerra de alfilerazos, el peor de los cuales fue el incendio de un barco de vapor canadiense, como represalia por el incendio del Caroline.

Afortunadamente, ni el gobierno británico ni el americano tenían intención de ir a la guerra, de modo que, si bien las protestas iban y venían, no se pasó de eso. Los intentos americanos de efectuar incursiones finalmente se esfumaron, en parte porque era claro que no daban ningún resultado, y en parte porque la situación en Canadá estaba cambiando.

Por microscópica que fuese la rebelión de Mackenzie, tuvo un resultado útil. El 29 de mayo de 1838, las diversas provincias de la América del Norte británica recibieron un nuevo gobernador -John George Lambton, primer earl de Dur-ham-, que trató a los rebeldes con indulgencia y, el 11 de febrero de 1839, escribió un informe recomendando que se concediese a las provincias una forma de gobierno representativo.

Este sistema fue adoptado con el tiempo, y Gran Bretaña demostró que había aprendido la lección de la Revolución Americana, que si no se afloja la cuerda, se rompe. Canadá inició su marcha hacia la autonomía, y con el tiempo la obtuvo plenamente, aunque permaneció lealmente sujeto a la corona británica. (Si hubiese habido un lord Durham en 1770, éste podía haber sido el destino de las colonias americanas.)

En 1840, pues, parecía que el incidente del Caroline había pasado sin problemas, cuando se produjo un ridículo suceso. Un tal Alexander McLeod, un ayudante de sheriff de Niágara, Canadá, mientras se emborrachaba tontamente en un bar del lado americano del río, se jactó de haber tomado parte en la expedición que había incendiado el Caroline. En verdad, sostuvo, había sido él quien había matado al americano muerto en la lucha.

Como consecuencia de ello, fue arrestado el 12 de noviembre de 1840 por las autoridades de Nueva York y acusado de incendio premeditado y asesinato.

Esto fue el colmo para el gobierno británico. Exigió que McLeod fuese liberado, arguyendo que, si él había cometido ese acto (de lo cual admitía que dudaba), lo había hecho como soldado que cumplía las órdenes legales de su gobierno. Gran Bretaña amenazó realmente con la guerra si McLeod era condenado y ejecutado.

El gobierno americano quedó sumamente desconcertado. Ciertamente, McLeod no valía una guerra y lo habría liberado de buena gana, con algunas bravatas para salvar las apariencias, pero el canadiense no estaba en manos del gobierno federal, sino en las del Estado de Nueva York, y el gobierno federal no podía interferir en el proceso de justicia que se llevaba a cabo dentro de un Estado. Tampoco podía Nueva York tratar con los británicos, pues todas las negociaciones extranjeras correspondían al gobierno federal. Era una importante y seria falla del sistema federal.

Afortunadamente, resultó que McLeod era un necio fanfarrón que no podía haber tomado parte en la incursión. Fue absuelto el 12 de octubre de 1841 y desapareció de la historia.

Gran Bretaña finalmente convino en presentar excusas poco entusiastas por el incendio del Caroline, Estados Unidos convino en presentar excusas por las actividades del Caroline antes de ser incendiado, y todo terminó.

Para impedir complicaciones similares entre el gobierno federal y los Estados en el futuro, el Congreso aprobó una ley, el 29 de agosto de 1842, por la que los extranjeros acusados de crímenes cometidos bajo la autoridad de un gobierno extranjero caerían bajo la jurisdicción federal.

Mientras tanto, los disturbios canadienses también complicaron la situación en Maine septentrional.

La frontera entre Maine y Nuevo Brunswick nunca había quedado establecida. Ésta era la única parte de la frontera entre Estados Unidos y Canadá, al este de las Montañas Rocosas, que aún no había sido cuidadosamente determinada.
Durante medio siglo después del fin de la Guerra Revolucionaria, Maine y Nuevo Brunswick habían reclamado un trozo de territorio de treinta mil kilómetros cuadrados. En 1831, la cuestión había sido sometida al arbitraje del rey Guillermo I de los Países Bajos, quien había trazado una línea que Gran Bretaña aceptó pero Estados Unidos no.
La cuestión se había dilatado principalmente porque la región estaba tan escasamente poblada y parecía tan poco importante para ambas naciones que era más sencillo posponerla que dirimirla mediante discusiones.
Pero en el decenio de 1830 la población había aumentado, y la llegada del ferrocarril abrió la región a ambas partes. Además, la rebelión canadiense había puesto a Gran Bretaña ansiosa de construir un ferrocarril desde Nueva Escocia hasta Quebec, de modo que las tropas pudiesen llegar más fácilmente al interior de Canadá, en caso necesario, y la mejor ruta transcurría por el territorio en disputa.
En 1838, los leñadores de Nuevo Brunswick, que cortaban madera a lo largo del río Aroostook, se vieron luchando contra americanos. Esta Guerra del Aroostook no fue especialmente sangrienta, pero demostró la necesidad de llegar a algún acuerdo. La cuestión fue abordada nuevamente y luego resuelta.

«Cabañas de troncos y sidra»

Mientras Van Burén enfrentaba los fastidiosos problemas de la frontera canadiense y el desconcertante embrollo de Texas, también tuvo que hacer frente a la calamidad de la depresión interna. Bajo las tensiones de la depresión, el Partido Demócrata estaba empezando a desmembrarse.
El sector más radical, siguiendo las ideas de Jackson, quería una separación completa de bancos y gobierno. Deseaban que los fondos gubernamentales estuviesen depositados en subtesorerías independientes. Los radicales también heredaron las ideas de los «partidos de trabajadores». Apoyaban las medidas destinadas a aliviar el sufrimiento de los desempleados y, el 31 de marzo de 1840, persuadieron a Van Burén a que limitase el día de trabajo en obras públicas federales a diez horas. Ésta fue la primera acción directa emprendida por el gobierno federal para mejorar las condiciones laborales.
Pero el sector conservador del Partido Demócrata se unió a los whigs en su oposición al plan de las subtesorerías y logró bloquearlo por largo tiempo
La rivalidad entre las dos ramas del Partido fue más aguda en Nueva York, donde los radicales eran los más fuertes. El 29 de octubre de 1835, los demócratas realizaron una reunión en Nueva York en la que pareció que los radicales lograrían el control del Partido. El presidente, que era de la facción conservadora, aplazó la reunión y apagó las luces de gas.
Los radicales estaban preparados. Triunfalmente, sacaron a relucir velas, que encendieron con modernas cerillas de fricción llamadas «de autoencendido» o cerillas «locofoco» (posiblemente de la palabra italiana fuoco, que significa «fuego»). Durante años, los radicales fueron llamados «locofocos».
Con la depresión que hizo tales estragos entre los demócratas y con Van Burén claramente incapaz de ejercer el liderato apropiado, los whigs finalmente olieron la victoria. Su -gran debilidad, desde luego, era que aún representaban una vaga coalición de industriales norteños, propietarios de plantaciones sureños y demócratas insatisfechos. Para obtener la victoria, debían apelar a todos.

Esto significaba que Henry Clay estaba excluido. Había sido derrotado en 1824 y en 1832, de modo que lo rodeaba un halo de derrota; además, en el curso de su vida activa en el Congreso, se había hecho gran número de enemigos. Por consiguiente, cuando la convención whig para elegir candidatos se reunió en Harrisburg, Pensílvania, el 4 de diciembre de 1839, Clay se retiró de la competición con la mayor elegancia que pudo.
Eliminado Clay, los whigs se dirigieron a Willíam Henry Harrison, que había sido uno de sus candidatos en 1832. Entonces había sido derrotado, por supuesto, pero había hecho una elección sorprendentemente buena. Que no se hubiese distinguido para nada en el curso de los seis años que estuvo en el Congreso y durante un período como embajador en la nueva nación sudamericana de Colombia no les importaba a los whigs. En verdad, esto complacía a Clay, pues significaba que Harrison se dejaría guiar por líderes whigs.
Además, Harrison también era en cierto modo un héroe de guerra. Su triunfo había sido la dudosa y semiolvidada batalla de Tippecanoe de un cuarto de siglo antes, pero era suficiente para hacer de él una especie de versión whig de An-drew Jackson. Le impusieron el apodo de «Viejo Tippecanoe» (a imitación del apodo «Viejo Nogal» dado a Jackson).
Luego, como regalo especial al ala antijacksoniana del Partido Demócrata, los whigs eligieron a John Tyler como su candidato a vicepresidente. Tyler había sido candidato a la vicepresidencia en 1832 con una plataforma antijacksoniana y había hecho un buen papel. Ahora tendría otra oportunidad.
Los demócratas realizaron su convención en el lugar habitual, Baltimore, el 5 de mayo de 1840, y no tuvieron más opción que reelegir a Van Burén. Pero no pudieron convenir en nombrar nuevamente a Johnson candidato a vicepresidente, pues se había hecho demasiados enemigos; tuvo que presentarse independientemente.
El programa demócrata se oponía específicamente a la interferencia del Congreso en el problema de la esclavitud y sostenía que éste era un problema que sólo los mismos Estados podían manejar. Este punto de vista era bastante común entre quienes no eran abolicionistas y prácticamente general en los Estados esclavistas, pero fue la primera vez que la cuestión de la esclavitud fue introducida en el programa de un partido importante.
Hubo también otra novedad importante a este respecto: los abolicionistas crearon un partido propio. Era un tercer partido, en la tradición de los antimasones (pero mucho más débil), y el primer partido que hizo de la abolición de la esclavitud la principal razón de su existencia.
El primer candidato presidencial de este «Partido de la Libertad», como se llamó, fue James Gillespie Birney (nacido en Danville, Kentucky, el 4 de febrero de 1792). Originario de un Estado esclavista, Birney había sido educado en una sociedad que daba la esclavitud por sentada y, en verdad, él mismo había poseído esclavos. Se interesó cada vez más por la idea de enviar de vuelta a África a los esclavos negros; esto, a su vez, lo llevó a una creciente adhesión al abolicionismo. Finalmente, en 1834, liberó a sus esclavos y empezó a abogar abiertamente por la abolición.
Era claro que, en estas condiciones, no podía permanecer en Kentucky; por ello, cruzó el río Ohio y empezó a publicar un periódico abolicionista en Cincinnati, el 1 de enero de 1836. Pero la opinión en el Estado libre de Ohio era igualmente hostil, y medio año después sus oficinas fueron asaltadas por una multitud y sus prensas arrojadas al río.
Sin desalentarse, Birney se marchó a Nueva York y empezó a predicar la acción política directa, en vez de la mera argumentación. Atrajo a su posición a los abolicionistas más moderados.
Thomas Earle, de Pensilvania, fue el candidato a vicepresidente abolicionista, y el Partido de la Libertad, cuya meta suprema era la abolición, hizo una vigorosa campaña contra la anexión de Texas.

Pero las elecciones de 1840 no iban a girar alrededor de este tema ni de ningún otro. Los whigs sólo podían ganar si no se mencionaba tema alguno, pues no había temas sobre los que las diversas facciones pudiesen estar de acuerdo. Su interés, pues, era concentrar sus esfuerzos en protestar y mantener la impopularidad personal de Martin Van Burén.
Los favoreció accidentalmente un comentario editorial publicado en un periódico demócrata, el Republican, de Balti-more, el 23 de marzo de 1840. En él se hacía burla de la incapacidad de Harrison, a quien se proclamaba adecuado solamente para la jubilación. De hecho, afirmaba implícitamente el editorial, esto era lo que él realmente quería; se presentaba como candidato a la presidencia sólo para satisfacer las ambiciones de otros y, «a condición de recibir una pensión de 2.000 dólares y un barril de sidra, [...] sin duda consentiría en renunciar a sus pretensiones para terminar sus días en una cabana de troncos a orillas del Ohio».
Ésta fue una observación muy desafortunada para los demócratas, pues los whigs se apoderaron de ella jubilosamente y convirtieron la campaña de 1840 en el primer circo político de la historia americana. Crearon el modelo de lo que caracterizó desde entonces a las campañas presidenciales: una mezcla de jolgorio y suciedad.
El «Viejo Típpecanoe» fue presentado en todas partes como un hombre del pueblo, contento con cabañas de troncos y sidra, mientras se pintó a Van Burén como un aristócrata decadente que bebía champán en medio del lujo de la Casa Blanca. «Cabañas de troncos y sidra» se convirtió en el lema de la campaña; en todas partes hubo distintivos, emblemas, fiestas, carteles, mítines políticos y todo tipo de propaganda que giraban alrededor de las cabañas de troncos y la sidra. Se repitió una y otra vez «Tippecanoe y Tyler También», «Típpecanoe y Tyler También», hasta que toda la nación se puso a vociferar.
Exactamente por qué Harrison debía ser votado y Van Burén no fue algo que nunca se puso en claro, ni era necesario. Eran tiempos de depresión, la sidra corría en abundancia y el «Viejo Tippecanoe» era un soldado honesto, franco y sin afectación, ¿qué más se podía desear? Fue esta campaña, sumada al recuerdo de Jackson, lo que alentó a políticos posteriores que se presentaban como candidatos a fingir ser más pobres, más toscos y más ignorantes de lo que realmente eran. (Muchos de ellos lograron hacerlo muy convincentemente.)
De hecho, claro está, Harrison tenía poco que ver con cabañas de troncos y no era un hombre del pueblo. Había nacido en una plantación de Virginia, su padre fue un destacado estadista que había sido elegido gobernador de Virginia cuando el joven William tenía ocho años. Más aún, eran los conservadores ricos quienes respaldaban a Harrison ahora. Pero nadie se preocupaba por la lógica en esa elección particular.
Maine realizó sus elecciones locales varios meses antes que el resto de la nación (hábito que no abandonó hasta 1958), y el candidato whig para gobernador ganó con comodidad. Esta victoria elevó las esperanzas de los whigs y deprimió a los demócratas. (Éste fue un temprano ejemplo, dicho sea de paso, del refrán político «según hace Maine, así hace la nación», refrán que sería rotundamente desmentido en años futuros.)
Las elecciones nacionales se efectuaron el 2 de diciembre de 1840 y fueron, en términos del voto electoral, un triunfo aplastante de Harrison. Ganó en diecinueve de los veintiséis Estados, por 234 votos electorales contra 60 para Van Burén*. Los whigs también dominaron el Vigesimosexto Congreso, aventajando a los demócratas por 28 a 22 en el Senado y 133 a 102 en la Cámara de Representantes.
Pero el voto electoral no representó la verdadera medida de la fuerza del Partido Whig. Después de toda su ruidosa campaña y sus insensateces, los whigs habían logrado una estrecha victoria. En términos del voto popular, Harrison obtuvo 1.275.000 votos y Van

Burén 1.129.000 **. En cuanto a Birney y el Partido de la Libertad, sólo recibieron 7.059 votos, una cifra totalmente insignificante, pero era un comienzo.
Durante el gobierno de Van Burén, que estaba terminando, pues, en el desastre político tanto como económico, sin embargo, continuó el crecimiento de la nación. El censo de 1840 reveló que la población de Estados Unidos era de 17.069.453, un incremento del cuádruple en medio siglo. Nueva York, ahora la ciudad más grande de la nación, con una población de 312.000 habitantes, era casi tan populosa como la famosa ciudad de Viena.
Había cuarenta y cinco mil kilómetros de vías férreas en Estados Unidos; y la Revolución Industrial, que avanzaba rápidamente, estaba empezando a tener efectos en la agricultura.
En 1834, Cyrus Hall MacCormick (nacido en Rockbridge County, Virginia, el 15 de febrero de 1809) había patentado una segadora mecánica tirada por caballos que hacía innecesaria toda la fatiga de tener que inclinarse y cortar, que conllevaba antes ese proceso.
En 1836, Samuel Colt (nacido en Hartford, Connecticut, el 19 de julio de 1814) patentó un arma que multiplicaba la efectividad de sus usuarios: el revólver, o «arma de seis tiros», interminablemente rememorado en miles de «historias del Oeste», en la imprenta y en el cine.
En 1839, Charles Goodyear (nacido en New Haven, Connecticut, el 29 de diciembre de 1800) descubrió accidentalmente un procedimiento para vulcanizar la goma con azufre, produciendo un nuevo tipo de goma adecuada para uso comercial (no se volvía pegajosa con el calor ni rígida con el frío).
También durante este período, el artista americano Samuel Finley Bréese Morse (nacido en Charlestown, Massachusetts, el 27 de abril de 1791), que había llevado el nuevo invento de la fotografía de Europa a América, estuvo trabajando en el telégrafo eléctrico; fue ayudado en esto por Joseph Henry (nacido en Albany, Nueva York, en 1797), el primer científico americano de primer rango que había surgido desde Franklin.
Ambos hombres perdieron más tiempo en tratar que el Congreso apoyase un avance tan obviamente beneficioso que en resolver los problemas científicos. Finalmente, en 1843, el Congreso convino en pagar la construcción de la primera línea telegráfica, de Baltimore a Washington. El 24 de mayo de 1844, el primer mensaje atravesó los cables: «¿Qué ha realizado Dios?», una cita de la Biblia (Núm., 23:23).
El liderazgo en el avance tecnológico, que había sido británico en el siglo anterior, poco a poco estaba pasando a Estados Unidos. Sólo gradualmente este proceso se hizo evidente para el mundo.
Un hecho que fue inmediatamente espectacular fue el viaje de Charles Wilkes (nacido en la ciudad de Nueva York el 3 de abril de 1798). En 1836, el Congreso, en la primera acción de tal tipo que emprendió, autorizó una expedición exploratoria y de estudio en el Pacífico Sur. Bajo el mando de Wilkes, la expedición, cargada hasta el tope de científicos de toda clase, partió de Estados Unidos en agosto de 1838 y navegó aguas abajo cerca de la costa de América del Sur y luego a través del Pacífico hasta Australia, deteniéndose, en la ruta, en muchas islas.
Desde Australia, Wilkes navegó hacia el Sur, hasta los límites de los hielos del Polo Sur, y luego a lo largo de ellos, en enero de 1840 (el verano antártico), avistando tierra en varias ocasiones. Partes del continente antártico habían sido vistas antes, pero Wilkes fue el primero en ver lo suficiente de él como para sentirse justificado en sostener que es un continente, y no sólo un grupo de islas cubiertas de hielos*. Así, puede ser considerado, con igual título que otros, como el descubridor de la Antártida.

5. De mar a mar brillante.

«Tyler También»

El 14 de marzo de 1841 William Henry Harrison fue investido como noveno presidente de Estados Unidos. Era un día extremadamente frío, y Harrison había escrito una alocución inaugural de increíble extensión y aburrimiento. Daniel Webster se acercó a él y persuadió al nuevo presidente a que acortase su discurso, pero aun así tardó casi dos horas en terminar. Harrison, que acababa de celebrar su sexagésimo sexto cumpleaños (el hombre de mayor edad que haya sido investido como presidente), se empecinó en pronunciar su discurso sin llevar sombrero ni abrigo.

En tales condiciones, hasta una estatua de bronce habría cogido frío, como le ocurrió a Harrison. En el curso de un mes de marzo húmedo y frío pasado en la ventosa Casa Blanca, el resfriado se convirtió en neumonía, y luego los médicos se apoderaron de él. Harrison podía haber sobrevivido a la neumonía, pero nadie en aquellos días podía sobrevivir a la atención concentrada de una cantidad de médicos*. El 4 de abril Harrison murió, después de haber sido presidente durante sólo treinta días, el plazo más breve que se registra hasta la fecha.

Este suceso fue un desastre inesperado para los whigs. Ningún presidente hasta entonces había fallecido mientras o.cupaba su cargo, y esta posibilidad no entraba en sus cálculos. Habían dado por sentado, más o menos, que Harrison permanecería seguro en los bolsillos de Clay; en verdad, el gabinete que Harrison había nombrado consistía enteramente en fieles seguidores de Clay (además de Webster como secretario de Estado).

Ahora «Tippecanoe» estaba muerto y «Tyler También» era presidente. ¿Cómo sería Tyler? Sólo había sido elegido candidato para atraer votos de los demócratas conservadores, pues era un demócrata, no un whig. Se esperaba que, como todos los vicepresidentes de la historia americana hasta entonces, sería un cero a la izquierda y su tendencia política no contaría para nada.

Pero ahora era presidente. Algunos trataron de considerarlo sólo como si «representase el papel» de presidente, pero Tyler insistió en que era presidente, en el pleno sentido de la palabra. Y salió victorioso, lo cual sentó un precedente; desde Tyler, los vicepresidentes que accedieron a la presidencia por muerte del presidente electo han sido considerados en posesión de todos los poderes y derechos que habrían tenido si hubiesen sido elegidos ellos mismos.

Aunque la gran victoria whig de 1840 había dejado a un demócrata en la presidencia, Clay -de manera muy optimista- actuó en el supuesto de que Tyler se guiaría por principios whigs. Clay propuso la revocación del sistema de las subtesorerías que el gobierno de Van Burén había logrado, en sus últimos días, hacer aprobar por el Congreso, y luego ideó un proyecto de ley destinado a crear un banco nacional muy semejante al que Biddle había dirigido y Jackson destruido.

El 6 de agosto de 1841 el nuevo proyecto de ley sobre el banco fue aprobado por ambas Cámaras y fue enviado al despacho de Tyler. Éste pensó en la cuestión y decidió que, a este respecto, era un jacksoniano, después de todo. Lo vetó sobre la base de que, entre otras cosas, violaba los derechos de los Estados, pues éstos tendrían que cargar con sucursales bancadas que no controlaban.

Se necesita una mayoría de dos tercios en ambas Cámaras para superar un veto presidencial, y Clay no pudo hallar los votos necesarios. El veto se mantuvo.

Bufando de cólera, preparó otro proyecto de ley, atenuado de modo que no chocase con alguno de los escrúpulos constitucionales de Tyler. Pero no otorgaba a los Estados individuales el derecho a impedir el establecimiento de sucursales dentro de su territorio, pues tales poderes estatales habrían hecho impotente al banco. El segundo proyecto de ley fue aprobado, como antes; Tyler lo vetó, como antes; y el Congreso no logró anular el veto, como antes.

La dirección whig casi enloqueció de frustración y furia. El 11 de septiembre de 1841, un día después del segundo fracaso, el gabinete de Tyler (que había heredado de Harrison) renunció en su totalidad, excepto Webster, quien se quedó para continuar con las delicadas negociaciones diplomáticas en que estaba empeñado.

El Partido Whig repudió a Tyler por traidor, como ya había hecho el Partido Demócrata. Durante tres años, pues, Tyler fue un presidente sin partido, demostrando, en el proceso, la fuerza constitucional de un presidente americano. El mero hecho de que no tuviese apoyo no significaba que tuviese que renunciar. No podía ser destituido, excepto por enjuiciamiento y condena, pues la sola impopularidad o el no cooperar con el Congreso eran razones insuficientes. Así, durante tres años Tyler siguió siendo presidente con el poder de designar a personas para ocupar cargos y de vetar leyes a su voluntad, mientras los whigs no podían hacer nada.

Webster permaneció en el gabinete de Tyler porque estaba resuelto a resolver la cuestión de la frontera de Maine, aún en disputa con Gran Bretaña. En 1831, Estados Unidos había rechazado la decisión bastante favorable alcanzada por el arbitraje del rey de los Países Bajos, pero ahora Webster estaba dispuesto a aceptar algo menos y dar a Gran Bretaña el territorio que deseaba para construir su ferrocarril desde la costa hasta el interior. La dificultad era hacer que los Estados de Massachusetts y Maine aceptasen el acuerdo.

Gran Bretaña estaba ansiosa de enfriar el fervor antibritánico a lo largo de las fronteras septentrionales de Estados Unidos, por lo que envió a Alexander Baring, primer lord Ashburton, con órdenes de mostrarse conciliatorio. Webster finalmente logró que los Estados de Nueva Inglaterra aceptasen el acuerdo y cediesen a Gran Bretaña doce mil quinientos kilómetros cuadrados de territorio, que ahora forma parte de las provincias de Quebec y Nuevo Brunswick. Estados Unidos conservó los diecisiete mil quinientos kilómetros meridionales, y Ashburton reconoció el derecho americano en todos los otros puntos (menores) en disputa a lo largo de la frontera septentrional. Para suavizar el resultado, el gobierno federal compensó a Maine y Massachusetts con 150.000 dólares a cada uno por la propiedad perdida.

En realidad, las reclamaciones americanas mayores eran respaldadas por viejos mapas trazados en tiempos de la Guerra Revolucionaria, pero Webster no conocía esos mapas, pues estaban en manos británicas. Por consiguiente, Estados Unidos cedió algunos territorios que no necesitaba haber cedido. Sin embargo, merecía la pena perder unos pocos kilómetros cuadrados para mejorar las relaciones y lograr una frontera estable, sobre todo puesto que se descubrió, sólo dos años más tarde, que las adquisiciones americanas en el lejano Oeste, en Minnesota, poseían enormes minas de hierro.

La frontera entre Canadá y Estados Unidos, desde el océano Atlántico hasta las Montañas Rocosas, establecida por el Tratado Webster-Ashburton (firmado el 9 de agosto de 1842), se ha mantenido tal cual hasta hoy. Sólo el Territorio de Ore-gón, al oeste de las Montañas Rocosas, siguió en disputa entre Estados Unidos y Gran Bretaña.

Negros, blancos y «nativismo»

El acuerdo sobre la frontera de Maine no borró todo sentimiento antibritánico, en modo alguno. De hecho, existió un constante peligro de incidentes en el mar que recordaba los malos días anteriores a la Guerra de 1812, cuando los británicos detenían barcos americanos en busca de desertores. Ahora buscaban otra cosa: negros africanos raptados.

El comercio de esclavos, por consenso común del mundo civilizado en el siglo xix, era considerado como una actividad vil que debía ser detenida a toda costa. Aun Estados Unidos, que permitía la esclavitud dentro de sus fronteras, sólo esperaba que llegasen nuevos esclavos por descendencia de los viejos esclavos. En 1808, Estados Unidos había

prohibido a los barcos americanos dedicarse al comercio de esclavos y puesto fuera de la ley la importación de esclavos de África.

La nación más preocupada por aplicar las leyes contra el comercio de esclavos eran Gran Bretaña, cuya armada dominaba los mares. Gran Bretaña había abolido el comercio de esclavos en 1807 y liberado a todos los que hubiera en cualquier territorio que se hallase bajo bandera británica en 1833. Elaboró tratados con diversos gobiernos extranjeros (todos los cuales habían proscrito el comercio de esclavos) que permitían a los barcos británicos detener e inspeccionar los barcos sospechosos de comerciar con esclavos aunque estuviesen bajo una bandera extranjera.

Sólo Estados Unidos se negó a firmar un tratado semejante, porque no admitía la inspección extranjera. El resultado fue que los ilegales comerciantes de esclavos hacían ondear la bandera americana, y el pendón que los americanos consideraban como perteneciente a «la tierra de los libres» era usado para proteger a los negreros del mundo entero.

Los negreros corrían sus riesgos, desde luego. A veces los esclavos se rebelaban. En 1839, por ejemplo, a bordo del barco español Amistad, los negros llevados ilegalmente de África a Cuba se amotinaron, mataron al capitán y a un miembro de la tripulación, y luego pusieron al resto en la costa, excepto a dos hombres que debían conducir el barco de vuelta a África. Los navegantes habían logrado engañar a los negros y llevar el barco hacia el Norte, de Cuba a New Haven, Connecticut. Allí el barco fue puesto bajo la custodia de las autoridades americanas.

España exigió que se le entregase a los negros por considerarlos piratas. El presidente Van Burén estaba dispuesto a hacerlo, pero los abolicionistas arguyeron que como la esclavitud estaba prohibida en Connecticut, los negros ahora eran libres y no podían ser devueltos a la esclavitud y quizá ejecutados.

El caso llegó al Tribunal Supremo, cinco de cuyos miembros -entre ellos, su presidente, Taney- eran de Estados esclavistas. En defensa de la libertad de los esclavos se levantó John Quincy Adams. Tan abrumadores eran los argumentos de Adams de que el comercio negrero era ilegal, tanto para las leyes americanas como para las españolas, y de que los negros, por ende, se habían librado de un rapto, que el Tribunal Supremo, el 9 de marzo de 1841, se pronunció por la libertad. Los negros fueron devueltos a África.

Esta decisión fue sumamente impopular en los Estados esclavistas. Lo que más les preocupaba era que los negros fueran liberados aunque hubieran matado a hombres blancos. Por espantosa que sea la vida del esclavo, no debemos olvidar el sufrimiento de su amo, que debe vivir siempre en el temor de la tortura y la muerte a manos de sus propios esclavos rebeldes. La esclavitud degrada a todos, a los amos tanto como a los esclavos.

La decisión concerniente al Amistad parecía, en los Estados esclavistas, una incitación al motín y al asesinato por los negros, y este temor pareció justificado cuando, el 27 de octubre de 1841, alrededor de medio año después de la resolución, se produjo un acontecimiento similar.

Un barco americano, el Creóle, transportaba 130 esclavos de Hampton Roads, Virginia, a Nueva Orleans, cuando se amotinaron y se adueñaron del barco, matando a un hombre blanco en el proceso. El barco fue llevado luego a las islas Bahamas, una posesión británica. Los británicos retuvieron a los que se habían amotinado realmente y liberaron al resto de los esclavos.

El gobierno americano arguyó que el asunto del Amistad no sentaba ningún precedente. El Creóle no transportaba negros africanos, sino negros americanos, nacidos en la esclavitud. Tampoco era el Creóle un barco negrero; solamente transportaba esclavos de un punto del país a otro. Pero los británicos ignoraron las protestas americanas (aunque más tarde, en 1855, pagaron a los americanos unos 110.000 dólares como compensación).

Naturalmente, el asunto del Creóle enfureció a los Estados esclavistas y los llenó de indignación contra Gran Bretaña. Pero el insulto a la bandera americana era insuficiente para agitar al resto de la nación mientras la disputa se centrase en el tema de la esclavitud. De hecho, una parte apreciable de la población americana se puso del lado de Gran Bretaña.

Joshua Reed Giddings (nacido en Tioga Point, Pensilvania, el 6 de octubre de 1795) era representante whig por Ohio. Violentamente antiesclavista, aprovechó la ocasión no para tronar contra los británicos, sino para presentar resoluciones contra la esclavitud y el uso de la navegación costera para el comercio de esclavos interestatal.

Los miembros del Congreso de los Estados esclavistas se horrorizaron hasta lo indecible por ese ataque (así lo consideraban) a las-víctimas de la rebelión de esclavos y de la agresión británica. No sólo persuadieron al Congreso a que rechazase las propuestas de Giddings, sino que presentaron y llevaron adelante una moción de censura contra el representante de Ohio. Giddings inmediatamente renunció y se presentó a las elecciones, como prueba directa de los sentimientos de su Estado. El 8 de mayo de 1842 fue reelegido por una amplia mayoría.

Las posiciones se estaban definiendo cada vez más agudamente. La política de la esclavitud se estaba degradando y se hacía cada vez más implacable.

Extrañamente, hubo una revuelta en ese período, pero fue llevada a cabo por blancos, no por esclavos negros, y no se produjo en los Estados esclavistas, sino en el formal y viejo Estado libre de Rhode Island.

En algunos aspectos, Rhode Island era el más conservador de los veintiséis Estados. Era el único que no había participado en la Convención Constitucional; y fue el decimotercero y último de los Estados originales en adoptar la Constitución e incorporarse a la Unión: no lo hizo hasta que Washington fue presidente y cuando se le amenazó, de forma no muy velada, con medidas económicas punitivas.

Ahora, medio siglo después de aprobar la Constitución, su gobierno estatal aún se fundaba en su vieja carta colonial de 1663, según la cual sólo podían votar quienes poseyesen cierta cantidad de tierras. Menos de la mitad de los hombres adultos de Rhode Island llenaban este requisito, y el resto de la población era completamente ignorada por los encaramados en el poder.

Los que no podían votar, cada vez más intranquilos por esta situación, hallaron un líder en Thomas Wilson Dorr (nacido en Providence, Rhode Island, el 5 de noviembre de 1805), un abogado con derecho a voto. Dorr había hecho campaña desde 1834 para la extensión del sufragio, cuando fue elegido para la legislatura de Rhode Island, y en 1840 organizó Partido del Pueblo para emprender acciones prácticas.

Los representantes del Partido del Pueblo, que se reunieron en 1841, habían elaborado y aprobado una nueva constitución estatal que otorgaba el voto a todos los blancos adultos de sexo masculino. El Partido del Pueblo dominaba Rhode Island septentrional, de modo que anunció elecciones, las llevó a cabo, votó a Dorr como gobernador, el 18 de abril de 1842, y lo invistió del cargo en Providence.

El gobierno oficial de Rhode Island también convocó a elecciones y reeligió como gobernador a Samuel W. King, quien fue investido en Newport.

Durante un tiempo hubo dos gobernadores en el diminuto Estado (el más pequeño de la Unión, entonces y ahora), pero no había ninguna duda de que, desde un punto de vista estrictamente legal, King era el gobernador legítimo. King declaró rebelde a Dorr, puso la ley marcial y llamó a la milicia del Estado.

Dorr y sus seguidores se dispusieron a resistir. Ambas partes apelaron al presidente Tyler, quien urgió a llegar a algún acuerdo, pero dejó en claro que, como presidente, no tenía más opción que apoyar al gobierno legal de un Estado. Esto condenó a la «rebelión de Dorr»,

como se la llamó. Dorr hizo un tibio intento de apoderarse del arsenal estatal de Rhode Island el 18 de mayo de 1842, y luego huyó del Estado. Volvió el 31 de octubre de 1843, se entregó voluntariamente y fue enjuiciado por traición. El 25 de junio de 1844 fue condenado a cadena perpetua, pero fue amnistiado y liberado al año siguiente.

La rebelión fue un fracaso si se juzgan los hechos militares de los rebeldes, que fueron nulos. Sin embargo, Dorr había
ganado en un sentido muy amplio, pues el orden establecido de Rhode Island, comprendiendo que ya no podía continuar con el viejo estilo, convocó una convención constitucional y aprobó una nueva constitución que concedía un sufragio más extenso. Pero no fue un sufragio universal. Los negros no podían votar, aunque fuesen hombres libres; tampoco podían votar los nacidos en el extranjero, aunque fuesen ciudadanos.

La continua restricción sobre los nacidos en el extranjero en la nueva constitución de Rhode Island fue una manifestación de un «nativismo» que ocasionalmente ha surgido en los Estados Unidos. Parece extraño que, en una nación creada por inmigrantes, haya habido tan a menudo una gran oposición a éstos por parte de quienes, quizá, no estaban a más de una o dos generaciones de los inmigrantes.

Con frecuencia esta actitud provino de pautas cambiantes de inmigración. Muchos pensaban que su propio tipo de inmigración, proveniente de un país o grupo de países determinado, era excelente, pero que se debía trazar una línea divisoria que la distinguiese de la inmigración de otros países o grupos de países con lenguas, religiones y culturas suficientemente diferentes de las propias como para ser sospechosas.

En los decenios de 1830 y 1840 hubo una inmigración cada vez más numerosa de Alemania e Irlanda, y los nuevos inmigrantes eran en su mayoría católicos. Pronto surgieron prejuicios anticatólicos entre los viejos pobladores, que eran en su mayor parte protestantes, y aparecieron movimientos para impedir que los recién llegados adquiriesen la ciudadanía demasiado fácilmente, entrasen en la vida política o lograsen poder político o económico.

Oponerse a los católicos como tales era difícil dado el fuerte apoyo a la libertad religiosa en la Constitución. Era más seguro y menos problemático oponerse a ellos sencillamente por haber nacido en el extranjero, la Constitución no hablaba de tolerar a los extranjeros.

Como resultado de esto, el nativismo empezó a figurar en la política americana. Ya en 1837 se fundó en Washington la Asociación Americana Nativa, y en junio de 1843 se fundó en la ciudad de Nueva York el Partido Republicano Americano, con un programa político que se oponía a que los extranjeros obtuviesen demasiado fácilmente la ciudadanía, el derecho a votar o a ocupar cargos públicos.

Los nativistas nunca alcanzaron un verdadero poder, aunque en 1844 un nativista fue elegido alcalde de Nueva York, y en 1845 otro fue elegido alcalde de Boston. Pero a veces eran suficientemente fuertes como para que de ellos dependiese el equilibrio de fuerzas, y eran cortejados por políticos que, si bien no eran ellos mismos nativistas, no osaban hacer caso omiso del voto nativista.

Texas y la política.

La catástrofe de la sucesión de Tyler mostró sus efectos claramente en las elecciones de 1842, de mitad del mandato. Los whigs conservaron su mayoría en el Senado donde un cambio en la dominación de un partido es difícil de lograr, pues sólo se elige una tercera parte de los miembros cada vez. Pero en la Cámara de Representantes, donde se eligen todos los miembros a la vez, los demócratas volvieron al poder con un aplastante triunfo de 142 a 79 en el Vigésimo octavo Congreso.

El 31 de marzo de 1842 Clay renunció al Senado para dedicarse a reconstruir el Partido Whig, necesidad seguramente no prevista en la época de la gran victoria del Partido, sólo un año y medio antes.
La visible declinación del Partido Whig elevó las esperanzas de Tyler de un futuro político. Aunque elegido por los whigs, estaba totalmente desacreditado entre ellos. Si deseaba ser reelegido, su única probabilidad era mediante la reconciliación con los demócratas.
Los demócratas se habían vuelto cada vez más conservadores desde la época de Jackson. Ahora que la esclavitud era el principal problema de los derechos de los Estados, los demócratas -cada vez más inclinados a la defensa de esos derechos- se pronunciaron en forma creciente a favor de dejar el tema de la-esclavitud en manos de los Estados individuales y a suprimirlo como problema nacional. Como resultado de esto, quienes rechazaban la esclavitud gravitaron hacia el Partido Whig.
Esto significaba que los Estados esclavistas se estaban volviendo sólidamente demócratas (y lo seguirían siendo durante un siglo), de modo que si Tyler quería ganarse al Partido Demócrata, tenía que concentrarse en un tema popular en los Estados esclavistas. Por ello abordó la cuestión de la anexión de Texas.
Desde 1837, cuando Jackson reconoció la independencia de Texas, la opinión popular en los Estados esclavistas fue febrilmente partidaria de la anexión. Sólo la intransigencia de los ruidosos elementos antiesclavistas se oponía a ella.
Mientras tanto, Texas sólo mantenía su independencia precariamente, pues México se opuso firmemente a confirmar la rendición de Santa Anna y no reconocía su independencia. Texas tenía que hallar fortaleza en otra parte. Con esta idea, Mirabeau Buonaparte Lámar (nacido en Warren County, Georgia, el 16 de agosto de 1798), quien había conducido la caballería en la batalla de San Jacinto y, en 1838, se había convertido en el segundo presidente de Texas, trató de extender el territorio tejano hasta el Pacífico. Pero México desbarató esta jugada fácilmente. Lámar, entonces, buscó el reconocimiento de las potencias europeas, en lo cual tuvo éxito. Francia reconoció la independencia de Texas en octubre de 1839, Gran Bretaña en noviembre de 1840 y otras potencias menores las siguieron.
El reconocimiento británico, en particular, intensificó en Estados Unidos las exigencias expansionistas que reclamaban la anexión de Texas. El argumento era que, si no se efectuaba la anexión, Texas se convertiría en un títere británico, y Estados Unidos se hallaría frente a una influencia británica en la frontera meridional tan fuerte como en la septentrional. Entre los norteños, ahora rabiosamente antibritánicos por los problemas de Canadá, esta consideración tenía mayor peso que el riesgo de fortalecer a los Estados esclavistas.
Tyler pensó que, en total, la anexión de Texas sería mucho más popular que impopular en Estados Unidos, y se preparó para desempeñar otro mandato utilizando esta cuestión. Daniel Webster, quien se había quedado con Tyler cuando todos los otros whigs lo habían abandonado, no estaba dispuesto a ser el agente mediante el cual Texas entrase en la Unión; por ello, el 8 de mayo de 1843 renunció como secretario de Estado.
Al mes siguiente, Tyler lo reemplazó por su secretario de Marina, Abel Parker Upshur (nacido en Northampton County, Virginia, el 17 de junio de 1791). Upshur inmediatamente empezó a negociar con Sam Houston, quien en 1841 había iniciado su segundo mandato como presidente de Texas.
El factor crítico era si podía lograrse que el Senado, aún bajo control whig, aprobase algún tratado de anexión. Upshur, ansiosamente, y sin justificación, aseguró a Houston que el Senado estaría de acuerdo. También calmó la preocupación de Texas por las amenazas mexicanas prometiendo que Estados Unidos asumiría la defensa de las fronteras de Texas.

Pero antes de que la cuestión quedase resuelta, Upshur hizo un crucero con el presidente y otros altos funcionarios del gobierno, a bordo del barco de guerra de los Estados Unidos Princeton. El 28 de febrero de 1844, durante el disparo ceremonial de uno de los grandes cañones, una explosión accidental mató o hirió a una cantidad de funcionarios, y Upshur estaba entre los muertos. (Tyler salió indemne.)

Para entonces, era tan claro que Tyler favorecería la causa de los Estados esclavistas que pudo resolverse una vieja querella dentro del Partido Demócrata. Calhoun y sus adeptos de Carolina del Sur, que se habían separado en el curso de la controversia sobre la anulación del arancel, ahora pudieron retornar al partido. El 6 de marzo de 1844 Calhoun aceptó el cargo de secretario de Estado para llevar a cabo la anexión de Texas?

El 12 de abril Calhoun firmó el tratado de anexión que Upshur había negociado, y luego, triunfalmente, aclaró que el tratado fortalecería, y por ello lo había firmado, a los Estados esclavistas. Una de las virtudes de la anexión, afirmaba, era que impediría que Texas aboliese la esclavitud para asegurarse la ayuda británica contra México.

Los antiesclavistas reaccionaron con iracundia y se mostraron más decididos que nunca a impedir la anexión, si podían.

Pero los Estados esclavistas tenían un triunfo en la manga. Más allá de las Montañas Rocosas estaba el Territorio de Ore-gón, que se extendía desde los 42° de latitud norte (la frontera con México) hasta los 54° 40', la extensión más meridional de Alaska.

Desde 1818 se había considerado que el territorio estaba bajo la dominación conjunta británica y americana, pero a comienzos del decenio de 1840 inmigrantes americanos empezaron a entrar en el territorio, y en 1845 había cinco mil colonos americanos allí. La dominación conjunta ya no sería posible: tenía que hacerse alguna división.

Los británicos estaban dispuestos a ceder a Estados Unidos la parte situada al sur del río Columbia, pero querían conservar el río para ellos, pues en él abundaba la pesca del salmón. En respuesta, surgió en Estados Unidos un estridente clamor que reclamaba todo el Territorio de Oregón y expresado en el eslogan: «Cincuenta y cuatro Cuarenta o Lucha» [por alusión a la latitud septentrional del Territorio].

Astutamente, los hombres de los Estados esclavistas estimularon esa reclamación, con la esperanza de que los miembros de los Estados libres, deseosos de aumentar el territorio americano en direcciones donde la esclavitud no era un problema, aceptasen también el precio de la anexión de Texas.

Así, las elecciones de 1S44 giraron alrededor del expansionismo en dos direcciones -Texas y Oregón- y los portavoces antiesclavistas se vieron en la incómoda posición de tener que oponerse a hacer más grande y más fuerte los Estados Unidos.

Los whigs, con fuerza creciente en los Estados libres, estaban contra la anexión de Texas; no iban a elegir a ningún candidato que no se declarase firmemente contra la anexión.

Esto concernía a Henry Clay. Se había hecho a un lado en 1840 para asegurar una victoria whig y esto había llevado a la catástrofe. No pensaba hacer lo mismo nuevamente. Por ello, el 27 de abril de 1844 publicó una carta en la que se oponía a la anexión de Texas. Esto resolvía la cuestión en lo que respecta a los whigs. La convención whig se reunió en Baltimo-re el 1 de mayo y eligió candidato a Clay por aclamación. El acuerdo sobre el candidato a vicepresidente fue más difícil, pero después de tres votaciones los whigs eligieron a Theodore Frelinghuysen (nacido en Millstone, Nueva Jersey, el 28 de marzo de 1787), hijo de un coronel de la Guerra Revolucionaria.

La situación en el campo demócrata era más complicada.

Todas las maniobras de Tyler no le ayudaron a conquistar el afecto de los demócratas. No aceptaban al traidor de 1840. Tyler logró hacerse elegir candidato por un puñado de adeptos que se reunieron en Baltimore el 27 de mayo de 1844, pero su causa era tan manifiestamente sin esperanza que el 20 de agosto abandonó la competición.

Tyler fue el primer presidente que, después de un único mandato, no fue reelegido como candidato para un segundo mandato. Sentó un precedente transitorio, en los veintidós años siguientes, ningún presidente fue reelegido como candidato para un segundo mandato, y por un tiempo pareció que el presidente de un solo mandato se convertiría en una tradición americana establecida.
El 27 de mayo el Partido Demócrata se reunió en Baltimore. El candidato lógico habría sido Van Burén, que aún era el líder del Partido.
Van Burén, que era del Estado libre de Nueva York, no se inclinaba por la anexión de Texas y había intentado desesperadamente impedir que ésta fuera una cuestión clave en la elección. Sabiendo que Clay estaba contra la anexión y que sería el candidato whig, el Pequeño Mago decidió dar un golpe de sorpresa. Había llegado a un acuerdo con Clay; el mismo día en que Clay publicó su carta contra la anexión Van Burén publicó una carta similar. Ahora los dos candidatos estaban enfrentados y el tema de la anexión quedaría anulado.
Pero Van Burén había hecho mal sus cálculos. Su acuerdo con Clay podía haberlo ayudado si hubiese empezado la campaña presidencial, pero antes de que Van Burén se presentase como candidato a presidente tenía que ser elegido candidato, y esto ahora era imposible. Los demócratas de los Estados esclavistas, agraviados por la posición de Van Burén, se dispusieron a combatir denodadamente su elección como candidato. Van Burén tenía la mayoría de los delegados, pero necesitaba los dos tercios, y no los obtuvo.
Mientras los reporteros enviaban noticias por el telégrafo eléctrico por primera vez, el Partido Demócrata, reunido en Baltimore el 27 de mayo de 1844, efectuó ocho votaciones. Era claro que Van Burén no sería elegido candidato aunque se sentase allí para siempre.
En la octava votación, algunos votos fueron para James Knox Polk, de Tennessee (nacido en Mecklenburg County, Carolina del Norte, el 2 de noviembre de 1795). Polk no era un hombre muy conocido, aunque había demostrado ser un hombre capaz en la Cámara de Representantes y como gobernador de Tennessee. También tenía el firme apoyo de su paisano de Tennessee Andrew Jackson.

Con Van Burén fuera de juego después de ocho votaciones, hubo una repentina y sorprendente desbandada de votos para Polk en la novena y fue elegido candidato, convirtiéndose así en el primer candidato dark horse (caballo oscuro') en la historia americana*.
Para candidato a vicepresidente, los demócratas luego eligieron a George Mifflin Dallas (nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 10 de julio de 1792), hijo de Alexander James Dallas (secretario del Tesoro bajo el presidente Madison) y ex senador y embajador en Rusia. (La ciudad de Dallas, Texas, que estaba naciendo por entonces, fue así llamada en su honor un par de años más tarde.)
Había otro hombre en la competición: Birney, elegido candidato nuevamente por el Partido de la Libertad y enarbolan-do nuevamente el programa abolicionista.
Inmediatamente después de la elección de los candidatos, los whigs pensaron que tenían las elecciones en el bolsillo. El hábil y bien conocido Clay se enfrentaba con alguien prácticamente desconocido. En verdad, el eslogan burlón de los whigs fue: «¿Quién es James K. Polk?». Por ello, en junio de 1844, el Senado, dominado por los whigs, rechazó el tratado de anexión de Texas elaborado por Upshur y Calhoun, y nuevamente se impidió a Texas incorporarse a los Estados Unidos. (Gran Bretaña estaba encantada y, esperando hacer de Texas un aliado seguro, se esforzó por persuadir a México a que reconociese la independencia de Texas.)
Pero el rechazo del Senado no ayudó a la causa de Clay, después de todo. Polk gozaba del respaldo del anciano pero aún idolatrado Jackson, y los demócratas iniciaron una vigorosa

campaña exaltando el expansionismo americano. Los pensamientos entusiastas de obtener nuevas tierras, nuevas fuerzas y nuevos éxitos fueron una poderosa atracción para muchos americanos, y eran numerosas las personas de los Estados libres que estaban anhelando que Estados Unidos se expandiera, aunque fuese a costa de fortalecer la esclavitud.

Clay vio que la marea se volvía contra él y a favor del desconocido Polk. Por ello, en julio escribió un par de cartas a un periódico de Alabama tratando de explicar que él no estaba realmente contra la anexión de Texas, sino sólo contra el desgarramiento de la Unión. Si hubiera algún modo de anexar Texas «sin deshonor, sin guerra, con el consenso común de la Unión», decía, entonces él la aprobaría.

Esas cartas fueron un terrible error, pues no convencieron a nadie y fueron amplia y burlonamente citadas por los demócratas como el acto de un hombre desesperado y sin principios que se contradecía a sí mismo. En verdad, esas dos cartas le restaron adeptos a Clay y fueron su ruina.

En las elecciones, efectuadas el 4 de diciembre de 1844, Clay, frente al desconocido Polk, fue derrotado por tercera vez en su aspiración a la presidencia. Fue la más desgarradora de las derrotas de Clay por su escaso margen. Clay recibió 1.300.097 votos y Polk 1.338.464, una diferencia de sólo unos 38.000 votos.

En verdad, si Birney no se hubiese presentado en la competición y si los que votaron por el Partido de la Libertad hubiesen votado por Clay (al que, ciertamente, hubiesen preferido frente a Polk), Clay habría obtenido la mayoría. Birney recibió 62.300 votos, pocos aún, pero casi el doble de los que había recibido en 1840, signo de la creciente fuerza del abolicionismo.

Los votos de Birney habrían emparejado las cosas en el colegio electoral. Los votos electorales fueron 170 para Polk contra 105 para Clay, y la pérdida más importante de éste fue la de los 36 votos electorales de Nueva York. Si Nueva York se hubiese pronunciado por Clay, la votación electoral habría sido de 141 a 134 a su favor. Clay perdió Nueva York por sólo 5.080 votos; los votos para Birney que podían haber sido para Clay ascendían a 15.812.

Es muy probable que algunos de los que votaron a Birney habrían votado por Clay de no haber sido por las cartas de Alabama, que resultaron ser uno de los peores cálculos equivocados en una campaña presidencial americana. Todo el proceso fue una excelente lección objetiva sobre el poder de un pequeño grupo en un electorado parejamente dividido; también explica cómo los abolicionistas consiguieron asegurar la elección de un candidato que, desde su punto de vista, era la peor alternativa.

(Las elecciones de 1844 fueron las últimas que se realizaron en diciembre. Desde entonces, las elecciones se efectuaron el primer martes siguiente al primer lunes de noviembre, en alguna fecha situada entre el 2 y el 8 del mes; y esa costumbre se ha mantenido hasta ahora.)

Texas y la guerra.

La primera consecuencia de la victoria de Polk fue que Tyler (que seguía siendo el presidente hasta el 4 de marzo de 1845) anunció que la consideraba como un mandato para efectuar la anexión. No había ninguna posibilidad de anexar Texas mediante un tratado, pues esto exigía una mayoría de dos tercios en el Senado, dominado por los whigs; de modo que propuso una resolución conjunta del Congreso, que sólo exigía una mayoría simple en cada Cámara.

En la desmoralización que siguió a su derrota, los whigs no pudieron detener esa acción. La resolución fue aprobada en el Senado por 27 a 25, y luego fue aprobada fácilmente en la Cámara de Representantes.

Gran Bretaña finalmente había persuadido a México a que reconociese la independencia de Texas, pero era demasiado tarde. Texas no se había comprometido aún con Gran Bretaña y, con la oportunidad de incorporarse a Estados Unidos, se apresuró a hacerlo.
Otro Estado esclavista le había ganado por la mano. Florida había entrado en la Unión como vigésimo séptimo Estado el 3 de marzo de 1845, el último día del mandato de Tyler*. Texas, que entró el 29 de diciembre de 1845, fue el vigésimo octavo Estado. (Para entonces, Polk era ya el undécimo presidente.)
En resumen, había quince Estados esclavistas y sólo trece Estados libres. Pero Iowa entró en la Unión, el 28 de diciembre de 1846, como vigésimo noveno Estado libre, y Wisconsin el 29 de mayo de 1848 como el trigésimo. Iowa y Wisconsin prohibían la esclavitud en sus constituciones, de modo que el número de Estados libres y de Estados esclavistas nuevamente era el mismo, quince de cada lado.
Pero no era probable que pudiera efectuarse la anexión de Texas sin una guerra con México. México había advertido que la anexión significaba la guerra, y los Estados esclavistas expansionistas la deseaban, pues podían arrancarle a México más territorios y convertirlos en Estados esclavistas.
En el verano de 1845, John L. Sullivan, director de una revista, había escrito sobre «la realización de nuestro destino manifiesto de extendernos sobre el continente que nos ha otorgado la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones de personas que se multiplican anualmente». La expresión «destino manifiesto» llegó a significar la inevitabili-dad del continuo crecimiento de Estados Unidos, hasta el océano Pacífico, ciertamente, y ¿quién sabe hasta dónde más?
Mas para realizar el «destino manifiesto» de los Estados Unidos era menester dar un paso por vez. Estados Unidos no podía enfrentarse simultáneamente con México por Texas y con Gran Bretaña por Oregón. Habiendo sido elegido con un programa expansionista, Polk apoyaba vigorosamente la posición del «Cincuenta y cuatro Cuarenta o Lucha» -o ai menos decía que la apoyaba-, pero si había que optar, Polk prefería llegar a un compromiso sobre Oregón. En primer lugar, Gran Bretaña era el enemigo más poderoso y, en segundo término, Polk era de los Estados esclavistas y estaba mucho más interesado en el Sudoeste que en el Noroeste.
En vista de los problemas de Estados Unidos con México, Gran Bretaña podía haber sido muy exigente, pero también ella estaba en dificultades, había hambre en Irlanda y una gran intranquilidad en su clase obrera. Por ello, estaba dispuesta a llegar a un compromiso razonable. Aceptó una extensión de la línea fronteriza de los 49° hasta el océano Pacífico, cediendo así a los Estados Unidos aproximadamente los tres quintos del Territorio de Oregón.
El 6 de junio de 1846, el tratado que establecía este compromiso, negociado por el secretario de Estado James Bucha-nan (nacido cerca de Mercersburg, Pensilvania, el 23 de abril de 1791), estaba en el despacho de Polk. Éste lo envió al Senado, que evaluó el peligro que surgía en el Sur y no se arriesgó a enfrentarse también con una disputa en el Norte.
El 19 de junio de 1846 el tratado fue aceptado formalmente y, por fin, la bandera americana fisgó al Pacífico. La frontera septentrional de Estados Unidos con Canadá, desde el Atlántico hasta el Pacífico se convirtió en lo que ha sido hasta hoy. Setenta años después de que Estados Unidos conquistase su independencia, finalmente se extendía «de mar a mar brillante»
Pero mientras seguían las negociaciones con Inglaterra, la crisis en el Sur estaba llegando a su punto culminante.
Los ojos americanos se volvieron ansiosamente a California, la parte de la costa del Pacífico al sur de Oregón que había sido colonizada por los españoles, desde el norte de

México, aproximadamente por la época en que Estados Unidos estaba librando la Guerra Revolucionaria.

Mientras México luchaba por su independencia de España, California había permanecido fiel a la madre patria. Se unió a México sólo con renuencia, después de que no hubo duda de que el poder español se había derrumbado, y se rebeló contra los gobernadores mexicanos muchas veces. Para 1840, la afluencia al Oeste de los americanos (muchos de ellos empujados por la depresión de 1837) había empezado a penetrar en California tanto como en Oregón. En 1845 había unos 700 americanos en California, que eran el 10 por 100 de la población total. Estaba difundido el sentir de que los americanos debían apropiarse de la región de algún modo. Después de todo, hacerlo era el «destino manifiesto» de Estados Unidos.

Por ello, los ojos de Polk no sólo estaban dirigidos a Texas, sino también a California, y emprendió la acción en ambas direcciones.

En Texas se planteaba la cuestión de los límites. La provincia mexicana de Texas había estado formada por las tierras comprendidas entre los ríos Red y Nueces (que ahora forman la mitad oriental del Estado de Texas). Y, sin duda, toda la población tejana estaba en esta zona.

Pero los téjanos reclamaban todas las tierras hasta el río Grande, territorio tres veces más amplio que la provincia y un poco mayor que el Estado moderno.

La población de las tierras disputadas consistía casi en su totalidad de indios. Ni los téjanos ni los mexicanos podían reclamar el territorio por su posesión real, pero Polk adoptó el bando tejano. Tan pronto como Texas puso en claro que aceptaría la invitación a incorporarse a la Unión, Polk ordenó la ocupación del territorio disputado.

Las tropas enviadas al sur del río Nueces el 28 de mayo de 1845 (con orden de no emprender ninguna acción hostil contra los mexicanos en el territorio disputado antes de una declaración de guerra) estaban bajo el mando del general Zachary Taylor (nacido en Orange County, Virginia, el 24 de noviembre de 1784). Hijo de un coronel de la Guerra Revolucionaria, Taylor había luchado en la Guerra de 1812 (bajo el mando de Harrison), en la Guerra de Halcón Negro y en la Segunda Guerra Seminóla. En el curso de esta última se ganó el apodo de «Viejo Rudo pero Eficaz», que aludía a sus modales toscos y a sus cualidades como combatiente.

Taylor llevó sus fuerzas a Corpus Christi, inmediatamente al sur de la desembocadura del río Nueces, y allí reunió hasta tres mil quinientos hombres, la mayor fuerza americana ubicada en un solo lugar desde la Guerra de 1812.

En California, Polk usó los servicios de John Charles Fré-mont (nacido en Savannah, Georgia, el 31 de enero de 1813), un pintoresco y extravagante explorador que, en 1841, se había casado con la hija del poderoso senador Benton, de Missouri. En 1842, cuando pasó a primer plano la cuestión de Oregón, Frémont encabezó una expedición exploratoria por la región.

Ahora, en la primavera de 1845, fue enviado al Oeste en lo que parecía ser otra expedición exploratoria, pero con instrucciones secretas sobre qué hacer en caso de una guerra con México. Llegó a California en diciembre de 1845, y allí, en la primavera de 1846, mientras la nación estaba a la espera de una guerra a lo largo del río Grande, Frémont alentó una revuelta de los colonos. Los californianos proclamaron la «República de la Bandera del Oso», así llamada porque adoptó una bandera en la que aparecía un oso pardo y una estrella sobre un fondo blanco.

Polk se sintió en buena posición. Con un ejército al sur del río Nueces y con California en rebelión, podría obtener lo que quisiera de México sin ir a la guerra. Por ello, envió al miembro del Congreso John Slidell, de Luisiana (nacido en la ciudad de Nueva York en

1795), a México en noviembre de 1845. Slidell ofrecería comprar diversas partes de las provincias septentrionales de México hasta por cuarenta millones de dólares.
El plan podía haber tenido éxito. Texas estaba perdida desde hacía tiempo y las otras provincias septentrionales estaban prácticamente vacías. Si el gobierno de México hubiese podido negociar secretamente, se podía haber llegado a un acuerdo. Pero se filtraron las noticias de la misión de Slidell y la opinión popular mexicana se mostró tan hostil que Slidell ni siquiera pudo ser recibido. En marzo de 1846, Slidell se vio obligado a abandonar México, y la indignación en Estados Unidos llegó a alturas febriles, particularmente ante las noticias (falsas) de que México era incitado en su desafío por el enemigo tradicional de Estados Unidos, Gran Bretaña, con la cual todavía no se había dirimido la disputa por Oregón.
Tan pronto como comprendió que México no trataría con Slidell ni satisfaría pacíficamente las exigencias de los Estados Unidos, Polk aceleró el enfrentamiento militar ordenando a Zachary Taylor que llevase sus tropas al sur del río Grande. A fines de marzo, cuatro mil soldados americanos estaban cerca de la desembocadura del río Grande, en su orilla septentrional. Inmediatamente del otro lado del río, en Matamoros, se hallaban concentrados cinco mil soldados mexicanos.
El comandante mexicano envió un mensaje a Taylor exigiendo su retirada al río Nueces, a lo que Taylor se negó. Inmediatamente después, mil seiscientos soldados de caballería mexicanos cruzaron el río Grande y, el 25 de abril de 1846, cayeron sobre, y capturaron, una partida de reconocimiento de sesenta y tres americanos, matando a once e hiriendo a cinco en la lucha. Taylor en seguida envió un mensaje a Washington anunciando que las hostilidades habían empezado.
Polk ya estaba preparando un mensaje de guerra destinado al Congreso. Cuando llegaron noticias de los choques, inmediatamente revisó su mensaje y lo modificó, afirmando que México había invadido suelo americano y derramado sangre americana. El 12 de mayo de 1846 se habían completado todas las formalidades; Estados Unidos y México estaban formalmente en guerra.

México.

Al principio parecía una guerra pareja. México no era mucho menor que Estados Unidos en superficie, y su ejército era seis veces mayor que el ejército americano. México también contaba con recibir ayuda de Gran Bretaña y Francia (que, finalmente, no recibió) y con la división interna entre los americanos. Tal división existía, en verdad; muchas personas de los Estados libres se oponían a la «Guerra del Sr. Polk». (Uno de los más ruidosos disidentes era un joven congresista de Illinois llamado Abraham Lincoln.)
Polk era consciente de las dificultades que se le presentaban, y también de que necesitaba una victoria rápida, antes de que la oposición en los Estados libres cristalizase y se hiciese peligrosa, y antes de que Gran Bretaña decidiese que debía intervenir. Pero también tenía que ser cauteloso con esa victoria rápida, pues los generales de éxito a menudo ganan una gran influencia política, y el comandante supremo del ejército, Winfield Scott, era un whig. Por ello, Polk decidió retener a Scott en Washington y dejar la conducción de la guerra a Taylor, que también era un whig, pero quizá menos peligroso.
Polk se equivocaba. El Viejo Rudo pero eficaz era un general capaz. No esperó a la declaración formal de la guerra; después de ser atacado por los mexicanos, contraatacó inmediatamente y pronto ganó dos batallas contra tropas superiores en número, al norte del río Grande. Esas dos victorias demostraron que los americanos habían anulado completamente las ventajas que pudieran tener los mexicanos. Los americanos tenían

soldados mejor preparados y habían realizado mayores progresos en los aspectos técnicos de la guerra, particularmente en la artillería.
Taylor cruzó luego el río Grande y, el 18 de mayo, la semana después de haberse declarado formalmente la guerra, Texas había sido limpiada de enemigos y Taylor estaba en Matamoros, y los mexicanos en plena retirada.

La Guerra Mexicana.

Por primera vez en su historia, Estados Unidos estaba librando una guerra ofensiva triunfal en territorio enemigo. Taylor se convirtió en un héroe de guerra, y los voluntarios empezaron a afluir al ejército desde todos los lugares de Estados Unidos (excepto de la hostil Nueva Inglaterra).
Polk tampoco olvidó California. El coronel Stephen Watts Kearny (nacido en Newark, Nueva Jersey, el 30 de agosto de 1794) condujo un contingente desde Fort Leavenworth, Kan-sas, al oeste de California. Partió en mayo de 1846 con mil setecientos hombres y, el 18 de agosto, llegó y tomó a Santa Fe, la principal ciudad mexicana de las provincias septentrionales, entre Texas y California. Allí se enteró de que en California, los americanos, estimulados por Frémont, dominaban la situación. Kearny dejó Santa Fe el 25 de septiembre, con sólo 120 hombres, y se dirigió presurosamente al Oeste.
Cuando llegó al sur de California a principios de diciembre, vio que la dominación americana era muy poco sólida. Asumió el mando, actuó con habilidad y avanzó vigorosamente; al mes los mexicanos de California estaban derrotados. Los problemas reales de Kearny empezaron con Frémont, quien no se avenía a ceder el mando en California. Tan pronto como Kearny recibió refuerzos, arrestó a Frémont, a quien se formó consejo de guerra y fue condenado, pese a la intervención de su suegro, el senador Benton.
Y mientras Kearny (sin muchas victorias espectaculares) conquistaba para Estados Unidos todo el territorio que quería, Zachary Taylor seguía avanzando al sur del río Grande.
El ejército mexicano en retirada se había fortificado en Monterrey, a ciento sesenta kilómetros al sudoeste del río Grande. Durante el verano, Taylor, habiendo aumentado y mejorado su ejército, lo siguió cuidadosamente con seis mil seiscientos hombres. Finalmente, el 21 de septiembre, estuvo listo y llevó su ataque principal contra Monterrey desde el Este, mientras contingentes que totalizaban dos mil hombres atacaban desde el Oeste. Las fuerzas mexicanas resistieron valerosamente, disputando cada palmo de terreno. El combate duró días y cada casa se convirtió en un campo de batalla, pero no había manera de resistir a la artillería americana. El 25 de septiembre de 1846 Monterrey se vio obligada a rendirse.

Las pérdidas de Taylor -120 muertos y 368 heridos- habían sido moderadamente grandes (mayores que las pérdidas mexicanas). Además, sus suministros eran escasos y se había internado profundamente en territorio enemigo. Por ello accedió prudentemente a la solicitud de México de un armisticio de ocho semanas, para tener tiempo de recuperarse.
Cuando Polk recibió esta noticia*, se puso furioso. Los retrasos eran peligrosos, pues necesitaba una victoria rápida. Ya abrigaba muchas sospechas contra Taylor, sobre todo porque las elecciones de mitad del mandato habían mostrado un incremento en la fuerza de los whigs. Los whigs ya habían conseguido el dominio de la Cámara de Representantes en el Decimotercer Congreso, y ya se hablaba de presentar a Taylor como candidato a presidente en 1848.
Polk, pues, decidió usar el armisticio como un arma contra Taylor. Obligaría a Taylor a suspender la lucha, con lo cual se esfumaría su inconveniente gloria.

Pero aunque Taylor se vio obligado a permanecer en la inactividad, la campaña no podía ser detenida totalmente, pues México no mostraba ningún signo de debilitamiento. Perdida toda la mitad septentrional de la región, los mexicanos habían combatido con inquietante resolución en Monterrey.

Una estratagema política intentada por Polk había fracasado. Santa Anna, que había gobernado a México por la época de la rebelión de Texas, estaba en el exilio. Polk lo estimuló secretamente a retornar, con la esperanza de que Santa Anna negociaría la paz. Santa Anna, que retornó el 16 de agosto de 1846, rápidamente se hizo con el poder y se preparó para continuar la guerra.

Mientras tanto, el general Scott insistía en que la fuerza de México estaba en el Sur y en que no podría ser conquistado a menos que se ocupase su capital, Ciudad de México. La distancia de Monterrey a Ciudad de México era de mil trescientos kilómetros a través de una región muy accidentada, de modo que la acción estaba fuera de cuestión, aunque Polk hubiese estado dispuesto a permitir el intento a Taylor, lo cual ciertamente no ocurría.

Pero Scott señaló que se podía llegar a Ciudad de México por mar. Estados Unidos dominaba el mar y ya estaba bloqueando puertos mexicanos. Si podía tomarse Veracruz, sobre la costa oriental de México, la Ciudad de México estaría a sólo 400 kilómetros.

Para entonces, Polk temía lo suficiente a Taylor como para hacer intervenir a Scott. Envió a éste a Veracruz con un fuerte ejército en enero de 1847. Además, ordenó a Taylor transferir nueve mil de sus hombres a Scott y a permanecer estrictamente a la defensiva en Monterrey. En resumen, se iba a retirar a Taylor de la guerra y a dejar la victoria a Scott. Este duro ataque frontal contra la posible candidatura de Taylor iba a provocar una reacción; los whigs rápidamente empezaron a presentar a Taylor como a un mártir.

El jefe mexicano, Santa Anna, pretendía martirizar a Taylor aún más. A Santa Anna no le preocupaba Veracruz. Los cuatrocientos kilómetros hasta Ciudad de México no eran fáciles de atravesar, y si se lograba retrasar a Scott hasta el comienzo de la estación de la fiebre amarilla, se vería obligado a retirarse. Lo que quería Santa Anna era aplastar a Taylor. Al general americano, a fin de cuentas, sólo le quedaban cinco mil hombres y, evidentemente, tenía un motivo de queja contra su gobierno que podía reflejarse en su eficacia en el combate. Si se podía infligir una importante derrota a Taylor y hacer que volviese tambaleándose a Texas, la oposición americana a la guerra aumentaría lo suficiente como para darle fin en términos favorables a los mexicanos.

Así, el 28 de enero de 1847, mientras Scott conducía su ejército a Veracruz, Santa Anna se dirigió apresuradamente hacia el Norte con quince mil hombres. Era la mayor fuerza con que el ejército americano se había enfrentado hasta entonces.

Taylor, sabiendo que Santa Anna se acercaba, y sabiendo también que era superado por tres a uno, ocupó una fuerte posición defensiva en el rancho de Buena Vista, a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Monterrey.

El 22 de febrero de 1847 Santa Anna alcanzó las líneas de Taylor. Éste se negó a rendirse, Santa Anna atacó y comenzó la batalla de Buena Vista. Los mexicanos atacaron bravamente, bien dirigidos por Santa Anna, de modo que los americanos, superados numéricamente, cedieron en algún lugar. Un intento de Santa Anna de enviar la caballería a rodear el flanco americano casi tuvo éxito.

Pero no se podía ignorar la artillería americana, y cada arremetida de Santa Anna le costó severas pérdidas. Finalmente, se dio cuenta de que no podía romper las líneas americanas, que se rehacían bajo la tranquila conducción del imperturbable Taylor, y no se atrevió a sufrir nuevas pérdidas.

El 24 de febrero Santa Anna se retiró apresuradamente hacia el Sur de nuevo, después de perder la mitad de su ejército. Taylor obtuvo su mayor victoria pese al deliberado intento de Polk de paralizarlo. Esta victoria, arrancada al odiado Santa Anna (no se había olvidado El Álamo), hizo absolutamente seguro que Taylor se presentaría como candidato al año siguiente. En verdad, no tenía intención de correr nuevos riesgos, de modo que volvió a los Estados Unidos, a su propio predio, el 26 de noviembre.
El 9 de marzo de 1847, sólo dos semanas después de la batalla de Buena Vista, Scott desembarcó al sur de Veracruz. Por un lado, estaba ansioso por tomar la ciudad y marcharse de la región costera antes de que empezase la fiebre amarilla; por otro, no podía llevar un ataque frontal directo e inmediato, pues debía conservar su ejército para la futura tarea. Por ello, sometió a Veracruz a un bombardeo de la artillería por tierra y por mar (acción considerada como una atrocidad en Europa), y el 29 de marzo tomó la ciudad con escasas pérdidas. La primera operación anfibia jamás realizada por los Estados Unidos fue un éxito completo.
Desde Veracruz, Scott se dispuso a marchar sobre Ciudad de México lo más rápidamente que pudo. Santa Anna, que acababa de retornar de su derrota en Buena Vista, fortificó una posición en el camino a Ciudad de México, en Cerro Gordo, a sesenta y cinco kilómetros al noroeste de Veracruz; pero la rápida caída de este puesto fue inesperada, y el ejército norteamericano llegó a Cerro Gordo antes de que se terminase su fortificación.
El ataque a Cerro Gordo, el 18 de abril, fue una chapucería, pero los mexicanos, tomados por sorpresa, se vieron obligados a retirarse de todos modos.
Scott avanzó con resolución y, el 15 de mayo, llegó a Puebla, a sólo ciento treinta kilómetros al este de Ciudad de México. Mas para entonces el desgaste de la campaña y la pérdida de voluntarios que se habían enganchado por períodos breves lo obligaron a detenerse, para reagruparse y esperar refuerzos.
En este momento difícil de la ofensiva, Scott también fue acosado por un funcionario del Departamento de Estado, Ni-cholas Philip Trist (nacido en Charlottesville, Virginia, el 2 de junio de 1800), quien había sido, primero, secretario privado de Thomas Jefferson, luego de Andrew Jackson y tenía ahora la confianza de Polk. Éste había enviado a Trist con el ejército para que negociase un tratado de paz una vez obtenida la victoria y actuase como una especie de perro guardián sobre el general whig. Naturalmente, Scott (apodado «Viejo Pendenciero») riñó con Trist y empezó a preocuparse por la situación.
Aun después de recibir refuerzos comandados por el general Franklin Pierce (nacido en Hillsboro, New Hampshire, el 23 de noviembre de 1804, y uno de los pocos generales de Nueva Inglaterra que luchó en esta guerra), Scott estaba en un dilema. No podía al mismo tiempo conservar las extensas líneas que llegaban a Veracruz y avanzar sobre Ciudad de México; tenía que renunciar a las líneas o al avance. Scott decidió abandonar sus líneas de comunicaciones y especuló sobre la probabilidad de una rápida victoria que hiciera innecesarias esas líneas.
El 7 de agosto de 1847 finalmente avanzó de nuevo hacia el Oeste y diez días más tarde se encontró en los suburbios meridionales de Ciudad de México.
Desde San Agustín, a trece kilómetros al sur de la ciudad, Scott avanzó hacia el Norte hallando una dura resistencia, pues Santa Anna realizó un último y desesperado esfuerzo. Se necesitaron tres semanas y tres batallas -todas victorias americanas- antes de que Scott, el 8 de septiembre, llegase a unos tres kilómetros del borde sudoccidental de la ciudad. Una última batalla permitió al ejército americano entrar en Ciudad de México, el 14 de septiembre.
La ocupación de Ciudad de México puso fin a la guerra. Santa Anna atacó a la pequeña guarnición americana de Puebla, fracasó y huyó nuevamente del país. Era evidente que los mexicanos no podían continuar luchando. Aunque habían combatido bien, fueron

derrotados en casi todas las batallas, habían perdido irremediablemente sus provincias septentrionales y su capital había sido tomada.
Polk ordenó a Trist que volviera, a quien había enviado para establecer los términos de paz, el 16 de noviembre. Mas por entonces los mexicanos estaban casi dispuestos a firmar, de modo que Trist aprovechó la oportunidad, ignoró las órdenes de Polk y se quedó en México para negociar un tratado de paz en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, a seis kilómetros y medio al norte de Ciudad de México. El 2 de febrero de 1848 el tratado estaba listo.
Por el tratado de Guadalupe Hidalgo, México convenía en ceder la ancha extensión de territorio que iba de Texas a California y que ahora comprendía el cuarto sudoccidental de Estados Unidos.
Los territorios que Estados Unidos había ganado en Ore-gón y el Sudoeste llevaron su superficie a unos siete millones y medio de kilómetros cuadrados, casi cuatro veces el territorio que tenía cuando conquistó su independencia. Estados Unidos era ahora una nación gigantesca, casi igual en superficie a toda Europa.
Como compensación, Estados Unidos convino en pagar a México quince millones de dólares y hacerse cargo de las deudas mexicanas a ciudadanos americanos.
Polk estaba irritado y disgustado por la ilegal acción de Trist, pero después de examinar el Tratado no vio cómo se lo hubiese podido mejorar*. El Senado aprobó el Tratado el 10 de marzo de 1848, y el Congreso mexicano el 25 de mayo. El 4 de julio entró en vigencia.
La Guerra Mexicana costó a Estados Unidos casi tantas pérdidas como la Guerra de 1812. Pero mientras la Guerra de 1812 había terminado en un empate, la Guerra Mexicana fue una aplastante victoria, cuyo resultado fue un enorme aumento del territorio de Estados Unidos.
Además (aunque los americanos no podían saberlo por entonces) sirvió como entrenamiento para oficiales que, poco más de una década después, librarían la guerra más peligrosa y trágica que padecería nunca Estados Unidos.

6. El último compromiso.

El nuevo Oeste.

Los antiesclavistas de Estados Unidos no estaban en modo alguno felices con los nuevos vastos territorios del Sudoeste.
Texas era un Estado esclavista. Esto era un hecho que no podía ser modificado. Más aún, era tan enorme que se le podía dividir en tres o cuatro Estados esclavistas, cada uno con dos senadores. Además, también el territorio recientemente adquirido situado al oeste de Texas estaba debajo de la línea de 32° 30' de latitud norte y, por lo tanto, según el Compromiso de Missouri, podían formarse en ellos otros Estados esclavistas.
Los antiesclavistas de los Estados libres sencillamente no estaban dispuestos a tolerar esto. Estaban decididos a que Texas fuese el último Estado esclavista que entrase en la Unión*. A fin de cuentas, según la ley mexicana, la esclavitud estaba prohibida en los territorios situados al oeste de Texas. ¿Podían los Estados Unidos imponer la esclavitud en territorio que había sido legal mente libre? Uno de quienes pensaban que no, era un congresista demócrata de Pensilvania, David Wilmot (nacido en Bethany, Pensilvania, el 20 de enero de 1814).
El 8 de agosto de 1846, poco después de que se iniciase la guerra, Polk trató de hacer aprobar una asignación de dos millones de dólares con los cuales sobornar a líderes mexicanos como Santa Anna para que firmasen una paz favorable a los americanos.

Wilmot se levantó para proponer una enmienda -la «Salvedad de Wilmot»- por la cual la esclavitud estaría prohibida en todo territorio que México cediese a los Estados Unidos.
Polk trató de llegar a un compromiso por el que se aplicase la Salvedad de Wilmot sólo a las tierras ubicadas al norte de la línea de 36° 30', pero la mayoría de los congresistas de los Estados libres, cada vez más amargados por una guerra que sólo parecía redundar en interés de los Estados esclavistas (mientras Oregón era objeto de un compromiso), rechazaron la propuesta.
Aunque la Salvedad de Wilmot fue aprobada por la Cámara de Representantes, fue bloqueada en el Senado, donde Cal-houn conducía el ataque; y precisamente lo mismo ocurrió cuando fue presentada por segunda vez en 1847. De parte de los senadores de los Estados esclavistas se pusieron varios senadores de los Estados libres que deseaban eliminar el problema de la esclavitud de la política nacional.
Uno de estos últimos, el senador Lewis Cass, de Michigan (nacido en Exeter, New Hampshire, el 9 de octubre de 1782), sostenía que sólo los Estados podían decidir si ser libres o esclavistas; los territorios no podían tomar la decisión por sí mismos ni hacer que el Congreso la tomase por ellos. Cuando llegase el momento de que un territorio se convirtiese en Estado, entonces los habitantes del territorio podían votar una constitución que hiciese al Estado esclavista o libre. Llamó a este punto de vista el de la «soberanía popular», y sobre la base de él la Salvedad de Wilmot debía ser rechazada.
Por el principio de la «soberanía popular», los propietarios de esclavos y sus esclavos podían desplazarse a cualquier territorio y nadie podía detenerlos. Entonces, cuando llegase el momento de convertir el territorio en un Estado, los propietarios de esclavos y sus simpatizantes podían hacer de él un Estado esclavista en cualquier parte de la Unión, al norte de la línea del Compromiso de Missouri tanto como al sur.
La propuesta debe de haber parecido atractiva a la mayoría de los miembros de los Estados esclavistas, pero daba por supuesto que los poseedores de esclavos y sus esclavos se desplazarían al Oeste en cantidades suficientes como para hacer posible la formación de Estados esclavistas. Pero esto era dudoso y, ciertamente, de dos importantes corrientes migratorias al Oeste, en el decenio de 1840, ninguna de ellas fue de ayuda alguna para la causa de los Estados esclavistas.
La primera, de menor envergadura, fue la de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día (comúnmente conocida como la Iglesia mormona), la cual, como expusimos antes, había sido fundada en el Estado de Nueva York en 1830. Los primeros mormones, con sus extrañas ideas y su intenso celo misional, fueron desconcertantes para sus vecinos y la hostilidad hacia ellos los obligó constantemente a emigrar al Oeste.
Primero se trasladaron a Ohio, donde fundaron un templo en 1836. Las penurias financieras derivadas de la depresión de 1837 los obligó a marcharse aún más al Oeste, a Missouri, el bastión más occidental de la filosofía del Estado esclavista, donde, al principio, prosperaron y se multiplicaron.
Pero pronto los de Missouri, creyendo que los inmigrantes de los Estados libres eran detestables abolicionistas, empezaron a expulsarlos de un lugar tras otro. Finalmente, en 1839, un gran grupo de mormones cruzó el Mississippi para asentarse en el Estado libre de Illinois y fundó la ciudad de Nauvoo, sobre la orilla oriental del río, a ciento sesenta kilómetros al oeste de Peoría.
Allí los mormones, aún conducidos por Joseph Smith, fundador de la religión, florecieron. Durante un tiempo, Nauvoo, con veinte mil mormones que eran tenaces trabajadores, fue la "mayor ciudad de Illinois. Las actividades misioneras continuaron no sólo en los Estados Unidos, sino también en el exterior. Brigham Young (nacido en Whitingham, Vermont, el 1 de junio de 1807), uno de los primeros conversos de Smith y líder de la fundación de

Nauvoo, fue enviado como misionero a Gran Bretaña en 1840, desde donde envió conversos.
Los mormones mantuvieron el equilibrio de fuerzas en Illinois entre los whigs y los demócratas, haciéndose impopulares entre unos y otros. Desgraciadamente, en 1843, Smith provocó a los «gentiles» circundantes permitiendo la práctica de la poligamia, dándoles así la oportunidad de acusar a los mormones de inmoralidad sexual. Además, Smith negó a sus seguidores las libertades otorgadas por la Constitución. (Por ejemplo, ordenó suprimir un periódico contrario a él publicado por ciertos mormones disidentes de Nauvoo.)
Era fácil inducir a la multitud a la violencia contra los mormones, y en junio de 1844 Smith organizó la defensa de Nauvoo. A causa de esto, fue acusado de traición y arrestado por orden del gobernador de Illinois. Él y su hermano, Hyrum Smith, fueron encarcelados en Carthage, a veinticinco kilómetros al sudeste de Nauvoo. Allí, el 27 de junio de 1844, una muchedumbre asaltó la cárcel y dio muerte a Smith y a su hermano.
Los mormones tuvieron que mudarse nuevamente. De hecho, el gobierno de Illinois los instó a ello. Brigham Young llegó de Gran Bretaña y asumió el liderazgo, trasladando. Decidió trasladar a los mormones tan lejos, a un lugar tan aislado -y, en caso necesario, tan indeseable- que nunca fuesen molestados de nuevo.
El 4 de febrero de 1846 los mormones cruzaron el Missis-sippi cubierto de hielos. Después de pasar un duro invierno en las orillas del río Missouri, donde está hoy Omaha, reanudaron la migración. El 24 de julio de 1847 algunos contingentes de avanzada llegaron a la región del Gran Lago Salado. Brigham Young dijo: «Éste es el lugar apropiado». Allí se detuvieron los mormones y convirtieron el lugar en su morada permanente, fundando Salt Lake City (Ciudad del Lago Salado).
La primera migración masiva al territorio arrancado a México (que se produjo mientras duraba la Guerra Mexicana) fue un golpe contra la posibilidad de formar Estados esclavistas. Los mormones, aunque sus doctrinas religiosas eran, y siguen siendo, lamentablemente antinegros, no eran propietarios dé esclavos.
Una migración mucho mayor y más ruidosa se produjo como resultado de los sucesos de comienzos de 1848.
En California, uno de los grandes terratenientes era Johann Augustus Sutter (nacido en el Estado alemán de Badén el 15 de febrero de 1803). Después de pasar su juventud en Suiza, Sutter llegó a los Estados Unidos en 1834, se estableció en Missouri por un tiempo y luego se traladó a California, en 1839. Allí se enriqueció bajo protección mexicana, pero colaboró astutamente con Frémont cuando se creó la República de la Bandera del Oso. Esto le permitió conservar sus tierras cuando la guerra terminó.
Mientras se negociaba el tratado de paz mexicano-estadounidense, Sutter se dispuso a construir un nuevo aserradero. El 24 de enero de 1848, en el curso de la construcción, el supervisor, James Wilson Marshall (nacido en Hunterdon County, Nueva Jersey, en 1810), encontró pepitas de oro en un curso de agua, en un lugar situado a sesenta y cinco kilómetros al noreste de la moderna ciudad de Sacramento.
Sutter trató de mantener el descubrimiento en secreto, pero no lo consiguió; el suceso trascendió y el país enloqueció. Nada simboliza la riqueza mejor que el oro, y la idea de que allí estaba y no había más que recogerlo tuvo un efecto enloquecedor sobre la gente. Empezó una «fiebre del oro» muy similar a la frenética búsqueda por los exploradores españoles tres siglos antes del legendario «Eldorado»*. (En verdad, la región de California donde se efectuó el descubrimiento inicial de oro es llamada hoy Eldorado County.)
De-todas las partes de Estados Unidos, y también de países de ultramar, la gente afluyó a California. Atravesaron los desiertos occidentales en carretas cubiertas o carretillas de mano, a través de regiones sin caminos y áridas, pasando por increíbles penurias y enfrentándose, con frecuencia, a la hostilidad de los indios.

Esos inmigrantes (luego llamados fortyniners [los del cuarenta y nueve], porque muchos llegaron en 1849) invadieron las propiedades de Sutter y las arruinaron. A fines de 1849 California tenía una población de cien mil personas. En el lapso de tres años, unos 200 millones de dólares en oro fueron extraídos del suelo, pero sólo un pequeño porcentaje de la población se benefició realmente de ello, y esa parte estaba formada principalmente por tenderos, jugadores y mujeres fáciles, más que por mineros.
Esta segunda migración estuvo compuesta sobre todo por los elementos inestables de la población americana que, en los duros tiempos que siguieron a la Guerra Mexicana, tenían poco que perder si se marchaban y se arriesgaban a un largo viaje al Oeste. Las personas ya prósperas tenían pocas razones para abandonar su seguridad, y pocos propietarios de esclavos se interesaron por hacer el viaje con sus esclavos.
Así, en 1850, cuando California, repentinamente rica y populosa, empezó a reclamar que se la considerase como un Estado, sus habitantes querían que lo fuese como Estado libre, aunque casi la mitad de ella estaba al sur de la línea del Compromiso de Missouri de 36° 30'.
En su primera prueba, la doctrina de la soberanía popular operó contra los Estados esclavistas; así, Calhoun empezó a llamarla despreciativamente «la soberanía ilegal», pues la decisión no fue tomada (en su opinión) por personas establecidas y responsables que compraban tierras, sino por una horda de inmigrantes indigentes que ocupaban «ilegalmente» las tierras y reclamaban la propiedad por derecho de ocupación. Los Estados esclavistas se dispusieron a impedir el ingreso de California como Estado libre, sobre todo puesto que esto rompería el empate entre Estados libres y Estados esclavistas que existía desde sesenta años atrás.

Mediados del siglo.

Pero el problema de California tuvo que ser abordado por un nuevo gobierno, pues Polk, al aceptar la candidatura en 1844 se había comprometido a ocupar el cargo por un solo mandato y tenía la intención de cumplir con este compromiso. Por una parte, se había hecho de tantos enemigos entre los demócratas de los Estados libres por su total devoción a la causa de los Estados esclavistas que era evidente que no sería elegido candidato nuevamente, aunque lo intentase. Por otra, sus cuatro años de gobierno lo habían envejecido y debilitado; aunque había sido el hombre más joven investido como presidente hasta entonces, pues tenía cuarenta y nueve años en ese momento, dejó el cargo como un hombre enfermo.
Polk, el primer presidente de un solo mandato que no hizo ningún esfuerzo por lograr su reelección, murió en su casa de Nashville el 15 de junio de 1849, a la edad de cincuenta y tres años. Hasta hoy, ningún otro presidente de los Estados Unidos murió por causas naturales a tan temprana edad.
Tohn Quincy Adams también falleció por entonces y aunque mucho más viejo que Polk, murió al pie del cañón. Aún activo en la Cámara de Representantes, se levantó el 21 de febrero de 1848 para oponerse a la Guerra Mexicana, que estaba terminando triunfalmente. Durante su discurso, sufrió un ataque cerebral y cayó al suelo; murió dos días más tarde a la edad de ochenta años.
.Pero aunque los hombres mueran, las guerras políticas continúan y los demócratas estaban en dificultades. Hacían todo lo posible para mantener el tema de la esclavitud fuera de la política, pero esto era cada vez más difícil en los Estados
libres.
La rama del Estado de Nueva York del Partido Demócrata, por ejemplo, se había escindido en dos: un grupo conservador dispuesto a alinearse con los Estados esclavistas y un grupo

liberal que se oponía a una mayor extensión de la esclavitud. Los conservadores eran llamados hunkers ('nalgas', 'trasero'), posiblemente porque se sentaban en sus traseros y no cedían; los liberales, los herederos de los «locofocos» del decenio de 1830, eran llamados barnburners ('incendiarios de graneros') por sus adversarios, quienes los comparaban con el granjero que incendia su granero para librarse de las ratas. La disputa entre facciones era tan aguda que los demócratas de Nueva York no acudieron a la convención que se reunió en Baltimore el 22 de mayo de 1848. Ninguno de los bandos permitía al otro formar una delegación. En la convención, dominaron los conservadores, y en la cuarta votación fue elegido como candidato Lewis Cass, el arquitecto de la «soberanía ilegal», gracias, en parte, al fuerte apoyo de Polk.

Cass tenía la ventaja de ser un militar. Los demócratas estaban seguros de que los whigs elegirían como candidato a uno de los generales de la Guerra Mexicana y esperaban que la hoja de servicios de Cass en la Guerra de 1812 y como secretario de Guerra bajo Jackson contribuiría a equilibrar la situación.

Como candidato a vicepresidente, los demócratas eligieron a William Orlando Butler, de Kentucky (nacido en Jessa-mine County el 14 de abril de 1791), quien no sólo era otro veterano de la Guerra de 1812, sino que había combatido con gallardía y había sido herido en la Batalla de Monterrey.

Mas para los demócratas antiesclavistas, Cass era totalmente inaceptable. Había votado consecuentemente con el bando de los Estados esclavistas y fue maldecido como un doughface ('cara de masa'), término acuñado algunos años antes para describir a un miembro de los Estados libres cuyo rostro empalidecía como una masa ante las amenazas de los miembros de los Estados esclavistas.

Los barnburners realizaron su convención en Utica Nueva York, el 22 de junio y nombraron candidato al ex presidente Martin Van Burén. Los whigs antiesclavistas (llamados «whigs de conciencia», porque sus conciencias no les permitían estar de acuerdo con las acciones insuficientemente antiesclavistas del partido nacional) y los que en las dos elecciones anteriores habían votado por el Partido de la Libertad se unieron a los barnburners en el apoyo a Van Burén.

Así, Van Burén se presentó bajo el estandarte del Partido de la Tierra Libre, que eligió como candidato a la vicepresi-dencia al whig de conciencia Charles Francis Adams (nacido en Boston, Massachusetts, el 18 de agosto de 1807), el único hijo sobreviviente de John Quincy Adams, recientemente fallecido.

El Partido de la Tierra Libre no era tan radical como el Partido de la Libertad al que reemplazó. No propugnaba la abolición tajante, sino la interrupción de toda ulterior extensión de la esclavitud. Si bien sus objetivos eran más modestos, logró atraer a más seguidores y, por ello, fue tanto más amenazador para los Estados esclavistas.

Mientras tanto, el Partido Whig se reunió en una conven-ción realizada en Filadelfia el 7 de junio de 1848. El perenne paladín Henry Clay estaba en disponibilidad, pero esta vez no tenía posibilidades. Su destino era ser elegido candidato cuando las perspectivas de los whigs eran malas, nunca cuando eran buenas.

Entre otros aspirantes estaban los dos héroes whigs de la Guerra Mexicana, Taylor y Scott. En la tercera votación fue elegido Taylor, como la mayoría estaba segura desde el comienzo de que lo sería. Como candidato a vicepresidente, los whigs eligieron a Millard Fillmore, de Nueva York (nacido en Locke, Nueva York, el 7 de enero de 1800), un importante líder whig que había comenzado su vida política como antimasón y había estado a punto de ser elegido gobernador de Nueva York en 1844.

Las elecciones, realizadas el 7 de noviembre de 1848 (el primero del que ahora llamamos «día de las elecciones»), fueron reñidas. Taylor marchó a la cabeza con 1.360.000 votos, contra 1.220.000 de Cass, y el colegio electoral emitió 163 votos a favor de Taylor y 127

por Cass. Por segunda vez en ocho años, los whigs habían elegido aun héroe de la guerra como presidente.
El Partido de la Tierra Libre había recibido 291.000 votos. Esta cifra era pequeña en comparación con la de los partidos principales, pero representó otro aumento de casi cinco veces con respecto al voto antiesclavista de la elección anterior; en verdad, ascendió al 10 por 100 de la totalidad de los votos. Ningún líder de los Estados esclavistas podía dejar de notar este índice de la fuerza en vertiginoso ascenso del sentimiento antiesclavista en los Estados libres.
De hecho, una vez más, como en 1844, el voto antiesclavista había modificado el resultado en Nueva York. Si los barnburners hubiesen votado a los demócratas en vez de hacerlo por el Partido de la Tierra Libre, Cass habría ganado Nueva York y, con ella, las elecciones. Se repitió lo ocurrido en 1844, sólo que en otra dirección.
El 4 de marzo de 1849 Zachary Taylor fue investido como duodécimo presidente de los Estados Unidos. Fue el primer presidente de Estados Unidos elegido exclusivamente por su hoja de servicios militar, el primero que no tenía ninguna experiencia política. Y no iba a ser el último.

Aunque los whigs habían ganado la presidencia, los demócratas aún dominaban en el Decimoprimer Congreso: por 35 a 25 en el Senado, y 112 a 109 en la Cámara de Representantes. Pero había no menos de nueve miembros del Partido de la Tierra Libre en la Cámara y tuvieron en sus manos la balanza del poder (esto es, podían votar por los whigs o por los demócratas, dando la mayoría a unos u otros).
El Partido de la Tierra Libre también tenía dos senadores. Uno de ellos, Salmón Portland Chase, de Ohio (nacido en Cornish, New Hampshire, el 13 de enero de 1808), era activo desde hacía tiempo en las causas antiesclavistas y había sido miembro del Partido de la Libertad, aunque negó con indignación ser un abolicionista de la clase de Garrison.
En todos los aspectos, excepto en la creciente y agudizada disputa sobre la esclavitud, a mediados de siglo Estados Unidos parecía estar pasando por una edad dorada. La Guerra Mexicana había sido un gran triunfo, Estados Unidos había incrementado enormemente su territorio y ahora se extendía del Atlántico al Pacífico en una vasta faja de tres mil setecientos kilómetros de ancho.
En 1850 la población llegó a veintitrés millones; era mayor que la de Gran Bretaña, aunque aún menor en diez millones que la de Francia. Los inmigrantes afluían de la Irlanda atenaceada por el hambre, la Alemania desgarrada por las revoluciones, de los Países Bajos, de Gran Bretaña, atraídos por el país en crecimiento y pendenciero, para no hablar del oro de California. Esos inmigrantes europeos que huían de gobiernos opresivos eran vigorosamente antiesclavistas, y ésta fue otra tendencia que los Estados esclavistas contemplaron con creciente alarma.
El 10 de septiembre de 1846 Elias Honre (nacido en Spencer, Massachusetts, el 9 de julio de 1819) patentó la primera máquina de coser práctica. Éste fue el paso más importante dado hasta entonces para aplicar las técnicas de la Revolución Industrial a fin de liberar a las mujeres de tareas embrutecedoras.
Se estableció la comunicación telegráfica entre Nueva York y Chicago. El algodón americano abasteció al mundo entero. Los ferrocarriles se expandieron, y lo mismo el comercio exterior. Los clípers americanos (largos y estrechos barcos de madera con elevados mástiles y con un enorme velamen) eran"los más rápidos y bellos barcos del mar; podían viajar de Nueva York a California bordeando el extremo meridional de América del Sur o ir de China a Londres bordeando el extremo meridional de África en menos de cien días.
Pero el problema de la esclavitud estropeaba y echaba todo a perder.

Clayy Webster.

En los treinta años transcurridos desde el Compromiso de Missouri, las actitudes con respecto a la esclavitud se habían endurecido a tal punto que parecía inevitable una colisión frontal. Los Estados esclavistas contemplaban con preocupación cómo se había debilitado su posición dentro de la Unión. La paridad en el Senado era su última defensa, y aun ésta estaba desapareciendo.
California quiso ser un Estado libre, el decimosexto, contra sólo quince Estados esclavistas. Además, el resto, escasamente colonizado, de las tierras ganadas a México se estaban organizando como territorios, y los colonos planeaban prohibir la esclavitud en sus constituciones territoriales. En ninguna parte había en vista un nuevo Estado esclavista, a menos que Texas se resignase a ser desmembrada, a lo cual se negó.
Los apesadumbrados Estados esclavistas pensaban que habían apoyado y librado la Guerra Mexicana contra la oposición de los Estados libres y la habían terminado triunfalmen-te, sólo para que los Estados libres recogiesen los beneficios. Se prepararon a resistir hasta el fin las restricciones a la esclavitud y si eran intimidados por la creciente oposición a la esclavitud en los Estados libres, entonces...
Empezó a oírse nuevamente la palabra «secesión». Entre los extremistas de los Estados esclavistas se destacaba William Lowndes Yancey, de Alabama (nacido en Ogeechee Falls, Georgia, el 10 de agosto de 1814), quien había estado del lado de la Unión en la controversia sobre la anulación del arancel en tiempo de Jackson, pero ahora había pasado a una vigorosa posición de defensa de los derechos de los Estados. Yancey trató de organizar un movimiento de secesión, sosteniendo que los Estados esclavistas nunca hallarían justicia dentro de la Unión y debían mantener su modo de vida libres de la interferencia externa. Pero fracasó... por el momento.
Henry Clay, el Gran Compromisario, después de lograr su objetivo de reconstruir el Partido Whig, estaba de vuelta en el Congreso. Había hecho aprobar el Compromiso de Missouri treinta años antes y ahora debía hallar otro medio de resolver la disputa o contemplar cómo la controversia cada vez más enconada destruía la Unión. Tenía que hallar un modo de dar a cada parte algo que desease lo suficiente como para permitir que la otra parte también recibiese algo.
Para empezar, por ejemplo, debía permitirse a California que entrase en la Unión como Estado libre. Esto era lo que deseaban los californianos y no podía postergarse; los Estados esclavistas tendrían que admitirlo. Como compensación, las tierras restantes ganadas a México serían organizadas como territorios sin la previa prohibición de la esclavitud. Esto significaba que los Estados libres tendrían que renunciar a la Salvedad de Wilmot y aceptar la posibilidad de que surgiesen Estados esclavistas adicionales.
El segundo par de resoluciones concernía a Texas, que debía admitir su división para aumentar la superficie potencial a fin de crear Estados esclavistas adicionales. Clay propuso que el tercio noroccidental de Texas, que estaba casi deshabitado, fuese cedido por el Estado y añadido a los territorios que luego pudiesen constituir Estados esclavistas. A cambio, Estados Unidos se haría cargo de las deudas que Texas hubiese contraído en su breve historia como nación independiente. El tercer par de resoluciones se refería al Distrito de Columbia, que era territorio esclavista. A muchos congresistas de*los Estados libres les horrorizaba la existencia de mercados de esclavos a la vista del Capitolio. Por ello, Clay propuso que el comercio de esclavos fuese prohibido en el Distrito de Columbia, pero que no se tocase a la esclavitud misma.
Finalmente había un cuarto par de resoluciones que no eran equilibradas, sino que ambas favorecían a los Estados esclavistas. Según una de ellas, el Congreso no debía interferir en

el comercio de esclavos interestatal; la otra establecía medidas más efectivas para el retorno de esclavos fugitivos.
La parte del compromiso propuesto más difícil de digerir por los Estados esclavistas era el concerniente a la admisión sin contrapeso de California como Estado libre, que rompía el largo empate en el Senado.
Lo más difícil de digerir para los Estados libres era la Ley del Esclavo Fugitivo, elaborada por James Murray Masón (nacido en Georgetown, Virginia, el 2 de noviembre de 1798), nieto, paradójicamente, de George Masón, quien en los días de la Guerra Revolucionaria había sido el más destacado de los partidarios de las libertades civiles y un vigoroso estadista antiesclavista.
La cuestión de los esclavos fugitivos era delicada para ambas partes. Durante años, una corriente de esclavos huidos había hallado una relativa seguridad en los Estados libres, relativa porque los esclavos seguían siendo una propiedad y debían ser devueltos a sus amos si eran hallados.
Muchos blancos antiesclavistas trataban de impedir que los hallaran y estaban dispuestos a jurar falsamente que los negros afectados eran libres y conocidos por ellos desde su nacimiento o, si esto no era posible, a trasladarlos al lejano Norte, a Canadá, donde serían libres de modo permanente.

Miles de blancos antiesclavistas de todos los Estados libres trabajaban activamente para trasladar a los negros al Norte, a lo largo de rutas y paradas que, en 1831, eran llamadas el «Ferrocarril Subterráneo».
El movimiento había empezado entre los cuáqueros de Pensilvania. Uno de ellos, Thomas Garrett (nacido en Upper Darby, Pensilvania, el 21 de agosto de 1789), ayudó a obtener la libertad a dos mil setecientos esclavos, se decía. El Estado de Maryland puso una oferta permanente de 10.000 dólares por su arresto. Estaba arruinado financieramente por una multa que le impusieron en 1848, pero continuó su labor. Otro cuáquero, Levi Coffin (nacido en New Garden, Carolina del Norte, el 28 de octubre de 1789), era tan activo en la operación que se le llamaba el «presidente» del Ferrocarril Subterráneo.
Los mismos negros también contribuían al esfuerzo. Quizá la figura más pintoresca y osada de las que actuaban en el Ferrocarril Subterráneo era una negra analfabeta, Harriet Tubman (nacida en Dorchester County, Maryland, alrededor de 1821), quien escapó de la esclavitud en 1849, pero volvió a los Estados esclavistas unas veinte veces (lo cual era mucho más peligroso para ella que para cualquier blanco) a fin de llevar a unos trescientos esclavos a la libertad, incluso a sus propios padres. Otro negro activo en la batalla antiesclavista era el elocuente Frederick Douglass, nacido cerca de Easton, Maryland, en 1817 quien escapó de la esclavitud en 1838.
El Ferrocarril Subterráneo realmente no rescató a muchos esclavos. Salvó a menos de mil al año, de una población esclava que había llegado a tres millones y crecía a una tasa de setenta mil por año. Además, la mayoría de los esclavos rescatados provenían de los Estados fronterizos, donde las condiciones de la esclavitud eran relativamente suaves.
Sin embargo, la «ente de los Estados esclavistas estaba fu-riosa por lo que consideraban como una conspiración abierta para despojarlos de su propiedad. Pensaban que mientras existiese el Ferrocarril Subterráneo, los negros se sentirían constantemente tentados a escapar o a rebelarse.
Las personas antiesclavistas de los Estados libres, por su parte, consideraban absolutamente inadmisible que se esperase de ellas que devolviesen a algún fugitivo infortunado a sus amos esclavistas.
Los extremistas de ambas partes -un grupo resueltamente opuesto a una California libre, el otro opuesto con igual resolución a la Ley del Esclavo Fugitivo- hallaron el compromiso

insatisfactorio, y parecía difícil saber si habría suficientes moderados de ambos bandos para hacerlo aprobar.
La pugna llegó a su culminación en el Senado, donde dos grandes viejos que se habían destacado en el Congreso y en la política nacional durante cuarenta años -desde los días de la Guerra de 1812- se enfrentaron uno al otro por última vez.
El 5 y el 6 de febrero de 1850 Clay se levantó para proponer sus resoluciones. Tenía setenta y tres años y se le notaban, pero halló la fuerza necesaria para argumentar, con un fervor arrollador, a favor de las concesiones por ambas partes. Pidió a los Estados libres que no hostigasen a los Estados esclavistas, e instó a éstos a pensar que la Constitución no preveía la secesión y que todo intento de separación seguramente precipitaría la guerra.
Se opuso al compromiso el moribundo John Calhoun, de sesenta y ocho años y demasiado enfermo para poder hablar. Tuvo que permanecer sentado, pálido y airado, mientras el senador Masón leía su discurso.
Calhoun no podía aceptar una California libre. Quería que a los Estados esclavistas se les garantizase la igualdad de poder con los Estados libres, para siempre, por una enmienda constitucional, si era necesario, y aunque ello supusiera tener dos presidentes, uno de los Estados libres y otro de los Estados esclavistas, cada uno con facultad para vetar los actos del otro. También quería que se pusiese fin a toda la agitación antiesclavista en los Estados libres, como único modo de que los Estados esclavistas pudiesen sentirse seguros dentro de la Unión.
Pedía lo imposible, pero no vivió para ver el fracaso de su último esfuerzo. Sobrevivió a la lectura de su discurso menos de un mes, pues murió el 31 de marzo de 1850.
Portavoz del extremo opuesto fue un hombre más joven, un miembro de la ascendente generación de políticos que estaba pasando a primer plano, William Henry Seward (nacido en Florida, Nueva York, el 16 de mayo de 1801). Seward había entrado en la política como antimasón, luego se hizo whig y fue durante cuatro años gobernador de Nueva York. Su gobierno se distinguió por sus ideas liberales; elaboró una reforma carcelaria, extendió la tolerancia a los católicos y extranjeros e hizo todo lo que pudo para impedir la devolución de esclavos fugitivos. En 1849 fue enviado al Senado por la legislatura de Nueva York, que había pasado a la dominación de los whigs después de la victoria de Taylor de 1848. Allí, en seguida se destacó como senador antiesclavista.
El 11 de marzo de 1850 expresó una intransigente hostilidad hacia la expansión del territorio esclavista. Aunque se admitiese que, según la Constitución, el Congreso tenía poder para permitir la extensión de la esclavitud a los territorios, esto no podía hacerse, porque, insistía, «hay una ley superior a la Constitución». Aludía a la ley de Dios, por supuesto, una ley vaga sobre la cual nunca ha habido un acuerdo general.
Pero el discurso más importante, y quizá decisivo, fue el de Daniel Webster, pronunciado entre los de Calhoun y Seward; Webster lo pronunció el 7 de marzo de 1850, por lo que siempre se alude a él como al «Discurso del Siete de Marzo».
El gran discurso de Webster de 1830 había instado a la nación a apoyar «Nuestra Unión Federal» en una época en que la esclavitud no era una cuestión primaria. Ahora Webster trató de lograr el mismo efecto en una época de mucha mayor intensidad emocional. ¡Y lo consiguió!
Como Clay, pidió concesiones a ambos bandos, instando a los habitantes de los Estados esclavistas y de los Estados libres a dejar de lado sus prejuicios y mantener la Unión, dentro de la cual todas las cuestiones finalmente podían ser resueltas, y fuera de la cual todo, por ambas partes, debía fracasar. En particular, trató de enfriar los temores concernientes a la extensión del poder esclavista, sosteniendo que no había necesidad de prohibir la esclavitud en los territorios sudoccidentales, ya que su posibilidad quedaría

impedida por la naturaleza del suelo y del clima. Se pensaba que allí donde la agricultura a gran escala no era posible, los esclavos serían de utilidad limitada.
El Discurso del Siete de Marzo, más que cualquier otro factor, hizo que las resoluciones de Clay fuesen aprobadas por el Congreso, convirtiéndolas en el «Compromiso de 1850». Éste, el último compromiso entre los Estados libres y los Estados esclavistas, saivó la Unión y aplazó la catástrofe por diez años más.
Mas por sus esfuerzos, Webster fue maldecido por las horrorizadas fuerzas antiesclavistas, para quienes en su vejez se había pasado al enemigo. Este sentimiento halló su más clara expresión en un poema, «Ichabod» (de una expresión hebrea que significa «la gloria ha pasado», véase 1 Samuel, 4:21), de John Greenleaf Whittier (nacido en Haverhill, Massachusetts, el 17 de diciembre de 1807, de padres cuáqueros), el más renombrado de los poetas abolicionistas americanos. La primera estrofa de este triste réquiem a un hombre al que los abolicionistas consideraban un héroe caído reza así:
¡Caído de tal modo!, ¡perdido de tal modo!, ¡extinta la luz
que antaño llevó! ¡Pasada la gloria de sus cabellos grises
para siempre!
Webster fue acusado de humillarse ante los Estados esclavistas con la esperanza de ganar su apoyo para llegar a la presidencia, pero tenía sesenta y ocho años y sus ambiciones a este respecto deben de haber sido escasas. Tenía una tarea más que realizar como secretario de Estado, pero murió el 24 de octubre de 1852. Se salvó de contemplar la inminente tragedia. También Clay se salvó, pues murió el 29 de junio de 1852.

Los esclavos fugitivos.

La muerte del presidente precedió a la de Clay y la de Webster. Dos veces los whigs habían ganado una elección presidencial, dos veces eligieron a un héroe militar; y por dos veces el presidente murió de causas naturales antes de terminar su mandato.
El 4 de julio de 1850 el presidente Taylor se vio obligado a escuchar el discurso del Día de la Independencia bajo un sol ardiente. (El orador, que habló durante dos horas, era el senador Henry Stuart Foots, de Mississippi, nacido en Fauquier County, Virginia, en 1804.) Taylor, que ahora tenía sesenta y cinco años, se refrescó luego comiendo pepinos, cerezas y grandes cantidades de leche helada. Cogió un intenso dolor de estómago del que se habría recuperado si los médicos no se hubiesen hecho cargo de él; en el momento en que le administraron dudosas medicinas y le practicaban sangrías, estaba muerto. El 9 de julio de 1850 el vicepresidente Millard Fillmo-re se convirtió en el decimotercer presidente de los Estados Unidos, y el segundo que ocupó el cargo por muerte natural de su predecesor.
El cambio redundó en beneficio del compromiso. Taylor había sido un propietario de esclavos, pero bastante jackso-niano en sus ideas. Había favorecido la admisión de California como Estado libre y declarado tajantemente que la secesión equivalía a traición. No estaba seguro de que el compromiso fuese realizable.
Pero Fillmore era una especie de whig rutinario (al menos el partido evitó la catástrofe de un segundo Tyler), dominado los Estados Unidos a mediados de siglo 19 en gran medida por Clay. Nombró a Webster para el cargo de secretario de Estado, que ya había ocupado bajo Harrison y Tyler, y aceptó entusiastamente el compromiso.
El 9 de septiembre de 1850, pues, California entró en la Unión como el trigesimoprimer Estado y el decimosexto Estado libre. El mismo día Texas renunció a sus reclamaciones sobre el Noroeste, pero siguió siendo, con mucho, el Estado más grande de la Unión. Con una superficie de 690.000 kilómetros cuadrados, Texas era cuatro veces mayor que el Estado más grande de la Unión (Missouri) anterior a la anexión de Texas. California, con

una superficie de 410.000 kilómetros cuadrados, se convirtió en el segundo Estado en tamaño*.

También el 9 de septiembre el territorio restante ganado a México fue dividido en dos territorios, Utah al norte y Nuevo México al sur, sin prohibición alguna de la esclavitud. El 20 de septiembre el comercio de esclavos fue prohibido en el Distrito de Columbia.

Todos éstos fueron hechos realizados y que podían ser olvidados. Quedaba en pie el aspecto decisivo del compromiso, que se enfrentaba con la constante dificultad de su aplicación, día tras día: la Ley del Esclavo Fugitivo, que fue aprobada el 18 de septiembre.

La Ley del Esclavo Fugitivo descargó todo el peso de la Justicia sobre el desdichado negro acusado de ser un esclavo escapado. Convirtió la aplicación de la ley en un acto federal; y se nombraron comisionados especiales para atender a los casos y emitir órdenes para el arresto de fugitivos y certificados para devolverlos a sus amos. Esto impidió que la cuestión quedase en manos de organismos locales para la aplicación de la ley posiblemente antiesclavista.

* Texas y California siguieron siendo el primero y el segundo Estado de la Unión en cuanto a tamaño durante más de un siglo. Missouri, que era el Estado más grande de la Unión en 1845, es hoy el decimonoveno, aunque su superficie no ha disminuido.

Una declaración jurada de un propietario de esclavos o de su representante era considerada prueba suficiente. No se permitía al negro prestar testimonio y no había juicio por jurados. Los comisionados tenían el derecho de obtener la ayuda de jefes o subjefes de policía locales y de imponer multas de 1.000 dólares a quienes se negasen a cooperar o permitiesen huir a un negro. Los ciudadanos comunes que obstaculizasen la acción de los comisionados también eran multados con 1.000 dólares.

Los mismos comisionados eran sobornados legalmente para que favoreciesen a los propietarios de esclavos, pues se les pagaba diez dólares si otorgaban un certificado de devolución, pero sólo cinco dólares si no lo hacían.

Fue esta Ley del Esclavo Fugitivo, más que cualquier otra cosa, lo que reconcilió a los miembros de los Estados esclavistas con el Compromiso de 1850 y debilitó la influencia de los extremistas de esos Estados. Éstos habían logrado efectuar una convención de delegados de los Estados esclavistas en Nashville, Tennessee, en junio de 1850, en la que esperaban imponer sus opiniones extremas. Pero predominaron los moderados y toda sugerencia de secesión fue firmemente rechazada. En las elecciones realizadas en 1851, los extremistas fueron totalmente derrotados en todos los Estados esclavistas donde tenían adeptos.

Pero la gran realización de Clay, el Compromiso de 1850, fue el comienzo del fin para el Partido Whig; estaba agonizando, como Clay. En los Estados esclavistas, los whigs eran considerados blandos en el tema de la esclavitud y la población se hizo cada vez más firmemente demócrata. En los Estados libres, los whigs cargaban con el oprobio de la Ley del Esclavo Fugitivo y había una continua conversión al Partido de la Tierra Libre. En las elecciones de mitad del mandato de 1852, los demócratas obtuvieron una sólida mayoría en la Cámara de Representantes, de 140 a 88, y conservaron la mayoría en el Senado.

En verdad, fue la Ley del Esclavo Fugitivo lo que arruinó el compromiso. Los miembros de los Estados esclavistas pensaban que era una victoria sobre los odiados abolicionistas, pero en verdad habían optado por una victoria inmediata que ocasionaría una derrota final. Es posible que si los Estados esclavistas hubiesen ignorado el Ferrocarril Subterráneo como una pérdida sin importancia y hubiesen aumentado la seguridad interna, dando por perdido a todo negro escapado, su situación habría mejorado. Los hombres de los Estados libres que estaban realmente interesados en ayudar a escapar a los esclavos eran, en verdad, una pequeña minoría y sólo tenían una influencia limitada.

Pero cuando los comisionados de los Estados esclavistas empezaron a invadir comunidades de los Estados libres para llevarse a negros, parecía una intrusión de «forasteros» en los asuntos locales. La vista de negros temerosos, acosados y sin ninguna oportunidad de ser oídos repugnaba a muchos que, en otra situación, no se habrían molestado en ser antiesclavistas. En resumen, la Ley del Esclavo Fugitivo hizo más abolicionistas de los que nunca logró hacer Garrison.

Inmediatamente se convirtió en una cuestión de honor, en los Estados libres, el no cumplir con la ley. Varios Estados, particularmente en Nueva Inglaterra, aprobaron leyes destinadas a impedir la aplicación de la Ley del Esclavo Fugitivo; y el Ferrocarril Subterráneo empezó a funcionar más eficientemente.

El Partido de la Tierra Libre, fortalecido, llenó la legislatura de Massachusetts alcanzando cifras récord y logró enviar un senador al Congreso en la persona de Charles Sumner (nacido en Boston el 6 de enero de 1811). Por vez primera entró en el Senado un abolicionista declarado.

Sumner había ocupado su escaño el 24 de abril de 1851 (habiendo sido nombrado por un solo voto después de un punto muerto de tres meses de la legislatura), y el 26 de agosto de 1852 pronunció un vigoroso discurso de cuatro horas contra la Ley del Esclavo Fugitivo. Urgió a no permitir una mayor extensión de la esclavitud en los Estados Unidos y, en lo concerniente al compromiso, dijo: «No se puede acordar nada que no sea correcto».

Entre tanto, una novela por entregas publicada en un periódico abolicionista tuvo infinitamente más influencia en el despertar de sentimientos antiesclavistas en todos los Estados libres (y también en el exterior) que cualquier cosa que dijeran los políticos. La cabana del tío Tom, o la vida entre los humildes, escrita por Harriet Elizabeth Beecher Stowe (nacida en Lichtfield, Connecticut, el 14 de junio de 1811), apareció en forma de libro dos días antes del discurso de Sumner, y también se presentó en el teatro una versión escenificada de la novela.

Inspirada en la Ley del Esclavo Fugitivo, la novela describía la situación de los esclavos en términos dramáticos y en gran medida ficticios. (La señora Stowe no tenía ningún conocimiento directo de las condiciones de la esclavitud.) Algunos de los propietarios de esclavos de la novela eran descritos muy favorablemente, pero la imagen dominante era la del villano Simón Legree (descrito como originario de los Estados libres, dicho sea de paso), cuyo nombre es hasta hoy sinónimo de brutalidad sádica.

Al año se habían vendido trescientos mil ejemplares del libro, y varios millones de personas lloraron por los sufrimientos de la esclava Eliza, que huyó a través de un río helado, perseguida por sabuesos, para evitar ser separada de su bebé y vendida «aguas abajo del río» para realizar duras labores en los campos de algodón. Los lectores también lloraban por el noble esclavo, el Tío Tom, quien ruega por el brutal Legree mientras éste lo azota hasta matarlo*. La versión teatral subrayaba aún más los aspectos sombríos de la esclavitud y fue vista casi por todo el mundo.

Los miembros de los Estados esclavistas protestaron y sostuvieron que La cabana del Tío Tom era una deformación y tenía poca semejanza con la realidad, pero sus protestas no los beneficiaron. El libro hizo surgir abolicionistas por todas partes, y los defensores de la esclavitud fueron odiados, despreciados y detestados por muchos, interna y externamente, que no sabían nada de la esclavitud excepto lo que les contaba la señora Stowe.

Allende los mares.

Aunque el tema de la esclavitud se había ahondado y ennegrecido, abarcando a toda la nación como una bruma malsana e impenetrable, Estados Unidos siguió creciendo, expandiéndose y prosperando.

Había 120 colegios en el país; se empezó a hacer agitación por los derechos de las mujeres y para prohibir la venta de bebidas alcohólicas. Stephen Collins Foster (nacido en Lawrenceville, Pensilvania, el 4 de julio de 1826, el día en que murieron Jefferson y John Adams) escribió Swanee River en 1851, canción muy conocida todavía hoy. El mismo año, Hermán Melville (nacido en la ciudad de Nueva York el 1 de agosto de 1819) publicó Moby Dick. La red de ferrocarriles siguió expandiéndose y se hizo más densa. En 1852, Elisha Graves Cutis (nacido en Halifax, Vermont, el 3 de agosto de 1811) inventó el primer ascensor práctico, iniciando el proceso que algún día haría posibles los rascacielos.

Estados Unidos estaba empezando, más y más, a mirar allende los mares, también. Tenía que hacerlo, por la lógica de la geografía. Cada vez más, en los decenios de 1830 y 1840, era claro que el territorio americano iba a extenderse hacia el Oeste hasta el Pacífico. Esto significaba que tendría que haber comunicaciones entre las costas, y en los días anteriores al ferrocarril transcontinental la ruta más fácil era por mar.

Ello suponía navegar alrededor de todo el continente sudamericano, viaje que, aun para los clípers, tardaba tres meses completos. Por supuesto, se podía navegar hasta el istmo, que sólo tenía sesenta kilómetros de ancho, y reducir la extensión del viaje a la mitad. Pero esos sesenta y cinco kilómetros de tierra eran difíciles de cruzar, porque el istmo estaba infestado de enfermedades. Pero si hubiese un canal...

El inconveniente de esta idea, desde el punto de vista americano, era que Gran Bretaña era la mayor potencia de la Tierra, y también ella estaba interesada en ese canal; hasta había establecido un protectorado sobre algunas partes de la costa de América Central con tal objetivo en vista.

Esto, claro está, era una violación de la Doctrina Monroe, pero Gran Bretaña era la única potencia demasiado fuerte en el mar para la joven república. Además, bajo el gobierno de Polk, Estados Unidos había estado demasiado embrollado con México para buscar querella con Gran Bretaña, mientras bajo los gobiernos whigs que precedieron y sucedieron a Polk la política americana había buscado la paz y los acuerdos. Los whigs eran más bien hostiles a la Doctrina Monroe.

En cambio, Estados Unidos trató de llegar a acuerdos con autoridades locales para obtener sitios para canales propios y, después de la Guerra Mexicana, parecía que se produciría una colisión británico-americana en el Caribe.

Ninguna de las dos naciones deseaba un enfrentamiento. A fines de 1849, Gran Bretaña envió un nuevo embajador, sir Henry Lytton Bulwer, a los Estados Unidos, con instrucciones de negociar un acuerdo. El secretario de Estado de Taylor, John Middleton Clayton (nacido en Dagsboro, Delaware, el 24 de julio de 1796), cooperó gustosamente.

El «Tratado Clayton-Bulwer» fue firmado el 19 de abril de 1850 y ratificado por ambas naciones el 4 de julio. Esencialmente, era un empate. Ambas partes convenían en no tratar de construir un canal exclusivo, sino mantener abierto cualquier canal que se construyese a los naturales de ambos países. También se comprometían a no fortificar el canal ni a tratar de dominar las regiones vecinas.

Aunque los demócratas, bajo la conducción de Cass y un ardiente joven imperialista, el senador Stephen Arnold Dou-glas, de Illinois (nacido en Brandon, Vermont, el 23 de abril de 1813), atacaron enconadamente el tratado por haber ignorado la Doctrina Monroe, el acuerdo era un arreglo razonable. Después de todo, se persuadió a la mayor potencia naval de la Tierra a compartir la empresa en términos de igualdad con Estados Unidos, que aún era mucho más débil.

Además, el tratado fue letra muerta. El canal a través de América Central no podía ser construido con las posibilidades tecnológicas de la época, de todos modos. Medio siglo más tarde, cuando se pudo construir realmente el canal, la situación había cambiado tanto que Estados Unidos lo construyó y ejerció su soberanía exclusiva sobre él.

También estaba empezando a manifestarse el «imperialismo» (el deseo y el impulso de una nación a ejercer su dominación sobre regiones de otras culturas, particularmente allende los mares) americano.

La guerra con México, al ampliar el potencial territorio esclavista (aunque con frustrantes consecuencias, en vista del surgimiento de la California libre), había despertado el apetito de los Estados esclavistas; no podían por menos de buscar otras oportunidades de expandirse. A ciento sesenta kilómetros al sur de la Florida se halla la rica isla de Cuba, que estaba todavía bajo la dominación de España. Cuando las colonias españolas de tierra firme se habían separado e independizado, treinta años antes, Cuba, separada de las otras por el mar, siguió siendo una colonia.

Pero la dominación de España sobre Cuba no era muy fuerte, y había cierta agitación bajo la férula colonial. Seguramente, con un poco de estímulo, Cuba podía liberarse y, como Texas, caer en manos de Estados Unidos. (Sin duda, Texas tenía una población que se consideraba estadounidense, y Cuba no, pero esto no parecía preocupar a los imperialistas.)

Había varios refugiados cubanos en Estados Unidos que habían intentado realizar una revolución y habían fracasado. Uno de ellos, Narciso López, insistía en que Cuba estaba madura para un levantamiento y que, con un poco de ayuda, podía llevarlo a cabo. Logró reclutar a algunos voluntarios ansiosos en los Estados esclavistas y, el 11 de agosto de 1850, desembarcó en Cuba.

El intento fracasó. López luego fue capturado y ejecutado, junto con una cantidad de voluntarios estadounidenses. Otros estadounidenses tomados prisioneros fueron enviados a España. Más tarde, Estados Unidos logró su liberación después de pagar una indemnización a España por los daños infligidos al consulado español en Nueva Orleans por americanos alborotadores. Pero el problema de Cuba quedó en pie.

Estados Unidos también estimuló revoluciones en tierras lejanas, revoluciones de las que no esperaba cosechar beneficios directos, pues en aquellos tiempos la nación se consid >-raba como la conductora del mundo en dirección hacia la o. mocracia y con el derecho, en nombre de la humanidad, de subvertir el viejo orden en todas partes.

En 1848, por ejemplo, la gran minoría húngara del Imperio austríaco se rebeló bajo el liderazgo de Lajos Kossuth, y durante un año resistió los intentos de Austria de sofocar la rebelión. La revuelta fracasó sólo después de que Rusia -que se creía en el deber de defender el viejo orden en todas partes- envió un ejército a Austria para eliminarla*.

Estados Unidos apoyó abiertamente a los húngaros y hasta dejó claro que reconocería la independencia húngara en la primera oportunidad. Cuando Austria envió una vigorosa nota de protesta, el secretario de Estado, Daniel Webster, afirmó con calma el interés de Estados Unidos en las revoluciones que engendrasen gobiernos similares al americano (esto también era una violación de la Doctrina Monroe, pero a nadie pareció preocuparle) y comparó jactanciosamente el tamaño de Estados Unidos con el del Imperio austríaco.

Después de que Hungría fue derrotada y Kossuth se vio obligado a huir, fue llevado a los Estados Unidos el 5 de diciembre de 1851, donde se le brindó la recepción de un héroe conquistador.

7. El camino del enfrentamiento.

El imperialismo.

Con el lento pero inevitable latido de un metrónomo, llegó el momento de otras elecciones, y los whigs, en profundo desorden pese a su victoria de 1848, se dispusieron a tratar de obtener nuevamente la presidencia.

El 16 de junio de 1852, el Partido Whig realizó su convención en Baltimore. El presidente Fillmore y el secretario de Estado Webster tenían sus adeptos, pero ninguno de ellos era aceptable para la parte antiesclavista del partido, por su papel en la aprobación del Compromiso de 1850, con su odiada Ley del Esclavo Fugitivo. El inveterado paladín Clay ya no estaba disponible; en ese momento estaba a menos de dos semanas de la muerte. (Webster, por su parte, moriría a los cuatro meses.)
Sólo en la votación cincuenta y tres los whigs pudieron llegar a un acuerdo, y la elección recayó en Scott, el otro veterano de la Guerra Mexicana. Por tercera vez los whigs eligieron como candidato para la presidencia a un héroe de la guerra, con la esperanza de que la gloria militar compensase todo lo demás. Para la vicepresidencia eligieron candidato al secretário de Marina de Fillmore, William Alexander Graham, de Carolina del Norte (nacido en 1804).
Ya antes, el 1 de junio, el Partido Demócrata se había reunido en Baltimore y había tenido tantas dificultades como los whigs para hallar un candidato. Había varias posibilidades: el viejo Lewis Cass, por ejemplo, que había sido el candidato demócrata en 1848, y el aún más viejo William Marcy, que había dado nombre al «sistema de los despojos»; y también James Buchanan, el secretario de Estado de Polk, y la estrella en ascenso, Stephen Douglas.
Pero los demócratas estaban obligados a cumplir la regla de los dos tercios, aprobada durante el entusiasmo jacksoniano, que no podía ser anulada sino por un acuerdo de los dos tercios. La restricción había anulado las esperanzas de Van Burén en 1844, y en esta ocasión (como en muchas ocasiones futuras) los principales contendientes se anularon mutuamente, pues ninguno podía obtener los dos tercios necesarios. Finalmente, en la votación cuarenta y nueve, los desesperados delegados tuvieron que elegir un dark horse (véase p. 137).
En 1844 había sido Polk; en 1852 fue Franklin Pierce, que había sido general -uno de los pocos provenientes de los Estados libres- en la Guerra Mexicana. Durante sus diez años posteriores como miembro del Congreso, había hecho tan poca cosa que no se hizo de enemigos. Por ello era aceptable tanto para el ala de los Estados libres del partido como para la de los Estados esclavistas. Como candidato a vicepresidente fue elegido el senador de Carolina del Norte William Rufus Devane King (nacido en Sampson County, Carolina del Norte, el 6 de abril de 1786).
Ambos partidos aceptaron el Compromiso de 1850 y se esforzaron para mantener fuera de la campaña el tema de la esclavitud. Tan esperanzados estaban la mayoría de los americanos de que el Compromiso de 1850 serviría a sus fines y proporcionaría tiempos más calmos que hubo un genuino alivio por el debilitamiento de la retórica sobre la esclavitud.
El Partido de la Tierra Libre no pudo hacer nada para modificar esto. Se reunió en Pittsburgh, Pensilvania, el 11 de agosto de 1852, y eligió candidato al senador de New Hamp-shire John Parker Hale (nacido en Rochester New Hampshi-re, el 31 de marzo de 1806). Pero era claro que el Partido de la Tierra Libre no tendría la influencia que había tenido en 1848. Entre otras cosas los barnburners de Nueva York habían vuelto al redil demócrata, y el resentimiento por la Ley del Esclavo Fugitivo aún no había llegado a proporciones suficientemente masivas como para superar las esperanzas de paz de los Estados libres.
Las elecciones no fueron muy excitantes. El Partido Whig se estaba desmembrando y Scott, aunque un excelente soldado, era un político deplorable que siempre metía la pata cuando pronunciaba discursos.
El 2 de noviembre de 1852, Pierce ganó por 1.600.000 votos contra 1.385.000 de Scott y 156.000 de Hale. Hablando en términos electorales, ello significó 254 votos para Pierce y

42 para Scott (que sólo triunfó en cuatro de los treinta y un Estados). Los demócratas reforzaron su dominio en ambas Cámaras del Trigesimotercer Congreso; ganaron 38 escaños contra 22 en el Senado, y 159 contra 71 en la Cámara de Representantes.
Pierce fue investido como decimocuarto presidente de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1853. Tenía cuarenta y ocho años de edad; fue el hombre más joven que alcanzó ese honor hasta entonces. Pero el vicepresidente, King, era un hombre de salud endeble, y el día de la investidura estaba en Cuba, buscando la mejoría en su clima más cálido. Se le permitió prestar juramento al cargo allí por una ley especial del Congreso, pero nunca se recuperó lo suficiente como para desempeñar sus funciones. Murió el 18 de abril, después de ser vicepresidente por sólo seis semanas. Estados Unidos estuvo sin vicepresidente durante todo el gobierno de Pierce, y a nadie parecía importarle.
Pierce era de inclinaciones vigorosamente imperialistas y fue muy influido por su secretario de Guerra, el capaz Jeffer-son Davis, de Mississippi (mencionado antes en relación con la Guerra de Halcón Negro). Desde la muerte de Calhoun, Davis se había convertido en el principal portavoz radical de los Estados esclavistas. Se opuso al Compromiso de 1850, sospechando (con razón) que la Ley del Esclavo Fugitivo no podría ser aplicada, y pensaba que la secesión era un remedio legal para un Estado insatisfecho con su posición dentro de la Unión.
Se presentó una ocasión de expansión imperialista en conexión con la nueva frontera entre Estados Unidos y México determinada por el Tratado de Guadalupe Hidalgo. La determinación era vaga en el territorio situado al oeste de El Paso, y México aún ocupaba algunas tierras que Estados Unidos consideraba que le pertenecían. Fillmore había dejado las cosas allí, aceptando la frontera a lo largo del río Gila, en lo que es hoy el sur de Arizona y Nuevo México; pero Pierce, dominado por Davis, quería más.
Entre otras cosas, había planes para construir ferrocarriles a través de Estados Unidos, desde el Atlántico hasta el Pacífico, y Davis quería una ruta meridional que fuese útil a los Estados esclavistas. Esa ruta meridional era mas fácil de construir por el territorio situado inmediatamente al sur de la frontera aceptada por Fillmore.
Pierce no deseaba librar una guerra por esa cuestión. (En su alocución inaugural se había manifestado vigorosamente a favor de las adquisiciones territoriales, por ejemplo, Cuba, pero subrayaba que debía hacerse por medios pacíficos, es decir, por la persuasión o la compra.) En cambio, el territorio podía ser comprado. En mayo de 1853, Davis persuadió a Pierce a que enviase a un hombre de los ferrocarriles, James Gadsden (nacido en Charleston, Carolina del Sur, el 15 de mayo de 1788), como embajador en México. Su misión era comprar tanta tierra mexicana como Santa Anna (al frente de la nación por tercera vez) quisiese vender. Gadsden recibió facultades para ofrecer la compra no sólo del territorio situado al sur del río Gila, sino también toda la Baja California.
Santa Anna no estaba dispuesto a conceder tanto, pero el 30 de diciembre de 1853 firmó un tratado cediendo setenta y siete kilómetros cuadrados de tierras situadas al sur del río Gila (una superficie casi tan grande como la de Carolina del Sur) por 15 millones de dólares.
El tratado halló una ruidosa oposición por parte de los Estados libres y el pago se redujo a 10 millones antes de que, finalmente, fuese aceptado por el Congreso, el 24 de abril de 1854. La «Compra de Gadsden», como se la llamó, fijó la frontera de México en la que ha sido desde entonces, y fue la última ampliación de territorio de los Estados Unidos entre la línea canadiense al norte y la línea mexicana al sur. Desde entonces ha habido otras extensiones de territorio americano, pero en lugares separados por mar, por otras naciones o por ambos del cuerpo principal de los «Estados Unidos contiguos».
En cuanto a Santa Anna, su disposición a vender territorio mexicano fue considerada el colmo. Se le exilió por tercera vez y, aunque volvió a México en su vejez, nunca recuperó el poder; murió en 1876, en la pobreza y el desprecio, sin nadie que lo llorase.

Cuba también siguió siendo un blanco del imperialismo, pese al fracaso de López de 1850. Se presentó una nueva ocasión cuando un barco mercante estadounidense fue capturado en La Habana por razones técnicas el 28 de febrero de 1854. Se levantó un gran griterío contra España, y el embajador americano en aquel país, Pierre Soulé, de Luisiana (nacido en Francia en septiembre de 1802), se apresuró regocijadamente a aprovechar al máximo la ocasión. Su protesta a España estaba deliberadamente destinada a provocar la guerra, pero William Marcy, secretario de Estado de Pierce, frenó a Soulé. El gobierno quería Cuba, pero no al precio de una guerra.

Soulé, pues, fue instruido por Marcy para que se reuniera discretamente con James Buchanan, por entonces embajador en Gran Bretaña, y John Young Masón (nacido en Greensville County, Virginia, el 18 de abril de 1799), ex secretario de Marina bajo Tyler y Polk y en ese momento embajador en Francia, para considerar la cuestión. Los posibles beneficios de tal consideración nadie ha podido imaginarlos hasta ahora.

Los tres embajadores se reunieron en Ostende, Bélgica, el 9 de octubre de 1854, y decidieron solemnemente que la ocupación de Cuba era necesaria a fin de impedir que cayese bajo la dominación de los negros, que Estados Unidos debía ofrecer 120 millones de dólares por ella y que, si España se negaba a venderla, la guerra estaría justificada.

Fue una conferencia inútil que llegó a una conclusión inútil. De hecho, causó muchos perjuicios, pues la decisión se llegó a conocer y fue impresa por los periódicos con el nombre de Manifiesto de Ostende. Estados Unidos pronto se vio obligado a desautorizar tal descarnada muestra de codicia territorial e hizo el ridículo ante el mundo. Se hizo de Soulé el chivo expiatorio y se le obligó a renunciar a su cargo el 17 de diciembre.

Otro ejemplo de imperialismo fue la aventura de ópera bufa de un alborotador llamado William Walker (nacido en Nashville, Tennessee, el 8 de mayo de 1824). Después de obtener un título de médico, Walker se había marchado a California en 1850 en busca de oro y permaneció allí tratando de obtener tierras. En 1853 invadió la Baja California y trató de convertirla, junto con el territorio mexicano adyacente, en república independiente. Expulsado de México, fue arrestado en Estados Unidos a su retorno a California y enjuiciado por violación de las leyes de neutralidad, pero fue absuelto por un jurado que simpatizaba con la rapiña territorial.

A renglón seguido hizo una intentona más al sur. La república centroamericana de Nicaragua estaba profundamente sumida en una guerra civil. Con una pequeña banda, Walter logró hacerse con el poder, se hizo elegir presidente y fue investido en julio de 1856. Inmediatamente declaró a Nicaragua abierta a la esclavitud, y, aunque Estados Unidos oficialmente deploró su acción, reconoció su gobierno*.

Los hechos de Walker tuvieron poca trascendencia, pero fue tratado como un héroe en los Estados esclavistas, y muchas personas de los Estados libres pensaron que era parte de una conspiración de los Estados esclavistas.

Por esa época hubo también una forma pacífica de imperialismo americano que sirvió para introducir el poder americano en el Lejano Oriente.

Durante dos siglos y medio la nación isleña de Japón había seguido una política de estricto aislacionismo, negándose a admitir a extranjeros y manteniendo un mínimo absoluto de comercio con el mundo externo. Los japoneses pensaban que todo contacto con Europa daría origen al dominio de su país por los europeos, y la historia de India y China, les parecía, justificaba su actitud.

A mediados del siglo xix había una presión creciente sobre Japón para que se abriese y aceptase el comercio. Gran Bretaña, que ahora dominaba la India y estaba a la cabeza de la explotación de China, juzgaba que no tenía mucha necesidad de Japón, y no tradujo su presión a la violencia. Estados Unidos, en cambio, estaba en posición diferente. El paso más corto de la costa del Pacífico de Estados Unidos a China atravesaba Japón, y el

comercio con éste aumentaría los beneficios de los clípers yanquis. Además, los balleneros estadounidenses del Pacífico Norte podían aprovechar los puertos japoneses, de estar éstos abiertos.

Una fuerza naval americana enviada a Japón en 1846 no logró persuadir a los japoneses a que admitiesen el comercio o

" El ascendiente de Walker no duraría mucho. Al año siguiente tuvo que huir de Nicaragua. Después de otros intentos de crear problemas, fue capturado en Honduras y ejecutado el 12 de septiembre de 1860, para alivio de la mayoría de la gente.conviniesen en dar mejor trato a los barcos estadounidenses que naufragaban en sus costas. Pero los japoneses quedaron impresionados por el tamaño de los barcos estadounidenses.

En marzo de 1852, el presidente Fillmore autorizó una segunda expedición, mayor, a Japón bajo el mando de Matthew Calbraith Perry (nacido en South Kingston, Rhode Island, el 10 de abril de 1794), hermano menor de Oliver Perry (el héroe de la batalla del Lago Erie en la Guerra de 1812*) y el primer americano que estuvo al mando y probó el valor de barcos de guerra de vapor. También había conducido las fuerzas navales que ayudaron a Scott a capturar Veracruz en 1847.

Perry decidió que no había tiempo para tratar a los japoneses con cortesía; había que hacer una demostración de fuerza. Por ello, condujo cuatro barcos al puerto de Tokio el 8 de julio de 1853, e insistió en entregar documentos a alguna persona de suficiente importancia; si no acudía nadie, tenían intención de desembarcar y entregar los documentos por la fuerza. Los japoneses, sensatamente, cedieron y un funcionario importante llegó a los barcos.

Perry luego se retiró para dar a los japoneses oportunidad de salvar las apariencias y de reflexionar, pero no por mucho tiempo. Los rusos estaban cada vez más interesados y Perry tenía que adelantarse a ellos. Retornó a la bahía de Tokio en febrero de 1854 con siete barcos. Esta vez llevó regalos y muestras de los productos avanzados de la civilización occidental: cañones, telégrafos, telescopios, ferrocarriles en miniatura, etc.

Los japoneses quedaron adecuadamente impresionados y, el 31 de marzo de 1854, se firmó un tratado entre Japón y los Estados Unidos. Se permitiría a Estados Unidos utilizar dos puertos japoneses para obtener combustible y suministros. Además, se prometió un mejor tratamiento a los marinos estadounidenses naufragados.

El efecto más importante del tratado fue que los japoneses, al entrar en contacto con la tecnología occidental, hicieron lo que hasta entonces no había hecho ninguna otra nación no occidental. Abandonaron sus propias costumbres en la medida necesaria para permitirles adoptar la tecnología occidental y en algunas décadas se convirtieron en una gran potencia, según patrones occidentales*.

La soberanía ilegal.

El crecimiento del imperialismo americano podía haber provocado vítores de gloria que sofocasen la disensión interna y llevasen a una temprana expansión del papel estadounidense en el escenario mundial.

Pero no fue así. Para las fuerzas antiesclavistas, casi toda acción americana allende los mares parecía una piratería destinada a incrementar el poder de los Estados esclavistas y sujetar más firmemente la vergüenza de la esclavitud a la nación.

Como resultado de ello, las acciones imperialistas no despertaron ningún fervor patriótico en la nación en su conjunto, más bien lo contrario. Pese a las aventuras extranjeras, las dos partes de la nación, la esclavista y la libre, nuevamente -después de una pausa momentánea ocasionada por el Compromiso de 1850- marchaban hacia una colisión.

Durante cuatro años, el compromiso había acallado la disputa, a pesar de los candentes problemas provocados por la Ley del Esclavo Fugitivo; luego, en 1854, la amarga disensión estalló aún más enconadamente.
Se reanudó la controversia concerniente a los restantes territorios no organizados de los Estados Unidos. En 1854, la mayoría de las partes del territorio americano que aún no eran Estados estaban comprometidas, en lo concerniente al problema de la esclavitud. Los territorios de Minnesota y Oregón habían sido organizados antes del Compromiso de 1850 y ambos tenían ya constituciones que prohibían la esclavitud. Los territorios de Utah y Nuevo México, formados como parte del compromiso, tenían constituciones que no hacían mención alguna de la esclavitud, pero dejaban la decisión a la «soberanía ilegal». Además, había un pequeño «territorio indio» al norte de Texas, reservado para los indios pero abierto a la esclavitud.
Pero al norte del territorio indio quedaba una ancha franja de tierra que llegaba hasta la frontera canadiense y que todavía no estaba organizada. Douglas, de Illinois, quería organizaría. Estaba interesado en los ferrocarriles (y especulaba fuertemente en ellos), y pensó que beneficiaría a los Estados norteños construir un ferrocarril que atravesase el continente en las latitudes centrales. Hasta entonces sólo se había pensado en la ruta meridional a través de la «Compra de Gadsden».
Para hacer la ruta central más práctica era conveniente estimular a la gente a colonizar esas latitudes, para lo cual, a su vez, sería beneficioso la organización territorial. Por ello, el 4 de enero de 1854 Douglas presentó un proyecto de ley para crear el Territorio de Nebraska.
Pero Douglas estaba interesado en algo más que ferrocarriles. También estaba interesado en ser presidente de los Estados Unidos, y para ello necesitaba el apoyo de los Estados esclavistas, sin perder el apoyo de los Estados libres. Pensó que había un medio de conseguirlo.
¿Por qué no permitir que el Territorio de Nebraska decidiera sobre la cuestión de la esclavitud por soberanía ilegal, como se había hecho con los territorios que constituían las tierras tomadas a México? Esto agradaría a los Estados esclavistas y no inquietaría realmente a los Estados libres, pues (según el argumento de Webster en su Discurso del Siete de Marzo), como el clima de ese territorio era inadecuado para el trabajo esclavo, terminarían siendo Estados libres de todos modos.
A fin de suavizar la cuestión para los Estados esclavistas, Douglas, el 23 de enero, modificó su proyecto de ley dividiendo el territorio en el paralelo 40, creando Nebraska al norte y Kansas al sur. Los Estados esclavistas tendrían muchas posibilidades de éxito en Kansas, pues estaba inmediatamente al oeste del Estado esclavista de^lissouri, que podía colonizar la nueva tierra, y suficientemente al sur como para hacer práctica la esclavitud.
Las fuerzas antiesclavistas se horrorizaron, porque ambos territorios estaban al norte de la línea de 36° 30' y, por el Compromiso de 1820, debían ser libres. Los Estados esclavistas no se impresionaron por este argumento, al que consideraron típico de la hipocresía de los Estados libres. California era un Estado libre aunque la mitad del mismo estaba al sur de la línea. El territorio de Nuevo México estaba al sur de la linea y sólo tenía soberanía «ilegal», en vez de esclavitud declarada. De igual modo, el territorio de Utah estaba al norte de la línea y en él se aceptaba la soberanía «ilegal».
De hecho, las fuerzas de los Estados esclavistas sostenían que el proyecto de ley sobre Kansas y Nebraska debía, expresa y específicamente, revocar el Compromiso de Missouri, con lo cual Douglas, por último, estuvo de acuerdo.
Hubo meses de violentos debates en el Congreso, pero finalmente Douglas y los Estados esclavistas ganaron. El proyecto fue aprobado por ambas Cámaras y firmado para convertirlo en ley por el presidente Pierce el 30 de mayo de 1854.

Como en el caso de la Ley del Esclavo Fugitivo, ésta fue una victoria de los Estados esclavistas que sólo podía acarrear problemas. La soberanía ilegal suponía que la gente de un territorio tomaba la decisión en lo concerniente a la esclavitud; por lo tanto, cada parte estaba vitalmente interesada en que la mayor cantidad posible de gente de su propio bando estuviese en el territorio.

El territorio que, según parecía, seguiría uno u otro camino era Kansas, por lo cual las fuerzas antiesclavistas empezaron a establecer métodos para reclutar y pagar a gente para que fuera allí. El 21 de febrero de 1855 se formó en Massachu-setts la Compañía de Ayuda al Emigrante de Nueva Inglaterra; logró enviar dos mil hombres en total a Kansas.

Para los Estados esclavistas fue más difícil trasladar colonos, sobre todo a propietarios de esclavos renuentes a arriesgar su propiedad en un lugar que, sin duda, iba a ser turbulento. Pero el Estado esclavista de Missouri podía suministrar bandas de «rufianes fronterizos» (como los llamaban en los Estados libres) que se abalanzarían al territorio de Kansas cuando fuese necesario para intimidar a los antiesclavistas o proporcionar votos proesclavistas.

Estaba montado el escenario para una contienda entre los Estados libres y los esclavistas que sólo podía terminar de una manera: en el derramamiento de sangre.

La Ley de Kansas y Nebraska señaló la fase final de la muerte del Partido Whig. De los tres partidos principales -el Federalista, el Demócrata y el Whig- que habían luchado por el destino político de Estados Unidos hasta ese momento, el Partido Whig era el más débil y el que menos realizaciones contaba en su haber. Ahora era insuficientemente antiesclavista para muchos con cuyo voto contaba.

Tenía que crearse un partido puramente antiesclavista (que resultó ser el cuarto -y hasta ahora el último- de los partidos americanos importantes), y los Estados esclavistas se perderían para los demócratas.

El 28 de febrero de 1854, mientras se discutía en el Congreso el proyecto de ley sobre Kansas y Nebraska, un grupo de whigs, de miembros del Partido de la Tierra Libre y demócratas antiesclavistas, se reunió en Ripon, Wisconsin, para crear ese nuevo partido. Se propuso llamarlo Partido Republicano, que fue el nombre dado al partido fundado por Jefferson (luego llamado Partido Demócrata Republicano y, finalmente, Partido Demócrata). Este nombre fue adoptado oficialmente el 6 de julio, y el movimiento creció rápidamente. Desde 1854, los partidos Demócrata y Republicano han sido los dos partidos principales de Estados Unidos, y todo presidente, desde Fillmore, ha pertenecido a uno u otro.

Cuando, en las elecciones de 1854 para el Trigesimocuarto Congreso, el Partido Republicano se enfrentó con los demócratas por primera vez, fueron elegidos 15 senadores republicanos contra 40 demócratas, y en la Cámara de Representantes los republicanos obtuvieron la mayoría: 108 a 83.

El Partido Republicano no era el único nuevo en la competición. La llegada de católicos irlandeses, que escapaban del hambre y la represión en su patria, a Nueva York y Boston hizo elevar a nuevas alturas el sentimiento nativista. Ya en 1849 los nativistas se habían organizado en una sociedad secreta llamada la «Orden de la Bandera Estrellada», cuyo fin era luchar por la exclusión de los católicos y los extranjeros de los cargos públicos y por el requisito de una residencia de veintiún años para que los inmigrantes obtuviesen la ciudadanía.

La sociedad creció rápidamente, y su crecimiento parecía tanto más amenazante cuanto que era poco lo que se sabía de ella. Todos sus miembros se comprometían por juramento a responder «No sé nada» a todas las preguntas, de modo que el grupo fue conocido popularmente como el «Partido de los que No Saben Nada», nombre muy apropiado, en cierto modo.

En 1852, los No-Sé-Nada habían ganado una serie de elecciones a niveles estatales y locales, y en 1854 decidieron salir a campo abierto, organizándose como el «Partido Americano». Los whigs, demasiado conservadores para unirse al nuevo Partido Republicano -el ex presidente Fillmore entre ellos-, afluyeron al Partido Americano, que también ganó fuerza entre los whigs restantes en los Estados esclavistas.
Así, en 1854, los No-Sé-Nada habían adquirido una fuerza sorprendente, pues dominaban casi totalmente Boston y Massachusetts, donde se apiñaban los irlandeses. En el Trigesimocuarto Congreso había cinco senadores y cuarenta y tres representantes que adherían a las convicciones de los No-Sé-Nada. Pero el Partido se escindió en lo concerniente al problema de la esclavitud; en verdad, como el absorbente interés nacional por la esclavitud oscurecía la preocupación por los católicos y los extranjeros, el Partido se esfumó tan rápidamente como había surgido.

Terror en Kansas.

En febrero de 1855 había 2.905 votantes en Kansas, según un censo realizado en el territorio. Sin embargo, el 30 de marzo de 1855, cuando se efectuó una votación para crear una legislatura, se emitieron 6.307 votos. Como los votos adicionales habían sido emitidos por rufianes fronterizos de Missouri, se eligió una legislatura proesclavista que luego fue establecida en Sahwnee, Kansas, a orillas del Missouri.
El gobernador territorial, Andrew Horatio Reeder (nacido en Easton, Pensilvania, el 12 de julio de 1807), era antiesclavista, pero, hallándose rodeado de burlones rufianes fronterizos, fue incapaz de proclamar la verdad sobre la elección: que era un fraude.
La nueva legislatura procedió a promulgar severas penas contra la agitación antiesclavista y a organizar un sistema totalmente esclavista, a modo de preparación para solicitar el ingreso en la Unión como Estado esclavista. Reeder, que puso objeciones a esto, fue desplazado de su cargo el 31 de julio y reemplazado por Wilson Shannon (nacido en Belmont County, Ohio, el 24 de febrero de 1802), quien era abiertamente proesclavista.
Los colonos antiesclavistas protestaron contra esas maniobras. El 5 de septiembre de 1855 realizaron su propia convención en Lawrence, a cincuenta y cinco kilómetros de Shaw-nee, organizaron un «Partido del Estado Libre» y, en otra reunión efectuada en Topeka, a treinta y ocho kilómetros de Lawrence, el 23 de octubre, empezaron a elaborar una constitución que prohibía la esclavitud. El 15 de enero de 1856 eligieron un gobernador y una legislatura propios de acuerdo con la Constitución de Topeka.
A comienzos de 1856, pues, el territorio de Kansas tenía dos gobiernos, uno esclavista y otro libre.
Puesto que los rufianes fronterizos estaban armados, para restablecer el equilibrio llegaron a Kansas armas procedentes de Nueva Inglaterra y otros lugares y, al comenzar el año 1856, el escenario estaba listo para una guerra civil.
Pierce trató de impedir el inminente conflicto arrojando el peso del gobierno a favor de una de las partes; así, condenó la Constitución de Topeka elaborada por el partido antiesclavista. Esta censura -equivalente al reconocimiento de Kansas como posible Estado esclavista- agudizó la indignación de los antiesclavistas e incrementó el flujo de armas a los antiesclavistas del territorio.
El primer incidente importante, que llevó a un grado febril la cólera de la nación por la situación en Kansas, fue un ataque llevado por elementos proesclavistas, con la ayuda de rufianes fronterizos, contra la ciudad antiesclavista de Lawrence, el 21 de mayo de 1856. La ciudad fue destruida en su mayor parte, pero sólo fue muerto un hombre.
Casi simultáneamente ocurrió un suceso infortunado en el Senado. Dos días antes del saqueo de Lawrence, Sumner, de Massachusetts, pronunció un discurso, más tarde llamado

«El Crimen contra Kansas». Sumner tenía la intención de insultar y encolerizar a los proesclavistas, y lo consiguió. Se refirió a sus colegas senadores en términos groseros y degradantes, y lo peor de sus vituperaciones cayó sobre el senador Andrew Pickens Butler, de Carolina del Sur (nacido en Edge-field, Carolina del Sur, el 8 de noviembre de 1796), y el senador Douglas, de Illinois, los autores de la Ley sobre Kansas y Nebraska.
El senador Butler contestó a Sumner con otro discurso. Pero el sobrino de Butler, el congresista Preston Smith Brooks (nacido en Edgefield, Carolina del Sur, el 4 de agosto de 1819), ofendido por las palabras de Sumner, el 22 de mayo irrumpió en su despacho con un bastón. Brooks censuró a Sumner y luego lo golpeó. Quizá su intención era hacer del castigo un gesto simbólico, pero en el calor de su furia Brooks golpeó dura y repetidamente. Además, Sumner quedó atrapado entre su asiento y el escritorio, que estaba sujeto al suelo, y no podía escapar ni defenderse. Por último, Brooks rompió el bastón sobre Sumner, quien quedó sin sentido.
El alboroto que siguió fue increíble. Las violentas exigencias de los Estados libres de que la Cámara expulsase a Brooks no hallaron respuesta. Pero Brooks renunció a su escaño, fue enjuiciado y condenado por lesiones y multado con 300 dólares. Fue reelegido unánimemente por su exultante distrito y recibió desde todos los Estados esclavistas una cantidad de bastones para reemplazar al que había roto.
Sumner permaneció ausente del Senado durante tres años, con excepción de un solo día, y su asiento quedó conspicuamente vacío como testimonio de la brutalidad de los Estados esclavistas. Su reelección por la indignada Massachusetts estaba asegurada. (Brooks murió al año siguiente, desdichadamente consciente de que su lugar en la historia reposaría enteramente en su ataque físico a un hombre indefenso.)
Noticias del ataque a Sumner y relatos exagerados e inflamados del saqueo de Lawrence llegaron a los Estados libres al mismo tiempo, y el encono llegó casi a alturas bélicas. Cantidades crecientes de personas en los Estados libres y en los esclavistas llegaron a considerarse enemigos en el sentido militar, más que político. La única respuesta a la violencia parecía ser más violencia.
Así lo creyó John Brown (nacido en Torrington, Connecti-cut, el 9 de mayo de 1800), un abolicionista activo en el Ferrocarril Subterráneo, pero que fracasó en cualquier actividad que emprendió (excepto la paternidad, pues engendró veinte hijos). Brown llegó a tales extremos en sus opiniones que casi parecía loco.
En 1855 se había marchado a Kansas, donde cinco de sus hijos lo habían precedido. Para entonces estaba convencido de que la abolición sólo podría lograrse por la fuerza, y soñaba con conducir esclavos negros en una rebelión que resultaría en la creación de una república negra.
El saqueo de Lawrence llevó a Brown a sentir necesidad de venganza. Creyéndose bajo las órdenes directas de Dios, tomó a cuatro de sus hijos y a otros tres hombres y, el 24 de mayo de 1856, sorprendió a una pequeña colonia de Pottawa-tomie Creek, a sesenta y cinco kilómetros de Lawrence. Allí Brown y sus seguidores sacaron a cinco hombres de la cama y los mataron. Presumiblemente, los hombres eran proesclavistas, pero no habían hecho nada que mereciese la ejecución, a menos que ser simplemente proesclavista fuese un delito capital castigable por la muerte sin juicio.
Aunque los desconcertados Estados libres reprobaron la acción de Brown, las noticias de la «Matanza de Pottawato-mie» enfurecieron a la facción proesclavísta tanto como el saqueo de Lawrence al bando antiesclavista.
Siguió una suerte de guerra de guerrillas. Hombres antiesclavistas fueron asesinados tan implacablemente como los de Pottawatomie. Trescientos proesclavistas atacaron la ciudad de Osawatomíe, a sólo quince kilómetros al noreste del escenario de la matanza de Pottawatomie. En la villa estaban John Brown y otros cuarenta hombres. Se defendieron

valientemente (por lo que los abolicionistas dieron luego a Brown el apodo de «El Viejo Brown de Osawatomie»), pero finalmente fueron expulsados y la villa fue saqueada. Por el otoño de 1856 ya habían sido muertos doscientos hombres.
Entonces Pierce nombró un nuevo gobernador, John White Geary (nacido en Mount Pleasant, Pensilvania, el 30 de diciembre de 1819), el 11 de septiembre. Geary recibió tropas federales, y no vaciló en usarlas. El 15 de septiembre detuvo a dos mil quinientos rufianes fronterizos y los envió de vuelta a Missouri, con lo que finalmente se logró una paz inestable.
A todo esto, el Congreso no podía hacer nada. Stephen Douglas quería establecer un gobierno estatal en Kansas; atacó la Constitución antiesclavista de Topeka y el envío de armas desde Nueva Inglaterra. El proyecto de ley de Douglas fue aprobado por el Senado, pero ni siquiera fue tomado en consideración por la Cámara de Representantes, dominada por los republicanos. La Cámara quería admitir a Kansas como Estado libre bajo la Constitución de Topeka, pero esta propuesta no sería aprobada por el Senado. Se llegó a un punto muerto.

El último «cara de masa»

El año de la agonía de Kansas, 1856, fue también un año de elecciones; se hizo posible que el problema fuese dirimido por el mandato del pueblo.
Los No-Sé-Nada se reunieron en Filadelria el 22 de febrero de 1856 y eligieron como candidato a presidente al ex presidente Millard Fillmore. Como candidato a vicepresidente eligieron a Andrew Jackson Donelson (nacido en Nashville, Tennessee, el 25 de agosto de 1799), que había sido secretario privado del mismo Andrew Jackson. Donelson había negociado el tratado de anexión con Texas.
El resto del Partido Whig se alineó con los No-Sé-Nada en esto. Pero Fillmore no era un candidato estimulante y estaba completamente en manos de la facción proesclavista del partido, que había dominado la convención. La facción antiesclavista de los No-Sé-Nada se separó y se unió a los republicanos. Esta escisión fue fatal para los No-Sé-Nada; después de las elecciones, el partido desapareció.
En cuanto al Partido Republicano, realizó su primera convención nacional en Filadelfia el 17 de junio de 1856 y dio una voltereta para apoyar a John C. Frémont, que no lo merecía. Era pintoresco, pero su única experiencia política desde que se le había formado consejo fle guerra y había sido condenado fueron los dos años como senador por California, durante los que no se distinguió en nada. Pero los republicanos necesitaban a alguien con atractivo nacional que fuese conocido por algo más que por ser meramente antiesclavista. Nombraron candidato a vicepresidente a William Lewis Dayton, de Nueva Jersey (nacido en 1807).
El Partido Demócrata se reunió en Cincinnati el 2 de junio de 1856 y experimentó su dificultad habitual para hallar a alguien que pudiese conseguir los dos tercios de los votos. El mismo presidente Pierce estaba tan comprometido en la cuestión de «Kansas sangrante» que no se juzgó conveniente elegirlo candidato y permitir que se agitasen contra él las pasiones de los Estados libres. Por cuarta vez consecutiva un presidente que había cumplido un solo mandato no fue nombrado candidato para su reelección. Stephen Douglas descubrió que el cortejar a los Estados esclavistas no le había servido de nada; también él estaba manchado por el follón de Kansas.
Por ello, en la votación decimoséptima, los delegados se volvieron a James Buchanan, quien tenía un historial político impresionante. Había estado en la Cámara de Representantes durante diez años y en el Senado durante once. Había sido embajador en Rusia con Jackson y secretario de Estado con Polk. Pero lo más importante era que había

sido embajador en Gran Bretaña durante todo el mandato de Pierce y, por lo tanto, no se había visto involucrado para nada en el follón de Kansas.
Para candidato a vicepresidente, los demócratas eligieron al congresista John Cabell Breckenridge (nacido cerca de Le-xington, Kentuckv, el 15 de enero de 1821).
La campaña siguiente giró repetidamente alrededor de Kansas. Los republicanos pidieron el control por el Congreso de la cuestión de la esclavitud en los territorios, condenaron el Manifiesto de Ostende (como bofetada a Buchanan, pero el Manifiesto había aumentado su popularidad en los Estados esclavistas) y exigieron que Kansas entrase en la Unión como Estado libre.
Los demócratas defendieron el Compromiso de 1850 y la Ley sobre Kansas y Nebraska como único modo de preservar la Unión. Se referían constantemente a los «republicanos negros», para explotar los prejuicios y temores de los blancos aun en los Estados libres. También señalaron que el Partido Republicano era un partido regional que sólo tenía fuerza en los Estados libres y que votar por ellos era votar para romper la Unión, mientras que los demócratas eran un partido nacional, con fuerza mayor o menor en todos los Estados.
Los demócratas obtuvieron la victoria una vez más. Buchanan obtuvo 1.830.000 votos, frente a 1.340.000 de Frémont, y los votos electorales fueron de 174 a 114. Fillmore y sus No-Sé-Nada recibieron 870.000 votos -una proporción elevada para un tercer partido-, pero sólo obtuvieron los ocho votos electorales de Maryland. Después de la victoria, los demócratas recuperaron el dominio de ambas Cámaras del Trigesimoquinto Congreso: 36 a 20 en el Senado, 118 a 92 en la Cámara de Representantes. (También hubo No-Sé-Nada en ambas ramas de la legislatura.)
La elección también marcó un mojón. Zachary Taylor había sido el último presidente esclavista. (En verdad, nunca volvería a haber otro.) Desde su muerte, en 1850, había habido dos presidentes de los Estados libres, Fillmore, de Nueva York, y Pierce, de New Hampshire, ambos «caras de masa» totalmente sumisos a la presión de los Estados esclavistas.
La elección de Buchanan y su mayoría popular fueron enteramente resultado de los votos de los Estados esclavistas Obtuvo los votos electorales de catorce Estados esclavistas (el decimoquinto votó por los No-Sé-Nada), pero de sólo cuatro de los dieciséis Estados libres.
Sin embargo, los republicanos, en su primera campaña nacional por un candidato débil, habían logrado resultados impresionantes. Con votos de los Estados libres solamente (recibieron 1.200 votos únicamente de la totalidad de los Estados esclavistas), obtuvieron un tercio de todos los votos emitidos. Los republicanos consiguieron cuatro veces más votos que el Partido de la Tierra Libre en su mejor momento.
El 4 de marzo de 1857 Buchanan fue investido como decimoquinto presidente de Estados Unidos, el único soltero que ocupó nunca el cargo, y en ese momento con sesenta y seis años, es decir, un hombre viejo. Aunque totalmente honesto, Buchanan fue, al llegarse a ese punto, totalmente incapaz de dominar los sucesos. El único curso de acción que se le ocurrió para salvar la Unión fue capitular en todo aspecto ante los Estados esclavistas. En su discurso inaugural defendió la «soberanía ilegal» y reprobó la agitación antiesclavista.
Y sólo dos días después de la investidura el Tribunal Supremo tomó su más importante decisión desde los grandes días de Marshall, una decisión que exasperó a las fuerzas antiesclavistas. Buchanan no tenía nada que ver con ella, desde luego, pero parecía dar el tono de lo que sería el futuro gobierno.
La cuestión se originó en 1834, cuando un cirujano del ejército llamado John Emerson, de Saint Louis, Missouri (Estado esclavista), fue a Rock Island, Illinois, y luego a Fort Sne-lling, en el territorio de Wisconsin, llevando consigo un esclavo, Dred Scott (nacido en

Southampton County, Virginia, alrededor de 1795). En total, Emerson pasó cuatro años en Illinois y Wisconsin antes de retornar a Missouri, donde murió en 1843, dejando sus esclavos a su esposa. En abril de 1846, Scott decidió demandar a la señora Emerson para obtener su libertad, con el argumento de que, al ser ilegal la esclavitud en Illinois y en el territorio de Wisconsin, había quedado automáticamente liberado al vivir allí y, por ende, ya no podía ser retenido como esclavo.

Las ramificaciones legales del caso eran enormemente complicadas y durante diez años la cuestión fue de un tribunal a otro hasta que, en 1856, finalmente llegó al Tribunal Supremo, que estaba todavía, después de veintiún años, bajo la presidencia de Taney. Éste y cuatro de los jueces miembros del Tribunal eran de los Estados esclavistas, y la decisión, comunicada el 6 de marzo de 1857, fue adversa a Dred Scott por siete contra dos; los dos disidentes eran de los Estados libres.

La decisión del Tribunal era que Scott, en su condición de negro, no era ciudadano de los Estados Unidos y, por lo tanto, no tenía derecho a presentar demandas ante un tribunal federal.

El punto era discutible, pues en los Estados libres, como el juez Benjamín Robbins Curtís (nacido en Watertown, Massachusetts, el 4 de noviembre de 1809) señaló en vigorosa disidencia, los negros eran considerados ciudadanos, aunque no se les permitía votar, y a menudo habían presentado demandas en tribunales federales. (Curtís luego renunció coléricamente al Tribunal Supremo, después de un duro intercambio de cartas con Taney.)

Pero la ley es lo que el Tribunal Supremo dice y, después de negar a Scott el derecho a presentar demanda, el Tribunal podía haber dejado las cosas allí. Pero no fue así. Aprovechó la oportunidad para afirmar que en el territorio de Wisconsin, al menos, Scott no era libre porque el Congreso no tenía derecho a prohibir la esclavitud en ningún territorio; solamente los Estados podían prohibir la esclavitud en su propio territorio. El juicio, efectivamente, declaraba inconstitucional el Compromiso de Missouri de 1820. (Ésta fue la primera vez que ei Tribunal Supremo declaraba inconstitucional una ley desde que Marshall había establecido el precedente medio siglo antes.)

El resultado fue que todos los territorios quedaron abiertos a la esclavitud, aun aquellos territorios -Washington, O regó n y Minnesota- que habían votado ser libres. Más aún, parecía que los propietarios de esclavos podían viajar libremente con sus esclavos hasta por los Estados libres.

La decisión parecía hacer de todo Estados Unidos territorio esclavista y fue una gran victoria para los Estados esclavistas. A las indignadas fuerzas antiesclavistas (en cuya lista de villanos Taney fue ahora inscrito para siempre) les parecía que el poder proesclavista se había adueñado de la rama judicial, tanto como del Ejecutivo y de la mitad senatorial de la legislatura*.

La política en Kansas.

Dijera lo que dijese el Tribunal Supremo sobre la legalidad de la esclavitud en los territorios, era en Kansas donde el problema se estaba poniendo a prueba duramente, y allí las fuerzas proesclavistas y antiesclavistas siguieron enfrentándose.

El gobernador Geary, después de remendar una paz poco segura, hizo lo posible para preparar una votación más o menos justa, pero la legislatura oficial reconocida por los Estados Unidos, elegida fraudulentamente por rufianes fronterizos, se afanó para aprobar una constitución propia que permitiese la esclavitud. Si tenía éxito, esto dirimiría la cuestión antes de que se realizasen otras elecciones.

' El destino personal de Dred Scott siempre ha parecido secundario comparado con los principios implicados en su caso. Tiene cierta ironía el hecho de que fue liberado

voluntariamente por un nuevo amo el 26 de mayo de 1857, tres semanas después de la decisión. Murió en Saint Louis el 17 de septiembre de 1857.

El 12 de enero de 1857 la facción proesclavista, reunida en Lecompton, a veinticinco kilómetros al este de Topeka, preparó un censo y una elección de delegados a una convención constitucional. La elección fue cuidadosamente maquinada para elegir delegados que elaborasen una constitución proesclavista.

Geary trató de impedirlo, por lo cual fue destituido. El nuevo presidente, Buchanan, envió en su lugar a Robert John Walker (nacido en Northumberland, Pensilvania, el 19 de julio de 1801), quien había sido senador por Mississippi de 1836 a 1845, y luego secretario del Tesoro en el gobierno de Polk. Puesto que Walker, quien vivía en el Estado esclavista de Mississippi desde hacía treinta años, era un entusiasta partidario de los derechos de los Estados y un ardiente imperialista que había movido cielo y tierra para lograr la anexión de Texas, Buchanan pensó que cooperaría con la facción proesclavista. Pero Walker era un hombre honesto y fue a Kansas decidido a tratar imparcialmente a ambas facciones. Tenía la extraña idea de que Buchanan lo respaldaría en esto.

Walker persuadió a la facción antiesclavista a que participara en una votación para elegir una nueva legislatura, prometiendo impedir el fraude en la medida de lo posible. Luego expulsó a miles de votantes proesclavistas claramente fraudulentos, y el resultado fue que el 5 de octubre de 1857 se eligió una legislatura con una concluyente mayoría antiesclavista en ambas cámaras.

La vieja legislatura proesclavista siguió elaborando su propia constitución. El 7 de noviembre la «Constitución de Lecompton», como se la llamó, estaba lista para su votación, sólo que no se permitió ninguna votación, pues quienes la propusieron sabían que no podían ganar en ninguna votación correcta. En cambio, prepararon una cláusula especial para ser sometida a una sola votación. Según esta cláusula, los votantes podían elegir entre la esclavitud plena y permitir la conservación de los esclavos ya existentes sin el agregado de otros nuevos. En cualquier caso, se aprobaba la Constitución de Lecompton, que estaba redactada de tal modo que la plena esclavitud podía ser restaurada fácilmente si era rechazada.

Walker estaba tan indignado que viajó a Washington para urgir al presidente Buchanan a que anulase la Constitución de Lecompton. Buchanan no se atrevió a ir contra los hombres de los Estados esclavistas*que llenaban su gabinete ni a adoptar una posición que le granjearía la enemistad de la poderosa ala proesclavista del Partido Demócrata. Aceptó con indolencia la Constitución de Lecompton y el indignado Walker renunció a su cargo el 21 de diciembre de 1857.

El mismo día se puso a votación la cláusula. Como esperaba la facción proesclavista, los colonos antiesclavistas se negaron a participar; así, hubo 6.226 votos (un tercio de los cuales, al menos, emitidos por rufianes fronterizos) a favor de incluir plenamente la esclavitud en la constitución, contra 569 a favor de la constitución con la cláusula débil.

La legislatura antiesclavista llamó a una votación a favor o en contra de la Constitución de Lecompton en su integridad. La votación se llevó a cabo el 4 de enero de 1858; 10.226 colonos votaron contra la constitución, 162 a favor de ella.

Para un observador imparcial parecía claro que la mayoría de los colonos querían una constitución antiesclavista y, por consiguiente, que Kansas debía ser admitido como Estado libre, si es que la «soberanía ilegal» significaba algo. Sin embargo, Buchanan insistió cobardemente en someter la Constitución de Lecompton al Congreso, el 2 de febrero de 1858, recomendando que Kansas fuese admitido como Estado esclavista.

Esto último era más de lo que Douglas podía digerir. El 13 de febrero protestó diciendo que la acción de Buchanan hacía burla de la «soberanía ilegal»; luego censuró la Constitución de Lecompton, dividiendo, así, al Partido Demócrata.

Pero Buchanan puso toda ia presión presidencial a favor de la Constitución de Lecompton y la hizo aprobar por el Senado, por 33 a 25 votos, el 23 de marzo. En la Cámara de Representantes la situación era diferente. Allí los antiesclavistas eran más fuertes y no cederían. Rechazaron la Constitución de Lecompton y exigieron que se la sometiese a otra votación en Kansas.
Entonces el gobierno sugirió un compromiso. La Constitución de Lecompton sería sometida a la votación de los colonos de Kansas, como pedía la Cámara. Pero la votación se realizaría en condiciones que favorecían abrumadoramente al bando proesclavista. Si la constitución era aceptada, Kansas entraría en la Unión inmediatamente como Estado esclavista, en condiciones muy favorables en lo concerniente a la concesión de tierras públicas; pero si la constitución era rechazada, no se otorgarían estas favorables condiciones ni se concedería a Kansas el rango de Estado. Kansas seguiría siendo un territorio hasta que su población llegase a los noventa mil habitantes (dando a la facción proesclavista una oportunidad, mientras tanto, de obtener la fuerza necesaria), y luego podía hacerse otro intento de conquistar la categoría de Estado.
Douglas, después de algunas vacilaciones, rechazó el compromiso por considerarlo otro fraude, pero algunos demócratas contrarios a la Constitución de Lecompton fueron persuadidos a que lo aceptasen y el compromiso fue aprobado. La Constitución de Lecompton fue sometida a votación el 2 de agosto de 1858 y, no obstante el peso del bando proesclavista, fue rechazada por 11.812 votos contra 1.916. Kansas siguió siendo un territorio.

8. La Unión se divide.

Abraham Lincoln.

La manera cobarde como el gobierno se había sometido a la presión de los Estados esclavistas a cada paso había debilitado enormemente a Buchanan y dividido al Partido Demócrata. Además, dio al Partido Republicano un tema con el cual aumentar la irritación de los Estados libres. Se acercaban las elecciones de 1858 para el Congreso, y los republicanos se aprestaron a sacar el máximo provecho.
Fue en el curso de estas elecciones de mitad de mandato cuando Abraham Lincoln comenzó su ascenso al plano nacional.
Aunque había nacido en el Estado esclavista de Kentucky, la familia de Lincoln se trasladó a Indiana cuando éste tenía siete años, y luego, en 1830, cuando tenía veintiuno, a Illinois. Aquí Lincoln ensayó una variedad de ocupaciones: partir maderos para cercar la granja de su padre, llevar una chalana a Nueva Orleans, trabajar de tendero y hasta hacer de aprendiz de soldado (sin entrar nunca en acción) en la Guerra de Halcón Negro. En 1836, autodidacta en gran medida, sacó el título de abogado y al año siguiente empezó a ejercer en Springfield, la capital de Illinois.
Experimentó un creciente interés por la política y se hizo un entusiasta whig, deseoso como muchos hombres del Oeste de una mayor intervención federal en el desarrollo de los transportes y otras mejoras internas, pues esto aceleraría su ritmo más de lo que los nuevos Estados podían lograr por sí solos. Estuvo en la legislatura del Estado de Illinois de 1834 a 1840. Aunque era antiesclavista, adoptó una posición moderada sobre este punto, pues pensaba que los abolicionistas no hacían más que exasperar a los habitantes de los Estados esclavistas y empeorar la situación.
Como congresista whig en el Trigésimo Congreso, durante el gobierno de Polk, Lincoln cumplió solamente un mandato (de 1847 a Í849) sin distinguirse particularmente, aunque figuró en las actas como enérgico opositor a la Guerra Mexicana. También presentó un

proyecto de ley para la gradual emancipación de los esclavos del Distrito de Columbia, sin éxito, por supuesto.

Trabajó a favor de la elección de Taylor en 1848 y luego se retiró de la política y se dedicó al ejercicio de la abogacía, hasta que la Ley sobre (Cansas y Nebraska avivó aún más la lucha en torno a la esclavitud y encendió intensamente los sentimientos antiesclavistas del propio Lincoln. Entró nuevamente en la política estatal, con vigor, logrando distinguirse en su Estado, y luego se incorporó al Partido Republicano en 1856, conduciendo la lucha por arrancar la dominación de Illinois a Douglas.

Lincoln y Douglas eran ambos moderados, pero la gran diferencia era que Douglas creía en la «soberanía ilegal» mientras que Lincoln pensaba que el Congreso tenía poder para prohibir la esclavitud en los territorios y debía usar este poder. Lincoln no compartía la tranquila confianza de Douglas de que la esclavitud no echaría raíces en la mayor parte de los territorios y que no era necesario hacer ningún esfuerzo para prohibirla.

Lincoln creía, además, que la esclavitud no sólo hacía miserable y degradante la vida para los esclavos negros, sino que, en una sociedad esclavista, también el trabajo se convierte en algo vergonzoso en sí mismo; los hombres blancos pobres que deben trabajar son despreciados como «basura blanca». Por ello, abolir la esclavitud elevaría a los blancos tanto como a los negros. (Quedó demostrado que esto era así por el hecho de que los inmigrantes de Europa iban casi exclusivamente a los Estados libres, donde no tenían que entrar en los estratos inferiores de un rígido sistema de castas o soportar los bajos salarios que originaba la competencia con el trabajo esclavo.)

En 1858, cuando Lincoln fue elegido candidato al Senado por la convención estatal del Partido Republicano, se dirigió a la convención el 16 de junio y expresó sus ideas concernientes a los efectos perniciosos de la esclavitud y su capacidad para llegar a destruir la libertad en otras partes. Dijo, citando el Nuevo Testamento (Mateo, 12:25): «Toda casa en sí dividida no subsistirá». Y prosiguió: «Creo que esta nación no puede perdurar, si es permanentemente mitad esclava y mitad libre. Espero que la Unión no se disuelva -espero que la casa no caiga-, pero espero que deje de estar dividida. Será totalmente una cosa o totalmente la otra».

Stephen Douglas se presentó para su reelección al Senado por parte demócrata. (Por supuesto, la gente no votaba por un senador directamente; votaba para la legislatura estatal, que a su vez votaba por un senador. Así, cada candidato trataba de persuadir a la gente a que votase por su partido, suponiendo que una mayoría sustancial de su propio partido aseguraría su propia elección.)

Lincoln comprendió que Douglas era una figura nacional, mientras que él era relativamente desconocido; por ello, el 24 de julio desafió a Douglas a mantener una serie de debates. Éste no tenía nada que ganar con tales debates, pero era un polemista experimentado y, quizá, esperaba poca competencia del desgarbado y rústico Lincoln; así, después de algunas vacilaciones, Douglas aceptó el desafío.

Cada uno de ellos habló a muchos públicos, solo, en el curso de la campaña, pero, además, hubo siete debates -cada uno realizado en una parte diferente del Estado, con una duración de tres horas y pudiendo apelar a cualquier recurso-en los cuales los dos hombres se turnaban para hablar desde la misma plataforma.

Douglas se aferró obstinadamente al principio de la «soberanía ilegal» y rehuyó todos los intentos de Lincoln de entrar en la discusión de los aspectos legales de la esclavitud. Para Douglas, la esclavitud era una cuestión legal, no moral. Todo Estado que quisiera la esclavitud tenía un derecho legítimo a ella; la moralidad involucrada, si la había, pesaba sobre el Estado.

La decisión sobre Dred Scott, por supuesto, desmentía toda afirmación de que el Congreso podía impedir la esclavitud en los territorios. El Tribunal Supremo decía que no, y lo que el

Tribunal Supremo decía era la ley. Lincoln decidió, pues, acorralar a Douglas en la cuestión concerniente a Dred Scott.
El segundo debate se realizó el 27 de agosto de 1858, en la ciudad de Freeport, del norte de Illinois, a ciento sesenta kilómetros al oeste de Chicago. En la parte dedicada a preguntas y respuestas (en la cual cada uno podía interrogar al otro), Lincoln preguntó solemnemente a Douglas cómo consideraba la «soberanía ilegal» a la luz de la decisión sobre Scott. ¿Podía un territorio ejercer su soberanía prohibiendo la esclavitud si lo deseaba?
Ésta era un trampa, y Douglas debe de haberse percatado de ello, pero no había manera de eludirla. Negarse a responder lo habría convertido en el hazmerreír de todos. Estar de acuerdo con la decisión sobre Dred Scott y decir que un territorio no podía prohibir la esclavitud aunque todos sus habitantes de él quisieran hacerlo, enfurecería a tal punto a los antiesclavistas y pondría en su contra a tantos demócratas antiesclavistas que Douglas podía perder la oportunidad de ser elegido senador.
Douglas, pues, tuvo que enfrentarse a la decisión sobre Dred Scott. Declaró que, si bien ésta hacía teóricamente imposible que un territorio prohibiese la esclavitud, la prohibición se aplicaría en realidad. La esclavitud sólo era posible si era apoyada por el sector local y el poder policial. Sin apoyo local, los esclavos sencillamente no podían ser llevados al lugar, o no podrían permanecer en él si fueran llevados, fuese lo que fuese lo que la ley dijera en teoría.
Esta respuesta permitió a Douglas conservar el apoyo de los moderados y le dio bastante seguridad de poder conservar su escaño en el Senado, pero Lincoln señaló torvamente que él estaba detrás de caza más importante. Los hombres de los Estados esclavistas, que habían considerado a Douglas como uno de los suyos, habían quedado conmocionados por su negativa a aceptar la Constitución de Lecompton y ahora estallaron de furia por su «Doctrina de Freeport». Douglas arruinó los esfuerzos de cuatro años dirigidos a cultivar el apoyo de los Estados esclavistas, y Lincoln lo había obligado a hacerlo.
La leyenda dice que el 2 de septiembre, una semana después de su segundo debate, Lincoln, en un discurso pronunciado en Clinton, Illinois (a setenta kilómetros al noreste de Spring-field), dijo: «Si una vez traicionáis la confianza de vuestros conciudadanos, nunca podréis recuperar su respeto y su estima. Es verdad que podéis engañar a todo el mundo durante algún tiempo; hasta podéis engañar a algunos todo el tiempo; pero no podéis engañar a todos durante todo el tiempo».
Quizá con esta idea en la mente, se esforzó continuamente por hacer que Douglas pusiese de manifiesto su insensible enfoque de la esclavitud como un problema puramente legal, no moral. Con el tiempo, pensó Lincoln, habría suficientes personas que considerasen inadmisible esta concepción como para desacreditar a Douglas en la otra dirección.
En el sexto debate, realizado en Quincy, Illinois, sobre el río Mississippi, en la parte más occidental del Estado y con la esclavitud legalizada en la otra orilla, en Missouri, Lincoln insistió en los males morales de la esclavitud. «El Partido Republicano -dijo- piensa que es un mal; pensamos que es un mal moral, un mal social y un mal político.»
En respuesta, Douglas se vio obligado, una vez más, a declarar su indiferencia hacia la cuestión moral. «Si cada Estado -dijo- conviniese en ocuparse de sus propios asuntos y dejar a sus vecinos en paz..., esta república podría perdurar para siempre dividida en Estados libres y Estados esclavistas, como nuestros padres hicieron y la gente de cada Estado ha decidido.»
Lincoln, como réplica, señaló calmadamente que Douglas, al rechazar así la doctrina de Lincoln de «la casa en sí dividida», afirmaba que la esclavitud existiría siempre en los Estados Unidos.
Así como el segundo debate puso a las fuerzas proesclavistas contra Douglas para siempre, así también el sexto afectó a las fuerzas antiesclavistas. Como posibilidad presidencial,

Douglas quedó arruinado, mientras que Lincoln, sencillamente al medirse con el temible Douglas y aporrearlo hasta dejarlo paralizado, se había convertido en una figura nacional.

El desequilibrio creciente.

A principios del mes de noviembre se realizaron las elecciones de 1858 para el Congreso. En las elecciones del Estado de Illinois, los republicanos obtuvieron unos pocos votos más que el partido de Douglas, pero fueron elegidos más demócratas que republicanos para la legislatura de Illinois, pues, por una ley de reparto anticuada, el sur de Illinois, que era demócrata, estaba representado en exceso en comparación con el norte de ese Estado, en rápido crecimiento y que era republicano. La nueva legislatura demócrata votó a Douglas, por 54 a 46, y le concedió otro mandato en el Senado. Pero Illinois e Indiana eran los únicos Estados libres en los que triunfaron los demócratas. El Partido Republicano, que sólo tenía dos años de existencia, ganó en todos los otros Estados libres.

En el Trigesimosexto Congreso, la Cámara de Representantes se inclinó nuevamente al bando republicano, por 114 contra 92 (con algunos de los demócratas antiesclavistas, también). Asimismo, los republicanos ganaron seis escaños en el Senado, aunque los demócratas conservaron la mayoría en él.

Cuando el año 1858 se acercaba a su fin, pues, los ciudadanos de los Estados esclavistas tenían todo género de razones para considerar que la situación era sombría. Habían hecho aprobar la «soberanía ilegal» en la Ley para Kansas y Nebras-ka, y la decisión sobre Dred Scott había ido aún más allá en el apoyo al bando esclavista, pero todas sus victorias políticas y legales en Washington no les habían brindado ninguna ventaja en el mundo real externo. Ni todos sus esfuerzos, ni los rufianes fronterizos de Missouri, ni el servilismo del presidente Buchanan les había permitido crear un solo Estado esclavista nuevo de los territorios. Tampoco pudieron obtener Kansas, la única oportunidad que se les había presentado; todo lo que consiguieron fue un empate, que tarde o temprano se rompería a favor de los Estados libres.

Mientras tanto, nuevos Estados entraron en la Unión pero eran Estados libres. El 11 de marzo de 1858, Minnesota se convirtió en el trigesimosegundo Estado de la Unión. Había sido un territorio libre hasta que la decisión sobre Dred Scott anuló la legalidad de tal situación, pero entró como Estado libre a pesar de esa decisión.

Luego, el 4 de febrero de 1859, Oregón, la parte sudoccidental del viejo territorio de Oregón, entró en la Unión como trigesimotercer Estado, y también como Estado libre. Así, desde el triunfo de la Guerra Mexicana, que había sido llevada a cabo principalmente como proyecto de los Estados esclavistas, tres nuevos Estados habían entrado en la Unión, todos libres. Esto puso el tanteo en dieciocho Estados libres y quince Estados esclavistas, y no parecía haber ninguna perspectiva de que surgiese algún nuevo Estado esclavista. El desequilibrio, ciertamente, aumentaría.

Además, a los coléricos miembros de los Estados esclavistas les parecía que los Estados libres se estaban haciendo tan arrogantes que ya no se contentaban con admitir a los Estados esclavistas aunque fuese como una minoría oprimida. Lincoln había hablado de la alternativa de que fuesen todos libres o todos esclavistas, y parecía seguro que quienes estaban de acuerdo con él harían todo género de esfuerzos para que fuesen todos libres. Luego Seward, de Nueva York, el republicano más descollante a escala nacional, habló en Rochester, Nueva York, el 25 de octubre de 1858, y describió el problema de la esclavitud como «un conflicto incontenible entre fuerzas opuestas y perdurables». Los habitantes de los Estados esclavistas estaban seguros de que el significado de sus palabras era que la alternativa de todos los Estados libres sería impuesta por la fuerza militar, si era necesario.

Era cada vez mayor el número de ciudadanos de los Estados esclavistas para quienes la institución de la esclavitud sólo podría mantenerse si los Estados esclavistas formaban una nación nueva e independiente. En Carolina del Sur y Mississippi, particularmente, eran crecientes los gritos a favor de la secesión, y no sólo de extremistas aislados. En 1858, el nuevo gobernador de Carolina del Sur, William Henry Gist (nacido en Charleston, Carolina del Sur, el 22 de agosto de 1807), estaba en vías de convertirse en un secesionista convencido.

Los Estados esclavistas, en general, tampoco abrigaban dudas sobre la viabilidad de tal nación de Estados esclavistas. Aunque sólo eran una parte de los Estados Unidos, los Estados esclavistas tenían un territorio muy grande, según patrones europeos. Además, su economía, basada en gran medida en el cultivo del algodón, se adecuaba perfectamente a la industria textil de Gran Bretaña. Los ciudadanos de los Estados esclavistas pensaban que podían formar una asociación con la lejana Gran Bretaña que sería tan provechosa, y mucho más segura, que su asociación con los Estados libres adyacentes y entrometidos.

Beneficiada por esa asociación, Gran Bretaña -cuyo deseo de algodón era mayor que su desaprobación de la esclavitud-ayudaría a los Estados esclavistas (éstos estaban seguros de ello) a crear una nueva nación. Además, los Estados libres no tratarían de obligar a los Estados esclavistas a permanecer en la Unión frente a la ayuda británica.

Otro suceso contribuyó a convencer a los Estados esclavistas de lo aconsejable de la secesión. Durante el decenio de 1850, la expansión de los ferrocarriles fue llevada a cabo con más entusiasmo que sensatez, y el fervor de la especulación con ferrocarriles y bienes raíces hizo explosión el 24 de agosto de 1857, con la bancarrota de un importante banco de Nueva York. Esto provocó un agudo, aunque breve, pánico que afectó a las regiones industriales de los Estados libres, pero no a los Estados esclavistas rurales. Por ello, mucha gente de los Estados esclavistas tenían la impresión de que los Estados libres eran económicamente débiles, y los Estados esclavistas económicamente fuertes. Podía argüirse que los Estados esclavistas se beneficiarían y fortalecerían abandonando la Unión.

En realidad, éste fue un lamentable error de cálculo por parte de los extremistas de los Estados esclavistas, pues, pese a algunos ataques de indigestión, la rápida industrialización de los Estados libres estaba aumentando su fuerza tremendamente, mientras que la esclavitud, que mantenía el carácter rural de los Estados esclavistas, también los mantenía en la pobreza.

Con cada año que pasaba, los Estados esclavistas se sumergían más profundamente en deudas con los industriales de los Estados libres y una proporción cada vez mayor de la población de blancos libres de los Estados esclavistas se empobrecía. Pero aunque sólo una pequeña parte de los blancos de los Estados esclavistas eran suficientemente ricos como para tener esclavos, los blancos que no poseían esclavos también estaban ardientemente decididos a conservar la institución, quizá porque la población negra esclava hacía sentirse al «blanco pobre» un miembro de una raza «superior», pese a su extrema pobreza y su total ignorancia.

Estas observaciones no son sólo una visión retrospectiva. A mediados de 1S57, Hinton Rowan Helper (nacido en Davis County, Carolina del Norte, el 27 de diciembre de 1829) publicó La inmanente crisis del Sur: cómo hacerle frente. En este libro, Helper reprobaba la esclavitud no por razones morales ni por consideración alguna a la penosa situación de los negros (pues era totalmente antinegro), sino porque hacía padecer a los blancos; la esclavitud, sostenía, empobrece a la población no esclava y frena el desarrollo económico de los Estados esclavistas, debilitándolos más y más cada año. Para rematar su argumentación usó el censo de 1850 y demostró que probaba su tesis completamente.

Los Estados esclavistas prefirieron abordar el problema negándose a admitir que existiese. Se hizo burla del libro de Helper, se le censuró y se le prohibió. Él mismo tuvo que

mudarse a Nueva York; habría sido peligroso para él permanecer en cualquier Estado esclavista. Sin embargo, sus argumentos eran correctos, pese a todo, pero los hombres de los Estados esclavistas preferían creer en sus propias fantasías doradas.

Todo lo que los Estados esclavistas necesitaban para coronar sus temores y amargura crecientes era una rebelión de esclavos instigada por abolicionistas de los Estados libres. Y esto fue exactamente lo que consiguieron, o al menos así les pareció.

John Brown, el autor medio loco de la matanza de Potta-womie, tuvo una nueva idea: instigaría una rebelión de esclavos en los Estados esclavistas y crearía una región libre dominada por negros en los Apalaches meridionales. Allí podrían reunirse los esclavos que escapasen, y la región podía ser el núcleo de una posterior rebelión.

"Era el plan de un loco, pero Brown, que tenía el aspecto de un profeta del Antiguo Testamento, logró obtener dinero de un grupo de abolicionistas, particularmente del filántropo Gerrit Smith (nacido en Uíica, Nueva York, el 6 de marzo de 1797). Smith era un viejo abolicionista que había ayudado a formar el Partido de la Libertad, se había resistido a ser absorbido por el Partido de la Tierra Libre, menos extremista, y se había presentado, totalmente en vano, como candidato a presidente con una plataforma estrictamente abolicionista en 1848 y 1852. Conoció a Brown y lo respaldó generosamente, aunque, al parecer, sin enterarse de todos los planes revolucionarios de éste.

En el verano de 1859, Brown se estableció en una granja de Harpers Ferry, Virginia, junto al río Potomac, a unos ochenta kilómetros aguas arriba de Washington. Con él fueron veintiún hombres, entre ellos cinco negros. En Harpers Ferry había un arsenal, que Brown planeó tomar en un ataque por sorpresa. Allí obtendría armas de fuego y pólvora, y, pensó, seguramente se le unirían negros de los campos circundantes.

En la noche del 16 de octubre de 1859 Brown dio el golpe. Rodeó a unos sesenta hombres de la región para usarlos como rehenes y tomó el arsenal, matando en la acción al alcalde de la ciudad. Un hombre prudente se habría retirado a las montañas con el armamento obtenido, pero Brown, en espera de los refuerzos que él estaba seguro de que llegarían, permaneció dentro del arsenal.

Fueron enviados hombres contra él, por supuesto, y no llegaron refuerzos, ni un solo hombre. Sin embargo, Brown resistió con indomable coraje durante un día y una noche; pero en la mañana del 18 de octubre un pequeño contingente de infantería de marina irrumpió en el arsenal. Hallaron a Brown herido y a diez de sus hombres (incluidos a dos de sus hijos) muertos. Cinco hombres del grupo atacante también fueron muertos.

Brown fue llevado a juicio por traición a Virginia. Se negó a alegar demencia, se defendió con la mayor valentía y, desde luego, fue condenado, el 31 de octubre. Se le ahorcó el 2 de diciembre de 1859.

Los ciudadanos de los Estados esclavistas vieron en Brown a un mercenario de las fuerzas antiesclavistas de los Estados libres. Estaban seguros de que lo seguirían otros que no estarían satisfechos hasta que los negros se vieran forzados a rebelarse y asesinar a todos los blancos de los Estados esclavistas.

Los políticos de los Estados libres rápidamente desautorizaron a Brown, expresando horror y repulsión por sus actos, lo mismo hicieron los periódicos republicanos. Pero esta desaprobación fue considerada como mera hipocresía por los ciudadanos de los Estados esclavistas. A fin de cuentas, muchos antiesclavistas de los Estados libres expresaban abiertamente su creencia de que John Brown era un mártir y un santo. Ésta era la opinión de dos literatos de Nueva Inglaterra: Ralph Waldo Emerson (nacido en Boston, Massachusetts, el 25 de mayo de 1803) y Henry David Thoreau (nacido en Concord, Massachusetts, el 12 de julio de 1817)*.

No es sorprendente, pues, que, con cada mes que pasaba, los ciudadanos de los Estados esclavistas se volvieran más intransigentes, más susceptibles y menos dispuestos a ceder en

cualquier punto. Durante dos meses paralizaron las actuaciones de la Cámara de Representantes negándose a permitir la elección de John Sherman, de Ohio (nacido en Lancaster, Ohio, el 10 de mayo de 1823), para el cargo de presidente de la Cámara, por la única razón de que había aprobado el libro de Helper. Luego obtuvo el cargo un republicano conservador de Nueva Jersey.

En Mississippi hubo resoluciones exigiendo la revocación de las leyes que prohibían el comercio de esclavos, tratando, de este modo, de suprimir laúnica regla humanitaria que aun los Estados esclavizados habían aceptado hasta entonces. En Georgia se prohibió hacer testamentos liberando esclavos después de la muerte del propietario, y se aprobaron leyes que permitían vender como esclavo a cualquier negro libre condenado por vagancia (condena que cualquier jurado blanco concedería si alguien la pedía).

Mientras tanto, Abraham Lincoln se marchó al Este. A los pocos meses, los republicanos se reunirían para elegir un candidato presidencial, y Lincoln no sabía si presentarse o no como candidato. Por ello decidió hacerse ver en el Este y luego adoptar una actitud sobre la base de cómo fuese recibido por los republicanos allí. En cuanto a los republicanos del Este, estaban ansiosos de conocer al abogado occidental que tan bien se había desempeñado contra el temible Douglas.

El 27 de febrero de 1860 Lincoln dio una charla en la Coo-per Union de la ciudad de Nueva York ante el público más importante que se había reunido nunca para oírlo. Hizo todo lo posible para no despertar la ira de nadie. Se manifestó contra la «soberanía ilegal», contra la expansión de la esclavitud, pero también contra los extremos de algunos antiesclavistas y se pronunció en contra de llevar el enfrentamien-to entre las partes de la nación hasta el punto de que se rompiese la Unión.

En conjunto, fue un discurso magistral, que impresionó a su público sin enemistarlo con nadie. Gustó a los republicanos del Este, y Lincoln volvió a Illinois dispuesto a presentarse como candidato a la presidencia.

Mientras tanto, aunque las nubes de la esclavitud que ahora se cernían sobre la nación eran negras como el carbón y amenazaban con el rayo, Estados Unidos seguía creciendo extraordinariamente.

En 1860 la población era de 31.443.321, una vez y media la de Gran Bretaña y dos quintos de la población de la enorme Rusia. Los inmigrantes seguían afluyendo a Estados Unidos. En la década anterior, más de cuatrocientos mil habían llega-do de Gran Bretaña y más de novecientos mil de Irlanda. Había cuatro millones de extranjeros en los Estados Unidos, casi todos ellos en los Estados libres.

En 1856, Gail Borden (nacido en Norwich, Nueva York, el 9 de noviembre de 1801) patentó un proceso para elaborar leche condensada, un producto fácilmente transportable, que no se echaba a perder y pronto sería usado en las fuerzas armadas. También en 1856 se organizó la Western Union Tele-graph Company.

En 1858 se comenzó en Nueva York la catedral de San Patricio, el primer edificio católico de la nación. El mismo año, George Mortimer Pullman (nacido en Chautauqua County, Nueva York, el 3 de marzo de 1831) inventó un coche-cama, algo sumamente útil en una nación cuyos ferrocarriles tenían una extensión que se acercaba a los cincuenta mil kilómetros; algunos viajes duraban varios días.

Nuevas máquinas agrícolas se inventaban casi cada mes, mientras se hacían nuevos descubrimientos de oro en California. En la primavera de 1859 se descubrió en Nevada el filón de Comstock -el primer gran depósito de plata hallado en Estados Unidos-, lo cual provocó otra avalancha al Oeste.

El 27 de agosto de 1859, Edmoin Laurentine Drake (nacido en Greenville, Nueva York, el 29 de marzo de 1819) fue el primero en hacer excavaciones en busca de petróleo, cerca de Titusville, a unos ciento treinta kilómetros al norte de Pittsburgh. Éste fue el comienzo de

la moderna industria del petróleo. En 1860, Estados Unidos extraía quinientos mil barriles de petróleo al año. Pero el principal uso del petróleo en aquellos días era como fuente de queroseno para lámparas.

La elección decisiva.

El 23 de abril de 1860, la Convención Nacional Demócrata se reunió en Charleston, Carolina del Sur, una elección de lugar poco afortunada, pues la colocó en el corazón y el alma de los sentimientos secesionistas. Los hombres de los Estados esclavistas, al sentir el apoyo de la población circundante, no podían por menos de ser inflexibles.

Stephen Douglas había trabajado duramente para presentarse como el candidato natural de los demócratas; apoyó la «soberanía ilegal», abogó por el acatamiento a las decisiones del Tribunal Supremo, defendió la Ley del Esclavo Fugitivo y hasta aprobó la adquisición de Cuba.

Pero los extremistas de los Estados esclavistas ya no querían saber nada de Douglas. Su apoyo a la decisión sobre Dred Scott no era total, en vista de su «Doctrina de Freeport», y se había puesto contra la Constitución de Lecompton cuando llegó el momento decisivo.

Los ciudadanos de los Estados esclavistas pusieron a prueba a Douglas exigiendo que la plataforma incluyese un punto por el cual el gobierno federal debía proteger categóricamente la esclavitud en los territorios, en vez de ser un arbitro imparcial. No querían que los habitantes de un territorio tuviesen esclavos ilegalmente, como Douglas había dicho que podían hacerlo en su Doctrina de Freeport. Querían más Buchanans que impusiesen más Constituciones de Lecompton.

Los adeptos de Douglas no podían aceptar ese punto adicional, por lo que los delegados de ocho Estados esclavistas abandonaron la convención. Los restantes delegados trataron de hallar una mayoría de dos tercios para Douglas (o para cualquiera) y no pudieron. El 3 de mayo, después de cincuenta y siete votaciones inútiles, la convención se suspendió en una profunda depresión.

El 18 de junio de 1860 la convención se reunió nuevamente en el sitio más habitual de Baltimore. Después de nuevos abandonos de Estados esclavistas, Douglas finalmente fue elegido candidato. Se hizo un intento de hacer aparecer como nacional la candidatura buscando a un ciudadano de los Estados esclavistas como candidato a la vicepresidencia. El primero elegido, de Alabama, renunció, y finalmente la convención acordó elegir a Herschel Vespasian Johnson (nacido en Burke County, Georgia, el 18 de septiembre de 1812), quien había sido gobernador de Georgia de 1853 a 1857.

Los delegados de los Estados esclavistas que habían abandonado la convención de Charleston se reunieron separadamente en Richmond, Virginia, el 11 de junio, y luego en Baltimore el 28 de junio. Como candidato a presidente eligieron a Breckenridge, de Kentucky, que a la sazón era vicepresidente bajo Buchanan. Buscaron a alguien de un Estado libre como candidato a vicepresidente y eligieron al senador Jo-seph Lañe, de Oregón (nacido en Buncombe County, Carolina del Norte, el 14 de diciembre de 1801), que había sido oficial en la Guerra Mexicana y había luchado con particular distinción en Buena Vista. Pero Lañe en realidad fue un residente en los Estados esclavistas durante la mayor parte de su vida.

Entre tanto, el 9 de mayo de 1860, los restos de quienes no eran demócratas ni republicanos, sino que se consideraban whigs o no-sé-nada, se reunieron en Baltimore y adoptaron el nombre de Partido de la Unión Constitucional. Para candidato a presidente eligieron al senador John Bell, de Tennessee (nacido cerca de Nashville, Tennessee, el 15 de febrero de 1797), quien, aunque era un gran propietario de esclavos, era también un vigoroso partidario de la Unión y muy moderado en sus ideas. Como candidato a

vicepresidente eligieron a Ed-ward Everett, de Massachusetts (nacido en Dorchester, Massachusetts, el 11 de abril de 1794). Everett había sucedido a Webster como secretario de Estado bajo Fillmore; había estado en el Senado durante un año, pero se vio obligado a renunciar porque era demasiado suave en la cuestión de la esclavitud para la antiesclavista Massachusetts.

Quedaba el Partido Republicano, que rompió el precedente realizando su convención en lo que por entonces era el Lejano Oeste, Chicago, el 16 de mayo de 1860. Seward era la principal personalidad del Partido, pero se había hecho de muchos enemigos y su posición con respecto a la esclavitud era suficientemente extremista como para hacerle perder los votos de los moderados. La elección de Chicago favoreció al republicano de Illinois Abraham Lincoln; se pensó que era el más moderado y menos ofensivo de los dos. Su discurso en la Cooper Union, fresco en la mente de muchos hombres del Este, había parecido sensato y frío.

Así, aunque Seward estuvo a la cabeza de los candidatos en las dos primeras votaciones, Lincoln obtuvo la mayoría en la tercera, convirtiéndose en el segundo candidato del partido para la presidencia. Las convenciones de los otros tres partidos habían elegido a un miembro de los Estados libres para la presidencia y a otro de los Estados esclavistas para la vicepre-sidencia o a la inversa, pero el Partido Republicano no pudo alcanzar tal equilibrio. En ninguna pudo hallarse a un hombre de los Estados esclavistas que quisiera presentarse como republicano. La candidatura a la vicepresidencia recayó en el senador Hannibal Hamlin, de Maine (nacido en Paris Hill, Maine, el 27 de agosto de 1809), quien era aún más radicalmente antiesclavista que Lincoln.

La plataforma del Partido Republicano incluía muchos otros temas, además del de la esclavitud, pues los republicanos pensaban con razón que no debían constituir un partido de un solo tema. Apoyaban las mejoras internas y la extensión de los ferrocarriles, estimulaban la inmigración y proponían aranceles más elevados, además de las habituales medidas antiesclavistas.

En la campaña siguiente, sólo Lincoln tenía probabilidades claras de ganar, pues lo que era habitualmente el voto demócrata estaba dividido en tres sectores.

Para impedir tal victoria republicana, varios Estados esclavistas anunciaron que se separarían si Lincoln ganaba las elecciones. La estrategia consistía en disuadir a la mayor cantidad de gente posible a que votase por él, de modo que nadie obtuviese la mayoría en el colegio electoral. Esto obligaría a efectuar la elección por la Cámara de Representantes, la cual, aunque republicana, muy probablemente terminaría por llegar a un compromiso y elegir a Douglas. En tal caso, la crisis podía ser pospuesta por cuatro años más.

Indudablemente, también, muchos extremistas de los Estados esclavistas, cansados de las postergaciones que sólo empeoraban la situación, esperaban que Lincoln ganase.

El 6 de noviembre de 1860 se realizaron las elecciones y, sin duda, ningún candidato recibió la mayoría del voto popular. Lincoln obtuvo 1.866.000 votos, más que cualquier otro, pero sólo el 40 por 100 de los votos. Douglas, con 1.382.000, obtuvo el 30 por 100. Seguía Breckenridge, con 848.000 (el 18 por 100), y luego Bell, con 593.000 (el 12 por 100), resultado sorprendentemente respetable, lo cual indicaba que muchos ciudadanos de los Estados esclavistas no deseaban llegar a extremos.

Los quince Estados esclavistas practicantes no dieron votos republicanos y sus votos se dividieron entre los tres candidatos antirrepublicanos. Los votos relativamente escasos de Breckenridge estuvieron suficientemente concentrados en los diversos Estados esclavistas como para ganar en no menos de once de ellos, para un colegio electoral de 72. Bell ganó en tres (Virginia, Kentucky y Tennessee) de 39 votos electorales. El pobre Douglas ganó en el restante Estado esclavista (Missouri), más tres votos electorales de Nueva Jersey, con un total de 12.

Pero Lincoln ganó en los dieciocho Estados libres (menos tres de los votos electorales de Nueva Jersey), con un total de 180 votos electorales. Era una clara mayoría electoral: 180 para Lincoln contra 123 de toda la oposición sumada.
* Aunque sólo se hubiese presentado Douglas y los votos populares para Breckenridge y Bell se hubiesen sumado a los suyos, aunque hubiese obtenido una mayoría del 60 por 100, tantos de los votos habrían»provenido de los Estados esclavistas que Lincoln habría triunfado en quince de los Estados libres y habría ganado las elecciones por 169 votos electorales contra 134.
Lincoln, pues, era claramente el vencedor.

Secesión.

Los Estados esclavistas ahora tenían que decidirse. Se trataba de ofrecer resistencia ahora o, quizá, callar para siempre. La crisis era seria.
Medio siglo antes habían perdido la Cámara de Representantes ante los cada vez más populosos Estados libres. Habían perdido el Senado ante los Estados libres con el Compromiso de 1850. Ahora habían perdido la presidencia; y esto significaba que perderían también el Tribunal Supremo, pues era seguro que el nuevo presidente antiesclavista sólo nombraría jueces antiesclavistas cuando se presentase la ocasión.
Para algunos, quizá las elecciones no habían sido tan desastrosas. A fin de cuentas, Lincoln había nacido en un Estado esclavista y se había declarado a favor de la adaptación regional y contra la intervención con respecto a la esclavitud en los Estados en que ya estaba establecida. Pero se oponía inflexiblemente a que la esclavitud se siguiera expandiendo.
La forma de las elecciones habían puesto en claro para los Estados esclavistas que en la Unión, tal como se hallaba constituida por entonces, sólo serían votados en lo sucesivo presidentes antiesclavistas. Puesto que el número de Estados libres seguía aumentando y como la población de los Estados libres seguía dejando atrás a la de los Estados esclavistas, esa situación sólo se afianzaría con el tiempo. Los Estados esclavistas estarían condenados a la posición de una perpetua minoría sujeta al constante ataque de la creciente agitación antiesclavista efectuada por la arrogante mayoría de los Estados libres.
A los ciudadanos de Carolina del Sur, en particular, les parecía que había llegado el momento de la secesión. Recordaron el anterior interludio secesionista de la época de Andrew Jackson como un período heroico. Habían esperado un cuarto de siglo desde entonces y no esperarían más. No tenía sentido esperar a la investidura ni esperar para ver qué haría Lincoln. Había llegado el momento y debía ser aprovechado.
El gobernador Gist, de Carolina del Sur, había dicho que emprendería la acción inmediatamente si Lincoln era elegido, y lo hizo. Tan pronto como llegaron noticias de la victoria republicana, se convocó una convención del Estado para considerar la secesión. El 17 de diciembre de 1860 se reunió la convención en la capital del Estado, Columbia, y parecía haber pocas dudas sobre lo que decidirían hacer los 170 delegados.
Mientras tanto, Buchanan era aún presidente, y lo seguiría siendo hasta el 4 de marzo. Fue entonces cuando su incapacidad se mostró en su forma más siniestra; y fue por entonces cuando ese período de cuatro meses entre las elecciones y la investidura fue más peligroso.
En esta crisis, Buchanan fue absolutamente incapaz de tomar medidas vigorosas y enérgicas. (¡Lo que la nación se habría ahorrado si en ese momento hubiera estado Andrew Jackson en la presidencia un solo mes!) El 3 de diciembre de 1860, en su mensaje anual al Congreso, dijo que ningún Estado tenía derecho a separarse, pero tampoco el gobierno federal tenía poder alguno para impedir la secesión. Esta estúpida actitud fue una invitación abierta a los Estados esclavistas a que se separasen, en la seguridad de que Buchanan no haría nada para impedirlo.

Sin duda, se levantaron voces en los Estados esclavistas contra la secesión. Una de ellas fue la del congresista Alexan-der Hamilton Stephens, de Georgia (nacido en Taliaferro County, Georgia, el 11 de febrero de 1812). Fue siempre un moderado, y uno de los pocos ciudadanos importantes de los Estados esclavistas que se opusieron a la guerra con México. Stephens suplicó a los Estados esclavistas que permaneciesen dentro de la Unión.

Otro vigoroso antisecesionista de los Estados esclavistas fue el viejo Sam Houston, de Texas, quien, a los sesenta y siete años, era nuevamente gobernador del Estado, después de estar trece años en el Senado.

El más importante de los movimientos contra la secesión en los Estados esclavistas fue el iniciado por el senador John Jordán Crittenden, de Kentucky (nacido cerca de Versailles, Kentucky,el 10 de septiembre de 1787). La vida de Crittenden había comenzado justamente una semana antes de que la Constitución fuese completada y firmada, y ahora luchó desesperadamente para salvar la Unión que esta Constitución había creado.

El 18 de diciembre de 1860 propuso lo que se llamó el «Compromiso de Crittenden», en un intento de detener a Carolina del Sur antes de que fuese demasiado lejos.

Crittenden siempre había sustentado una posición tibia hacia la esclavitud. Se había opuesto a la Guerra Mexicana y a la Ley sobre Kansas y Nebraska, y había apoyado a Bell en las elecciones recientes. Ahora sugirió que la vieja línea de 36° 30' del Compromiso de Missouri fuese revivida y extendida a la frontera californiana, asegurando así a los Estados esclavistas miembros adicionales, y que los Estados libres garantizasen que la esclavitud no sería alterada en ningún Estado en el que estuviese establecida. También propuso un compromiso sobre la Ley del Esclavo Fugitivo por el cual, si los esclavos fugitivos no eran devueltos, el gobierno federal daría una compensación monetaria a los propietarios, es decir, en esencia, un sistema para comprar la libertad de los esclavos.

Los congresistas de los Estados que habían votado por Bell apoyaron el Compromiso de Crittenden, pero Lincoln hizo saber que no podía aceptar ningún compromiso que permitiese la extensión de la esclavitud a nuevos Estados, y los republicanos lo apoyaron en esto. La Cámara de Representantes, dominada por los republicanos, votaron contra el compromiso el 14 de enero de 1861, por 113 votos contra 80, y luego el Senado lo rechazó por un voto. El Compromiso de Crittenden había fracasado.

Pero aunque los republicanos hubiesen aceptado el Compromiso desde el comienzo, era dudoso que se hubiese podido detener a Carolina del Sur. Todo el Estado estaba poseído por una exaltación que no cedería ante la razón. El 20 de diciembre de 1860, dos días después de ser propuesto el compromiso, la convención de Carolina del Sur, por decisión unánime, declaró disueltos los lazos que la unían a los Estados restantes. Se había separado de la Unión.

Los ciudadanos de Carolina del Sur tampoco temían las consecuencias. Podría parecer temerario que un Estado se enfrentase con la Unión, pero Carolina del Sur no esperaba estar sola. Aunque los otros Estados esclavistas no se separasen inmediatamente, ciertamente lo harían si Estados Unidos hacía algún intento de enviar ejércitos a través del territorio de los Estados esclavistas para someter a Carolina del Sur.

Y si los Estados esclavistas se separaban todos juntos y se mantenían unidos, los extremistas creían muy discutible que lo que restase de la Unión se atreviese a ir a la guerra.

Los quince Estados esclavistas tenían una superficie total de 2.320.000 kilómetros cuadrados, y los 18 Estados libres de 2.140.000. Más aún, los Estados esclavistas formaban un sólido bloque, mientras que los Estados libres de California y Oregón, que abarcaban un tercio de la superficie total de los Estados libres, estaban separados del resto por más de mil seiscientos kilómetros de desiertos escasamente poblados e infestados de indios.

Sin duda, los Estados libres eran más populosos y tenían una base industrial más fuerte, pero esto no tenía importan-,cia para los extremistas de los Estados esclavistas. Aún no se había librado ninguna gran guerra en la era industrial, y la influencia de la nueva economía sobre los asuntos militares era desconocida.

Lo que esos extremistas veían era que la población rural de los Estados esclavistas estaba habituada a la vida al aire libre, a los caballos y las armas; tenían buenos generales, soldados que luchaban con fiereza y los más osados jinetes del mundo. Frente a ellos, ¿qué podían presentar los Estados libres como no fuesen tenderos y obreros fabriles? Además, los Estados esclavistas estaban seguros de que Gran Bretaña y Francia acudirían en su ayuda por el algodón que estas naciones necesitaban para sus fábricas.

La confianza de Carolina del Sur en los otros Estados esclavistas pronto pareció justificada. Varios de ellos rápidamente emprendieron la acción al recibir las noticias de la secesión de Carolina del Sur.

El 9 de enero de 1861, una convención estatal convocada por Mississippi votó la secesión por 84 a 15; al día siguiente, una convención de Florida votó la secesión por 62 a 7; un día después, una convención de Alabama votó la secesión por 61 a 39. El 19 de enero fue el turno de Georgia, que la votó por 208 a 89; el 26 de enero, Luisiana la votó por 113 a 17, y el 1 de febrero Texas, por 166 a 7.

En el lapso de seis semanas, siete de los Estados esclavistas se habían separado de la Unión. Quedaban cinco semanas para la investidura de Lincoln, y Buchanan, que aún era el presidente, estaba paralizado y no hacía nada.

En ninguno de esos Estados, dicho sea de paso, se sometió a votación popular el asunto de la secesión antes de tomar la decisión. Sólo en uno, Texas, se llamó a una votación después de la decisión. Allí, el gobernador Houston defendió valientemente el mantenimiento de la Unión. La votación, efectuada el 23 de febrero de 1861, con cuarenta y seis mil electores, dio un resultado de tres a uno a favor de la secesión. Houston se negó a aceptar el resultado y a admitir la nueva situación, por lo que fue depuesto y pasó los años últimos de su vida en el retiro.

Indudablemente, una votación popular, considerando el ardor y los sentimientos de la época, habría dado un resultado vigorosamente favorable a la secesión en cada uno de los siete Estados. Pero el hecho de que no se sacase ventaja de tal votación.parecería indicar que la aristocracia esclavista sentía un automático desprecio por los principios democráticos. No se le ocurrió, al parecer, que tal votación era necesaria, aunque tal medida indudablemente habría fortalecido su causa.

Los Estados Confederados de América.

Buchanan fue tan pusilánime en oponerse en los detalles a la secesión como lo había sido en enfrentarse con su declaración. En todos los Estados separados había fuertes y arsenales dispersos de la Unión, bajo el mando de oficiales del ejército de la Unión. Los Estados separados se adueñaron de estos puestos que se hallaban dentro de sus fronteras en rápida sucesión, con escasa o ninguna resistencia de los militares y sin despertar al letárgico Buchanan, quien al parecer temía que cualquier acción enérgica empujase a la secesión a los ocho Estados esclavistas que aún permanecían en la Unión.

Sólo un fuerte se resistió: Fort Sumter, en Carolina del Sur (así llamado en homenaje a Thomas Sumter, nacido en Virginia, quien comandó las tropas de Carolina del Sur durante la Guerra Revolucionaria). El 26 de diciembre de 1860, seis días después de la secesión de Carolina del Sur, el comandante Roben Anderson (nacido cerca de Louisville, Kentucky, el 14 de junio de 1805), al no hallar respuesta sus pedidos de refuerzos, sondeó correctamente la situación y concentró a sus hombres en una isla fortificada del puerto de Charleston que

era fácil de defender y, con apoyo adecuado, podía ser mantenida indefinidamente. Pero la isla se hallaba bien en el interior del puerto; ciudadanos de Carolina del Sur resueltos podían impedir la entrada de refuerzos si colocaban apropiadamente la artillería.
Carolina del Sur pidió a Anderson la rendición de Fort Sumter, pero Anderson se negó justamente a hacerlo sin órdenes. Entonces los hombres de Carolina del Sur enviaron comisionados a Washington para transmitir su exigencia al presidente. Buchanan convino en recibir a los emisarios y discutir la cuestión, pero logró hallar el coraje necesario para negarse a sacar las tropas del fuerte.
El 9 de enero de 1861 Buchanan ordenó a un barco mercante desarmado, el Star ofthe West, llevar refuerzos y provisiones a Fort Sumter. El hecho de que fuese un barco mercante desarmado, y no un barco de guerra, tenía la finalidad de evitar provocar a los ciudadanos de Carolina del Sur.
Pero eso no sirvió de nada. Los cañones de los de Carolina del Sur dispararon sobre el barco que se aproximaba; no pudo entrar en el puerto y tuvo que retornar a Nueva York. Éste fue el fin del intento de Buchanan de hacer algo, pero dejó a las fuerzas federales de Fort Sumter ante la perspectiva de tener que rendirse por hambre.
Aunque los siete Estados que se habían separado en teoría habían reafirmado su derecho a ser naciones soberanas e independientes, no intentaron llevar su existencia independientemente unos de otros. Era claro que no podían realmente estar seguros de si actuaban de acuerdo con sus propias afirmaciones, y así, después de abandonar una unión de Estados, procedieron a crear otra más de su gusto.
El 4 de febrero de 1861 delegados de los siete Estados separados se reunieron en Montgomery, la capital de Alabama, y allí procedieron a elaborar una constitución para los «Estados Confederados de América». (Los Estados sólo estaban «confederados», lo cual implicaba una asociación voluntaria de miembros iguales, y no «unidos», que suponía una fusión y una pérdida de soberanía.)
Sólo necesitaron cuatro días para elaborar la nueva constitución, pues no era una gran tarea. En general, se adoptó la Constitución de los Estados Unidos con unas pocas diferencias importantes. Los Estados se reservaban una parte mayor de derechos y el gobierno central era significativamente más débil, pues era incapaz, por ejemplo, de aprobar aranceles protectores o de asignar fondos a mejoras internas. No había tribunal supremo y la legislatura estaba formada por una sola cámara. El presidente recibía un solo mandato de seis años y no podía ser reelegido. Los miembros del gabinete podían participar en la legislatura. Extrañamente, no se otorgó a los nuevos Estados ningún derecho a separarse del nuevo gobierno.
Naturalmente, la Constitución Confederada mencionaba específicamente la esclavitud (lo que la Constitución americana no hacía) y garantizaba cuidadosamente la permanencia de la institución. Sin embargo, también prohibía el comercio de esclavos con África, en vista de la decisión británica de suprimirlo; los Estados Confederados sabían que dependerían de la ayuda británica para su supervivencia.
El 8 de febrero fue anunciada la constitución, que había sido adoptada en un debate secreto. Al día siguiente, la convención, que se convirtió en el Congreso Confederado hasta que se realizasen elecciones formales, eligió a Jefferson Davis, de Míssissippi, como presidente de los Estados Confederados y a Alexander Hamilton Stephens como vicepresidente. El 18 de febrero ambos fueron investidos en Montgomery.
Pero en esos primeros días de 1861 el movimiento secesionista tuvo algunos reveses. El 9 de febrero, en el Estado esclavista de Tennessee, se hizo un referéndum público para establecer si debía convocarse una convención para considerar la secesión, y el resultado fue de 68.000 votos negati-vos contra 59.000 a favor. El 13 de febrero se reunió una convención en Richmond, Virginia, y también allí la secesión fue rechazada.

Estados Unidos hasta ganó un nuevo Estado, Kansas. Después del rechazo de la Constitución de Lecompton, el péndulo se había inclinadcMiada vez más a favor de los colonos de los Estados libres. El 4 de octubre de 1860 se sometió a votación una constitución creando un Estado libre (elaborada en una convención reunida en Wyandotte, ciudad situada inmediatamente del otro lado del río con respecto a la ciudad de Kansas, en Missouri) y fue aprobada por 10.400 votos contra 5.500. Al retirarse del Congreso muchos miembros de los Estados esclavistas a causa de la secesión, ya no hubo ningún problema en aceptar a Kansas como Estado libre. El 29 de enero de 1861 Kansas fue oficialmente admitido en la Unión, bajo la constitución de Wyandotte, como trigesimocuarto Estado y decimonoveno Estado libre.

Durante ia primavera de 1861, los Estados Confederados permanecieron confiados. Hasta había razones para pensar que no habría guerra. Ciertamente, no había razón para que los Estados Confederados fuesen a la guerra; ya tenían lo que deseaban, la independencia. Si iba a haber guerra, ello dependía de la iniciativa de Estados Unidos.

Y si había guerra, los Estados Confederados podían permanecer a la defensiva y luchar meramente para lograr un empate. A fin de cuentas, no buscaban conquistas; sólo querían que se les dejase en paz. En cambio, la Unión, para ganar, tenía que invadir y ocupar un vasto territorio y someter a una población hostil.

Muchos, en la Unión, comprendieron esto y previeron el desequilibrio del esfuerzo que se necesitaría. Algunos abolicionistas idealistas eran renuentes a derramar la sangre que costaría hacer volver a los Estados separados e instaron a que se les dejase marchar en paz. Algunos hasta pensaron que la secesión era un alivio. Otros pensaban que la secesión era el preludio a un desmembramiento general de la nación. Así, el alcalde de la ciudad de Nueva York, Fernando Wood (nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 14 de junio de 1812), sugirió el 6 de enero de 1861 que, en caso de guerra, la ciudad de Nueva York se separaría y se declararía neutral.

En los Estados esclavistas que aún no se habían separado, muchos pensaban que era una oportunidad para imponer un compromiso que pusiese fin a la inseguridad de los Estados esclavistas de una vez por todas. La Unión, consciente de que no podía obligar a volver a los Estados separados, tendría que atraérselos aceptando tal compromiso.

Una convención patrocinada por Virginia se reunió en Washington el 4 de febrero de 1861 para elaborar el compromiso. El ex presidente Tyler, ahora en sus setenta y un años, presidió una asamblea de 133 delegados de veintiún Estados, que se reunieron a puertas cerradas y, en dos semanas, prepararon siete enmiendas constitucionales destinadas a satisfacer a los Estados esclavistas.

La enmienda fundamental era que el Congreso jamás podría intervenir en un Estado con respecto al problema de la esclavitud. Más aún, el país nunca podría modificar esta condición mediante ulteriores enmiendas a la Constitución. Estas diversas enmiendas fueron rápidamente aprobadas por un Congreso acosado, y parecía haber considerables probabilidades de que los Estados aceptarían esas enmiendas y que los Estados esclavistas tendrían una garantía de hierro.

Pero el plan no tuvo éxito. Ahora que los Estados Confederados eran independientes y tenían su propio gobierno, no estaban dispuestos a escuchar zalamerías: no se reincorporarían a la Unión en ninguna condición, sino sólo por la violencia manifiesta.

Pero los Estados secesionistas subestimaron a la Unión y la devoción de su pueblo. Sobre todo, subestimaron la calma resolución de Abraham Lincoln. Éste estaba dispuesto a darles todo lo que quisieran, siempre que no hubiese una ulterior extensión de la esclavitud a otras partes; pero no les permitiría en absoluto abandonar la Unión. Habría violencia.

9. Comienza la guerra.

Fort Suéter.

El 11 de febrero de 1861, Lincoln abandonó su hogar en Springfield, Illinois, y dijo a la gente de la ciudad que acudió a despedirlo que no sabía cuándo volvería, ni siquiera sabía si volvería. En su largo viaje a Washington pronunció discursos en varios puntos de su camino, pero se limitó a las generalidades.
La última etapa del viaje era la más complicada. Washington, D. C, estaba, por supuesto, en territorio esclavista, con Virginia al sur y Maryland al norte, y Lincoln era tan popular allí como lo hubiera sido Jorge III después de firmarse la Declaración de la Independencia. El 22 de febrero, en Harris-burg, Pensilvania, Lincoln tuvo noticias de que estaba en marcha un complot para asesinarlo, y que sería muerto si pasaba por Baltimore al día siguiente, como estaba planeado.
El complot había sido descubierto por un detective privado llamado Alian Pinkerton (nacido en Glasgow, Escocia, el 25 de agosto de 1819 y que había llegado a Estados Unidos en 1842), quien había logrado considerable éxito y reputación en su esfera mediante actividades como implacable rompehuelgas al servicio de ricos industriales. Pinkerton había descubierto que una imaginación exaltada lo hacía parecer más útil a sus empleadores; de modo que no hay modo de saber si hubo realmente un complot para asesinara Lincoln.
El séquito de Lincoln tembló ante la historia de horror de Pinkerton y logró persuadir al renuente Lincoln a que cambiase sus planes secretamente y tomase un tren nocturno directo a Washington, evitando Baltimore. Lincoln lo hizo y llegó a Washington sin incidentes, disfrazado hasta el punto de usar un sombrero de fieltro, en lugar de su chistera habitual.
Psicológicamente fue un error. Ofreció una imagen poco digna que fue groseramente exagerada por los enemigos de Lincoln, quienes, en tiras humorísticas, lo pintaron entrando furtivamente en Washington disfrazado con un traje escocés a cuadros. Fue un comienzo poco propicio de la carrera de Lincoln en Washington.
Hasta el 4 de marzo, desde luego, Lincoln no fue investido como decimosexto presidente de los Estados Unidos para hacerse cargo personalmente, por fin, de la crisis de la secesión. Pero en el ínterin entre su llegada y su investidura, hubo una noticia esperanzadora: el Estado esclavista de Missouri efectuó una convención y había rechazado la secesión por 89 votos contra 1.
En su alocución inaugura!, Lincoln se esforzó por ser conciliador con los Estados esclavistas, asegurándoles que su gobierno en modo alguno intervendría en el asunto de la esclavitud en los Estados en que ya existía. Por lo demás, no mostró ningún signo de debilidad. La secesión, dijo Lincoln, era ilegal y no sería tolerada. Los Estados separados debían considerarse parte de la Unión, aunque no había necesidad de ninguna guerra si los Estados separados sencillamente anulaban lo que habían hecho en los tres meses anteriores y volvían voluntariamente al redil.
Desgraciadamente, no había ninguna probabilidad de que ocurriera esto. En todas las semanas transcurridas desde que se había producido la secesión de Carolina del Sur, la Unión no había hecho nada, y con cada semana que pasaba sin que se hiciese nada los Estados Confederados se convencían cada vez más de que la Unión no se atrevería a usar la fuerza.
Ya antes de la investidura de Lincoln, el Congreso Confederado había autorizado un empréstito interno de 15 millones de dólares y convocado a cien mil voluntarios a prestar servicios por doce meses. El 4 de marzo, el día mismo de la investidura de Lincoln, los Estados Confederados adoptaron una bandera nacional propia. Era similar a la bandera

americana en cuanto consistía en listas rojas y blancas con un emblema de unión azul que contenía estrellas blancas. El número de estrellas era igual al número de Estados: siete, en un comien-zo. Las listas eran más anchas que las de la bandera americana y eran sólo tres: roja, blanca y roja. Como la bandera americana era llamada stars and stripes ('estrellas y bandas'), la bandera confederada fue llamada stars and bars ('estrellas y franjas').

El 11 de marzo, una semana después de la investidura, la Constitución Confederada fue adoptada formalmente, y en las seis semanas siguientes fue ratificada por cada uno de los siete Estados separados.

El balón, evidentemente, estaba en las manos de Lincoln. Tenía que decidir, en particular, qué hacer con respecto a Fort Sumter, que para entonces resistía desde hacía tres meses sin recibir refuerzos. Tenía que ser reforzado... o rendido.

La cuestión planteaba un dificilísimo dilema. Llevar suministros en barcos de guerra hubiera sido cometer el primer acto béüco y habría puesto la responsabilidad de la agresión en la Unión, lo cual podía alentar a gobiernos extranjeros, particularmente a Gran Bretaña, a ayudar a los confederados. También podía provocar nuevas secesiones. Pero rendirse sin más hubiera sido demostrar una debilidad que podía hacer fracasar todo intento de restaurar la Unión, y esto podía estimular a Gran Bretaña a ayudar a la Confederación.

¿Qué hacer? Lincoln, perplejo, quería ganar tiempo, mientras las semanas pasaban.

Seward, quien casi había ganado la candidatura republicana el año anterior y era considerado por muchos (incluso por sí nfismo) como el verdadero líder del partido, se impacientó ante lo que consideraba como la indecisión de Lincoln. Por ello, el 1 de abril Seward envió un memorándum a Lincoln recomendando que se rindiese»Sumter, para apaciguar a los Estados separados, y luego que Estados Unidos provocase deliberadamente una crisis, hasta una guerra, con Gran Bretaña o Francia, a fin de unir la nación (incluidos los Estados separados) contra un enemigo externo. El memorándum que contenía esta tonta idea también sugería, de una manera velada, que Seward estaba dispuesto a asumir la dirección del gobierno.

Lincoln rechazó estas sugerencias, por supuesto, en términos tan firmes pero, al mismo tiempo, tan diplomáticos que Seward reconoció el toque de una mano maestra. No necesitó una segunda lección, sino que fue en lo sucesivo un excelente secretario de Estado y un leal subordinado.

El mayor peligro de todo intento de aprovisionar a Fort Sumter por la fuerza era que esto podía llevar a Virginia a la secesión. Virginia estaba inmediatamente del otro lado del río con respecto a Washington, D. C, y su secesión habría puesto en gran peligro a la capital americana (de la cual el gobierno no podía retirarse sin una seria pérdida de prestigio).

Durante un momento, fue tal su desesperación que Lincoln pensó en ofrecer la rendición de Fort Sumter a cambio de la promesa de Virginia de no separarse, pero esto era como hacer depender a la Unión de un solo Estado, y Lincoln decidió que eso no era posible.

Finalmente, el 6 de abril, después de un mes de indecisión, Lincoln llegó a la conclusión de que una actitud agresiva era peligrosa, pero la rendición era imposible. Por ello, ordenó que Fort Sumter fuese aprovisionado, pero hizo avisar a Carolina del Sur, a fin de que la medida no pareciese tanto como un acto de guerra. Carolina del Sur podía entonces permitir que la acción se llevase a cabo pacíficamente, dando un poco más de tiempo para que la crisis fuese resuelta de modo pacífico.

No había probabilidad alguna. Carolina del Sur, aún presa de exaltación, halló infinitamente ofensivo que la bandera enemiga de los Estados Unidos ondease con insolencia en el puerto de su ciudad principal. Estaba dispuesta a soportar su vista hasta que el fuerte fuese rendido por hambre, pero si éste era aprovisionado y reforzado, esto jamás ocurriría.

Al enterarse de la acción de Lincoln, pues, Carolina del Sur exigió el 11 de abril al comandante Anderson que rindiese el fuerte inmediatamente. Anderson ofreció la rendición una vez que sus provisiones se hubiesen agotado, declarando que ello suponía sólo unos pocos días de demora. Unos pocos días de demora era exactamente lo que Carolina del Sur no podía admitir. Quería el fuerte antes de que llegasen nuevas provisiones.

Los cañones de Fort Johnson, en tierra firme, a poco más de tres kilómetros al sudoeste de Fort Sumter, estaban bajo el mando de Pierre Gustave Toutant de Beauregard (nacido cerca de Nueva Orleans, Luisiana, el 28 de mayo de 1818). Veterano de la Guerra Mexicana, Beauregard había sido durante un tiempo superintendente de West Point. Pero tan pronto como Luisiana se separó, renunció al ejército de la Unión y se unió al ejército confederado.

Ahora, a las 4,30 de la mañana del 12 de abril de 1861, Beauregard dio la orden y comenzó el bombardeo confederado de Fort Sumter. Anderson no podía resistir por mucho tiempo. Durante treinta y cuatro horas, sus hombres respondieron al fuego cuanto pudieron y resistieron los cañonazos. Finalmente, sus municiones se agotaron y se hizo imposible toda defensa; Anderson se rindió el 13 de abril de 1861 a las 2,30 de la mañana. Se permitió a la pequeña guarnición marcharse con todos los honores militares y navegar de vuelta a Nueva York.

Ese bombardeo fue el primer combate de la Guerra Civil Americana -o, como también se la llamó, «la Guerra entre los Estados»- y constituyó un terrible error de los confederados.

Cualquiera que fuese la estrategia de Carolina del Sur, cualesquiera que fuesen sus ideas sobre el vaJor de poseer el fuerte, cualquiera que fuese su ^valuación de la gloria de un desafío triunfal a la Unión, el bombardeo sacó a Lincoln de su difícil situación.

Lincoln ya no tenía que usar la fuerza ni rendirse. En cambio, la Confederación había cargado sobre sí con la responsabilidad de haber iniciado la guerra, cuando podía haberse presentado como la víctima pacífica de una invasión foránea.

La acción también favoreció a Lincoln internamente. Mientras que la gente de la Unión podía haberse dividido gravemente con respecto al valor de lanzarse a una gran guerra para hacer volver a Estados que no deseaban formar parte de la Unión, en cambio reaccionó de modo muy diferente cuando pudo pensar que se había disparado sobre la bandera americana sin provocación y que la guerra subsiguiente se produjo sólo como respuesta a la violencia confederada.

Elección de bando.

Una vez tomado Fort Sumter, Lincoln ya no tuvo que esperar. Comprendió que la Unión estaba furiosa, y se dispuso a aoro-vechar esta furia mientras durase. El 15 de abril de 1861 declaró a los Estados secesionistas en situación de insurrección, lo cual significaba que podía usar legalmente el ejército para sofocar la insurrección. Pero el ejército sólo tenía dieciséis mil hombres, de modo que Lincoln convocó a setenta mil voluntarios, y la nación respondió. Los hombres acudieron a alistarse.

Aunque Carolina del Sur había sido la primera en apelar a la violencia, Virginia decidió considerar que la convocatoria de voluntarios por la Unión era una medida agresiva. Las simpatías de los virginianos estaban fuertemente a favor de la Confederación, por lo que se necesitaban pocas excusas. El 17 de abril una convención reunida en Virginia votó por 103 votos contra 46 la ruptura con la Unión.

Los Estados Confederados de América.

La secesión de Virginia desencadenó una nueva oleada de acciones similares. Arkansas se separó el 6 de mayo, Tennes-see el 7 de mayo y Carolina del Norte (ahora rodeada por todos lados de Estados secesionistas) les siguió el 20 de mayo.
Todos se incorporaron a la Confederación, que entonces pasó a estar formada por once Estados esclavistas, mientras diecinueve Estados libres y cuatro esclavistas permanecían en la Unión.
Los restantes Estados esclavistas eran los más septentrionales: Missouri, Kentucky, Maryland y Delaware. A veces eran llamados los «Estados fronterizos», porque lindaban con los Estados libres. ¡¿abrían sido los más expuestos al ataque si se hubiesen incorporado a los Estados Confederados en caso de guerra. Esto los hizo muy renuentes a alinearse con los restantes Estados esclavistas, y no lo hicieron, al menos no oficialmente.
De ellos, Delaware por lo menos no tenía ningún problema. Con sólo mil ochocientos esclavos dentro de sus límites, era el menos esclavista de todos los Estados esclavistas. El 3 de enero de 1861 su legislatura votó por la permanencia en la Unión, y nunca flaqueó en lo sucesivo.
Maryland era un asunto más espinoso. Estaba al norte de Washington y, si se hubiese separado y aferrado a la secesión, el gobierno de la Unión habría tenido que abandonar Washington, lo cual habría sido un duro golpe para la causa de la Unión.
La mayoría de Maryland era unionista, pero había una fuerte minoría simpatizante de la Confederación, minoría concentrada en Baltimore. El 19 de abril de 1861, un res;i-miento de Massachusetts que atravesaba Baltimore en dirección a Washington fue atacado por una muchedumbre de simpatizantes de los confederados; antes de que pudiese ser rechazada, cuatro soldados fueron muertos y treinta y seis heridos. Puesto que en el bombardeo de Fort Sumter no había habido derramamiento de sangre, éstas fueron las primeras bajas de la Guerra Civil.
Dividido entre un gobernador favorable a la Unión y una legislatura favorable a la Confederación, Maryland parecía inclinarse por la neutralidad, pero el gobierno de la Unión no podía permitir esto en tierras cercanas a la ciudad capital. Muchos funcionarios estatales fueron arrestados y puestos en prisión, y al final del año Maryland estuvo -y seguiría estando- firmemente en el campo de la Unión.
Kentucky estaba en una situación menos importante con respecto a Washington, y cuando se inclinó por la neutralidad, Lincoln admitió mantener el ejército fuera de su territorio, al menos temporalmente. Durante unos pocos meses el Estado permaneció, efectivamente, neutral.
Missouri, mucho más al oeste, era, como Maryland en gran medida, partidario de la Unión, pero con una fuerte minoría partidaria de la Confederación. En Missouri, ambas partes apelaron a las armas, de modo que hubo una pequeña guerra civil dentro del Estado (peor que la que había contribuido a fomentar en Kansas cuatro años antes), librada contra el fondo de la guerra civil mayor externa.
Extrañamente, se creó un quinto Estado fronterizo cuando Virginia sufrió un movimiento de secesión interno. Los condados de los Apalaches, en Virginia Occidental, hacía mucho que no simpatizaban con las tierras de plantaciones, más ricas, del Este. Esos condados occidentales formaban parte, económicamente, del valle del Ohio y no de la sociedad esclavista. Con tres octavos de la superficie del Estado, sólo tenían una quincuagésima parte de los esclavos de Virginia.
Vigorosamente unionistas en sus sentimientos, los condados occidentales convocaron una convención que se reunió en Wheeling, a orillas del río Ohio, el 11 de junio de 1861. Allí se organizó un gobierno unionista y se eligió un gobernador el 19 de junio. El gobierno federal estimuló estas acciones, por supuesto, como manera de debilitar a Virginia, y luego

la región fue invitada a entrar en la Unión como el trigesimoquin-to Estado: Virginia Occidental.
Pero a pesar de la agitación en sus condados occidentales, Virginia ocupó su posición natural como líder de la Confederación. La capital de la Confederación fue transferida de Montgomery, Alabama, a Richmond, Virginia, el 21 de mayo de 1861, y allí permanecería. El Congreso Confederado se reunió allí por primera vez el 20 de julio.
Esto significó que la capital de los Estados Confederados y la de Estados Unidos se hallaban separadas por sólo unos ciento sesenta kilómetros; este hecho iba a tener influencia sobre la guerra. Cada bando se concentró en la capital del otro como objetivo de la guerra ofensiva, y en la propia como objetivo de la guerra defensiva. Ninguna de las partes percibió el hecho de que las capitales estaban sobreestimadas; importantes principios estratégicos fueron totalmente ignorados en una absurda concentración de la lucha en Washington y Richmond.
La secesión de Virginia tuvo también un efecto más sutil sobre la guerra. Ocurría que los mejores generales de Estados Unidos, a la sazón, eran virginianos. Entre ellos se contaba Robert Edward Lee (nacido en Stratford, Virginia, el 19 de enero de 1807), un general de primer rango.
Lee había formado parte del Estado Mayor de Scott durante la marcha sobre Ciudad de México, ganando «ran distin-ción, y como superintendente de West Point de 1852 a 1855; y era él quien había capturado a John Brown, cuando el abortado intento de rebelión de éste en Harpers Ferry.
Lee estaba de servicio en Texas cuando empezó la crisis de la secesión, y fue llamado de vuelta a Washington el 4 de febrero de 1861. Scott, el viejo jefe de Lee (que estaba al frente del ejército de los Estados Unidos y, aunque virginiano, inquebrantablemente leal a la Unión), conocía el valor de Lee. Le ofreció el mando del ejército de la Unión.
Fue una desgracia para la Unión que Lee no aceptase el puesto. Estaba contra la esclavitud y contra la secesión, pero pensaba que su lealtad iba ante todo hacia su Estado, no hacia la Unión. Por ello esperó a ver qué haría Virginia. Cuando Virginia se separó, Lee inmediatamente renunció a su gradoen el ejército federal y se convirtió en oficial del ejército confederado*.
Otro virginiano que renunció a su grado y se unió al ejército de la Confederación fue Joseph Eggleston Johnston (nacido en Cherry Grove, Virginia, el 3 de febrero de 1807). Dos semanas más joven que Lee, johnston se había graduado en la misma promoción de West Point y también había estado bajo las órdenes de Scott en México. Era intendente general del ejército federal cuando renunció.
Un tercer virginiano era Thomas Jonathan Jackson (nacido en Clarksburg, Virginia -en la parte del Estado que se convirtió en Virginia Occidental-, el 21 de enero de 1824). Jackson prestó servicios en la Guerra Mexicana, pero renunció a su grado en 1851 y fue nombrado profesor del Instituto Militar de Virginia, el segundo en importancia -después de West Point-de los colegios militares de la nación. Cuando Virginia se separó, inmediatamente se incorporó al ejército confederado.
Además de provocar estas deserciones, los sucesos de Virginia perjudicaron al ejército de la Unión en otro aspecto.
El primer combate de la guerra (exceptuando el ataque de la multitud en Baltimore) se produjo en Virginia Occidental, donde las fuerzas de la Unión intentaron apoyar a los virginianos disidentes que trataban de crear un gobierno unionista.
Al frente de las fuerzas de la Unión en Ohio, con la responsabilidad de ayudar a los montañeses de Virginia, estaba George Brinton McClellan (nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 3 de diciembre de 1826). Hombre que para algunos (sobre todo para él) era de una napoleónica brillantez, McClellan había entrado en West Point cuando sólo tenía

quince años y fue el segundo de su graduación. Como Lee, había luchado Junto a Scott en el camino a México y, también como Lee, se distinguió considerablemente en la acción. Dejó el ejército en 1857 para ser un ejecutivo de los ferrocarriles, pero se reincorporó en abril de 1861, McClellan condujo sus fuerzas a Virginia Occidental hallando muy poca resistencia. El 3 de junio de 1861, en la primera escaramuza entre los ejércitos de la Guerra Civil (siete semanas después del bombardeo de Fort Sumter), fuerzas unionistas expulsaron a un contingente confederado de la ciudad de Philippi, a unos 310 kilómetros al noroeste de Richmond. El encuentro fue breve y, militarmente, sin importancia; no hubo bajas de la Unión, y sólo unos pocos heridos en el contingente confederado. Pero fue el primer enfrentamiento de las fuerzas enemigas, y McClellan lo aprovechó al máximo. Tenía el hábito de dirigirse a sus hombres con una fraseología bombástica, y cuidó de que sus declaraciones recibiesen la máxima publicidad. En esto imitaba conscientemente a Napoleón, y por un momento fue llamado, en verdad, «el joven Napoleón del Oeste». Su reputación aumentó cuando sus fuerzas ganaron otra pequeña escaramuza en Rich Mountain, a cuarenta kilómetros al sur de Philippi.

Indudablemente, la campaña de McClellan fue bastante buena; de hecho, Robert E. Lee, que comandaba las fuerzas confederadas, tuvo un fracaso*. Indudablemente, también,

" En este caso el fracaso de Lee obedeció a su mayor defecto como general: el hecho de que era un total caballero; nadie, ni siquiera sus enemigos, podían hallar ningún defecto en él a este respecto. Pero esto hacía que fuese blando con sus subordinados y, en momentos decisivos, no lograba que cumpliesen con sus obligaciones.

Virginia en la Guerra Civi.l

Norfolk.

las victorias de McClellan ayudaron a Virginia Occidental a consolidar su separación de Virginia.

Sin embargo, el resultado final fue que la Unión creyó que McClellan era un gran general. Éste fue un desastroso error, pues no lo era.

Bull Run.

Las secesiones de la primavera de 1861 fueron las últimas que se produjeron; el 20 de mayo los Estados Confederados de América llegaron a su máxima extensión. Se había tomado partido y las opciones estaban definidas.

El resto de la Unión tenía una población de unos 22 millones, frente a 5,5 millones de blancos de la Confederación. Claro que también había en la Confederación 3,5 millones de negros que no se rebelaron, sino que contribuyeron al esfuerzo bélico de la Confederación con su trabajo. Por otro lado, la afluencia de inmigrantes a la Unión no cesó durante la Guerra Civil, y un cuarto de los soldados que combatieron por la Unión habían nacido en el extranjero.

La diferencia de población implicaba que, durante toda la guerra, la Unión podía sufrir mayores bajas que la Confederación y reparar el daño más fácilmente.

Además, la Unión era mucho más fuerte que la Confederación económicamente. La Unión estaba, quizá, diez veces más industrializada que la Confederación y se hallaba unida por una vasta red de ferrocarriles, del doble de extensión y mucho mejor conectada que los ferrocarriles de la Confederación. (Gran parte de la red de ferrocarriles de la Unión había sido construida durante el período de diez años de la década de 1850, que había sido ganado para la paz por Clay, Webster y el Compromiso de 1850.) La Unión también tenía

una agricultura próspera, una vigorosa estructura financiera, una marina mercante y una armada.
La Confederación, en cambio, era casi exclusivamente agrícola, y menos próspera a este respecto que la Unión. Los Estados Confederados prácticamente no tenían industria, lo cual implicaba que siempre tendrían problemas para aprovisionar a su ejército, particularmente puesto que su red de ferrocarriles era exigua.
Sin embargo, la Confederación contaba con algunos factores a su favor, pero contaba con ellos demasiado confiadamente, como se demostró. Entre otras cosas, contó con el debilitamiento de la resolución unionista, pues pensó que había mucha simpatía por su causa entre la población de la Unión. Alguna había, ciertamente, pero no lo bastante como para desbaratar el esfuerzo de guerra de la Unión.
La Confederación también pensó que tenía un triunfo en la mano con la posesión de los tramos inferiores del río Mis-sissippi. Su razonamiento era que el Oeste Medio sólo podía comerciar a través del río y tendría que apoyar a la Confederación como único modo de evitar ser sofocado. (Esto había sido cierto hasta 1850, pero desde entonces los ferrocarriles habían unido el Oeste Medio con la costa atlántica y disminuido su dependencia del río. Esto no lo comprendió la Confederación, que estaba fuera de sintonía con la nueva industrialización.)
Finalmente, la Confederación creyó que Gran Bretaña, desesperada por obtener algodón para alimentar sus fábricas, acudiría en su ayuda*. Pero hacía años que los británicos habían previsto que surgirían problemas y habían comprado, almacenado y acumulado todo el algodón que pudieron antes del estallido de la Guerra Civil, y los Estados esclavistas, ansiosos de recaudar fondos, no habían tenido la previsión de escatimar los suministros. Gran Bretaña también halló otros proveedores de algodón en Egipto y la India. Peor aún, resultó que Gran Bretaña necesitó trigo, mucho más que algodón, y fue la Unión la que tuvo un buen excedente de trigo durante los años de la guerra.
La Confederación pasó por alto otro factor, con respecto a la ayuda británica. Sólo las clases gobernantes británicas, por el deseo de debilitar a los Estados Unidos, eran proconfedera-das; el pueblo era vigorosamente prounionista, por odio a la esclavitud, e hizo sefitir este prounionismo hasta cuando sufrió la depresión que luego siguió al aumento de la escasez de algodón. Fue uno de los casos (no frecuentes en la historia) en que los principios primaron sobre las necesidades de la billetera.
Los británicos hicieron una declaración de neutralidad el 13 de mayo de 1861, pero hasta esto era peligroso para la Unión. Implicaba que los británicos consideraban la crisis como una cuestión de guerra entre dos naciones, no como el sofocamiento de una insurrección por el gobierno legítimo de una nación. En el primer caso, los británicos podían comerciar con los dos bandos en guerra; en el segundo, sólo con el gobierno legítimo. Los británicos parecían pensar en esta diferencia cuando su ministro de Relaciones Exteriores, lord John Russell, se reunió con agentes confederados, presumiblemente para discutir sobre el comercio del algodón.
Lincoln tenía que asegurarse de que Gran Bretaña no fuese demasiado lejos; por ello apeló a Charles Francis Adams, quien había sido candidato a vicepresidente por el Partido de la Tierra Libre en 1848 y fue uno de los whigs que se unió tempranamente al Partido Republicano. Adams fue nombrado embajador en Gran Bretaña y llegó a Londres el mismo día en que se hizo pública la proclama británica de neutralidad. Inmediatamente inició una acción infatigable, combinando la firmeza con el tacto, para mantener a raya a Gran Bretaña. La suya fue una de las tareas menos envidiables de la Guerra Civil.
Mientras tanto, Lincoln hacía todo lo posible por hallar un medio de hacer frente a la Confederación en el plano militar.

Reclutar un ejército era fácil; prepararlo y convertirlo en un instrumento eficaz era mucho más difícil.
Winfield Scott, general en jefe del ejército de los Estados Unidos, pese a su edad y su obesidad, veía claramente la situación y no juzgaba seguro confiar en campañas terrestres. La Confederación, pensaba, tenía que ser asfixiada; sus puertos tenían que ser bloqueados cada vez más ceñidamente, mientras los ejércitos se concentraban en la toma del Mississippi, para cortar en dos la Confederación. Calculó que el proceso llevaría dos o tres años, sería totalmente seguro y no costaría a la Unión prácticamente nada.
Lincoln vio las virtudes del plan, pero la armada consistía por entonces en un grupo anticuado de barcos demasiado escasos para bloquear la larguísima línea costera de la Confederación. Pero estableció el bloqueo -que sólo era un engaño al principio-, y esperó que ninguna nación europea tratase de romperlo. Entre tanto, también inició un desesperado programa de construcciones navales con la esperanza de hacer el bloqueo cada vez más riguroso.
El plan funcionó perfectamente, pero era una carrera contra el tiempo... y contra las intenciones británicas.
Peor aún, la opinión pública de la Unión no se conformaría con un bloqueo largo y lento. Millones de personas, totalmente ignorantes de las cuestiones militares, pedían a voces alguna acción que rápidamente diera su merecido a los Estados secesionistas y pusiese fin a todo el follón. La protesta popular, aumentada por las declaraciones de los políticos, cuya falta de conocimientos en la ciencia militar hacía más aguda su sed de sangre, era imposible de resistir.
La situación era la siguiente. La principal fuerza confederada consistía en veinte mil hombres apostados en la ciudad de Manassas, cerca de la pequeña corriente llamada Bull Run. Esos hombres, situados a sólo cuarenta kilómetros al oeste de Washington, D. C, estaban bajo el mando de Beau-regard, quien era, en ese momento, el gran héroe militar de la Confederación porque había tomado Fort Sumter tres meses antes. Otros doce mil hombres estaban bajo el mando de J. E. Johnston, a unos ochenta kilómetros al oeste de Manassas. Las dos posiciones confederadas estaban conectadas por ferrocarril.
En Washington había treinta y cinco mil hombres bajo el mando de Irvin McDowell (nacido en Columbus, Ohio, el 15 de octubre de U18), un veterano de la Guerra Mexicana. McDowell se halló a la cabeza de soldados bisónos que sólo tenían dos meses de entrenamiento, y se le ordenó que marchase con ellos a la posición que ocupaba Beauregard.
En la tarde del 16 de julio de 1861 McDowell inició su avance; le llevó dos días y medio avanzar treinta kilómetros, hasta Centerville, del otro lado de Bull Run con respecto a las fuerzas de Beauregard. Fue una marcha pesada, indisciplinada y agotadora, a la que no contribuyó a mejorar el hecho de que los líderes políticos y sociales de Washington, llenos de buen humor, acudiesen a observar la batalla.
Naturalmente, una segunda fuerza de la Unión fue enviada a bloquear a Johnston e impedirle que uniera sus fuerzas con Beauregard. Pero Johnston no era fácil de bloquear.
Como comandante de su caballería, Johnston tenía a James Ewell Brown Stuart (nacido en Patrick County, Virginia, el 6 de febrero de 1833), generalmente conocido, por las iniciales de sus nombres, como «Jeb» Stuart. Había estado bajo el mando de Lee en la represión de la insurrección de John Brown y era otro de los brillantes virginianos que renunciaron a su grado en el ejército de la Unión para servir a su Estado. Iba a ser el más vistoso y eficaz jefe de caballería de la guerra.
En esa ocasión, Jeb Stuart y sus jinetes galoparon tan eficazmente, confundieron tan completamente a las fuerzas de la Unión con sus demostraciones de fuerza aquí, allá y en todas partes, que el cuerpo principal del ejército confederado pudo subir a los trenes sin

oposición y dirigirse hacia el Este para unirse a Beauregard. Una de las brigadas que llegó, así, a Manassas estaba comandada por Thomas Jackson.
Las fuerzas de Johnston no llegaron hasta el 20 de junio. McDowell había tenido tiempo de atacar a Beauregard antes de que llegasen los refuerzos, pero careció de la capacidad o de hombres bien entrenados para hacerlo. No estuvo listo para atacar hasta el 21, momento en que era demasiado tarde, pues las fuerzas sumadas de los confederados superaban en número al ejército de la Unión.
Lo que se llamó la Primera Batalla de Bull Run (o, por los confederados, la Primera Batalla de Manassas) empezó cuando las fuerzas de la Unión cruzaron el Bull Run e hicieron retroceder ligeramente al flanco izquierdo de los confederados. Una brigada bajo la firme conducción de William Tecumseh Sherman (nacido en Lancaster, Ohio, el 8 de febrero de 1820) atacó de manera particularmente dura el centro confederado. Pero los confederados tuvieron tiempo de recobrarse, porque la brigada de Jackson, en la cima de una colina, resistió todos los intentos de desplazarla de allí, aunque había sido duramente atacada y había sufrido muchas bajas.
El general Barnard Bee, tratando de reunir a los hombres del bando confederado, gritó: «¡Mirad!, allí está Jackson firme como una muralla de piedra. Reunámonos detrás de él». (Bee fue muerto un momento después, pero ya había hecho su contribución a la historia militar con esta observación.)
Desde ese día, Thomas Jackson fue conocido sólo como Stonewall («Muralla de Piedra») Jackson; tanto se ha generalizado esta manera de llamarlo que mucha gente para quien Stonewall Jackson es un nombre familiar no sabe cuál era su verdadero nombre de pila.
La resistencia de Jackson permitió a los confederados lanzar un contraataque. Aún no se habían adoptado uniformes determinados, y en cierto modo esto fue decisivo. La artillería de la Unión fue muy efectiva y podía haber asegurado la victoria de la Unión, pero un contingente confederado vestido con el uniforme azul de la Unión se acercó lo suficiente para dar muerte a los artilleros.
Al final de la tarde, las fuerzas de la Unión estaban en retirada, ordenadamente al principio. Pero todos los políticos y los excursionistas que habían acompañado al ejército se apartaron y echaron a correr. Esto tuvo un mal efecto sobre los inexpertos soldados (que habían luchado con sorprendente valentía aunque poca habilidad) y la retirada se hizo desordenada a medida que se acercaron a Washington. Rumores de una nueva acción confederada, finalmente, obligaron a los hombres a buscar desesperadamente la seguridad, lo cual podía haber sido peligroso para ellos si las fuerzas confederadas no hubiesen sido también demasiado novatas y demasiado desordenadas por la batalla para organizar una persecución eficaz.
Fue una clara derrota de la Unión, con dos mil novecientas bajas, por dos mil de los confederados. El único oficial de la Unión que prometía era Sherman, quien se había abierto camino en West Point haciendo frente a muchas dificultades y se había desgastado en la inacción en California durante la Guerra Mexicana. Era un pelirrojo tan malhumorado que generalmente se suponía que estaba loco. Ciertamente, era muy excéntrico (como Stonewall Jackson), pero Sherman, como Jackson, fue un magnífico soldado, y Bull Run era su primera batalla.
El resultado de la batalla confirmó a la Confederación en su fácil supuesto de que no había que temer a la Unión, pero desembriagó a ésta. Se hizo claro para la gente de la Unión que, antes de poder enfrentarse con la Confederación, era menester entrenar un ejército y la nación tendría que hacer considerables sacrificios. Esto, al menos, era saludable. (El 5 de agosto se recaudó un impuesto sobre la renta, que ascendía al 3 por 100 de todos los ingresos que superasen los ochocientos dólares. El impuesto no estaba graduado, de modo

que fue menos pesado para los ricos. Éste fue el primer impuesto a la renta en Estados Unidos, pero no el último.)

McDowell fue destituido del mando casi inmediatamente después de Bull Run y, el 24 de julio, el joven Napoleón del Oeste, George McClellan, de sólo treinta y cinco años, fue puesto al mando del ejército que defendía a Washington.

Preparativos

McClellan inició el proceso de entrenamiento del que fue llamado Ejército del Potomac, y en esto, de creerle a él, era de primera categoría. Estaba sincera y obviamente interesado en el bienestar de sus hombres (hasta el punto de que nunca osaba ponerlos en peligro en combates) y, como recompensa, sus hombres lo idolatraban.

Pero era increíblemente vano, y en sus cartas a su mujer se pintaba repetidamente como el único hombre capaz de Washington, el único sobre el cual caía todo el peso de la guerra. Pensaba que podía convertirse en un dictador napoleónico, de no haber sido por su moderación.

El resto de 1861 transcurrió sin mayores combates, aunque se produjeron sucesos importantes, ya que ambas partes se preparaban para la verdadera lucha. Se combatió en Missouri, donde un enérgico comandante de la Unión, Natha-niel Lyon (nacido en Ashford, Connecticut, el 14 de julio de 1818), destinado en Saint Louis, comprendió que, si bien Missouri había rechazado la secesión, la minoría proconfe-derada de la parte meridional del Estado tenía que ser reducida por la fuerza. Se apoderó de Jefferson City, la capital de Missouri, el 15 de junio, e hizo considerables progresos hasta que fue derrotado por un contingente confederado que lo superaba en número, el 10 de agosto, en la batalla de Wilson's Creek, en la parte sudoccidental del Estado. Mas para entonces la causa confederada se había visto muy perjudicada, de modo que Missouri permaneció bajo control unionista en lo sucesivo.

La neutralidad de Kentucky duró casi cinco meses después de Fort Sumter. Había fuerzas confederadas rondando por el sur del Estado y tropas de la Unión en el Norte; unas y otras se sintieron fuertemente tentadas a emprender la acción y a adelantarse a sus enemigos.

Al frente del ejército confederado estaba Leónidas Lafayet-te Polk (nacido en Raleigh, Carolina del Norte, en 1837), primo del difunto presidente Polk y obispo episcopaliano.

Al frente de los unionistas se hallaba Ulysses Simpson Grant (nacido en Point Pleasant, Ohio, el 27 de abril de 1822). Su nombre original era Hiram Ulysses, pero cuando entró en West Point, en 1839, halló que su nombre había sido registrado incorrectamente. Era más fácil que Grant aceptase la equivocación a que el ejército corrigiese su error.

Grant había sido el mejor jinete de su promoción, aunque fue mediocre en la mayoría de las otras cosas; fue el vigesimo-primero de una promoción de treinta y nueve. Había actuado en la Guerra Mexicana con distinción, pero no aprobó esta guerra y no le gustaba la vida militar. Después de la guerra fue estacionado en puestos solitarios del Oeste, y allí el aburrimiento y la separación de su esposa lo llevaron a la bebida, en 1854 renunció a su grado. Después de esto, trató de ser granjero y tendero, pero fracasó en todo.

Luego se produjo la crisis de la secesión. Grant solicitó un grado de coronel; fue ignorado, por lo que ejercitó a una compañía de la milicia estatal de Illinois y emprendió algunas acciones en Missouri, hasta que las exigencias de la guerra obligaron a su reconocimiento. Un graduado de West Point no podía ser rechazado. El 7 de agosto Grant fue nombrado general de brigada y se le asignó un destino en Cairo, Illinois, junto al extremo occidental de Kentucky.

Polk fue el primero en actuar. El 1 de septiembre ocupó Columbus, en Kentucky, sobre el río Mississippi, a treinta y dos kilómetros al sur de Cairo. Esto significaba que se había

violado la neutralidad de Kentucky y la Unión podía sentirse justificada en ocupar el Estado.
Grant actuó rápidamente, sin esperar órdenes, y el 6 de septiembre ocupó Paducah, a unos cien kilómetros al este de Cairo, donde el río Tennessee desemboca en el Ohio.

Kentucky y Tennesse en la Guerra Civil.

Además de asumir el control de gran parte de Missouri y Kentucky (que no eran miembros de los Estados Confederados de América), la Unión dedicó los últimos meses de 1861 a dar comienzo al plan de Scott para ahogar a los Estados Confederados por el bloqueo.
Con este fin en vista, la armada de la Unión empezó a ocupar lugares de la línea costera confederada que podían ser usados como bases del bloqueo.
El 28 y el 29 de agosto, por ejemplo, los fuertes Clark y Hat-teras, en las islas situadas frente a Carolina del Norte, fueron tomados por una expedición al mando del general Benjamin Franklin Butler, de Massachusetts (nacido en Deerfield, New Hampshire, el 5 de noviembre de 1818). Butler era un político de principios débiles. Había sido un demócrata de Brec-kenridge en 1860, y se hizo tan impopular en Massachusetts que perdió allí ese año una competición para el cargo de gobernador. Cuando se produjo la secesión, rápidamente se convirtió en un prounionista del tipo más extremo. Había estado al mando de los soldados de Massachusetts que fueron atacados en Baltimore.
Como general, Butler era peculiarmente incompetente, pero su éxito en las islas de Carolina del Norte le dio un espurio brillo al principio, y sus aliados políticos eran tales que en años posteriores fue necesario soportar su incompetencia.
El 7 de septiembre fuerzas de la Unión tomaron Ship Is-land, a dieciséis kilómetros al sur del puerto de Biloxi, Missis-sippi; y el 7 de noviembre tomaron Port Royal, Carolina del Sur, a ciento cuarenta kilómetros al sudoeste de Fort Sumter.
A partir de entonces, constantemente el bloqueo se hizo cada vez más firme y más eficaz, y lentamente (pero con seguridad) empezó a sofocar a la Confederación. Como es natural, los barcos confederados trataron de eludir el bloqueo y siempre algunos tenían éxito, pero su número disminuyó con el tiempo.
La Confederación estuvo particularmente inerte en los meses posteriores a Bull Run. Podía haber hecho enérgicos esfuerzos para importar armas a cambio de algodón en los meses en que el bloqueo de la Unión todavía era fácil de burlar o haber intentado impedir la captura de las bases del bloqueo. Pero no hizo nada, porque pensó que Gran Bretaña haría lo necesario para obtener el algodón que necesitaba. De hecho, Davis (que creía ser un gran estratega) dio la bienvenida al bloqueo, pues imaginó que haría a los británicos desesperarse aún más por el algodón.
Las fuerzas de la Confederación también podían haber efectuado fogosas incursiones en territorio de la Unión para desalentar a los unionistas y estimular la ayuda extranjera para sí, pero, después de romper el fuego, la Confederación se limitó luego a una guerra puramente defensiva.
Pero había una cosa que la Confederación tenía que hacer: ir a la caza de la ayuda europea. A tal fin, el gobierno confederado designó a dos comisionados: James Masón, el autor de la Ley del Esclavo Fugitivo, debía ir a Gran Bretaña a buscar ayuda; John Slidell, que había intentado sin éxito alcanzar los objetivos americanos en México sin apelar a la guerra en 1845, debía ir a Francia.
A fines de octubre, ambos marcharon a Europa a bordo del barco británico Trent. Pero el 8 de noviembre de 1861 el Trent fue detenido por el buque de la Unión San jacinto, al mando de Charles Wilkes, el explorador antartico. Wilkes (actuando sin órdenes) sacó a Masón y Slidell del Trent por la fuerza y los llevó a Boston como prisioneros. Wilkes fue

considerado un héroe y fue agasajado en todas partes, pero de todos modos la medida fue un terrible error.
Estados Unidos había abordado un barco extranjero por la fuerza en alta mar y se había llevado prisioneros. Un acto semejante había sido una de las causas de la Guerra de 1812, cuando lo hicieron los británicos. Fue una acción que podía ser considerada como piratería o como un acto de guerra, y los británicos se resentirían amargamente por ello. Más aún, el gobierno británico estaría encantado de usarlo como excusa para lograr el apoyo de la opinión pública para un intento abierto de ayudar a la Confederación.
En los Estados Unidos también había gente deseosa de llevar las cosas al extremo. De lado americano, por ejemplo, Seward (quizá soñando todavía con una guerra extranjera que reunificase a la Unión y la Confederación) estaba totalmente dispuesto a desafiar a los ingleses.
También había moderados en ambas partes. Entre los británicos, el marido de la reina Victoria, el príncipe Alberto, logró, aunque al borde de la muerte, modificar el ultimátum que Gran Bretaña estaba preparando para enviarlo a Estados Unidos y suavizarlo lp suficiente para hacer posible que Estados Unidos lo aceptase. De parte americana estaba el presidente Lincoln, quien hizo caso omiso de Seward y ordenó la liberación de Masón y Slidell y presentó las excusas necesarias.
Así, el 26 de diciembre de 1861 los comisionados zarparon nuevamente hacia Europa, Masón a Gran Bretaña y Slidell a Francia. Ninguno de ellos logró gran cosa, aunque permanecieron en Europa durante toda la guerra y aunque los gobiernos europeos fueron muy corteses con ellos. Pero nunca fueron reconocidos oficialmente y la ayuda que recibieron no lúe del tipo que pudiese influir en el curso de la guerra.
Liberarlos, pues, fue lo más juicioso que podía haber hecho Lincoln, evitando, de ese modo, verdaderos problemas con Gran Bretaña.

10. La furia en ascenso.

Guerreros a disgusto.

La moderación, la paciencia y la sensatez de Lincoln en modo alguno fueron contemplados favorablemente por todos. El hecho de que los Estados secesionistas hubiesen resistido durante todo el año y hubiesen infligido una importante derrota a las fuerzas de la Unión era exasperante, naturalmente. Un grupo de «republicanos radicales» conducido por el congresista Thaddeus Stevens, de Pensil van ia (nacido en Danville, Vermont, el 4 de abril de 1792), empezó a exigir una acción militar más enérgica, la emancipación inmediata de los esclavos y medidas duras contra los territorios reconquistados.
Lincoln sabía bien que era inútil exigir una acción militar más enérgica mientras no hubiese un ejército suficientemente poderoso para llevarla a cabo. Además, se resistía a emancipar a los esclavos por temor de que ello provocase nuevas divisiones, se enajenase a los demócratas y obstaculizase la posibilidad de reconciliación con la Confederación. La tarea de Lincoln, tal como él la consideraba, era mantener la Unión. Si la emancipación de los esclavos contribuía a tal fin, los emanciparía, pero en caso contrario no.
Los republicanos radicales se fortalecieron cuando, el día 21 de octubre de 1861, un destacamento de la Unión fue batido en Ball's Bluff, sobre el río Potomac, a unos cincuenta y cinco kilómetros aguas arriba de Washington. Fue un pequeño encuentro sin importancia, pero, por haberse producido cerca de Washington, Constituía otra humillación y había que buscar algún chivo expiatorio.
El chivo expiatorio fue Scott. Era viejo y estaba enfermo; además, había nacido en Virginia, y esto sólo bastaba para hacerlo sospechoso para los radicales. El 1 de noviembre

de 1861 Scott fue retirado y nombrado superintendente de West Point*, y McClellan se convirtió en el general en jefe de los ejércitos de la Unión.

Los republicanos radicales luego lograron que el Congreso crease una Comisión Conjunta para la Conducción de la Guerra el 20 de diciembre. Dominada por los radicales, esta comisión atormentó a Lincoln durante toda la guerra con demandas de acción enérgica (y, comúnmente, poco juiciosas).

Sin embarco, logró algo de valor. Puso de manifiesto la co-rrupción que rodeaba a Simón Cameron (nacido en Donegal, Pensilvania, el 8 de marzo de 1789), el secretario de Guerra. Cameron era un comerciante convertido en político; llegó a ser un jefe de partido de éxito, que controlaba votos, vendía favores y consiguió con artimañas entrar en el Senado en 1845. Trató de ser elegido candidato en 1860 y, al fracasar, dio su apoyo a Lincoln a cambio de la promesa de recibir un puesto en el gabinete.

Cuando las investigaciones mostraron que Cameron estaba convirtiendo el Departamento de Guerra en un sucio

' Scott mantuvo el cargo por el resto de su vida. Vivió para ver el fin de la s^uerra y la restauración de la Unión, pues murió el 29 de mayo de 1866, poco antes de cumplir los ochenta años.centro de soborno, Lincoln se alegró de sacárselo de encima. Pero evitó enfadar demasiado a los aliados políticos de Cameron nombrándolo embajador en Rusia. (Al oír esta noticia, un congresista comentó que el zar de Rusia haría bien en vigilar sus pertenencias cuando Cameron llegase allí.)

Lincoln pensó en Edwin McMasters Stanton (nacido en Steubenville, Ohio, el 19 de diciembre de 1814) para reemplazar a Cameron. Stanton, que era demócrata, había votado por Breckenridge en 1860, porque despreciaba a Lincoln y pensaba que una victoria republicana dividiría a la Unión. Pero una vez producida la división, apoyó a la Unión con todas sus fuerzas. Se incorporó al gabinete de Buchanan como secretario de Justicia el mismo día en que Carolina del Sur se separó, y fue un elemento fuerte en ese gobierno penosamente débil.

Lincoln deseaba la incorporación de Stanton en el gabinete, en parte, porque era un «demócrata de la guerra», es decir, un demócrata que estaba dispuesto a cooperar con los republicanos para llevar la guerra adelante. En verdad, Lincoln, con la esperanza de reducir a los «demócratas de la paz» a una minoría impotente y poner la guerra por encima de la política partidista, estaba organizando un «Partido de la Unión» que incluyera a republicanos y demócratas de la guerra.

Stanton aceptó el cargo, el 11 de enero de 1862 después de cierta vacilación; fue rápidamente confirmado por el Senado y se puso a trabajar. Antes de asumir esta tarea había sido una persona severa y vituperadora, que expresaba su disgusto por Lincoln abiertamente y de la más amarga manera. Una vez en el gabinete no cambió, sino que siguió siendo absolutamente antipático y fue rotundamente odiado por casi todos los que tuvieron algo que ver con él. Pero era incorruptiblemente honesto, lleno de una arrolladora energía, un administrador de primera categoría y, muy probablemente, el mejor secretario de Guerra de la historia americana. Lincoln lo soportó por sus virtudes*.

A medida que los meses pasaban, el ejército de McClellan estaba empezando a relucir y a convertirse en un instrumento utilizable. Desgraciadamente, McClellan no tenía idea de cómo utilizarlo. Le gustaba contemplar cómo relucía y no podía tolerar nada que lo ensuciase.

McClellan, en ese momento y posteriormente, excusaba su inacción alegando invariablemente que los ejércitos confederados eran mucho más fuertes que el suyo. En esto tenía la ayuda de Pinkerton, el detective privado, cuya organización hacía las veces de servicio de inteligencia, y que persistentemente sobrestimaba el número de soldados, los

suministros y la rapidez de los confederados, a veces hasta lo grotesco. Al reforzar las inseguridades de McClellan, Pinkerton hizo un daño indecible a la causa de la Unión.
Lincoln, consciente de que era necesaria alguna acción -casi cualquier acción-, trató de mover a McClellan. No sólo McClellan se negó a moverse, sino que se hizo amigo de políticos demócratas e hizo saber que estaba contra la emancipación de los esclavos. Estaba empezando a considerarse como una fuerza política, y a los radicales les pareció un simpatizante de los confederados.
La situación era exactamente la inversa, e igualmente mala para Lincoln, en el Oeste, donde Frémont estaba al frente de Missouri. Era el mismo Frémont que se había insubordinado en California en 1845 y se había presentado, sin éxito, como candidato por los republicanos en 1856.
Frémont fue el beneficiario de la triunfal campaña de Lyon en Missouri, pero carecía de la capacidad de ampliar los logros de Lyon. En cambio, se empeñó en otra clase de campaña política cuando, el 30 de agosto de 1861, liberó a todos los esclavos del territorio que gobernaba. Lincoln no estaba dispuesto a adoptar una medida emancipatoria y ordenó a Frémont que anulase sus disposiciones. Cuando Frémont se negó, fue destituido, el 2 de noviembre, medida que encolerizó a los republicanos radicales.
Para reemplazar a Frémont, Lincoln eligió a Henry Wager Halleck (nacido en Westernville, Nueva York, el 16 de enero de 1815), un teórico de la guerra cuyo libro de texto sobre la ciencia militar fue muy usado en el ejército de la Unión durante la Guerra Civil. Pero Halleck no era muy bueno para aplicar la teoría a la práctica. Todo lo que realizó se debió a la energía de los oficiales bajo su mando, quienes de vez en cuando lograban librarse de su paralizante incertidumbre.
Con Halleck, en Ohio, estaba don Carlos Buell (nacido cerca de Marietta, en Ohio, el 23 de marzo de 1818), un amigo de McClellan que, como éste, era formidable organizando y entrenando ejércitos, pero a quien era casi imposible obligarlo a combatir.
Esto era lamentable porque los montañeses del este de Ten-nessee eran tan enérgicamente partidarios de la Unión como los montañeses de Virginia Occidental. Los hombres de Tennessee trataron de formar un gobierno adepto de la Unión, pero, al no recibir ningún apoyo de Buell, el movimiento fracasó.
Frente a Halleck y Buell estaba el general confederado Al-bert Sidney Johnston* (nacido en Washington, Kentucky, el 2 de febrero de 1803). Johnston había tomado parte en la Guerra de la Independencia de Texas y hasta había sido, por poco tiempo, secretario de Guerra de Texas. Cuando se produjo la crisis de la secesión, Johnston estaba en el Lejano Oeste (donde había dirigido una expedición contra los mormones). Volvió al Este y se incorporó al ejército confederado.
Bajo el mando de Buell estaba George Henry Thomas (nacido en Southampton County, Virginia, el 31 de julio de ♦ 1816), uno de los pocos generales virginianos que decidió permanecer con la Unión. A causa del lugar de su nacimiento, nunca se confió completamente en Thomas y nunca recibió su justo reconocimiento como uno de los oficiales más capaces y leales del ejército de la Unión.
En enero de 1862, pues, Thomas, que por entonces prestaba servicio en Lebanon, Kentucky, a unos ochenta kilómetros al sudeste de Louisville, recibió la orden de avanzar hacia el río Cumberland, a ochenta kilómetros más al sur, para hacer frente a las fuerzas confederadas que se encontraban allí. Con cinco mil hombres, avanzó bajo una lluvia invernal que mató o enfermó a mil de sus hombres antes de llegar a su objetivo.
Thomas acampó a una veintena de kilómetros de donde estaban los confederados, en Mili Springs, a orillas del río Cumberland. Los confederados estaban bajo el mando de George Bibb Crittenden (nacido en Russellville, Kentucky, el 20 de marzo de 1812), el hijo mayor

del senador de Kentucky que había tratado de arreglar un compromiso cuando empezó la crisis de la secesión*.
Crittenden trató de avanzar hacia el Norte en la noche del 19 de enero de 1862, planeando sorprender mientras dormían a las fuerzas de Thomas. Desgraciadamente para él, llovía más intensamente que nunca y no pudo conducir a la totalidad de su ejército al campamento de la Unión en orden de batalla. Mientras Crittenden intentaba reunir a sus hombres, Thomas tuvo tiempo de preparar y organizar a los suyos.
* Cómo la Guerra Civil dividió al país queda claro por el hecho de que el hermano menor de George, Thomas Leónidas Crittenden (nacido en Russellville, Kentucky, el 15 de mayo de 1819), fue general de las fuerzas de la Unión.

Después de ceder un poco de terreno por la mañana, Thomas lanzó un vigoroso y bien organizado contraataque, y los confederados rompieron filas.
Hubo solamente cuatro mil hombres en cada bando en esta batalla de Mili Springs, pero fue la primera victoria decisiva de la Unión. Más aún, sirvió para poner firmemente a Kentucky en manos de la Unión.

Rendición incondicional.

Mientras tanto, Halleck se enfrentaba con dos fuertes confederados: Fort Henry, sobre el río Tennessee, y Fort Donelson, sobre el río Cumberland. Ambos estaban cerca de los límites septentrionales de Tennessee y podían haber sido construidos más al norte, en mejores posiciones, sólo que esto los hubiera situado en Kentucky, que había logrado permanecer neutral durante unos pocos meses. Los dos fuertes estaban a diecisiete kilómetros de distancia.
Grant quería emprender alguna acción contra esos dos fuertes, pero tuvo que insistir mucho antes de que el eternamente cauteloso Halleck se lo permitiese.
De los dos fuertes, Fort Henry era el más fácil de tomar; estaba construido sobre terreno bajo y era muy vulnerable al fuego de los botes cañoneros desde el río. Grant llevó mil setecientos hombres al río Tennessee, el 2 de febrero de 1862, acompañado por una flotilla de siete cañoneros bajo el mando del comodoro Andrew Hull Foote (nacido en New Haven, Connecticut, el 12 de septiembre de 1806).
Los cañoneros solos hicieron la tarea. El comandante confederado de Fort Henry vio que la resistencia era inútil. Envió todos los hombres que pudo a Fort Donelson, el 6 de febrero, y rindió a los que quedaron.
Grant inmediatamente envió a sus hombres por tierra a Fort Donelson, pero éste era harina de otro costal. Estaba en terreno elevado y podía defenderse bien; y la Confederación, apreciando su importancia, había enviado rápidamente grandes refuerzos, el número de sus defensores a quince mil. Para empeorar las cosas, cuando Foote llevó sus cañoneros aguas abajo del Tennessee y luego aguas arriba del Cumberland, fueron bombardeados y él mismo gravemente herido. Grant tenía que someter el fuerte sin apoyo naval.
Grant, cuyas fuerza» ascendían ahora a veinticinco mil hombres, no retrocedió. A diferencia de McClellan, Hallecky Buell, era capaz de evitar detenerse ante la posibilidad de una derrota.
A cargo nominal de Fort Donelson estaba John Buchanan Floyd (nacido en Smithfield, Virginia, el 1 de junio de 1806), quien había llevado los refuerzos una semana antes. Como secretario de Guerra de Buchanan, Floyd había hecho lo posible por impedir toda acción enérgica contra la secesión, y lueso se había unido a los secesionistas. No era un militar y dependía mucho de su subordinado Gideon Johnson Pillow (nacido en Williamson County, Tennessee, el 8 de junio de 1806).

Grant formó sus líneas alrededor de Fort Donelson, y cuando los confederados hicieron una salida, el 15 de febrero, logró contenerlos después de una dura lucha, gracias en parte a la timorata y prematura retirada de Floyd cuando el combate estaba aún indeciso.
El combate del día fue suficiente para Floyd, quien temía ser acusado de traición si era capturado (pues sus actividades como secretario de Guerra habían sido sumamente discutibles). Se dispuso a marcharse, dejando la defensa del fuerte a Pillow, quien no quiso saber nada de eso y prefirió marcharse también. Ambos, con un pequeño número de hombres, huyeron esa noche en busca de la seguridad (y para vergüenza de la Confederación) en dos cañoneros. Quedó al mando Simón Bolívar Buckner (nacido cerca de Munfordville, Ken-tuckv, el 1 de abril de 1823).
Desmoralizada la guarnición confederada por la deserción y en conocimiento de que Grant había recibido refuerzos, Buckner tuvo que considerar la posibilidad de rendirse. Un capaz soldado del fuerte era Nathan Bedford Forrest (nacido cerca de Chapel Hill, Tennessee, el 13 de julio de 1821), comerciante de esclavos y autodidacta jefe de caballería de genio. Se opuso a la rendición y, con el permiso de Buckner, condujo a sus hombres fuera del fuerte a fin de salvarlos para que pudiesen volver a luchar. Sólo después de que escaparon y se pusieron a salvo Buckner preguntó por los términos de la rendición.
Grant respondió que no los había. Quería la «rendición incondicional e inmediata», o en caso contrario prometió un ataque inmediato. Buckner no tuvo más opción que quejarse de la actitud poco caballeresca de Grant y luego capitular in-condicionalmente*. El 16 de febrero de 1822 Fort Donelson fue tomado, con once mil hombres y gran cantidad de materiales. Fue la mayor cantidad de prisioneros que un ejército americano había tomado hasta entonces, y muchos de ellos podían haberse puesto a salvo si hubiesen podido disponer de los dos cañoneros que se habían llevado Floyd y Pillow.
El resultado de la pérdida de los fuertes fue obligar a Johnston a retirarse de gran parte de Tennessee, y Grant pudo tomar Nashville, la capital del Estado, el 25 de febrero.
El efecto psicológico sobre la Unión fue grande. Fue una espectacular victoria para un ejército que hasta entonces se había destacado poco; y había tenido como resultado la recuperación de buena parte de uno de los Estados separados. La gente se puso eufórica, y la coincidencia de que las iniciales de los nombres de Grant, Ulysses Simpson, fuesen también las de Unconditional Surrender ('rendición incondicional') y de Únele Sam ('Tío Sam'), pareció aumentar su deleite.
Pero Grant no era ningún ídolo para su superior, Halleck. Éste era un hombre mezquino, y en esta victoria de la nación a la que servía, sólo vio una amenaza a su posición. No quería que ningún subordinado ganase la fama que pudiera oscurecer su propia reputación, y empezó a difundir rumores sobre la inclinación de Grant a la*bebida y trató de eliminarlo del mando.
Pero Lincoln frustró el intento. Necesitaba un general que no tuviese miedo de luchar, y lo necesitaba demasiado para permitir el alejamiento de un hombre que acababa de demostrar su capacidad a este respecto. Así, ascendió a Grant a general de división.
Acoso en el Mississippi
Lo más lógico que podían hacer los ejércitos de la Unión después de tomar Nashville era seguir a Johnston, en retirada, y aplastarlo. Johnston estaba concentrando sus fuerzas en Co-rinth, en el extremo nororiental de Mississippi, inmediatamente al sur de la frontera de Tennessee.
Grant quería marchar aguas arriba a lo largo del río Tennessee y atacar a Johnston sin dilación, antes de que hubiese preparado su defensa.
Pero Halleck, en su momento de mayor estupidez, logró impedirlo. Estaba preocupado por fuerzas confederadas que había en el Mississippi, temiendo que fuesen suficientemente fuertes para lanzar un ataque contra el flanco izquierdo de cualquier fuerza de la Unión que

se desplazase hacia el Sur. Por ello, destacó una parte del ejército de la Unión y la envió al Oeste, al mando de John Pope (nacido en Louisville, Ken-tucky, el 16 de marzo de 1822), a atacar esas posiciones.

Pope puso sitio a la Isla n.° 10, una posición confederada en el río Mississippi, sobre la frontera entre Kentucky y Tennessee. Con ayuda de los cañoneros de Foote, tomó la isla el 7 de abril; cinco mil soldados confederados se rindieron, con cantidades de suministros. Fue otra victoria muy aclamada por la población de la Unión. Por esta acción menor, que Pope difícilmente podía perder, ganó una reputación que (a diferencia de Grant) no merecía, como la Unión iba a aprender con pesar. Además, dio a Johnston tiempo para consolidarse en Corinth, mientras se quitaba a Grant los veinticinco mil hombres puestos al mando de Pope.

Grant avanzó río arriba hasta Pittsburg Landing, a unos veintiocho kilómetros al noreste de Corinth. Apostó a sus hombres al oeste del río, de un modo descuidado, y no se preocupó por fortificar la posición. Sólo pensaba en atacar y creyó que los confederados no harían más que cruzarse de brazos después de su retirada de Kentucky y Tennessee. Tampoco avanzó rápidamente, pues esperaba refuerzos de Buell, que se movía lentamente. Desdichadamente, instaló su cuartel general a dieciséis kilómetros detrás del campamento.

Grant subestimó el espíritu de los confederados. Johnston necesitaba urgentemente una victoria después de sus derrotas, y estaba seguro de poder atrapar por sorpresa al ejército de la Unión. El 3 de abril empezó a hacer avanzar a sus hombres por una región boscosa. Les llevó tres días de una dificultosa marcha antes de que los confederados llegasen a las cercanías de Pittsburg Landing, pero finalmente llegaron allí y acamparon a tres kilómetros de las fuerzas de la Unión, que nada sospechaban.

Era domingo, el 6 de abril, y un contingente considerable de fuerzas de la Unión bajo el mando de Sherman* descansaba en la vecindad de Shiloh Church. Fue allí donde cayó lo más recio del sorpresivo ataque confederado, lo que dio a la batalla su nombre más familiar, la batalla de Shiloh, aunque también se la llama la batalla de Pittsburg Landing. En esta • segunda batalla importante de la guerra, cuarenta mil confederados atacaron a treinta y tres mil hombres de la Unión.

Ambos bandos luchaban con tropas novatas. Cuando los confederados chocaroncon las tropas de Sherman alrededor de Shiloh, las fuerzas de la Unión se derrumbaron y muchas unidades huyeron presas de pánico. Pero la fuerza confederada atacante pronto fue desorganizada y no pudo maniobrar adecuadamente. Más aún, muchos de los hambrientos confederados se detuvieron para comer los alimentos que habían dejado las tropas de la Unión.

El mismo Grant había sido atacado completamente por sorpresa. Dos días antes se había lastimado al caer un caballo sobre él y se estaba recuperando. Ahora, cuando le llegaron noticias de la batalla, marchó aguas arriba en un barco de vapor. Fríamente y sin pánico (nunca era presa del pánico), examinó la situación y ajustó y movilizó sus fuerzas, tratando de mantener una razonable línea defensiva contra los fieros ataques confederados. Lentamente, las líneas de la Unión cedieron y al terminar el día habían sido rechazadas a cinco kilómetros de Shiloh Church, donde había comenzado la batalla.

Cuando el día llegó a su fin, signos superficiales parecían indicar una victoria confederada. Johnston fue herido y murió alrededor de las 2,30 de la madrugada, pero Beaure-gard, el vencedor de Fort Sumter y Bull Run, asumió el mando y envió un jubiloso mensaje de victoria a Richmond, al caer el día.

Sin embargo, Grant permaneció esa noche en el campo de batalla y planeaba reanudar el combate. Los confederados habían empleado todo su ejército y habían sufrido enormemente. También Grant había sufrido, pero esperaba refuerzos;

El río Mississippi en la Guerra Civil.

Buell finalmente llegó antes de la mañana con tropas frescas que ascendían a veinticinco mil hombres.
Tan pronto como hubo luz, en la mañana del 7 de abril, el ejército de la Unión atacó, y ahora les tocó a los confederados el turno de ser sorprendidos y luego rechazados. El peso de una ventaja de casi dos a uno a favor de la Unión fue abrumador. Por la tarde, las tropas confederadas se retiraron a Co-rinth, y el ejército deja Unión las dejó marcharse. Estaba demasiado agotado para perseguirlas.
Fue una batalla espantosamente sangrienta, pues ambas partes perdieron un cuarto de sus fuerzas, entre muertos, heridos y desaparecidos. Con un total de 13.700 bajas de la Unión y 10.700 de los confederados, ambos grupos enfrentados de Estados empezaron a comprender lo que la guerra iba a significar en cuanto a sangre derramada.
En lo concerniente a la batalla en sí, Shiloh fue un empate. Ambos bandos conservaron sus posiciones anteriores. Pero estratégicamente fue una victoria de la Unión. El ejército confederado retornó a Corinth reducido a la mitad y con el deprimente conocimiento de que el ejército de la Unión, una vez que descansase, tendría fuerzas para proseguir.
Habría ocurrido de este modo si se hubiese permitido a Grant seguir dirigiendo la campaña. Pero Halleck acudió a hacerse cargo del mando, reduciendo a Grant al humillante papel del segundo jefe ignorado. Halleck avanzó poco a poco hacia Corinth, del modo más cauteloso posible. Le llevó todo un mes atravesar treinta kilómetros, y cuando finalmente llegó a Corinth, el 30 de mayo, el ejército confederado se había marchado, junto con la posibilidad de atraparlo y destruir lo que quedaba de él.
Halleck siguió intrigando para la eliminación de su demasiado agresivo subordinado, usando como pretexto el hecho indudable de que Grant fue atrapado dormitando en Shiloh. Sin duda, había salvado la situación con indomable coraje, pero a costa de enormes pérdidas, y se ganó la reputación de ser un carnicero (reputación que se afianzaría, por razones adicionales, antes de que terminase la guerra).
Pero Lincoln hacía oídos sordos a todos los pedidos de que Grant fuese eliminado del mando. Sabía que el gran error de Grant había sido el de concentrarse demasiado totalmente en la ofensiva y pensar poco en la posibilidad de la derrota. Después de medio año de McClellan, que sólo pensaba en la defensa y la derrota, cualquiera habría estado dispuesto a tolerar el género de errores que cometía Grant. Lincoln decía: «No puedo prescindir de este hombre: él lucha», y eso era todo.
Quizá el aspecto más importante de la ofensiva de Grant aguas abajo del Ohio, a través de Kentucky y Tennessee, a principios de la primavera de 1862, fue que debilitó la dominación confederada del río Mississippi. Obviamente, si las fuerzas de la Unión podían adueñarse del río Mississippi, la Confederación quedaría cortada por la mitad y se debilitaría mucho. Los ejércitos confederados del Este no podrían recibir refuerzos del Oeste (y a la inversa) ni los suministros extranjeros que eludiesen el bloqueo de la Unión por ser desembarcados en México. Sin embargo, era tal la desesperada concentración del gobierno confederado en el enfrenta-miento a lo largo del eje Washington-Richmond que siempre tendió a descuidar el escenario occidental, para ventaja de la Unión.
Ocupando las fuerzas de la Unión una posición fuerte en el sector de Tennessee del río, parecía aconsejable lanzar otra campaña desde el Sur.
La armada de la Unión había estado extendiendo afanosamente su control de la línea costera de la Confederación. Ben Butler había ganado una inmerecida reputación en el proceso, y lo mismo Ambrose Everett Burnside (nacido en Liberty, Indiana, el 23 de mayo de 1824), quien condujo a doce mil hombres a la captura de partes de la línea costera de Carolina del Norte.

Pero ya era tiempo de pasar más allá de la costa atlántica de la Confederación para entrar en el golfo de México. Allí, los barcos podían llegar a la desembocadura del Mississippi y lanzar una campaña hacia Nueva Orleans, la gran metrópoli del Oeste confederado.
Al mando de los barcos destinados a esta tarea se hallaba David Glasgow Farragut (nacido en Campbell's Station, Ten-nessee, el 5 de julio de 1801), quien se había lanzado al mar a los nueve años y, en la preadolescencia, había combatido en la Guerra de 1812. Era otro natural de un Estado secesionista que, como George Thomas, había optado por la Unión.
Las instrucciones de Washington eran que Farragut, primero, bombardease y redujese los fuertes ribereños situados aguas abajo de Nueva Orleans; sólo entonces podía aventurarse a marchar contra la ciudad misma. Farragut, después de bombardear los fuertes durante una semana, decidió que el procedimiento era inútil y concibió el plan más audaz de pasar frente a los fuertes de noche.
Ese plan tuvo éxito. El 24 de abril de 1862 estaba más allá de los fuertes y en las afueras de la ahora desprotegida ciudad. La ciudad y los fuertes cayeron sin dificultad, y la Unión ahora dominó el río al Norte y al Sur.
Empezó la presión interna desde ambos extremos, y el río Mississippi comenzó a ser atenazado. Las dos mitades de la Confederación, la oriental y la occidental, en el verano de 1862, sólo estaban conectadas por una pequeña extensión del río Mississippi.

Barcos de hierro

La fortalecida armada de la Unión, en la primavera de 1862, estaba empezando lentamente a sofocar a la Confederación, haciendo cada vez más difícil que los suministros llegasen hasta ella y desalentando toda ayuda formal por parte de potencias europeas que simpatizasen con ella. Sin embargo, en la primavera de 1862 el bloqueo naval de la Unión también estuvo a punto de derrumbarse.
Ocurrió del siguiente modo.
Durante toda la historia, el material natural para construir barcos había sido la madera. A medida que los cañones navales mejoraron, la madera se hizo cada vez más ineficaz como protección y los barcos de guerra se hicieron cada vez más frágiles. Una solución obvia era recubrir los lados de madera con placas de hierro, como los guerreros de antaño.
Durante la Guerra de Crimea, librada por Gran Bretaña y Francia (como aliadas) contra Rusia, de 1854 a 1856, las naciones aliadas pusieron a flote algunos cañones sobre estructuras fijas frente a la costa. Sobre estas estructuras colocaron placas de hierro como protección contra el enemigo. Después de la guerra, los franceses construyeron un barco «acorazado» en 1859, y los británicos en 1861.
Estados Unidos también se interesó por los acorazados, y algunos de los cañoneros de Foote en Fort Henry y en la Isla n.° 10 lo eran. Cuando empezó la Guerra Civil, el gobierno pidió diseños de acorazados que fuesen algo más que barcos de madera blindados.
John Ericsson (nacido en Langbanshyttan, Suecia, el 31 de julio de 1803, y que llegó a Estados Unidos en 1839) presentó un proyecto en agosto de 1861 de un pequeño barco blindado, de muy escasa altura sobre el agua, con una torreta circular giratoria sobre la que se montaban dos cañones de once pulgadas*. Los oficiales navales quedaron mudos ante la extraña sugerencia, pero Lincoln insistió en que se ensayara, y los planes fueron aceptados por la Armada cuatro horas después de ser presentados oficialmente.
El barco, al que Ericsson llamó Monitor, fue construido a loca velocidad en cien días y estuvo listo en marzo de 1862. Flotaba con dificultad y, cuando estaba en movimiento, todo lo que se veía de él era la torreta circular y una cubierta llana que apenas se eleyaba por encima de la línea de flotación. Parecía una caja de queso sobre una balsa, observó alguien.

El Monitor abandonó Nueva York el 6 de marzo de 1862, muy a tiempo, pues la Confederación también conocía el valor de los acorazados.
El punto más vulnerable de la costa de la Confederación era el río James, a cuyas orillas estaba Richmond, a ciento veinte kilómetros tierra adentro. Si el ejército de la Unión decidía atacar por mar (y algún día podía hacerlo, si Lincoln lograba convencer a iMcClellan de que había una guerra en alguna parte), seguiría la ruta del río James.
La Confederación estaba mal equipada para construir barcos para la defensa, pero ya tenía barcos. Cuando fuerzas de la Unión abandonaron Norfolk Navy Yard, a unos kilómetros de Hampton Roads (el canal de la desembocadura del río James), en la época de la secesión de Virginia, el buque de guerra Merrimack, que a la sazón estaba en el puerto, fue incendiado y barrenado para impedir que cayera en manos de los confederados. Aunque el barco se hallaba ahora en el fondo del puerto, estaba al alcance de la Confederación.
Durante el invierno, el Merrimack había sido reflotado y rebautizado con el nombre de Virginia (aunque lo llamaremos siempre Merrimack en el relato que sigue). El barco fue luego acorazado con piezas de hierro de cuatro pulgadas de espesor (incluso una parte de hierro al sesgo para reemplazar la superestructura incendiada) y provisto de diez cañones y un espolón de arrabio bajo la línea de flotación. Todo esto fue hecho torpemente. Una vez acorazado, el barco apenas podía moverse; pero cuando pudo hacerlo, fue un artefacto formidable.
El 8 de marzo, finalmente, el Merrimack salió de Norfolk, resoplando, a su máxima velocidad, cinco millas por hora, y remontó el James hacia donde estaban tres barcos de la Unión, muy poderosos para ser barcos de madera, reforzando el bloqueo. Se prepararon para defenderse, pero no había manera de que pudiesen hacerlo. Todas las balas de cañón que lanzaron hacia el Merrimack sencillamente rebotaron. El Merrimack se aproximó constantemente, lanzó cañonazos sobre los barcos de la Unión y clavó el espolón en uno de ellos, rompiéndose el espolón en el proceso. Dos barcos de la Unión fueron destruidos ese día, y el tercero al día siguiente; el río James quedó libre.
Las noticias del suceso hicieron vibrar a la Confederación, que acababa de recibir las deprimentes nuevas de la pérdida de Nashville y de la mitad de Tennessee. La Unión, por otro lado, quedó presa de pánico. El secretario de Guerra, Stanton, ya tenía visiones en las que el Merrimack se dirigía al Norte para bombardear Washington y destruir los grandes puertos de la Unión. En verdad, parecía que el bloqueo había sido roto y que la Confederación podría ahora comerciar con Europa y obtener la ayuda que impidiera su derrota.
Todo el mundo, al parecer, se había olvidado de que el Monitor estaba en marcha. El 9 de marzo, sólo un día después del triunfo del Merrimack, el Monitor llegó en un momento tan oportuno que uno no osaría ponerlo en una obra de ficción. Por primera vez en la historia, dos barcos acorazados se enfrentaron en la batalla de Hampton Roads, y el mundo nunca volvió a ser el mismo, pues desde ese día terminó la era de los barcos de madera. Todas las armadas importantes del mundo empezaron a construir solamente acorazados.
Si no fuese por los problemas involucrados, la batalla podría ser considerada como algo cómico. Durante casi cinco horas, desde las 8 de la mañana hasta después de mediodía, los dos barcos, moviéndose y maniobrando con la mayor dificultad, se dispararon mutuamente sin que ninguno lograse una clara ventaja. Eran como dos dinosaurios avanzando dificultosamente por una ciénaga, cada uno embotándose los dientes en la armadura del otro.
Terminó en un empate, naturalmente, cuando ambos barcos se retiraron, por último, pero un empate era una victoria de la Unión. SI Merrimack fue neutralizado; sus esfuerzos de esos dos días le habían causado una vía de agua y tuvo que ser llevado a dique seco, de donde nunca salió nuevamente.

El bloqueo de la Unión se salvó, y el río James permaneció abierto para la armada de la Unión a la espera del momento en que se ordenase una ofensiva contra Richmond. La Unión empezó a construir nuevos y mejores acorazados como el Monitor, mientras la Confederación, a este respecto, no podía hacer nada.

McClellan fracasa.

Durante los primeros meses de 1862, Lincoln movió cielo y tierra para lograr que McClellan se moviese. Las victorias en el Oeste estaban muy bien y Lincoln se congratulaba de ellas, pero Washington era una ciudad fronteriza con un ejército enemigo a sólo cincuenta kilómetros de distancia, y quería que este ejército fuese derrotado. Si este ejército era aplastado y si Richmond, la capital enemiga, podía ser tomada rápida y brillantemente, los Estados Confederados tal vez se derrumbasen. Por lo menos, no habría temor de que la Confederación, vencida, recibiese ayuda extranjera.

Lo que Lincoln deseaba, pues, era que McClellan usase su fuerza, ahora adecuadamente entrenada y muy superior al enemigo en número, como un ariete que irrumpiese en Virginia, aplastase la oposición y tomase Richmond.

Desgraciadamente, McClellan siempre contemplaba al enemigo con una lente de aumento y pensaba que era vastamente superior en número, aunque lo inverso era la verdad. Siempre lo abrumaba el pensamiento de la derrota y nunca estaba dispuesto a combatir. (Tan notoria era la tendencia de McClellan al miedo que Joseph Johnston, cuyo ejército estaba en Bull Run, apostó cañones ficticios confiado en que McClellan vería dos cañones reales por cada cañón falso de madera.)

Finalmente, el 11 de marzo de 1862, Lincoln despojó a McClellan de todos los mandos excepto el del Ejército del Potomac, y luego le ordenó directamente que avanzara. McClellan no podía seguir negándose; era claro que, si lo hacía, sería destituido. Con todo, hizo lo que pudo por frustrar a Lincoln. Se negó a avanzar directamente por tierra y optó por llevar su ejército por mar y remontar uno de los ríos que lo llevasen a la vecindad de Richmond. De este modo podía evitar una batalla inmediata, tendría menos terreno en el cual luchar hasta llegar a la capital y obtenía la ayuda de la armada.

Lincoln estuvo en desacuerdo; le parecía erróneo conducir el ejército al Sur mientras dejaba al enemigo fuertemente concentrado en la vecindad de Washington. Pero Lincoln tuvo que dar su permiso: cualquier cosa con tal de que McClellan se moviera. Mas puso la condición de que se dejasen treinta y cinco mil hombres al mando de McDowell para defender Washington contra un posible contraataque confederado.

El 17 de marzo McClellan finalmente empezó a mover su ejército, con una eficiencia que demostró su habilidad como administrador, al menos. El 5 de abril llegó a la península que está entre la desembocadura del río James y la del río York, a unos quince kilómetros al norte del James. Allí estaba a sólo cien kilómetros al sudeste de Richmond.

Yorktown, en la desembocadura del York, era la base de una línea de fortificaciones que se extendía a través de la península, y cañones confederados en tierra cubrían el río York.

Puesto que gran parte de la lucha tuvo lugar en la península, la campaña que siguió es llamada la Campaña Peninsular.

Al mando de las tropas confederadas de la región estaba john Bankhead Magruder (nacido en Winchester, Virginia, el 15 de agosto de 1810). Tenía sólo quince mil hombres, frente a los treinta y tres mil de McClellan, pero Magruder conocía a su adversario. Lanzó sus tropas a una enorme actividad, y el deslumhrado McClellan rápidamente llegó a la conclusión de que era ampliamente superado en número y empezó a pedir refuerzos. Como no los obtuvo, echó a esto la culpa de los acontecimientos subsiguientes.

McClellan no hizo ningún esfuerzo para eludir Yorktown. La vaga amenaza del inactivo e inmovible Merrimack era suficiente para impedírselo. Tampoco intentó entrar en las líneas enemigas lanzando un asalto repentino. En cambio, empezó a trabajar del modo más metódico y cauteloso posible. De este modo, no se arriesgaba a ninguna derrota aplastante (que la Unión podía permitirse) y renunció a toda esperanza de una victoria aplastante (que la Confederación no podía permitirse).

A McClellan le llevó un mes de cuidadoso asedio el tomar Yorktown, el 4 de mayo, y cuando finalmente ordenó un ataque contra la línea fortificada, la encontró vacía. Magruder pensó que había hecho lo posible como maniobra dilatoria, y se retiró para volver a combatir más tarde.

Mientras McClellan perdía ese mes precioso avanzando a paso de tortuga, Johnston reorganizó el ejército confederado para proteger a Richmond del Este, más que del Norte.

Más aún, Robert E. Lee concibió una brillante maniobra de diversión. Lee, indudablemente el mejor general que nació en suelo estadounidense y, por desgracia, el mejor general que luchó nunca contra los Estados Unidos, era consejero militar de Jefferson Davis por aquel entonces. Lee sugirió el mejor modo de aprovechar los temores de la Unión por la seguridad de Washington.

En Virginia Occidental, el río Shenandoah corre de sudoeste a noreste, a través del rico valle del Shenandoah, para volcar sus aguas en el río Potomac, en un punto donde éste es fácil de cruzar, a sólo sesenta y cinco kilómetros aguas arriba de Washington. En ese valle estaba Stonewall Jackson con quince mil hombres. Cualquier ejército enemigo en el valle era una amenaza directa a Washington, por lo que la Unión mantenía allí dos ejércitos que, juntos, superaban en número a Jackson en tres a uno.

La idea de Lee era hacer que Jackson hiciese todo lo que pudiese para mantener esos ejércitos ocupados de modo que la Unión, temerosa por Washington, ni pensase en enviar refuerzos a McClellan.

Jackson colaboró gustoso. Llevó sus tropas de un lugar para otro por el valle de Shenandoah con tan incesante energía que los ejércitos de la Unión, desconcertados, deben de haber pensado que había el doble de ellos. Los hombres de Jackson, con fatigado orgullo, se llamaban a sí mismos «la caballería de a pie» de Jackson.

En el lapso de diez semanas derrotó a un contingente tras otro en seis batallas diferentes. El gobierno de Washington estaba lógicamente preocupado, y McClellan no obtuvo los refuerzos en la cantidad que él pedía. De hecho, parte del ejército cercano a Washington fue enviado al valle de Shenandoah, para sumarse a las fuerzas de la Unión que se enfrentaban a Jackson.

Así, cuando McClellan finalmente pensó que podía avanzar al Noroeste, hacia Richmond, lo hizo sin poder contar con refuerzos o con un ataque de diversión desde otra dirección. Su sentido de la derrota, siempre fuerte, se hizo más fuerte aún. Los confederados, que se retiraron hacia el Oeste a lo largo de la península, libraron una hábil acción de retaguardia en Williamsburg, retrasando más a McClellan y fortaleciendo su deseo de moverse muy lentamente.

McClellan podía haber sido ayudado si la Armada hubiese sido de más utilidad. Durante un momento, la situación parecía promisoria. Al avanzar McClellan hacia Richmond, los confederados tenían que salir de Norfolk. Esto significaba que no había nada que hacer con el Merrimack sino hundirlo por segunda vez*. Una vez desaparecida esta dudosa amenaza, la Armada avanzó aguas arriba del río James, pero en Drewry's Bluff, a once kilómetros aguas abajo de Richmond, los barcos de la Unión no lograron reducir los fuertes y tuvieron que retirarse.,

McClellan vio que no podía contar con apoyo de la Armada, lo cual lo deprimió aún más. Finalmente llegó al río Chic-kahominy, a ocho kilómetros al norte de Richmond. Para

entonces tenía 105.000 hombres, frente a los 60.000 de Johnston. Para McClellan, esto no era suficiente, por supuesto. Sus espías le dijeron lo que él quería oír, y se convenció de que era superado en número por tres a uno.

Envió a algunos de sus hombres a través del río Chickaho-miny, al lado meridional, pero dejó el resto en el lado septentrional para recibir los refuerzos (de los que siempre tenía una terrible necesidad) de McDowell. Dividir su ejército de este modo era arriesgado; pero cuando se vio que los hombres de McDowell no llegaban, sino que iban al valle del Shenandoah, McClellan mantuvo sus fuerzas divididas, lo cual era idiota.

Johnston decidió atacar a la parte del ejército que estaba al sur del Chickahominy, eligiendo un momento en que las grandes lluvias habían llevado al río al borde de la inundación. Sería difícil para McClellan enviar refuerzos al otro lado del río rápidamente, y la parte meridional podía ser derrotada.

Los confederados atacaron el 31 de mayo. La lucha se centró alrededor de una estación de ferrocarril llamada Fair Oaks y una granja llamada Seven Pines; así, la batalla tiene ambos nombres. Si el plan confederado hubiese funcionado perfectamente, el ejército de la Unión situado al sur del Chickahominy habría sido aplastado. Pero Johnston no dio órdenes completamente claras, y el comandante confederado James Longstreet (nacido en Edgefield District, Carolina del Sur, el 8 de enero de 1821), que había combatido con distinción en Bull Run y Williamsburg, se confundió y no apostó a sus hombres en el lugar adecuado y el momento adecuado. Además, algunas unidades adicionales de la Unión lograron cruzar el Chickahominy a tiempo para tomar parte en la batalla.

Como resultado de todo ello, la batalla, que terminó el 1 de junio, fue inconcluyente. De hecho, las pérdidas confederadas fueron mayores que las de la Unión, de ocho mil y seis mil. Uno de los soldados confederados seriamente heridos fue Johnston. Pero esto no fue ninguna victoria para el Norte, pues fue reemplazado por Lee.

McClellan, como era de prever, no hizo ningún intento de devolver el golpe al ejército confederado mientras estaba trastornado por el cambio de mando. En cambio, aún convencido de que era superado en número, empezó a preparar un lento asedio de Richmond y transcurrieron más de tres semanas.

Lee tenía intención de atacar de lleno tan pronto como pusiese manos a la obra. Tenía a su servicio a Jeb Stuart, el jefe de caballería que había estado a su mando en Harpers Ferry contra John Brown y había luchado bien en Bull Run. Lee envió a Stuart a efectuar una incursión de la caballería para informar sobre la disposición de las tropas de McClellan.

Stuart hizo brillantemente más de lo que se le ordenó (lo cual no siempre sucedía); hizo que sus hombres cabalgasen alrededor de todo el ejército de la Unión, unos 240 kilómetros, y obtuvo una idea clara de lo que McClellan estaba haciendo. Informó que McClellan, después de trasladar la mayor parte de su ejército al sur del río Chickahominy, había dejado parte de él al norte bajo el mando de Fitz-John Por-ter (nacido en Portsmouth, New Hampshire, el 31 de agosto de 1822).

Lee decidió atacar a la pequeña parte septentrional del ejército de McClellan con sus fuerzas principales, mientras dejaba a un pequeño contingente al mando de Magruder para enfrentarse con el ejército principal de McClellan. Al hacer esto, confiaba en que McClellan, creyéndose siempre superado en número, se quedaría inmóvil mientras el contingente del norte era barrido.

Pero nuevamente una idea excelente fue mal puesta en práctica. El 26 de junio, varias partes del ejército confederado iban a convergir en Mechanicsville, donde estaba acampado el ejército de Porten Era una maniobra complicada, y fue, justamente, Stonewall Jackson, el hombre de la caballería de a pie (ahora llamado del valle de Shenandoah, donde completó su labor), quien llegó seis horas tarde*.

Cuando un contingente confederado, cansado de esperar a Jackson, atacó desesperadamente sin esperar el apoyo apropiado, fue rechazado. Las pérdidas confederadas en esta batalla de Mechanicsville (la primera de una serie de batallas en rápida sucesión llamadas en conjunto la batalla de los Siete Días) fueron de 1.500 hombres, por 250 de la Unión.

Si McClellan hubiese atacado a las fuerzas muy inferiores en número que ahora estaban frente a él bajo el mando de Magruder, podía haber ganado una victoria importante. Sus subordinados lo urgieron a atacar, pero cuando McClellan entraba en la inactividad, era inmovible. Todo lo que hizo fue ordenar a Porter que se retirase al sur del Chickahominy.

Al día siguiente, el 27 de junio, Lee atacó nuevamente en Gaines' Mili, a ocho kilómetros al este de Mechanicsville, alcanzando a Porter antes de que hubiese cruzado el río. Otra vez McClellan permaneció inmóvil, contemplando a Magruder, y otra vez lo que salvó a Porter fue la lentitud de Stonewall Jackson. Los hombres de Porter rechazaron ataque tras ataque hasta que, al caer el día, las fuerzas de la Unión cedieron y se retiraron apresuradamente. Esa noche, finalmente, Porter logró cruzar el río.

Esta batalla también fue costosa para los confederados pues perdieron 8.750 hombres, por 4.000 de la Unión pero fue una victoria aunque sólo fuese porque los nervios de McClellan, si los tenía, estallaron.

Después de permitir durante dos días que una pequeña parte de su ejército resistiese a fuerzas confederadas que la superaban en número, infligiendo más daño del que recibía, McClellan, que no había hecho nada frente a tropas inferiores en número, decidió retirarse, retroceder veinticinco kilómetros a una base más fuerte, en Harrison's Landing, sobre el río James, a veinticinco kilómetros al sudeste de Richmond.

Lee no permitiría que esa retirada se efectuase sin problemas. Siguió de cerca a las tropas de la Unión; los confederados atacaron a contingentes de la Unión en Savage Station, a nueve kilómetros al sudeste de Gaines' Mili, el 29 de junio, y en Fraysers' Farm, a nueve kilómetros más al sur, el 30 de junio. En ambas ocasiones, Stonewall Jackson (por tercera y cuarta vez) no estuvo donde se le necesitaba, y en ambas ocasiones Lee perdió la oportunidad de infligir serios daños al ejército de la Unión.

Finalmente, el 1 de julio, el ejército de la Unión llegó a Mal-vern Hill, inmediatamente al sur del río James, y los confederados atacaron de nuevo. Pero esta vez el ejército de la Unión ocupaba una buena posición y, además, tenía la ayuda de cañones desde el río. Los confederados, después de sufrir terribles pérdidas, fueron rechazados.

La situación, pues, al final de la batalla de los Siete Días, era tal que el ejército de la Unión se había conservado intacto. En verdad, el ejército confederado había perdido más de veinte mil hombres, y el de la Unión menos de dieciséis mil; pero el primero podía permitirse muchas menos pérdidas que el segundo.

Que el ejército de la Unión hubiese salido bien parado no era en modo alguno mérito de McClellan. La causa fue que McClellan, en todo momento, luchó lo menos que pudo, y siempre se desempeñaba muy bien conduciendo un ejército cuando no había combate.

En toda esta campaña, el ejército de la Unión había sido superior en número y en equipo a los confederados; y había demostrado tener al menos tanto espíritu de lucha como los confederados. El ejército de la Unión sólo era inferior en lo que respecta a su general, y este factor único anulaba todos los demás. El resultado fue que el ejército de la Unión se dejó perseguir de un lado a otro, siempre a la defensiva, frente a un enemigo más débil en número.

Aun después de la retirada, con éxito, de McClellan a Ha-rrison's Landing, el ejército de la Unión era bastante fuerte como para tomar Richmond, si hubiese sido conducido por un jefe resuelto. Pero McClellan no era el hombre adecuado. Fue batido; Lee mantuvo la iniciativa y la guerra continuaría por tres años más.

11. RobertRLee.

Pope fracasa.

Lincoln fue a Harrison's Landing para ver a McClellan, el 9 de julio de 1862, y decidió que no se podía conseguir nada más de la Campaña Peninsular. El 11 de julio nombró a Halleck general en jefe y le dio la tarea de decidir qué hacer.
Un nuevo ejército de la Unión se había formado en Virginia septentrional y puesto al mando de Pope, quien había tomado la Isla n.° 10 cuatro meses antes. Una posibilidad podía haber sido que el nuevo ejército de Pope atacase desde el norte, mientras McClellan avanzaba desde Harrison's Landing. El ejército de Lee, atrapado entre los dos, seguramente habría sido destruido.
El problema era que Pope no conocía la región, y McClellan era McClellan. Ni Lincoln ni Halleck pensaban que un ataque en dos frentes, que requería una hábil cooperación, pudiera ser confiado a los dos hombres.
El plan de Halleck, pues, era hacer que McClellan llevase su ejército a Washington y allí unirse a Pope. Juntos, marcharían sobre Richmond, tratando de hacer por mero peso numérico lo que podría haberse hecho más fácilmente con mejores generales empeñados en un ataque en dos frentes.
Lentamente, el Ejército del Potomac empezó a desplazarse hacia el Norte, y el intento de cinco meses de tomar Rich-mond desde el Este llegó a un fin ignominioso. McClellan, taciturno por su fracaso y dispuesto a acusar a todo el mundo menos a sí mismo, no tenía prisa en unirse a Pope.
La lentitud de McClellan dio a Lee su oportunidad. No tenía ninguna intención de imitar a McClellan y esperar a que los dos ejércitos de la Unión se sumasen contra él. Se preparó para atacar a Pope antes de que este general pudiera unirse a McClellan.
Stonewall Jackson fue enviado al Norte para acosar a Pope aun antes de que el ejército de McClellan hubiese abandonado Harrison's Landing, y Lee le siguió poco después. Pope superaba a Lee por setenta y cinco mil a cincuenta y cinco mil, y por un tiempo se desempeñó bien. Lee trató de hacer que pusiera su ejército de espaldas al río, pero Pope evitó cuidadosamente esa posición.
Luego, en una de sus brillantes hazañas, Jeb Stuart y su caballería hizo una incursión por el cuartel general de Pope y descubrió documentos que probaban que estaban en camino refuerzos de la Unión.
Lee tenía que actuar rápidamente. Intentó una maniobra desesperada que, contra un general de primera, habría sido suicida. Dio a Stonewall Jackson la mitad del ejército confederado, veintitrés mil hombres, y le dijo que se moviese alrededor del ejército de Pope en una amplia extensión y se colocase entre él y Washington. El 26 de agosto Jackson lo hizo con toda la antigua habilidad que parecía haberlo abandonado durante la batalla de los Siete Días.
Quizá lo que Lee esperaba era que Pope se retirase apresuradamente y que la ofensiva de la Unión quedase abortada por un tiempo. Lo que ocurrió fue mucho más que esto.

Pope, al parecer, estaba tan ansioso de mostrar que no era ningún McClellan que hizo una interminable exhibición de incansable energía*. Además, a diferencia de McClellan, él no iba a retirarse.
Cuando, el 27 de agosto, Pope halló cortadas sus comunicaciones, con su línea telegráfica con Washington silenciada, y a Stonewall a su retaguardia, en Manassas (donde se había librado la batalla de Bull Run trece meses antes), se enfureció. Decidió que Jackson,

aislado del resto del ejército de la Confederación, podía ser atrapado mediante una acción enérgica. Así, Pope se lanzó ciegamente en busca de Jackson, quien lo evadió y lo demoró todo lo que pudo para dar a Lee la oportunidad de hallar una buena posición para la cacería. Finalmente, el 29 de agosto, Pope halló a Jackson y empezó a atacarlo frontalmente.

Pope estaba demasiado furioso para vigilar a Lee, quien había ocupado su posición. Evaluando la situación perfectamente, Lee esperó a que Pope estuviera completamente empeñado en la batalla y luego, el 30 de agosto, envió a Long-street contra el flanco izquierdo de Pope. Atrapado por sorpresa, el flanco se derrumbó, y ahora Pope, atacado desde dos direcciones, no pudo hacer nada más que reunir a sus hombres lo mejor que pudo y, el 2 de septiembre, retirarse a los alrededores de Washington.

La victoria confederada en esta Segunda Batalla de Bull Run fue mayor que la primera, con dieciséis mil bajas de la Unión por nueve mil de los confederados. Esta vez, al menos, el ejército de la Unión se retiró en buen orden.

El hombre que más se benefició de la derrota de la Unión fue McClellan. Durante toda la campaña de Pope, McClellan no había hecho nada: su especialidad. Ciertamente, no había hecho ningún esfuerzo perceptible para acudir en ayuda de Pope o crear una diversión que obligara a Lee a dividir sus fuerzas. De hecho, seguramente había deseado la derrota de Pope, pues había llegado a considerar la guerra como un asunto entre él y Lincoln, no entre la Unión y la Confederación.

Pope, por supuesto, fue eliminado del mando y sólo se le empleó en tareas secundarias durante el resto de la guerra*. Hubo una sensación general de que iMcClellan había sido vengado. Había llevado una campaña cautelosa, evitando el desastre, y ahora Pope mostraba los resultados de una campaña imprudente.

La presión pública fue enorme, y Lincoln, muy a su pesar, restauró a McClellan, el 5 de septiembre de 1862, como jefe indiscutido del Ejército del Potomac (aunque, por supuesto, Halleck siguió siendo el general en jefe).

No había duda de que esta medida fue popular en el ejército, que veía en McClellan a un hombre que no despilfarraba la vida de sus hombres inútilmente. Esto, en verdad, era cierto. El problema era que tampoco arriesgaba sus vidas útilmente, de modo que la guerra se prolongó y, a la larga, costó más vidas.

Contrainvasión

Como consecuencia de la Segunda Batalla de Bull Run, tanto la Confederación como la Unión se enfrentaron con la necesidad de atraerse a Gran Bretaña y Francia. Los gobiernos de ambas naciones, y las clases dominantes, eran vigorosamente proconfederados, y después del fracaso de la Campaña Peninsular y el desastre de la Segunda Batalla de Bull Run, Gran Bretaña se ofreció para mediar en el conflicto. Esto significaba claramente que no creía a la Unión en condiciones de dirimir la cuestión mediante una victoria militar, y parecía a punto de declararse abiertamente por la independencia de la Confederación y de usar su armada para romper el bloqueo de la Unión.

Lee tenía que hacer algo que diese a Gran Bretaña el último impulso hacia la participación activa en la guerra, y ese algo bien podía ser un avance sobre Maryland, una invasión de la Unión. Era un propósito arriesgado, en verdad, a causa del disminuido y harapiento ejército de Lee, que, pese a sus victorias, había recibido un considerable castigo. Pero Lee contaba con dos factores: las simpatías de la gente de Maryland, que podía rebelarse y unirse a la Confederación, aislando a Washington, y la certidumbre de que podía derrotar a McClellan en cualquier circunstancia.

En cuanto a Lincoln, estaba tan desesperado por detener a Gran Bretaña como Lee por incitarla. Lincoln no tenía ninguna esperanza de ganarse a las clases superiores, pero podía atraerse a las clases medias y bajas si convertía la Guerra Civil en una cruzada

antiesclavista. Este camino, que disgustaría a muchos unionistas, era arriesgado pero parecía cada vez más ineludible.
El 22 de julio de 1862 Lincoln preparó una declaración anunciando la liberación de algunos esclavos, y leyó esta Proclama de Emancipación a su gabinete. Halló una fría desaprobación. Finalmente, Seward señaló que tal anuncio en un momento en que la Unión estaba siendo derrotada en los campos de batalla sería impolítico; parecía el acto desesperado de un gobierno consciente de que no podía ganar la guerra y, por lo tanto, trataba de provocar una rebelión de los negros. Primero, la Unión debía ganar una gran victoria; entonces, la emancipación parecería el don generoso de un poderoso vencedor, sin otros motivos. Lincoln, que sabía reconocer el buen sentido, estuvo de acuerdo.
Pero ¿cómo lograr una victoria? Llegaron entonces las tristes noticias del desastre de Pope, y ahora Lee estaba avanzando hacia el Norte.
Lee actuó con su acostumbrada velocidad. Mientras McClellan se hacía cSrgo del mando nuevamente y empezaba a reorganizar al derrotado Ejército del Potomac, Lee cruzaba este río y penetraba en territorio de la Unión. El 7 de septiembre estuvo en Frederick, Maryland, a sesenta y cinco kilómetros al noroeste de Washington.
McClellan, con su habitual y pesada cautela, hizo avanzar poco a poco su ejército hacía el Noroeste, manteniéndose entre Washington y el ejército confederado, con visiones, como de costumbre, de enormes números de confederados frente a él. El 13 de septiembre llegó a Frederick, pero la halló vacía. Los confederados se habían desplazado al Oeste y más al Norte. Longstreet estaba en Hagerstonrn, Maryland, a unos cien kilómetros al noroeste de Washington.
Al menos una de las esperanzas de Lee no se cumplió. Maryland no se rebeló. En el otoño de 1862, la guerra ya no era atractiva, y el hombre medio de Maryland deseaba mantenerla en Virginia y lejos de sus tierras. Lejos de unirse jubilosamente al ejército invasor, Maryland quería que se marchase.
Entonces McClellan tuvo uno de esos insólitos golpes de suerte para los que no hay ninguna explicación.
Lee, en su total desprecio de McClellan, tuvo la glotonería de querer también alcanzar algunas victorias secundarias. Deseaba tomar Harpers Ferry, sobre la parte virginiana del río Potomac, y barrer al contingente de la Unión que lo defendía. Esto suponía que Lee tendría que dividir su ejército, ya numéricamente inferior, pero estuvo dispuesto a hacerlo. De hecho, dividió su ejército en cuatro contingentes, dando a cada uno complicadas instrucciones sobre adonde y cómo moverse.
Un oficial confederado recibió una exposición detallada de esas órdenes especiales y no se le ocurrió nada mejor que usarlas como envoltura de sus cigarros. Peor aún, olvidó o perdió esos cigarros, junto con su envoltura, dejándolos en Frederick cuando los confederados la abandonaron.
Soldados de la Unión hallaron el documento y fueron suficientemente inteligentes como para llevárselo a McClellan a toda prisa. Así, McClellan se enteró de que el ejército de Lee estaba fragmentado y supo exactamente dónde se hallaba cada fragmento. Sabía, por ejemplo, que Stonewall Jackson estaba en Harpers Ferry y se hallaba separado de Lee por sólo 30 kilómetros.
Todo general medianamente capaz habría comprendido instantáneamente que lo que se debía hacer era atacar como un rayo, interponerse entre las diversas partes del ejército confederado, derrotar a una y luego volverse para derrotar a otra.
Sólo McClellan podía esperar dieciséis horas antes de actuar de acuerdo con este conocimiento. Esto dio tiempo a Lee para enterarse de que McClellan tenía la información y empezar a acercarse a Jackson, mientras éste tuvo tiempo de tomar Harpers Ferry

(capturando once mil hombres y gran cantidad de materiales) y luego empezar a dirigirse hacia el Norte, hacia Lee.
En el momento en que McClellan tomó contacto con el enemigo, estaba frente a un ejército confederado parcialmente unido. El contacto se produjo en Antietam Creek, una pequeña corriente que fluye hacia el Sur para volcar sus aguas en el Potomac, a veintiocho kilómetros al oeste de Frederick. Al oeste de la corriente, el ejército confederado se extendió alrededor de la ciudad de Sharpsburg. La batalla fue llamada por el nombre del riachuelo en la Unión y por el nombre de la ciudad en la Confederación.

McClellan tenía setenta mil hombres, frente a treinta y nueve mil de Lee, pero esto no significaba ninguna diferencia; McClellan estaba semiderrotado antes de empezar. Introdujo a su ejército en la batalla por partes, sin hacer ningún intento de establecer una coordinación general, y un tercio de sus hombres nunca entró en combate, aunque su entrada podía hacer cambiar el resultado. McClellan se contentó con dar órdenes vagas, esperando que sus subordinados supieran qué hacer y ganasen la victoria para él. Lee, con su habitual habilidad, enfrentó cada ataque según se efectuaba, trasladando a sus hombres de un lado a otro de modo que en cada uno la superioridad numérica estuviese de su parte. Resistió mientras llegaban los últimos refuerzos de Harpers Ferry.
Pero los ataques de la Unión provocaron un gran número de bajas durante todo ese espantoso día del 17 de septiembre de 1862, el más sangriento de la guerra.
Por la noche, la arrojada defensa de Lee había detenido al ejército de la Unión, pero a un coste terrorífico. Había sufrido 13.700 bajas, un tercio de sus fuerzas; mientras que la Unión había perdido 12.350, sólo un sexto de sus tropas.
Lee tuvo que retirarse, pues sólo en Virginia podía recuperarse. Cualquier general que no fuese McClellan habría sabido esto y habría lanzado una persecución contra Lee, con la esperanza de atrapar al ejército exhausto antes de que pudiese llegar a Virginia y hallar la seguridad.
Pero no McClellan. Tan seguro estaba Lee de la increíble cobardía de su adversario que se negó a abandonar el campo durante todo un día. A lo largo de todo el día del 18 de septiembre Lee no se movió, como para demostrar que su ejército no podía ser expulsado de un campo de batalla, y McClellan, con más de veinte mil hombres que aún no habían combatido y con más refuerzos que le llegaron, no osó atacar.
Luego, en la noche del 18, después de poner en ridículo al ejército de la Unión (o, mejor dicho, a su despreciable jefe), Lee condujo a su ejército de vuelta a Virginia.
La batalla de Antietam fue un empate, según consideraciones estrictamente militares, pero, puesto que Lee se vio obligado a retirarse y el intento de invasión de la Unión llegó a su fin, estratégicamente fue una victoria de la Unión. Gran Bretaña lo consideró así, y el momento en que podía haber reconocido la independencia de la Confederación pasó y nunca volvió. Más aún, Lincoln la aclamó como una victoria y, el 22 de septiembre>cinco días después de la batalla, anunció que, como medida de guerra basada en sus poderes de comandante en jefe, los esclavos de todas las regiones ocupadas por las fuerzas confederadas serían libres desde el 1 de enero de 1863.
Esta Proclamación de Emancipación tuvo escasos efectos prácticos en lo concerniente a los esclavos. En aquellas zonas donde la esclavitud era legal y estaban controladas por fuerzas de la Unión, la Proclamación de Emancipación no se aplicaba. Donde se declaraba la libertad el control estaba en manos de la Confederación y la Proclamación de Emancipación no tenía ningún sentido. Por lo tanto, la proclamación no liberó a ningún esclavo.
En cambio, influyó sobre el pueblo británico, como había esperado Lincoln, y en lo sucesivo no hubo ninguna posibili- I dad de intervención británica directa en la guerra.

También levantó los corazones de los unionistas que detestaban la esclavitud y les dio más razones para luchar. Además, no fue en modo alguno una maniobra cínica, pues dejaba en claro que, 1 una vez terminada la guerra, la esclavitud sería prohibida en todas partes y para siempre.

Burnside fracasa

Mientras Lincoln, con magistral habilidad, pudo maniobrar I para mantener a Gran Bretaña fuera de la zona de peligro, en ¡ cambio no había nada que pudiera hacer con McClellan.

Cualquier otro habría perseguido a Lee; McClellan no lo hizo. No cruzó el Potomac hasta seis semanas después de Antietam, y aun entonces sólo con su deliberada lentitud habitual.

El 7 de noviembre de 1862 Lincoln no pudo soportar más al reacio militar y lo relevó del mando. McClellan nunca condujo otro ejército ni libró otra batalla. Había hecho por la causa confederada más que nadie, excepto (quizá) Lee.

Lincoln ahora apeló a Burnside, quien había realizado una labor respetable en cargos subordinados. Lincoln había querido asignarle la tarea de conducir el Ejército del Potomac después del fracaso de Pope, pero Burnside había alegado incapacidad, y Lincoln había nombrado, con renuencia, a McClellan. Burnside había conducido bien a sus hombres en Antietam, por lo que Lincoln le ofreció el puesto por segunda vez y se negó a oírlo cuando Burnside, nuevamente, afirmó que no era suficientemente bueno*. Lincoln pensó que Burnside solamente era modesto, pero, ¡ay!, no lo era, sólo era exacto.

Una vez en el cargo, Burnside puso inmediatamente manos a la obra. Ansioso por evitar el error de McClellan de exceso de cautela, el nuevo jefe enfiló directamente hacia Richmond, por Fredericksburg, ciudad situada a orillas del río Pappahannock, a ochenta kilómetros al sur de Washington y a igual distancia de Richmond. El plan era cruzar el río rápidamente y correr al Sur, hacia Richmond, antes de que Lee pudiera apostar sus hombres entre el ejército de la Unión y la capital amenazada.

Pero en el momento decisivo Burnside vaciló. Llovía y el río estaba crecido. Burnside pensó que necesitaba pontones y decidió esperar a que llegaran antes de tratar de cruzar la corriente... y tardaron toda una semana en llegar.

* Burnside se dejaba crecer abundantemente el vello en la cara, según un estilo que fue llamado «burnsides» en su honor. Por una inversión de silabas, se llamó a esto «sideburns», y el autor de este libro, que lleva «side-burns», le está agradecido por esta característica, al menos.

Esto dio tiempo a Lee para llegar a Fredericksburg y fortificar una posición prácticamente inexpugnable a lo largo de las alturas situadas al sur de la ciudad. La parte más fuerte de la posición confederada era la izquierda; allí había un camino hundido, más allá de él una muralla de piedra de 1,20 m que protegía a fusileros, y más allá de esta muralla una colina en la que la artillería cubría cada metro cuadrado del camino de acceso. *

Atacar ese punto era un modo de suicidio, pero esto fue precisamente lo que Burnside, el 13 de diciembre, insistió en que hiciera el ejército de la Unión. Oleada tras oleada de soldados de la Unión fueron enviados adelante y barridos en un intento insensato y desolador de hacer lo que no se podía hacer y lo que ningún general en su sano juicio habría intentado hacer. Para el momento en que Burnside, en un estado de conmoción impotente, fue persuadido a terminar la batalla, había 12.650 bajas de la Unión, por 5.300 de los confederados. La batalla de Fredericksburg fue un total desastre para la Unión.

El Gran Ejército del Potomac estaba quebrantado y no se sabe qué habría ocurrido si Lee hubiese contraatacado al día siguiente. Pero Lee, quizá recordando el poder de recuperación de la Unión (como en Shiloh), pensó que había hecho lo suficiente y lo dejó marchar. Tal vez haya sido un error tan grande como el de McClellan después de Antietam.

La moral de la Unión se hundió una vez más después de Fredericksburg, pues se deshizo en gran medida el buen efecto de Antietam. Lincoln, sin embargo, habiendo anunciado la Proclamación de Emancipación después de la dudosa victoria de Antietam, no la rescindió solamente a causa de la catastrófica derrota de Fredericksburg. Esto implicaba que Gran Bretaña no podía aprovechar la oportunidad para intervenir directamente a favor de los confederados; pero pudo hacerlo indirectamente.

Gran Bretaña, por ejemplo, permitía a los confederados construir barcos de guerra en su suelo. El caso más flagrante (pero en modo alguno el único) fue el del Alabama. Mientras se construía este barco, Adams, el embajador americano en Gran Bretaña, protestó vigorosamente. Los británicos se lo pensaron, dieron vueltas, demoraron las cosas y, finalmente, ordenaron la detención del proyecto sólo después de que el Alabama se escabulló por el mar en julio de 1862.

Al mando de Raphael Semmes (nacido en Charles County, Maryland, el 27 de septiembre de 1809), el Alabama rondó por los mares durante dos años, destruyendo el comercio de la Unión, y penetrando hasta en el océano índico para ello. Capturó sesenta y cuatro barcos, que representaban unas cien mil toneladas en total. El temor al Alabama y a otros buques corsarios construidos por los británicos prácticamente expulsó del mar a la marina mercante de la Unión, y en algunos aspectos la marina americana nunca se recuperó.

La Unión estaba furiosa con Gran Bretaña por esto, pero no podía hacer nada, y las hazañas corsarias del Alabama se sumaron al sombrío panorama a medida que el año 1862 se acercaba a su desastroso fin.

En cuanto a Francia, tenía los ojos puestos en México. Esta nación no pudo pagar sus deudas externas como resultado de la guerra civil que había estallado cuando los conservadores se opusieron á las reformas liberales llevadas a cabo por Benito Juárez. Gran Bretaña, Francia y España enviaron una fuerza armada conjunta que desembarcó en México a fines de 1861. Esto era contrario a la Doctrina Monroe (si es que las potencias europeas habían pensado siquiera en ella) y Estados Unidos, de ordinario, habría tratado de impedir esta acción. Pero ahora Estados Unidos estaba dividido en dos y no podía hacer nada.

Gran Bretaña y España pronto se retiraron, pero Francia, bajo el emperador Napoleón III (que compartía las ambiciones de su famoso tío, Napoleón I, pero carecía de su capacidad), tenía visiones de un Imperio mexicano. En abril de 1862 el ejército francés inició el avance al interior. La Unión protestó vigorosamente contra esta acción, pero esto no detuvo a los franceses, y la Unión no podía hacer nada más que protestar.

Por supuesto, la guerra no sólo se libraba en Virginia. Aunque era en Virginia y en los campos de batalla entre Washington y Richmond donde todos los ojos se fijaban, había batallas y vastos movimientos lejos de allí, en el Oeste, sucesos que iban a afectar a*la fuerza económica de la Confederación, con lo cual influirían también en los sucesos de Virginia.

Así, un intento confederado de hacer incursiones al Oeste desde Texas y poner el Sudoeste americano, incluido el Estado de California, de parte de los confederados, fue derrotado en abril de 1862, de modo que todo el territorio situado al oeste y al norte de Texas permaneció firme y permanentemente en manos de la Unión. Asimismo, un ejército de la Unión ganó una batalla en Pea Ridge, Arkansas, en el noroeste del Estado, lo cual puso a todo Missouri y la mitad septentrional de Arkansas en poder de la Unión.

Pero el escenario principal en el Oeste fue Tennessee, donde ambos bandos se habían estancado desde que Halleck tomase Corinth, el 30 de mayo de 1862, y luego se trasladase a Washington para ocupar el cargo de general en jefe, el 11 de julio.

El 27 de junio de 1862 Braxton Bragg (nacido en Warren-ton, Carolina del Norte, el 22 de marzo de 1817), quien había combatido con particular distinción en Buena Vista, tomó el mando del ejército confederado en Tennessee. Inmediatamente empezó a preparar una ofensiva contra Buell en el este de Tennessee.

El 14 de agosto Bragg envió a Edmund Kirby-Smith (nacido en San Agustín, la Florida, el 16 de mayo de 1824) al norte, a Kentucky. Kirby-Smith, en una hábil campaña, hizo a un lado a débiles fuerzas de la Unión y llegó a Lexington, Kentucky, el 2 de septiembre. Estaba entonces a sólo ochenta kilómetros al sur del río Ohio. El mismo Bragg, eludiendo al lento Buell, se dirigió al Norte por otra ruta, con la intención de llegar a Louisville, sobre el río Ohio, a ciento diez kilómetros al oeste de Lexington*.

Pero Buell logró llegar a Louisville el 25 de septiembre, alcanzando antes el objetivo e impidiendo a los confederados llegar realmente al Ohio. Luego salió a buscar batalla. El 7 de octubre Buell se enfrentó a las fuerzas de Bragg cerca de Perryville, a cincuenta kilómetros al sudoeste de Lexington. Allí se libró una batalla accidental, mal organizada y no decisiva, al día siguiente.

Bragg podía haber ganado si hubiera unido sus fuerzas con las de Kirby-Smith, pero los dos generales no se coordinaron bien. Bragg se unió a Kirby-Smith sólo después de la batalla y, quizá sobrestimando el peligro en que se hallaba, abandonó Kentucky, como Lee había abandonado Maryland después de otra batalla empatada.

Como McClellan no había conseguido perseguir a Lee eficazmente, así Buell falló en la persecución de Bragg, y el resultado fue el mismo: Buell fue relevado del mando el 30 de octubre y ya no tomó parte significativa en la guerra.

En reemplazo de Buell se puso a William Starke Rosecrans (nacido en Kingston, Ohio, el 6 de septiembre de 1819), y tomó como objetivo Chattanooga, un centro ferroviario del sudeste de Tennessee. El 26 de diciembre de 1862 estaba listo y empezó la marcha al sudeste. Chattanooga estaba a setenta kilómetros de distancia y no se podía llegar a ella sin librar una batalla importante, pues a sólo cincuenta kilómetros al sudeste de la base de Rosecrans, en Nashville, esperaban Bragg y su ejército, inspirados y deleitados por las noticias de la gran victoria confederada en Fredericksburg.

El 31 de diciembre los cuarenta y cinco mil hombres de Rosecrans se enfrentaron con los treinta y ocho mil de Bragg, a unos pocos kilómetros al oeste de la ciudad de iMurfreesboro. Los ejércitos giraron lentamente en círculo, pues cada bando trató de rodear el flanco izquierdo del otro. Los confederados llevaron la mejor parte ese día, y al caer la noche Rosecrans pensaba que había sido derrotado, mientras que Bragg envió un mensaje de victoria a Richmond.

Pero Rosecrans decidió no retirarse y permanecer en el campo para reanudar la batalla al día siguiente. («Bragg es un buen perro -decía después-, pero Tenacidad lo es mejor.») Lo que ocurrió fue una repetición de Shiloh. El ataque de la Unión al segundo día compensó con creces sus pérdidas del primero, y fue Bragg quien tuvo que suspender la lucha y retirarse.

La retirada confederada hizo de la batalla de Murfreesboro una victoria de la Unión técnicamente, pero cada bando sufrió doce mil bajas y Rosecrans juzgó que necesitaba tiempo para recuperarse. Observó cautelosamente cómo el ejército de Bragg se reunía en Tullahoma, a cincuenta y siete kilómetros al sur de Murfreesboro, pero no se movió. Durante el resto del invierno, la guerra se estancó en Tennessee.

Al comenzar el nuevo año de 1863, pues, parecía haber poco, en la situación militar, que alegrase los corazones de la Unión. Una batalla indecisa contra Tennessee era todo lo que podía contraponerse al desastre de Virginia.

Sin embargo, pese a las desgarradoras pérdidas y al efecto desalentador de las repetidas derrotas frente a enemigos menos numerosos, la Unión siguió siendo fuerte y, de hecho, se

hizo cada vez más fuerte. Inmigrantes europeos afluían a la Unión constantemente (ochocientos mil, en total, en el curso de la Guerra Civil), de modo que las pérdidas en las batallas no provocó ninguna escasez de la mano de obra. La industria florecía, y constantemente se inventaban mecanismos que ahorraban trabajo.

Además, las granjas de la Unión producían abundantes cosechas, lo que dio a Lincoln una poderosa herramienta para el comercio exterior. En mayo de 1862, el Congreso aprobó la Ley de Granjas, que ofrecía, a un precio puramente nominal, tierras de labrantío de 160 acres en los territorios occidentales a cualquiera que quisiese practicar la agricultura en ellas. Esta ley estimuló la migración al Oeste, expandió las tierras de labrantío y aumentó aún más las cosechas.

Los estragos de la guerra tampoco cayeron directamente en territorio de la Unión. Las grandes batallas se habían librado en territorio confederado, y fue allí donde el campo quedó arrasado, provocando un constante agotamiento económico que, aunque inadvertido frente a la gloria de las victorias militares de la Confederación, la estaba destruyendo silenciosamente.

Lo más importante de todo para la causa de la Unión fue el carácter del mismo Lincoln. Ocurriera lo que ocurriese, nunca se desviaba ni por un momento del objetivo que se había fijado: el de salvar la Unión a cualquier costo. Otros podían ser presas del pánico o la desesperación, pero Lincoln, aunque cada vez más apesadumbrado y melancólico a medida que pasaba el tiempo*, siguió siendo un líder inquebrantable y resuelto.

Hookerfracasa

Pero lo que Lincoln necesitaba desesperadamente para alentar a aquellos menos firmes que él era algo más que la presión inexorable pero inadvertida de la economía. Necesitaba la excitación de una victoria. Lee aún mantenía su ejército a orillas del río Rappahannock, y era menester hacer otro intento de abrirse paso a través de este ejército para llegar a Richmond.

* Después de Frcdericksburg, decía tristemente: «Si hay algún lugar peor que el Infierno, yo estoy en él».

Burnside tenía que ser relevado del mando, desde luego, pero, a diferencia de McClellan y Buell, su error había sido luchar, no perder el tiempo, de modo que se le permitió seguir participando en la guerra en cargos subordinados. El 25 de enero de 1863 Joseph Hooker (nacido en Hadley, Massachu-setts, el 13 de noviembre de 1814) tomó el mando del Ejército del Potomac.

Hooker había luchado, con bastante distinción, en todas ! las batallas libradas por el Ejército del Potomac, incluso había I sido herido en Antietam. Se había desempeñado tan bien que se ganó el apodo del «Combativo Joe». Ahora, con rapidez y energía, reorganizó el ejército que había sido derrotado en Fredericksburg y lo convirtió una vez más en un instrumento I eficaz.

Hacia fines de abril, Hooker, con noventa y cuatro mil hombres, contra cincuenta y tres mil de Lee, se dirigió al Sur. Lee estaba aún en Fredericksburg, y la intención de Hooker era mantenerlo allí fingiendo un ataque con los dos quintos de su ejército, mientras los otros tres quintos cruzarían el río Rappahannock aguas arriba y (esperaba) caer sobre la retaguardia de Lee como un rayo.

Puso en práctica este plan. Lee fue retenido donde estaba y ¡ Hooker hizo que su ejército cruzase el río. El 29 de abril de 1863 llegó a Chancellorsville (a diez kilómetros inmediatamente al oeste de Fredericksburg), que era un cruce de caminos ocupado por una casa de ladrillos y rodeada por un terreno con árboles y malezas, cruzado por corrientes de agua, llamado «la Soledad». Hooker envió correctamente su ejército al Este para atrapar a Lee, quien, por una vez, fue cogido por sorpresa. Comprendió lo que ocurría demasiado tarde, y cuando se volvió para hacer frente al nuevo ataque, se encontró frente al desastre.

Fue en este momento cuando el Combativo Joe Hooker se desanimó. Quizá la reputación de Lee pesaba demasiado sobre él, el recuerdo de sus pasadas hazañas era demasiado abrumador y la probabilidad de ser aplastado en La Soledad demasiado grande. Fuera lo que fuese lo que pesaba en el corazón de Hooker, vaciló por un momento, cuando un vigoroso ataque de la Unión podía haber aplastado a Lee y puesto fin a la guerra, prácticamente, y se retiró a Chancellorsville.
Lee, comprendiendo que, una vez más, estaba ante un jefe de la Unión que se sentía medio derrotado desde el comienzo, asumió otro gran riesgo. Dividió su ejército superado en número en dos mitades e hizo que Jackson bordease el ejército de la Unión y atacase su flanco derecho, mientras él se enfrentaba con el izquierdo. Éste fue, en efecto, un intento de rodear un ejército mayor con otro menor, y la maniobra tuvo éxito. Jackson efectuó un ataque totalmente por sorpresa el 2 de mayo.
Hooker fue completamente desmoralizado y sólo pensó en retirarse.
Una vez más, un ejército de la Unión más grande se retiraba frente a un ejército confederado menor, y el 5 de mayo la Unión tuvo que admitir otra derrota, con pérdidas de diecisiete mil hombres, por trece mil del ejército confederado.
Pero la pérdida de uno de esos trece mil hombres fue desdichada para la Confederación. En la noche del 2 de mayo Hooker se retiró presa de pánico y pareció que, con mayor velocidad y osadía aún por parte de las fuerzas confederadas, el ejército de la Unión podía ser destruido totalmente. Stone-wall Jackson avanzó a caballo en la oscuridad para sondear por sí mismo las posibilidades, mas para entonces la línea confederada también estaba desorganizada, y en medio de las sombras nadie sabía con seguridad quién rondaba por allí y si una oscura figura en la noche era de un amigo o un enemigo.
Cuando Jackson pasó rápidamente, los soldados confederados dispararon y Jackson cayó. Fue llevado de vuelta, con un brazo hecho pedazos. Se lo tuvieron que amputar y, aunque por un momento pareció que se podría recuperar, con los primitivos tratamientos médicos de la época cogió una neumonía; el 10 de mayo de 1863 murió a la edad de treinta y nueve años.
Estados Unidos había perdido al hombre que era, quizá, su % mayor táctico, pero que estaba destinado a usar su habilidad para humillar a los ejércitos de la nación. Así, el equipo formado por Lee y Jackson, que habían combatido y triunfado juntos durante un año, quedó disuelto, y Lee, aunque conservó su genio militar hasta el fin, jamás ganaría otro Chance-llorsville.
Mas por el momento Lee había triunfado y, como después de la Segunda Batalla de Bull Run, quería continuar. La cuestión era: ¿cómo? Longstreet quería avanzar al Oeste, pues allí, sobre el Mississippi, Vicksburg estaba en dificultades.
Vicksburg era la más poderosa fortaleza que le quedaba a la Confederación a orillas del Mississippi. Si Vicksburg, a trescientos veinte kilómetros aguas arriba de Nueva Orleans, era tomada, la Confederación quedaría dividida en dos. Había resistido un asalto exclusivamente naval cuando los barcos de Farragut se habían dirigido al Norte después de la caída de Nueva Orleans y habían sido rechazados. Pero ahora Grant quería tomarla por tierra.
El 25 de octubre de 1862 recibió permiso para avanzar, pero era claro que no iba a ser una tarea sencilla. Halleck, bajo el cual Grant había ganado fama por primera vez aún abrigaba celos y no le facilitaría las cosas. Además la posición de Vicksburg era fuerte, estaba poderosamente fortificada y las fuerzas confederadas que la defendían estaban hábilmente conducidas; tampoco ellas le facilitarían las cosas.
Por último, presiones políticas habían dado como resultado el nombramiento de Alexander McClernand (nacido cerca de Hardinsburg, Kentucky, el 30 de mayo de 1812) para compartir el mando con Grant. McClernand había combatido con Grant en Fort Donelson y

Shiloh, y había demostrado ser un hombre sediento de gloria que no tenía escrúpulos en magnificar su actuación en las batallas o en intrigar contra Grant. Obviamente, Grant no podía esperar que McClernand le facilitara las cosas tampoco.
Lincoln no se hacía ilusiones sobre la competencia de McClernand, pero, como demócrata de la guerra, era políticamente importante y tenía que ser cortejado, sobre todo porque toda victoria de Lee fortalecía a los demócratas de la paz, quienes querían poner fin a la guerra y aceptaban la destrucción de la Unión.
Para la mayoría de la Unión, que deseaba proseguir la guerra, los demócratas de la paz eran copperheads1, así llamados por el nombre de la serpiente venenosa que, a diferencia de la serpiente de cascabel, ataca sin avisar. El principal de los copperheads era Clement Laird Vallandigham (nacido en New Lisbon, Ohio, el 29 de julio de 1820). Como representante de Ohio, Vallandigham había hecho una campaña vigorosa y efectiva contra la guerra y, mientras él recorriese el país, existía siempre el peligro de que partes diversas de la Unión -particularmente, los Estados situados al norte del río Ohio- se negasen a seguir combatiendo.
Lincoln y su Partido de la Unión ganaron las elecciones para el Congreso de 1862, y Vallandigham fue derrotado para la reelección, pero esto había sucedido después de Antietam y antes de Fredericksburg. Los copperheads mantuvieron su fuerza, por lo que los demócratas de la guerra eran preciosos para Lincoln.
Grant, un simple soldado (por entonces y durante toda su vida), no se preocupaba por necesidades políticas. Sólo sabía que McClernand era un general incompetente, otro de los muchos que infestaban la Unión, y que probablemente arruinaría cualquier campaña en la que tuviese una intervención descollante. Por ello, Grant se apresuró a atacar a Vicksburg -él mismo, por tierra, y su leal asociado Sherman, por mar- antes de que McClernand llegase. Demasiado apresuradamente planeado y llevado a cabo, el ataque fracasó, el 29 de diciembre de 1862, lo cual hizo aumentar el pesimismo que invadía a la Unión desde Fredericksburg.
Grant estaba en una mala posición. Estaba del lado desfavorable del río, el lado occidental, a treinta kilómetros aguas arriba de Vicksburg. Desde ese lado no había ninguna posibilidad de realizar uji asalto directo; Vicksburg estaba en las alturas del lado oriental del río. Además, McClernand había llegado, y llevó una parte de las tropas de la Unión a una inútil expedición a Arkansas en busca de gloria. Grant tuvo grandes dificultades para lograr que volviese y atendiera a la situación.
Pero retirarse era algo extraño a la filosofía de Grant. Con mala posición o no, aumentó la presión. Durante los tres meses de invierno, Grant mantuvo ocupado a su ejército buscando algún medio de cruzar el ancho Mississippi. Mantuvo a sus hombres bien preparados y listos, y no dio descanso a las fuerzas confederadas que estaban en Vicksburg y a su alrededor.
Grant hizo cuatro intentos de cruzar el río, uno de los cuales exigía tratar de desviar el curso del río, pero los cuatro fracasaron. Llegó abril de 1863 y, mientras Hooker se disponía a lanzar su infortunada marcha sobre Virginia, Grant aún contemplaba Vicksburg del otro lado del río. Muchos deben de haber pensado, para entonces, que Vicksburg no podía ser tomada, al menos no por Grant, pero el mismo Grant no se contaba entre los que dudaban.
En primer lugar, la primavera secaría el terreno cenagoso que rodeaba a Vicksburg y las maniobras serían más fáciles. En segundo lugar, Grant tuvo una nueva y atrevida idea.
Hasta entonces, todos los intentos de cruzar el río se habían efectuado al norte de Vicksburg, para mantener el contacto con las líneas de comunicaciones, todas las cuales conducían al Norte. Pero si el cruce se realizaba al sur de la ciudad, los confederados, que no esperarían esto, podían ser cogidos por sorpresa. Por supuesto, eso significaba romper

las líneas de comunicaciones, pero ¿qué importaba? Grant pensó sencillamente que podía hacer vivir a sus hombres de los productos del lugar.
Grant dispuso que Sherman hiciese una arremetida de cobertura en el Norte, para mantener allí la atención de los confederados. Luego envió a la caballería a hacer incursiones por toda la región para destrozar los ferrocarriles y hacer más difícil para los confederados concentrar hombres rápidamente en algún lugar imprevisto.
Después de eso, se deslizó al Sur y esperó que se le unieran los barcos del río. En esto no se vio defraudado. Bajo el mando de David Dixon Porter (nacido en Chester, Pensilvania, el 8 de junio de 1813), quien se había batido bien al mando de Farragut en Nueva Orleans, los buques del río se abrieron paso por Vicksburg. Grant estaba listo.
El 30 de abril de 1863, justamente cuando, más al Este, los ejércitos enemigos se preparaban para la batalla de Chance-llorsville, Grant, con veinte mil hombres, finalmente cruzó el Mississippi, a cuarenta kilómetros al sur de Vicksburg.
Vicksburg estaba bajo el mando de John Clifford Pemberton (nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 10 de agosto de 1818), mientras Joseph Johnston, que se había recuperado de su herida en la Campaña Peninsular y estaba ahora al mando del ejército del Oeste, se hallaba a sesenta y cinco kilómetros al este de Vicksburg, en Jackson. Ni Pemberton ni Johnston pensaron que Grant osaría abandonar la vecindad del río, del que dependía para los suministros, de modo que ninguno de ellos emprendió una acción vigorosa.

Ahora Grant tenía campo libre, y procedió a demostrar que un general de la Unión, al menos, podía atacar con la potencia y la velocidad de Lee. Sin líneas de comunicaciones ni suministros, Grant se aseguró de que las fuerzas de Vicksburg también careciesen de ellos.
Condujo rápidamente a sus hombres al Noreste, y Pember-ton, sorprendido de esta acción, atacó inútilmente hacia el Sur en busca de una inexistente línea de comunicaciones. El 14 de mayo Grant llegó a Jackson, y Johnston, sorprendido, salió apresuradamente de la ciudad.
Esto significó que Grant ahora se colocó entre Johnston y Pemberton, cortando así la única ruta por la cual podían llegar fácilmente a la ciadad suministros y refuerzos. Vicksburg estaba prácticamente bajo sitio, y Grant procedió a avanzar sobre ella y a hacer efectivo el asedio. En el proceso, desde el cruce del río hasta la formación de líneas de asedio alrededor de Vicksburg el 22 de mayo, Grant había obtenido cinco victorias en tres semanas, conduciendo su ejército a la perfección.

El viraje.

Ésta era la situación -victorias de Grant y el inminente asedio de Vicksburg- con la que se encontró Lee después de la batalla de Chancellorsville. ¿Debía, como sugería Longstreet, conducir su ejército al Oeste, a Kentucky y Tennessee, aplastar a Rosecrans y obligar a Grant a levantar el sitio de Vicksburs;? Lee pensaba de otro modo. No estaba seguro de poder trasladar su ejército con rapidez y eficacia suficientes por las estropeadas líneas ferroviarias de la Confederación. Además, no quería dejar Virginia desprotegida contra un ataque de la Unión*. (Lee luchaba sólo por su Estado.) Volvió entonces a su idea del año anterior: otra embestida hacia el Norte.
* Irónicamente, no fue a la Unión a la que Lee logró dividir durante la campaña del verano, sino a su Estado natal, Virginia. El 20 de junio de 1863 Virginia Occidental entró oficialmente en la Unión como trigesi-moquinto Estado, con una constitución en la que se estipulaba la gradual emancipación de los esclavos. Esta división de Virginia en dos Estados fue el único cambio territorial que resultó de la Guerra Civil.

Podía argüirse que Lee no necesitaba conquistar la Unión o siquiera permanecer en su territorio. Todo lo que tenía que hacer era ganar una gran victoria, a la manera de Chancellorsville, y, en medio del pánico general de la Unión que se produciría, los demócratas de la paz podían imponer el fin de la guerra. A fin de cuentas, no se exigiría a la Unión que cedie-se territorios, sino sólo que dejase en paz a la Confederación. Y tal victoria hasta podía bastar para obtener por fin la ayuda británica, en el caso improbable de que la Unión insistiese en continuar la lucha.
Al abrigar esta esperanza, quizá Lee no estaba muy desacertado. Las derrotas en batalla habían acabado con la afluencia de voluntarios en la Unión, y Lincoln se había visto obligado, el 1 de marzo de 1863, a anunciar un reclutamiento forzoso. El Congreso había aprobado una ley muy perversa: cualquiera podía comprarse un sustituto por trescientos dólares, lo cual significaba que los pobres eran re-dutados, mientras que los adinerados podían eximirse de la guerra pagando y sentarse en su casa haciendo pingües beneficios en las industrias bélicas. Este sistema también dio a los políticos corruptos una oportunidad de cuidar de sus amigos.
No es sorprendente, pues, que se produjesen disturbios y que la guerra llegase al máximo de su impopularidad. Los peores disturbios se produjeron del 13 al 16 de julio de 1863, cuando la ciudad de Nueva York pasó por cuatro días de anarquía. La población irlandesa americana de la ciudad, encolerizada por ser llevada al ejército para luchar por la libertad de los negros, mientras los negros de la ciudad eran utilizados para reemplazarlos a ellos en algunos trabajos por salarios menores, se enloquecieron. Negros y funcionarios de la ciudad fueron linchados por centenares, a la par que se destruyeron propiedades por valor de millones de dólares. Fue necesario llevar contingentes armados, sacados de los campos de batalla, para restaurar el orden.
En cuanto a Gran Bretaña, indirectamente aún estaba ayudando a la Confederación. En la primavera de 1863 los astilleros británicos estaban trabajando en dos barcos de vapor acorazados, cada uno con un ariete perforador en la proa; estos super-Merr/míJcfo, en manos de los marinos de la Confederación, muy probablemente podían romper el bloqueo de la Unión, que ahora era fuerte y ceñido.
La Confederación también podía contar con la ayuda de Francia. El 7 de junio de 1863, un mes después de la batalla de Chancellorsville, un ejército francés ocupó Ciudad de México. Napoleón III no tenía esperanzas de conservar México si la Unión ganaba, de modo que seguramente usaría México como base desde la cual mantener a la Confederación bien aprovisionada de alimentos y municiones.
Quizá pensando en todo esto, Lee empezó a mover su ejército, primero al Oeste y luego al Norte, mientras Hooker aún esperaba en el río Rappahannock. El ejército confederado -más hambriento que nunca y esperando, al menos, obtener alimentos y ropa- se dirigió al Norte, hasta el valle del She-nandoah.
Jeb Stuart, el gran jefe de caballería del ejército confederado, mantuvo a sus hombres en el flanco derecho del ejército, ocultando sus movimientos de Hooker y alerta a posibles contraataques de las fuerzas de la Unión.
Durante los dos primeros años de la guerra, la caballería confederada había sido muy superior a la caballería de la Unión, de modo que en las grandes batallas habían sido siempre los confederados quienes veían claramente, mientras siempre las fuerzas de la Unión luchaban a ciegas, factor importante de las victorias confederadas.
Pero la caballería de la Unión fue mejorando gradualmente, y en esta ocasión un gran contingente de jinetes de la Unión, al mando de John Buford (nacido en Woodford County, Ken-tucky, el 4 de marzo de 1826), se enfrentó a Stuart el 9 de junio en Brandy Station, a unos cincuenta kilómetros al oeste de Fredericksburg. Allí se libró la mayor batalla de caballería en la historia de los continentes americanos, con diez mil hombres de cada lado.

Stuart finalmente llevó la mejor parte, pero sólo después de haber sido rudamente golpeado por Buford, quien mostró una sorprendente agresividad.
Esta batalla tuvo dos consecuencias. En primer término, el ejército de la Unión tomó conocimiento, por primera vez, del movimiento hacia el Norte de Lee. En segundo lugar, Stuart se sentía herido en su amor propio por haber estado a punto de ser derrotado, de modo que decidió hacer algo para convencerse a sí mismo de que aún era el mejor jefe de caballería del mundo: se llevó sus hombres para hacer una vasta incursión alrededor de todo el ejército de la Unión. Fue un espectáculo lúcido, pero el resultado fue que, en un punto crucial de la marcha de Lee hacia el Norte, no tuvo el beneficio de la actividad de reconocimiento de la caballería. El amor propio de Stuart contribuyó a arruinar a la Confederación.
Hooker, quien aún estaba al mando del Ejército del Poto-mac, quería atacar a Richmond mientras Lee estaba lejos, en el Norte, pero Lincoln sabía que una victoria confederada en territorio de la Unión podía poner fin a la guerra, y que tener un ejército de la Unión inmovilizado en Richmond no cambiaría este hecho. Por ello ordenó a Hooker que siguiera al ejército de Lee y considerase que su objetivo era este ejército, no Richmond.
Lee y su ejército hicieron algo más que penetrar meramente en Maryland como habían hecho el año anterior. Hasta entonces, las invasiones de territorios de la Unión se habían limitado a los Estados esclavistas fronterizos de Missouri, Ken-tucky y Maryland. Ahora, por primera vez, a fines de junio de 1863, un ejército confederado pisó el suelo de un Estado libre. Lee entró en Pensilvania.
Sin que Lee lo supiera, Hooker ahora lo seguía tan rápidamente como se atrevía. Sin Jeb Stuart, Lee estaba a ciegas, y cuando descubrió que lo seguían, sus comunicaciones estaban amenazadas y su libertad de maniobra había desaparecido.
Pero a Hooker no le encantaba, precisamente, la idea de enfrentarse con Lee nuevamente. El 28 de junio envió su renuncia, que fue aceptada inmediatamente (aunque siguió combatiendo dignamente en puestos subordinados). En su lugar fue nombrado George Gordon Meade (nacido en Cádiz, España, de padres americanos, el 31 de diciembre de 1815), igualmente reacio.
Meade había combatido en todas las batallas de Virginia, había sido herido durante la Campaña Peninsular y había tratado de que Hooker atacase cuando éste retrocedió en Chancellorsville.
Meade siguió a Lee a Pensilvania, con la intención de mantener su ejército entre los confederados y Washington. Hizo lo posible por ser cauto, tratando de imaginarse lo que Lee planeaba hacer. Lee, sin Stuart, no sabía exactamente dónde estaba Meade y, por ende, no estaba seguro de lo que planeaba hacer. Cada ejército esperaba y trataba de conjeturar lo que haría el otro y también de impedir ser sorprendido.
El ejército de Lee pareció centrarse alrededor de Cashtown, a unos diecinueve kilómetros al norte de la línea Mason-Di-xon y a unos ochenta y ocho kilómetros al noroeste de Balti-more. Meade envió la caballería de la Unión al mando de Bu-ford para ver qué ocurría. La caballería pasó con estrépito por Gettysburg, a nueve kilómetros al sudeste de Cashtown. Sucedió que una brigada confederada, formada en su mayoría por hombres descalzos, había oído que había muchos zapatos almacenados en Gettysburg y se había dirigido allí para adueñarse de ellos.
Se encontraron con la caballería de Buford el 30 de junio. Buford, percatándose de la fuerte posición de Gettysburg, atacó a la brigada. Pero la lucha resultó ser una vorágine que absorbía cada vez más soldados de ambos bandos. Durante los tres días siguientes se libró la batalla de Gettysburg, la mayor batalla de la Guerra Civil, la mayor batalla que se libró nunca en los continentes americanos, y una batalla que ninguna de las partes había planeado.

Ambos ejércitos estaban dispersos, y la cuestión era cuál podía concentrarse primero. Al final del primer día de lucha, los confederados llevaban ventaja (el mismo Meade no llegó al campo de batalla hasta el segundo día), pero Lee combatía a ciegas. No sabía dónde estaban concentradas las fuerzas de la Unión, y no osaba arriesgarse demasiado antes de que Longstreet llegara.

En cuanto a las fuerzas de la Unión, reconocieron la importancia de las alturas del sur de Gettysburg y las ocuparon durante las primeras horas de la tarde del 1 de julio. (Si Lee hubiese planeado la lucha en ese lugar, ciertamente habría ocupado las alturas, pero no lo había hecho y esto fue decisivo.)

El 2 de julio, el segundo día de la batalla, el ejército confederado halló que su única opción era atacar las fuertes posiciones de la Unión en las alturas. Longstreet se opuso a ello -quería permanecer a la defensiva-, pero el ejército de la Unión no cooperaría. Podía esperar más tiempo que los hambrientos confederados, y procedió a hacerlo. A mediados de la tarde, los confederados atacaron desesperadamente. El combate prosiguió durante horas, pero las defensas de la Unión resistieron, y ambos ejércitos suspendieron la lucha al caer la noche.

Ambas partes habían sufrido mucho daño, y Meade no estaba seguro de si debía retirarse o no. Esa noche se celebró un consejo de guerra y Meade decidió quedarse. En cuanto a Lee, tenía que hacer un último esfuerzo. Longstreet se opuso nuevamente, pero prevaleció el parecer de Lee.

Tropas frescas llegaron al ejército confederado, al mando de George Edward Pickett (nacido en Richmond, Virginia, el 25 de enero de 1825); Lee planeó usar estas tropas en una carga que, esperaba, rompería las líneas de la Unión y obligaría al enemigo a efectuar una retirada desordenada que contagiaría al resto del campo de batalla y dejaría a los confederados en poder del terreno y de la victoria táctica. Aunque la lucha que siguió es llamada «la Carga de Pickett», en realidad se efectuó bajo el mando de Longstreet.

A las tres de la tarde del 3 de julio, quince mil soldados confederados avanzaron a través de cuatrocientos metros de campo abierto hacia las tropas de la Unión atrincheradas en las alturas. Como preparación, la artillería confederada había disparado durante dos horas, pero sus balas pasaron por encima de las cabezas de los artilleros de la Unión, que ahora se prepararon para vengarse de Fredericksburg.

La artillería de la Unión, intacta y silenciosa, esperó a que la carga de los confederados los pusiese a una distancia conveniente, y luego los cañones empezaron a disparar incesantemente. La carga confederada sencillamente se esfumó. Unos pocos hombres llegaron a las alturas donde el ejército de la Unión esperaba, sólo para morir allí. No sobrevivieron más que un número insignificante de ellos.

La «Carga de Pickett» a veces es llamada «el apogeo de la Confederación», como si fuese un intento de alcanzar la victoria que fracasó por muy poco. En realidad, la carga no tenía ninguna posibilidad de éxito.

Una vez terminada, Lee tuvo que retirarse, después de sufrir una clara derrota. De nuevo permaneció en el campo de batalla hasta el día siguiente, como para demostrar que no había sido vencido, pero luego se marchó cansadamente al Sur con lo que quedaba de su ejército. Había tenido veinticinco mil bajas, de su ejército de setenta y cinco mil hombres.

Al llegar al Potomac, lo encontró muy crecido por las lluvias e imposible de pasar. Esto habría sido el colmo para el ejército de Lee, si Meade lo hubiera perseguido y atacado nuevamente, y Lincoln le ordenó desesperadamente que lo hiciera. Pero el ejército de la Unión también había sido duramente golpeado con veintitrés mil bajas de los ochenta mil hombres que habían combatido. Esto, sumado a las lluvias que caían y el terror que Lee inspiraba siempre a los generales de la Unión, hizo que Meade pensase sencillamente que no podía desplazarse con suficiente velocidad.

Lee escapó a Virginia para volver a combatir algún día y, el 1 de agosto, los dos ejércitos estaban nuevamente en las posiciones que habían ocupado en los dos años anteriores. Lincoln se lamentó de la oportunidad perdida, pero no destituyó a Meade. No podía quitar el mando a un general que acababa de derrotar a Lee.

El 4 de julio de 1863, mientras el ejército de Lee se hallaba desesperadamente herido y en retirada, llegó la noticia de que, después de un incesante bombardeo de seis semanas por el resuelto Grant, Vicksburg, con su guarnición de treinta mil hombres, se había rendido. Cinco días más tarde, Port Hud-son, a 210 kilómetros al sur de Vicksburg, también se rindió y todo el Mississippi estuvo en manos de la Unión. (Lincoln decía en una carta escrita poco después: «El Padre de las Aguas nuevamente va sin ser molestado hasta el mar».)

Ese mes de julio de 1863 marcó un claro viraje, y aunque los motines por el reclutamiento en Nueva York empañaron un poco el triunfo, todo el mundo comprendió que lo era.

Aún se construían en Gran Bretaña los arietes acorazados, pero la Unión estaba construyendo a gran velocidad barcos que podían servir como buques corsarios; Adams pudo ahora decir fríamente al gobierno británico que, si se permitía que los barcos con arietes navegasen como barcos confederados, ello significaría la guerra. Después de Gettysburg, Gran Bretaña optó por no arriesgarse a una guerra y destinó los barcos a la armada británica. También Francia dejó de enviar barcos con suministros a la Confederación; y con el Mississippi en manos de la Unión, no había ninguna probabilidad de que el ejército de Lee recibiera suministros de México.

12. Ulysses S. Grant.

Rosearans fracasa.

Durante toda la primera mitad de 1863, Rosecrans, después de la estrecha victoria de la Unión en Murfreesboro, permaneció a la defensiva. Nuevamente Lincoln pidió acción y no consiguió nada. Ni siquiera la amenaza de destitución hizo que Rosecrans se moviera, hasta que decidiera que estaba listo.

Sólo el 26 de junio de 1863, mientras en el Este los ejércitos maniobraban para el combate que iba a estallar en Gett-ysburg, Rosecrans se consideró listo para atacar. Siguieron dos meses de lentas marchas y hábiles maniobras por parte del ejército de la Unión, pues Rosecrans aspiraba a destruir las líneas de suministros de Bragg y forzó al ejército confederado a retirarse continuamente. Después de diez semanas de maniobras sin efusión de sangre, prácticamente, los confederados fueron expulsados de Tennessee casi totalmente. Rosecrans tomó Chattanooga, casi sin lucha, el 8 de septiembre.

Rosecrans, tranquilizado por sus éxitos y pensando que Bragg estaba destrozado, ordenó una persecución general. Rosecrans hizo avanzar su ejército en columnas muy separadas, en un exceso de confianza.

Pero la Confederación padecía por sus derrotas en Gett-ysburg y Vicksburg, y Jefferson Davis ordenó personalmente a Longstreet trasladarse, con grandes fuerzas, del ejército de Lee al de Bragg.

Bragg, que no era uno de los mejores generales de la Confederación, perdió un par de oportunidades de derrotar al ejército de la Unión, pero lo mismo se preparaba para la batalla, pues sabía que pronto (cuando llegase Longstreet) se hallaría en una situación casi única para un general confederado: tendría ¡a ventaja del número. En cuanto a Rosecrans, comprendió demasiado tarde que sus divisiones separadas se hallaban en peligro y debía reunirías a toda velocidad, agotando a sus hombres y cayendo él mismo en una crispación nerviosa.

El 19 de septiembre el ejército confederado atacó cerca de Chickamauga Creek en el noroeste de Georgia, a dieciséis kilómetros al sur de Chattanooga, una región tan enmarañada de bosques y malezas que era prácticamente imposible para un general de cualquier bando ver lo que estaba ocurriendo. Al terminar el día, el resultado era indeciso, y Bragg tuvo la satisfacción de ver llegar a Longstreet esa noche.

Al segundo día, Rosecrans, comprendiendo que era superado en número, empezó a ceder bajo la tensión. Sus órdenes se hicieron apresuradas en exceso y su control de la línea de batalla se hizo vacilante.

Longstreet se preparaba para atacar la línea de la Unión, justamente cuando una orden de Rosencrans fue mal interpretada, de modo que una parte del ejército de la Unión se retiró de la línea, dejando una grieta. Longstreet penetró en la grieta y todo el flanco derecho del ejército de la Unión se derrumbó.

Rosecrans inició una presurosa retirada, y telegrafió a Lincoln con pánico que había sufrido un completo desastre, pero esta afirmación era prematura. En el centro, George Thomas y sus hombres resistían impasiblemente, rechazando a los confederados a suficiente distancia como para permitir al ejército de la Unión llevar a cabo una retirada ordenada hasta Chattanooga. (Thomas ha sido llamado desde entonces «la Roca de Chickamauga».) Si Rosecrans hubiese tenido la frialdad y el temple necesarios para ver lo que estaba ocurriendo y agruparse alrededor de Thomas, la batalla podía haber terminado de otro modo.

Aunque la batalla de Chickamauga fue una victoria confederada, las pérdidas confederadas fueron, en realidad, mayores que las de la Unión, nuevamente una situación extraña en una batalla de la Guerra Civil. Las bajas confederadas ascendían a 18.450 hombres, frente a 16.170 de la Unión. Las tropas de Bragg, pues, no estaban en condiciones de perseguir al enemigo, y el ejército de la Unión atravesó los dieciséis kilómetros hacia el Norte que había hasta Chattanooga sin ser molestado.

Pero una vez que sus hombres se recuperaron, Bragg avanzó hasta Chattanooga y la puso bajo sitio.

Esto fue el fin para Rosecrans. Lincoln había congratulado a Grant por la captura de Vicksburg y lo había elevado al rango de general de división, el 16 de octubre Lincoln puso a Grant al mando de todos los ejércitos al oeste de los Apalaches. El primer acto de Grant fue reemplazar a Rosecrans por Thomas. Luego acudió él mismo a Chattanooga y vio que la ciudad estaba casi rodeada, que sus líneas de suministros eran totalmente insuficientes y que el ejército de la Unión podía verse obligado a rendirse por hambre.

Reaccionó con su característica energía, primero apoderándose de los territorios situados a lo largo del río Tennes-see, luego construyendo un puente de pontones sobre él y estableciendo comunicaciones adecuadas. Después reunió refuerzos bajo el mando de Hooker y Sherman y empezó a preparar una ofensiva.

Mientras ocurría todo esto, Lincoln viajaba a Gettysburg. Una parte de este gran campo de batalla se había convertido en un cementerio donde miles de soldados muertos aún estaban por ser enterrados. Iba a ser inaugurado el 19 de noviembre de 1863, y Edward Everett, que había sido candidato a vicepresidente por la Unión Constitucional tres años antes, iba a pronunciar una de esas largas y grandiosas oraciones por entonces en boga. Se preguntó a Lincoln si asistiría a la ceremonia, y éste aceptó.

Everett llegó al final. Había meteorizado su discurso de trece mil palabras y lo había pronunciado durante un lapso de dos horas, con todo el floreo y lustre de un consumado orador.

Luego, finalmente, Lincoln se levantó y pronunció un discurso de tres minutos que no contenía ningún tono triunfal, ningún llamado a odiar al enemigo. Habló tristemente de la muerte y del precio que los hombres deben pagar por la libertad, y afirmó, con calma y

seguridad, que la libertad valía tal precio. La alocución de Gettysburg es, quizá, el más breve de todos los grandes discursos conservados por la historia, y tal vez el más grande de todos. Aún nos suena a verdadero hoy en día, aunque cada una de sus frases ha llegado a formar parte del lenguaje común por las repetidas citaciones:

Hace ochenta y siete años, nuestros padres crearon en este continente una nueva nación, concebida en Libertad e imbuida de la creencia de que todos los hombres son creados iguales.

Ahora estamos empeñados en una gran guerra civil, en la que se pone a prueba si esta nación o si cualquier nación así concebida y con tales ideales puede durar largo tiempo. Nos encontramos en un gran campo de batalla de esta guerra. Hemos venido a dedicar este campo como lugar final de reposo para aquellos que aquí dieron sus vidas para que esta nación viva. Es totalmente correcto y apropiado que hagamos esto.

Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar, este terreno. Los valientes hombres, vivos y muertos, que lucharon aquí lo han consagrado, muy por encima de nuestro escaso poder de añadir o quitar. El mundo tomará poco en cuenta, y no recordará, lo que decimos aquí, pero nunca olvidará lo que ellos hicieron aquí. En cambio, nos corresponde a nosotros, los vivos, comprometernos a dedicarnos a la tarea inconcusa que quienes han combatido aquí han hecho avanzar tan noblemente hasta ahora. Nos corresponde comprometernos » aquí a dedicarnos a la gran tarea que nos queda por delante: que por estos venerados muertos aumente nuestra devoción a la causa a la que ellos dieron toda su devoción; tomemos la firme resolución de que estos muertos no hayan muerto en vano; de que esta nación, conducida por Dios, conozca un renacer de la libertad, y de que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la tierra.

Apenas Lincoln volvió a Washington, empezaron las acciones en el frente de Chattanooga. El 24 de noviembre de 1863 Hooker atacó el ala izquierda confederada y Sherman el ala derecha. Chocaron con una firme resistencia, pues el ejército confederado (superado en número esta vez) ocupaba una posición defensiva fuerte.

Bragg llevó a sus hombres de vuelta a Missionary Ridge, que sería particularmente difícil de tomar por las fuerzas de la Unión, y al día siguiente se reanudó la lucha.

En ese momento, los hombres de Thomas del centro, que estaban entre los que habían combatido y perdido en Chicka-mauga y se sentían irritados por las burlas de los nuevos hombres que se habían incorporado al ejército, fueron enviados contra los cañones confederados de la base de Missionary Ridge. Los contingentes de la Unión, sin recibir órdenes, cargaron trepando por la colina y tratando de llegar a la cima. Fue una acción temeraria, pero los soldados confederados no pudieron resistir más. La vista de esos hombres enfurecidos que avanzaban hacia ellos con el mayor arrojo, sin importarles, al parecer, el fuego de artillería dirigido contra ellos, quebró su espíritu. Fue una «Carga de Pickett» que tuvo éxito, pues las fuerzas confederadas huyeron. Grant aprovechó instantáneamente la situación, lanzó nuevos ataques y Bragg tuvo que retirarse a Georgia.

La batalla de Chattanooga fue una victoria de la Unión (los confederados sufrieron sesenta y siete mil bajas, por cincuenta y ocho mil de la Unión) que anuló completamente la derrota de Chickamauga.

Grant resultó ser el héroe del día para la Unión. Fue a Washington a recibir una medalla, otro ascenso y el agradecimiento personal de Lincoln. La apariencia de Grant no era muy impresionante, pero nadie se preocupó por ello. Ni siquiera los persistentes, y falsos, rumores de que era un borracho podían ya perjudicarlo. Lincoln les puso fin declarando secamente, cuando alguna de tales quejas llegaba a sus oídos: «Quisiera saber cuál es la marca de lo que bebe; les enviaría algunas cajas a mis otros generales».

Choque de gigantes

Lincoln sabía que finalmente había hallado el general que buscaba. Necesitaba un general que atacase, siguiese atacando si era derrotado, y continuase vigorosamente si era victorioso. En Grant tenía a ese hombre; el 9 de marzo de 1864 Lincoln nombró a Grant comandante en jefe de todos los ejércitos de la Unión. Halleck, antaño superior de Grant y enemigo suyo, ahora era su subordinado.

Con Grant al mando, ocurrieron dos cosas. Los ejércitos separados de la Unión fueron unificados, por primera vez, en una sola fuerza. Ya ningún ejército actuó según los deseos de su jefe, sin consideración a lo que ocurría en otros escenarios. Ahora todos estaban bajo la supervisión de hierro de Grant, quien tenía la intención de hacer que todos se movieran al mismo tiempo. Meade en Virginia y Sherman en Georgia, en particular. En segundo lugar, Grant no tenía como meta ninguna ciudad, ni siquiera Richmond. Su objetivo eran los ejércitos confederados; una vez destruidos, las ciudades caerían solas.

Sherman, en el extremo noroccidental de Georgia, debía enfrentarse con Joseph Johnston, que había reemplazado a Bragg después de la batalla de Chattanooga. En cuanto al mismo Grant, acompañaría al ejército de Meade, que se dirigió directamente contra el temible Lee, y tenía intención de no cejar hasta acabar con su labor.

Grant pasó marzo y abril organizando a sus ejércitos y dando instrucciones a sus generales. El 4 de mayo de 1864 el ejército de Grant (Meade estaba a su mando, en realidad, pero él y Grant trabajaban juntos estrechamente) hizo rumbo hacia el Sur, y el 7 de mayo el ejército de Sherman también se dirigió hacia el Sur.

La intención de Grant era rodear el flanco de Lee, obligarlo a retirarse continuamente y luego atacarlo en algún punto elegido por Grant, haciendo con él lo que Rosencrans había hecho con Bragg casi un año antes, en Tennessee. Pero Lee no era Bragg. Atrapó al ejército de Grant, el 5 de mayo, en La Soledad, la accidentada región boscosa donde se había librado la batalla de Chancellorsville, perdida por la Unión justamente un año antes.

El terreno cubierto de vegetación impedía a Grant aprovechar al máximo su mayor masa de hombres, y los confederados conocían mejor el lugar. Además, Grant contaba con el movimiento coordinado de un ejército de la Unión en la costa de Virginia, pero esas tropas estaban al mando del totalmente incompetente Butler, que nunca logró que se moviera. Grant, pues, tuvo que luchar sin la ayuda del ataque y diversión de flanco con que contaba.

En dos días de combate, Lee usó su ejército más pequeño con su consumada habilidad habitual, aprovechando todo elemento favorable y recibiendo pequeños refuerzos cuando los necesitaba*. Cuando la batalla terminó, las pérdidas totales de la Unión ascendían a cerca de dieciocho mil hombres, por pérdidas confederadas de sólo diez mil.

Pero Lee no tenía motivos de júbilo. La batalla había sido diferente de todas las otras que había librado, pues por primera vez el general enemigo no le dejaba espacio para maniobrar, ninguna posibilidad de realizar el tipo de juego con el que había quebrado el espíritu de la Unión en la Segunda Batalla de Bull Run y en Chancellorsville. Las fuerzas de la Unión habían sido enviadas adelante incesantemente y había quedado acorralado. Si esa situación continuaba, sería derrotado.

Pero ¿continuaría? Hasta entonces, toda vez que Lee había derrotado a un ejército de la Unión, éste se había escabullido a Washington. Los mismos soldados de la Unión esperaban que esto ocurriese ahora. Esta vez no ocurrió. Grant aceptó hoscamente las bajas y se dispuso a avanzar nuevamente, tratando aún de rodear el flanco derecho de Lee.

Lee frustró este segundo esfuerzo, también, mas para hacerlo tuvo que marchar al Sudeste, y los dos ejércitos se enfrentaron una vez más en Spotsylvania, a diecisiete kilómetros al sudeste de Chancellorsville.

Durante otros cinco días, del 8 al 12 de mayo, los ejércitos combatieron aquí, en la que probablemente fue la batalla más encarnizada y prolongada que se haya librado en suelo americano. Fue una repetición de La Soledad, con Grant atacando incesantemente y Lee

parando los ataques hábilmente. De nuevo, las pérdidas de Grant fueron mucho mayores que las de Lee, y, de nuevo, Grant no pensó en retirarse. Cuando el combate terminó, Grant envió torvamente un mensaje a Washington diciendo que «me propongo luchar siguiendo esta línea aunque me lleve todo el verano».

Grant siguió recibiendo refuerzos, y la habilidad de Lee fue finalmente neutralizada por el mero peso superior de su adversario, un bulldog que no soltaba su presa. Hasta la caballería confederada fracasó. Por último, el jefe de caballería de la Unión, Buford, había muerto en la cama en el anterior mes de diciembre, pero fue sucedido por un jefe aún más capaz, Philip Henry Sheridan (nacido en Albany, Nueva York, el 6 de marzo de 1831, hijo de inmigrantes irlandeses).

Sheridan había luchado durante la guerra en Tennessee, ganando ascenso tras ascenso. Finalmente, bajo los ojos de Grant, fue Sheridan quien condujo esa alocada carga por la montaña que obtuvo el triunfo en la batalla de Chattanooga. Ahora Grant le nombró jefe de la caballería de la Unión y complació al pequeño pero combativo general (sólo medía 1,60 m) permitiéndole hacerse cargo nada menos que de Jeb Stuart.

Sheridan y Stuart se enfrentaron el 11 de mayo en Yellow Tavern, a unos quince kilómetros al norte de Richmond. La caballería de la Unión superaba mucho en número a los confederados y los barrió, matando a Stuart. En adelante, la caballería de la Unión dominó los campos de batalla. (Sin embargo, si Sheridan hubiese luchado en estrecha cooperación con la infantería de la Unión, en vez de tratar de ser más Stuart que Stuart, el avance de Grant podía haber sido menos sangriento para la Unión.)

Una vez terminada la lucha en Spotsylvania, Grant nuevamente trató de rodear el flanco derecho de Lee, y nuevamente Lee trató de impedirlo. Esta vez, Lee preparó cuidadosamente el siguiente punto de resistencia. Los dos ejércitos se deslizaron al Sudeste y, el 1 de junio, Lee llegó a ese punto preparado, en Cold Harbor, a unos quince kilómetros al este de Richmond. Dos años antes, el ejército de McClellan había combatido en esa región y, aunque sólo ligeramente dañado, se había retirado. Ahora era el ejército de Grant el que estaba allí, muy dañado pero que nunca retrocedía.

Aquí Grant cometió un grave error. Pensando que el ejército confederado había sido tan quebrantado en las batallas anteriores que una buena embestida podía hacer que se desplomase y subestimando la fortaleza de la posición confederada, ordenó un avance general de toda la línea el 3 de junio de 1864.

Fue una matanza. En menos de una hora, Grant perdió siete mil hombres, frente a sólo dos mil quinientos de los confederados, y tuvo que suspender el ataque.

Pese a su éxito en Cold Harbor, Lee se halló en una situación muy grave. En un mes de lucha, Grant había llegado a las vecindades de Richmond. Sin duda, había sufrido grandes pérdidas, pero Lee también. En verdad, las pérdidas de Lee habían sido mayores, en proporción a los hombres de que disponía. Su ejército se estaba convirtiendo en el fantasma, andrajoso y muerto de hambre, de lo que había sido, mientras que Grant disponía de suministros aparentemente inagotables de hombres, alimentos y materiales.

Era menester a toda costa quitar la mano de Grant de la garganta confederada. Si las batallas sangrientas no lo conseguían, Lee vería si los corazones de los políticos de Washington eran menos firmes que el de Grant. Decidió enviar un ejército al valle del Shenadoah y llegar lo más cerca posible de Washington, con la esperanza de que Grant fuese llamado de vuelta.

El ataque de diversión fue puesto al mando de]ubal An-derson Early (nacido en Franklin County, Virginia, el 3 de noviembre de 1816), quien, como Lee, se había opuesto enérgicamente a la secesión, pero luego se había puesto del lado de su Estado. El 2 de julio de 1864, mientras se preparaba el pequeño asalto sangriento contra Cold Harbor, Early condujo unos veinte mil hombres al Norte, hacia Washington.

La velocidad era de suprema importancia. Early tenía que llegar a Washington de modo completamente sorpresivo y antes de que pudiesen movilizarse fuerzas contra él. Sólo si la ciudad era atrapada desprevenida y se le hacía sentir su indefensión podía estar seguro de que el gobierno, atemorizado, pediría a gritos la protección de Grant.
El 9 de julio Early había cruzado el Potomac y se hallaba ante el río Monocacy, a sólo sesenta y cinco kilómetros al oeste de Washington; allí encontró fuerzas de la Unión al mando de Lew Wallace (nacido en Brookville, Indiana, el 10 de abril de 1827). Wallace (quien veinte años más tarde escribiría la novela best-seller Ben Hur) había combatido en Fort Donel-sbn y Shiloh, pero fue el 9 de julio de 1864, en la batalla del Monocacy, cuando prestó sus mejores servicios a la nación.
Wallace era superado por más de dos a uno, pero ofreció una dura resistencia. Aunque fue derrotado, logró dos cosas. Washington fue prevenido de lo que sucedía, y Early se retrasó dos días, tiempo en el cual Grant logró enviar tropas a la ciudad. Cuando Early llegó a Washington, el 11 de julio, todo lo que pudo hacer fue intercambiar algunos disparos con soldados de la Unión y luego marcharse*.
De vuelta de su incursión, Early llevó al ejército de Lee suministros de material saqueado de los que había extrema necesidad; esto alentó a los confederados, pero la operación no había logrado lo que esperaba Lee. Grant no iba a permitir que el fogonazo de esta correría le hiciera aflojar la presión sobre Lee, ni Lincoln iba a ordenar a Grant que volviera.
En verdad, después de Cold Harbor, Grant decidió hacer otro intento (el cuarto) de rodear el flanco derecho de Lee. Contra el consejo de Halleck, Grant cruzó el río James el 12 de junio, realizando este difícil movimiento perfectamente, y finalmente fue más allá de Lee. Su intención era capturar Pe-tersburg, a treinta y dos kilómetros al sur de Richmond, y desde allí atacar a Lee nuevamente.
El plan era factible. La rapidez de la acción de Grant hizo que Petersburg estuviese prácticamente indefenso. Pero los
* El mismo Lincoln observó la escaramuza y, mientras permanecía absorto, con su estatura de un metro noventa centímetros y su habitual sombrero de copa, presentó un blanco fácil. En el ardor del momento, un teniente lo cogió del brazo y le gritó: «¡Bájese, idiota!». Pasado el peligro, Lincoln se volvió al teniente y le dijo, con su habitual sonrisa triste: «Me place ver que sabe usted cómo hablar con los civiles, teniente».diversos comandantes de la Unión que estaban en el lugar, sin Grant que los dirigiese, perdieron el tiempo por una u otra razón, y la noche cayó antes de que pudiesen entrar en la ciudad. Durante la noche, Lee hizo entrar desesperadamente a su ejército en Petersburg, y por la mañana era demasiado tarde. Después de una batalla de cuatro días en las afueras de Petersburg que costó a Grant ocho mil hombres más, puso sitio a la ciudad el 19 de junio.
Entre tanto, durante mayo y junio, mientras Grant y Lee se martillaban mutuamente con ahínco, Sherman realizaba un avance muy similar al de Grant en el noroeste de Georgia, contra un enemigo muy semejante a Lee. Sherman golpeaba y Johnston paraba el golpe; Sherman se deslizaba alrededor del flanco y Johnston se retiraba; luego Sherman golpeaba y Johnston eludía el golpe nuevamente.
Para el 27 de junio, Sherman se había abierto camino hasta Kennesaw Mountain, a ciento sesenta kilómetros al sudeste de Chattanooga y a sólo cincuenta kilómetros al norte de Atlanta, que era el más importante centro ferroviario que le quedaba a la Confederación al sur de Virginia. Ahora, como Grant en Cold Harbor, Sherman decidió que había llegado el momento de un ataque frontal directo. El resultado fue el mismo. El ejército de la Unión sufrió 2.000 bajas, por 270 de la Confederación. Pero Sherman, como Grant, siguió avanzando.

Nueva candidatura.

Grant y Sherman estaban destruyendo a la Confederación, pero a un gran coste, y la destrucción no era muy evidente para la ansiosa Unión. Aunque la Confederación se estaba desangrando y apenas podía mantenerse, mucha gente del pueblo pensaba que Grant y Sherman estaban golpeando a ciegas sin producir ningún resultado digno de mención.
La reputación de Grant, en particular, se desplomó. Su popularidad caía a medida que se elevaba la lista de bajas. Se convirtió en «el Carnicero Grant», y no se tomó en cuenta el hecho de que las bajas de Lee en realidad eran mayores en proporción al número total de sus hombres y de que el gran ejército de Lee había sido vapuleado hasta el punto de que nunca pudo tomar la ofensiva nuevamente.
No es de sorprenderse, pues, de que, al aproximarse a su fin el año 1864, los demócratas se fortalecieran y el clamor por la paz, aun al precio de la independencia de la Confederación fuese en aumento.
En cuanto a los republicanos radicales, estaban disgustados con Lincoln por no efectuar algún género de venganza contra las partes de la Confederación que estaban ya bajo control de la Unión y por no preparar una paz dura para el día en que la victoria fuese completa. El 31 de mayo algunos republicanos radicales realizaron una convención en Cleveland y eligieron a Frémont como candidato a presidente.
Lincoln se dio cuenta con aflicción de que era improbable que fuese reelegido. Además, su adversario victorioso tenía que ofrecer una plataforma de paz y luego proceder a destruir la Unión.
Lincoln pensó que podía tratar de hacer que se pospusiese la elección frente a la situación de emergencia nacional. A fin de cuentas, no se había realizado ninguna elección presidencial en tiempo de guerra, y aunque la Constitución no establecía ninguna estipulación para posponer elecciones, podía argüirse que la situación de 1864 jamás había sido prevista por los que elaboraron ese documento.
Pero Lincoln no pudo decidirse a hacer el intento. Un rígido calendario electoral, después de todo, formaba parte de lo que «esta nación, concebida en Libertad», era. Una vez sentado el precedente de una elección pospuesta, podía usarse el recurso una y otra vez para emergencias cada vez menores hasta convertirse meramente en un medio para perpetuar en el poder a un partido impopular. Entonces no habría ningún «gobierno del pueblo», y la Unión quedaría derrotada aunque ganase la guerra. Un pueblo libre, a fin de cuentas, debía admitir la posibilidad de que su libertad lo destruyese; si el pueblo merecía la libertad, esto no ocurriría.
Así, se ofreció al mundo el espectáculo de una nación en una emergencia de vida o muerte que llevaba a cabo un proceso electoral libre y abierto, en el que los adversarios del gobierno tenían libertad para censurar la política del gobierno y la guerra. Raramente Estados Unidos brilló con tanto esplendor en el mundo como en ese momento.
El 7 de junio el Partido de la Unión (republicanos y demócratas de la guerra) se reunió en Baltimore. En la primera votación, Lincoln fue nuevamente elegido candidato, convirtiéndose así en el primer presidente que se presentaba para su reelección desde Martin Van Burén en 1840.
Pero Hannibal Hamlin no fue reelegido candidato. Era un republicano radical, y el Partido de la Unión debía demostrar que no era partidista y ganar la mayor cantidad posible de esos decisivos votos demócratas. Se necesitaba, pues, a un demócrata de la guerra, y era probable que se eligiera a Andrew Johnson (nacido en Raleigh, Carolina del Norte, el 29 de diciembre de 1808).
Johnson se había criado en medio de una total pobreza y carecía de educación. Mientras trabajaba como aprendiz de sastre, había aprendido por sí solo a leer, pero a escribir no aprendió hasta después de casarse, cuando su mujer le enseñó.

Cuando Johnson era joven, su familia se trasladó a Tennes-see Oriental, donde los montañeses, como los de Virginia Occidental, no eran proesclavistas. Entró en la política, primero, como miembro de la Cámara de Representantes, luego fue gobernador de Tennessee y, posteriormente, senador.
Johnson se había opuesto a la secesión y llevó sus creencias hasta el punto de que él solo, de todos los senadores de los Estados esclavistas, abandonó a su Estado y permaneció en el Senado de Estados Unidos. Cuando fue retomado en su mayor parte por los ejércitos de la Unión, Lincoln nombró a Johnson gobernador militar del Estado.
La lealtad de Johnson a la Unión, pues, estaba probada, y era lógico nombrarlo candidato a vicepresidente, como prueba viva de que la Unión aún existía.
Pero la candidatura significaba poco si era solamente un paso hacia la derrotare las elecciones de noviembre. Lincoln esperaba alguna buena noticia, algún suceso que hiciese claro que la Unión estaba ganando la guerra. La espera parecía inútil, y pasó un duro verano.
El informe de la matanza sufrida por la Unión en Kenne-saw Mountain llegó tres semanas después de la elección de candidatos, y luego llegaron las noticias particularmente inquietantes de la incursión de Early. Más aún, la lucha en Georgia y Virginia se había casi paralizado.
En Georgia, Sherman finalmente había llegado a los alrededores de Atlanta. Jefferson Davis, fastidiado por la magistral retirada de Johnston, lo había relevado del mando, reemplazándolo el 17 de julio por John Bell Hood (nacido en Owingsville, Kentucky, el 1 de junio de 1831). Davis pensaba que Hood, quien había sido herido en Gettysburg y en Chic-kamauga, sería más agresivo que Johnston. Lo era. Tres veces se lanzó contra el ejército de Sherman a fines de julio, y tres veces se estrelló contra él. Fue rechazado con grandes pérdidas y tuvo que retirarse a Atlanta.
Pero tampoco Sherman pudo proseguir esas victorias con avances espectaculares. Tuvo que disponerse a asediar a Atlanta.
Y mientras tanto, el sitio de Petersburg, que ya llevaba siete semanas, se señaló por una acción particularmente estúpida por parte de la Unión.
Burnside (quien, desde el desastre de Fredericksburg, se había desempeñado bastante bien) autorizó la colocación de una mina bajo un sector de las defensas de Petersburg. Se cavó el túnel necesario y se colocaron cuatro toneladas de pólvora bajo un saliente descubierto de las líneas confederadas, con una mecha de 155 metros que llegaba hasta la parte de la Unión. La idea era abrir un gran agujero en las líneas confederadas y luego enviar hombres por él bajo la protección de la artillería, que aumentaría la confusión de los confederados.
El 30 de julio todo estaba listo. Después de algunos problemas con la mecha, la pólvora estalló, volando una batería de cañones confederados y varios cientos de hombres. Luego era necesario que las tropas de la Unión atacasen por la grieta de la línea confederada. Por supuesto, la explosión había formado un enorme cráter; 50 metros de largo, por 18 de ancho y 9 de profundidad; así, lo sensato habría sido enviar hombres a ambos lados del cráter, pues los sobrevivientes confederados cercanos al cráter estaban en una total confusión.
Pero Burnside, habiendo echado a perder el apoyo de la artillería, envió a sus hombres dentro del cráter. Mientras trataban de trepar por el reborde más alejado, los confederados se recuperaron y, al ver que había una gran masa de soldados inermes en un agujero, mataron a todos los que pudieron. El costo para la Unión fue de casi cuatro mil hombres. Ahora, finalmente, Burnside fue retirado del ejército*.
La situación en el frente político ese verano no era mejor. Los republicanos radicales, convencidos de que no conseguirían de Lincoln que impusiese un castigo suficientemente feroz a los Estados separados, prepararon un proyecto de ley que quitaba la

«reconstrucción» de los Estados separados de las manos de Lincoln y ponía su responsabilidad en el Congreso, en el cual los republicanos radicales eran poderosos.
El proyecto fue aprobado por ambas Cámaras el 4 de julio de 1864, pero Lincoln se negó a firmarlo antes de que el Congreso terminase sus sesiones, lo cual equivalía a vetarlo. Esto provocó un nuevo acceso de furia en los radicales, y pareció que Frémont arrebataría a Lincoln un número fatal de votos.
La influencia radical se hacía sentir hasta en el gabinete de ' Lincoln. Salmón Portland Chase había demostrado ser un eficaz secretario del Tesoro, pero esperaba ansiosamente reemplazar a Lincoln como presidente e intrigaba cada vez más abiertamente para lograr ese objetivo. Era un hombre de mal genio y tan absolutamente convencido de que era indispensable que en varias ocasiones presentó su renuncia, pero Lincoln la había rechazado, valorando la capacidad de Chase más allá de sus intrigas. Sin embargo, el 28 de junio de 1864 Chase ofreció nuevamente su renuncia por una pequeña diferencia fácil de resolver, y el 29 de junio Lincoln la aceptó calmadamente.
Sólo en el mar hubo algo que alivió el sombrío panorama de ese duro verano. El buque corsario confederado Alabama fue localizado finalmente en Cherburgo, Francia, por el buque de guerra de la Unión Kearsarge, cuyo capitán era John Ancrum Winslow (nacido en Wilmington, Carolina del Norte, el 19 de noviembre de 1811). El Kearsarge esperó al Alabama fuera del puerto; cuando apareció, los barcos sostuvieron un duelo de una hora y media, y el Alabama se hundió bajo el embate de la artillería superior del Kearsarge.
También se hicieron progresos en el puerto de Mobile, Alabama, uno de los últimos puntos costeros importantes que quedaban en poder de los confederados. Farragut, quien más de dos años antes había tomado Nueva Orleans, ahora entró en la bahía de Mobile. Uno de los barcos se hundió al chocar con un contenedor explosivo flotante (ahora llamados minas, pero a la sazón llamados torpedos), y Farragut fue urgido por algunos de sus oficiales a retroceder. Con furia, Farragut gritó: «¡Al demonio los torpedos!». Ordenó avanzar a toda velocidad y rápidamente dominó la bahía y obligó a los fuertes de la costa a rendirse.

La reelección.

Las dos buenas noticias concernientes a la lucha en el mar fueron bien recibidas, pero eran sucesos al margen de la guerra, por así decir, y no compensaron el aparente fracaso en Virginia y Georgia, después de tanto tiempo y tanta efusión de sangre. Cuando los demócratas finalmente se reunieron en Chicago» el 29 de agosto de 1864, lo hicieron con un ánimo de victoria expectante, si convencer a una nación a aceptar la derrota podía llamarse victoria. La convención fue dominada por derrotistas declarados, y el mismo Vallandigham escribió la parte de la plataforma para la campaña que pedía el cese del fuego.
Los demócratas luego pusieron en práctica una estrategia que ellos consideraron notable, eligiendo como candidato nada menos que a McClellan. Podía ser presentado como el gran general a quien la envidia y la incapacidad de Lincoln habían impedido ganar la guerra. McClellan, aún en uniforme pero ocioso desde Antietam, aceptó.
McClellan no tuvo el descaro de aceptar la plataforma de paz; la repudió y llamó a la continuación de la guerra hasta la victoria. Pero ¿quién podía dudar de que, una vez que fuera presidente, dada su innata incapacidad para actuar y su seguro fracaso en resistir a los demócratas de la paz que lo rodearían, pondría fin a la Guerra Civil y concedería la independencia a los Estados Confederados de América?*.
Como candidato a vicepresidente, los demócratas eligieron a un derrotista que era miembro del Congreso por Ohio, George Hunt Pendleton (nacido en Cincinnati, Ohio, el 29 de julio de 1825, pero que descendía de una vieja familia de Virginia).

* Tan seguro estaba Lincoln de esto que hizo jurar a su gabinete que cooperaría totalmente con McClellan, después de la esperada victoria de este en noviembre, para que la guerra terminase antes de su investidura en marzo. Si la Unión no podía ser salvada entonces, decía Lincoln, tampoco podría ser salvada después.
Y luego, casi inmediatamente después de que los demócratas concluyesen con éxito su convención, todo empezó a derrumbarse para ellos.
, Durante todo el mes de agosto Sherman había extendido metódicamente sus líneas alrededor de Atlanta, hasta que, al terminar el mes y mientras los demócratas se reunían, estuvo a punto de rodear completamente la ciudad. Hood no se atrevió a quedarse. El 1 de septiembre, inmediatamente después de que McClellan fuese elegido candidato, Hood sacó su ejército de la ciudad, y el 2 de septiembre Sherman entró en ella. La noticia de la captura de Atlanta produjo un entusiasmo histérico en la Unión.
Otras buenas noticias empezaron a llegar de Virginia. Mientras el ejército continuaba ante Petersburg, Grant decidió que no habría más correrías en el valle de Shenandoah, como aquella con la que Early había atemorizado a Washington. Phil She-ridan, que había dado fin a Jeb Stuart, fue enviado, en agosto, para realizar la tarea. Debía expulsar a los tropas confederadas del valle y luego devastarlo, para impedir que fuese usado como almacén de alimentos para el ejército de Lee.
Sheridan se puso a trabajar con entusiasmo. En teoría, se suponía que su ejército no perjudicaría a los no combatientes y se evitaría la destrucción de todo lo que no fuese de utilidad para la guerra. Pero tales consideraciones eran poco válidas cuando la guerra había arreciado allí durante tres años y los soldados de ambos bandos habían hecho saqueos y cometido atrocidades*. Los soldados de la Unión empezaron a destruir todo lo que estaba a la vista, convirtiendo el hermoso y fructífero valle en una tierra asolada. Las noticias de la batida de Sheridan por el valle se sumaron a las de la captura de Atlanta por Sherman y aumentó el júbilo de los corazones de la Unión.
Early fue enviado para detener a Sheridan, pero ahora la caballería de la Unión era imbatible. El 19 de septiembre Sheridan derrotó a Early en Winchester, en los tramos nororien-tales del valle, a ciento treinta kilómetros al oeste de Washington, y luego nuevamente en Fisher's Hill, a cuarenta kilómetros al sudoeste de Winchester, el 22 de septiembre.
La devastación efectuada por las tropas de Sheridan continuó, pero Early hizo un último intento. El ejército de la Unión estaba en Cedar Creek, a treinta kilómetros al sur de Winchester, seguro de que los confederados no atacarían.
Pero Early atacó, el 19 de octubre de 1864, y empezó a hacer retroceder a las fuerzas dispersas de la Unión, que habían sido cogidas por sorpresa. Sheridan, informado de estos sucesos, se apresuró a marchar al escenario de la lucha, espoleando a su caballo como un loco al llegar al tramo final. Detuvo a sus hombres en retirada, que estallaron de alegría al verlo, y los condujo de vuelta a la batalla, obteniendo una victoria completa. La Confederación fue expulsada para siempre del valle del Shenandoah.
La «Cabalgada de Sheridan» también contribuyó a elevar el espíritu de la gente de la Unión, que durante tanto tiempo sólo había oído hablar de hazañas confederadas.
El brillo de estas victorias se produjo justo a tiempo para dar popularidad a Lincoln, finalmente. La nación empezó a comprender que sólo él, bajo el peso de un desastre tras otro, no había desfallecido ni cedido, sino que había permanecido firme mientras todos los hombres pequeños aullaban a su alrededor. El 22 de septiembre Frémont renunció a la candidatura republicana radical, y los radicales empezaron a afluir a Lincoln nuevamente hasta el último hombre, mientras los demócratas sentían que su público empezaba a enfriarse.

Los Estados esclavistas siguieron disminuyendo, y los Estados libres expandiéndose. El 13 de octubre de 1864 Maryland adoptó una constitución antiesclavista y se convirtió en un Estado libre (el vigesimoprimero, incluyendo a Virginia «Occidental). Todo Estado libre contaba, pues los republicanos radicales planeaban prohibir la esclavitud en los Estados Unidos mediante una enmienda constitucional, de modo de ponerle fin para siempre. Para lograr este propósito necesitaban más votos en el Senado. El territorio de Nevada, con una población creciente a causa de sus minas de plata, era ardientemente antiesclavista, y aunque la población aún no había alcanzado el nivel requerido, se le permitió entrar en la Unión el 31 de octubre de 1864, convirtiéndose en el trigesimosexto Estado de la Unión (y el vigesimosegundo Estado libre, ahora que Maryland había cambiado).
El 8 de noviembre de 1864 se realizaron las elecciones presidenciales y Lincoln logró el triunfo, pasando a ser el primer presidente reelegido desde Jackson, en 1832. En lo concerniente al voto popular, Lincoln obtuvo 2,2 millones (el 55 por 100 del total), contra 1,8 millones de McClellan. Los once Estados de la Confederación no votaron, aunque su territorio estaba bajo el control de la Unión. De los veinticinco Estados restantes, McClellan ganó los 21 votos electorales de dos Estados fronterizos, Delaware y Kentucky, más Nueva Jersey.
Los republicanos también aumentaron su número en ambas Cámaras del Trigesimonoveno Congreso, con 42 a 10 en el Senado y 149 a 47 en la Cámara de Representantes. El Partido Demócrata, que había sido el partido mayoritario de Estados Unidos durante más de sesenta años, quedó tan desprestigiado por esa última campaña que no recuperó esa posición durante otros sesenta años.
Era claro ahora que los días de la Confederación estaban contados. Los jefes confederados hablaban bravamente de obligar a Sherman a abandonar Atlanta cortando sus líneas de comunicaciones y demoliéndolo en su retirada, pero esto no ocurrió. Hood envió contingentes a Tennessee para destruir esas líneas de comunicaciones, pero la Roca de Chicka-mauga, Thomas, los estaba esperando. El 16 de diciembre el ejército de Hood fue derrotado en Nashville (pese a los prodigios de valor que realizó Forrest, el único jefe de caballería confederado que nunca fue derrotado) y salió de Tennessee para no volver jamás.
Mientras tanto, Sherman había decidido olvidarse de sus líneas de comunicaciones totalmente (como él y Grant habían hecho en Vicksburg). Cuando abandonó Atlanta (en llamas) no fue para retirarse, sino para avanzar al sudeste, a Georgia.
El 16 de noviembre de 1864, con un ejército de sesenta mil hombres, empezó una marcha de 430 kilómetros hacia el mar, viviendo de los productos locales y destruyendo todo lo demás. En su camino, una extensión de tierras de cien kilómetros de ancho fue asolada totalmente y luego incendiada.
Sherman no se hacía ilusiones con respecto a las villanías que sus hombres estaban cometiendo. «La guerra es un infiemo», decía. En efecto, y es muy triste que los seres humanos nunca hayan aprendido esta lección, la más obvia y repetida de todas.
El 22 de diciembre Sherman estaba en Savannah, sobre la costa de Georgia; envió la noticia a Lincoln como regalo de Navidad.
Otro acontecimiento del año que estaba llegando a su fin fue la muerte del viejo jacksoniano Taney, presidente del Tribunal Supremo, que había escrito la fatídica decisión sobre Dred Scott. Taney murió el 12 de octubre de 1864, después de veintiocho años como presidente del Tribunal Supremo*. Murió en la desesperación, pues era simpatizante de los confederados y había abrigado la esperanza de que el movimiento secesionista tuviese éxito. Habría usado el Tribunal Supremo para anular muchos de los poderes de guerra (probablemente inconstitucionales) asumidos por Lincoln, pero nunca tuvo la oportunidad

de hacerlo. El 6 de diciembre Lincoln eligió a Chass (su rival republicano radical) para reemplazar a Taney.
A comienzos de 1865, pues, el poder de lucha efectivo de la Confederación se limitaba a Virginia y las Carolinas, y el escenario se estaba reduciendo rápidamente. El 1 de febrero Sherman abandonó Savannah y marchó hacia el Norte. El 17 de febrero tomó e incendió Columbia, la capital de Carolina del Sur. Al día siguiente tomó Charleston, donde todo había empezado, un poco más de cuatro años antes. Luego pasó a Carolina del Sur y tomó Wilmington el 22 de febrero.
Pero aun entonces Jefferson Davis se negó a admitir que la guerra estaba perdida o que la Confederación debía pedir términos de paz. Nombró a Lee comandante en jefe del ejército de la Confederación el 31 de enero de 1865, y, en verdad, mientras Lee estuviese allí, la guerra no había terminado.
Así, Lincoln llegó a su segunda investidura, el 4 de marzo de 1865, cuando la guerra aún perduraba débilmente y con Lee -el mayor soldado de una causa perdida que el mundo había visto desde Aníbal, más de dos mil años antes- aún no derrotado.
En cuanto a Lincoln, la cercanía del fin no era una ocasión para el júbilo o triunfo partidista sobre un enemigo caído que había combatido tan maravillosamente. En cambio, Lincoln -indudablemente, el más grande estadounidense que haya existido- habló de enemigos que dejarían de serlo desde el momento en que los cañones callasen, para volver a ser compatriotas estadounidenses. Terminó su discurso inaugural con palabras similares a su Alocución de Gettysburg: «Sin rencor hacia nadie, con benevolencia para todos, con firmeza en el bien, en la medida en que Dios nos permite ver el bien, tratemos de terminar la labor en la que estamos empeñados, de curar las heridas de la nación, de cuidar del que ha combatido o de su viuda y su huérfano, de hacer todo lo que permita lograr y mantener una paz justa y perdurable entre nosotros y con todas las naciones».

Victoria... y muerte.

El ejército -cada vez más debilitado- de 54.000 hombres de Lee no podía conservar Petersburg contra la incesante e incansable presión de Grant, cuyo ejército ascendía ahora a 115.000 hombres. Sistemáticamente, Grant golpeaba y golpeaba.
El 1 de abril de 1865 Lee intentó efectuar un último ataque y, cuando fue rechazado, decidió abandonar Petersburg y unirse al ejército de Johnston, que estaba ahora en Carolina del Norte. Juntos podían continuar de algún modo.

El 12 de abril Lee sacó sus tropas de Petersburg y Rich-mond; y el gobierno confederado también abandonó su capital*. Grant persiguió a Lee, siendo su objetivo no tratar de destruir en batalla a Lee, sino sencillamente permanecer entre Lee y Johnston hasta que, finalmente, Lee no pudiera moverse.
En esto tuvo éxito y, el 9 de abril, con su ejército reducido a treinta mil hombres, todos muriéndose de hambre e incapaces de dar un paso más, Lee se rindió a Grant en Appomattox Court House, a cien kilómetros al oeste de Petersburg. johnston rindió su ejército a Sherman el 18 de abril, y en diversos lugares de la zona confederada otros grupos armados depusieron sus armas esa primavera. Los ejércitos restantes en la parte de la Confederación que estaba al oeste del Mississippi se rindieron el 26 de mayo, aunque Galveston, Texas, no se rindió hasta el 2 de junio.
La Guerra Civil terminó y no estalló inmediatamente la furia de la venganza. No hubo juicios, ejecuciones y matanzas inmediatos. Los términos de la rendición fueron suaves, de acuerdo con la dulzura de la segunda alocución inaugural de Lincoln.

Después de todo, ya había habido bastantes matanzas. En total hubo casi un millón de bajas, con mucho las más sangrientas pérdidas americanas, en proporción a la población, que Estados Unidos hubo sufrido nunca o hubiese de sufrir en una guerra hasta hoy.
Y el 14 de abril de 1865 a todas esas bajas se añadió una más..., la más trágica de todas.
Washington se hallaba en un estado de gran júbilo ese día, por las noticias de la rendición de Lee y el conocimiento de que, aparte de algunos detalles rutinarios, la guerra había terminado. Lincoln, libre del peso enorme que soportaban sus hombros, decidió ver una obra de teatro en el Ford's Theater esa noche.
En el teatro había un actor que, conocido de todos, podía ir de un lugar a otro sin ser advertido. Era John Wilkes Booth (nacido cerca de Bel Air, Maryland, el 26 de agosto de 1838), miembro de una renombrada familia del escenario y único miembro del grupo que era un simpatizante de los confederados, aunque había actuado en toda la Unión durante la guerra.
Booth no podía resignarse a la derrota confederada. Acusando de esa derrota a Lincoln (con razón), al parecer decidió que algo se podía ganar matando al presidente en ese momento, aunque ya todo había terminado.
Los guardias del Servicio Secreto que, se suponía, debían estar vigilando el palco de Lincoln estaban, en cambio, viendo la obra. Booth entró en el palco, disparó sobre el presidente a bocajarro y luego saltó del palco al escenario, rompiéndose el tobillo en el proceso. Blandiendo un cuchillo, gritó: «Sic semper tyrannys» («Así siempre, a los tiranos»), que es el lema del Estado de Virginia, y logró escapar. Fue perseguido y, finalmente, localizado y muerto a tiros el 26 de octubre, en un granero cercano a Bowling Green, Virginia, a cien kilómetros al sur de Washington.
Pero ¿de qué sirvió esto? ¿Qué importaba la miserable vida de Booth? A las 7,22 de la mañana del 15, Lincoln murió; fue el primer presidente americano que murió asesinado. El secretario de Guerra, Stanton, murmuró: «Ahora pertenece a la eternidad».
Lincoln murió en el momento de la victoria, después de ser, prácticamente solo, la columna dorsal y la sabiduría que salvó a la Unión. La nación, en su momento de júbilo, fue lanzada a la aflicción.
Walt Whitman (nacido en West Hills, Long Island, Nueva York, el 13 de mayo de 1819) expresó la congoja de todos en los primeros versos de «¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!»:
¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!, nuestro temible viaje ha terminado. El barco ha resistido todos los temporales, ganamos el premio que ansiábamos El puerto está cerca, oigo las campanas, la gente está exultante, , Mientras los ojos siguen la firme quilla, el barco tenaz y osado. Pero, ¡oh, corazón!, ¡corazón!, ¡corazón! ¡Oh!, las sangrientas gotas rojas.
En la cubierta donde yace mi capitán. Caído, frío y muerto.
Pero el asesinato de Lincoln no fue en absoluto una tragedia personal; fue una profunda derrota para los Estados Unidos y, sobre todo, para aquellos Estados que habían formado los ahora difuntos Estados Confederados de América. Lincoln, con el enorme prestigio de su victoria, podía haber frenado a los republicanos radicales que dominaban el Congreso. Podía haber establecido la paz magnánima que deseaba y curado las heridas de la guerra antes de que terminase su segundo mandato.
En cambio, ahora era presidente Andrew Johnson. Era un buen hombre que hizo lo que pudo, pero carecía de las aptitudes que exigían los tiempos y la nación cayó en décadas de veneno y corrupción, casi tan trágicas como la guerra misma y que dejarían secuelas que nos perturban hasta hoy.

Cronología.

1816 El 10 de abril se crea el segundo Banco de los Estados Unidos. El 27 de abril se establece el Arancel de 1816, primer arancel proteccionista. El 27 de julio comienza la Primera Guerra Seminóla. El 4 de diciembre James Monroe es elegido quinto presidente de Estados Unidos. El 11 de diciembre Indiana entra en la Unión como el decimonoveno Estado (el décimo Estado libre).
1817 El 4 de marzo es investido Monroe. El 10 de diciembre Missis-sippi entra en la Unión como el vigésimo Estado (el décimo Estado esclavista). El 26 de diciembre Andrew Jackson asume el mando en la Primera Guerra Seminóla.
1818 El 4 de abril se adopta el diseño actual de la bandera americana. El 7 de abril Jackson toma San Marcos, en Florida. El 16 de abril es aprobado el Tratado Rush-Bagot. El 29 de abril Jackson ahorca a dos ingleses en la Florida. El 24 de mayo Jackson toma Pensacola, en Florida. El 3 de diciembre Illinois entra en la Unión como el vigesimoprimer Estado (el undécimo Estado libre).
1819 El 2 de febrero el Tribunal Supremo decide sobre el caso del Dartmouth College. El 22 de febrero se aprueba el Tratado Adams-Onis; Estados Unidos se anexa la Florida. El 6 de marzo el Tribunal Supremo dicta sentencia en el caso «McCullough contra Maryland». El 14 de diciembre Alabama entra en la Unión como el vigesimosegundo Estado (el undécimo Estado esclavista).
1820 La población de Estados Unidos es de 9.638.453 personas. El 6 de marzo se adopta el Compromiso de Missouri. El 15 de marzo Maine entra en la Unión como el vigesimotercer Estado (el duodécimo Estado libre). El 6 de diciembre Monroe es elegido.
1821 El 17 de enero Moses Austin recibe una carta para establecerse en Texas. El 24 de febrero México se declara independiente de España. El 5 de marzo Monroe es investido por segunda vez. El 10 de agosto Missouri entra en la Unión como el vige-simocuarto Estado (el duodécimo Estado esclavista).
1822 El 12 de diciembre Estados Unidos reconoce la independencia de México.
1823 El 2 de diciembre se anuncia la Doctrina Monroe.
1824 El 14 de febrero se realiza la última reunión electoral para elegir candidatos presidenciales. El 14 de agosto llega a Estados Unidos el marqués de Lafayette. El 1 de diciembre se realizan elecciones presidenciales inconcluyentes.
1825 El 9 de febrero la Cámara de Representantes elige a John Quincy Adams sexto presidente de los Estados Unidos. El 4 de marzo Adams es investido. El 24 de marzo México abre las puertas a los colonos estadounidenses en Texas. El 17 de junio Lafayette pone la piedra angular del Monumento de Bunker Hill. El 26 de octubre es terminado el canal de Erie.
1826 El 4 de julio mueren John Adams y Thomas Jefferson.
1827 El 22 de septiembre Joseph Smith halla láminas de oro con el «Libro de Mormón».
1828 El 19 de mayo el «Arancel de las Abominaciones» se convierte en ley. El 4 de julio comienza la construcción del ferrocarril de Baltimore y Ohio (el primero de Estados Unidos). El 3 de diciembre Andrew Jackson es elegido séptimo presidente de Estados Unidos.
1829 El 4 de marzo es investido Jackson.
1830 La población de Estados Unidos es de 12.866.020 personas. Del 19 al 27 de enero se desarrolla el debate Webster-Hayne. El 6 de abril se crea la Iglesia de los Santos del Último Día (mor-mones), primera secta religiosa totalmente estadounidense.
13 de abril Jackson brinda por «Nuestra Unión Federal...» El 24 de mayo se completan los primeros 20 kilómetros del Ferrocarril de Baltimore y Ohio.
1831 El 1 de enero William Lloyd Garrison funda The Liberator. El 4 de julio muere Monroe. El 21 de agosto se produce la rebelión de Nat Turnen El 26 de septiembre se funda el Partido Antimasón.

1832 El 9 de enero Biddle trata de que se dé una nueva carta al Banco de los Estados Unidos. El 27 de enero el discurso de William L. March da nombre al «sistema de los despojos». El 6 de abril comienza la Guerra India de Halcón Negro. El 1 de junio muere Thomas Sumter, último general sobreviviente de la Guerra Revolucionaria. El 2 de agosto termina la Guerra India de Halcón Negro. El 14 de noviembre muere Charles Carroll, último firmante sobreviviente de la Declaración de la Independencia. El 24 de noviembre Carolina del Sur aprueba la Ordenanza de Anulación. El 5 de diciembre es reelegido Jackson. El 10 de diciembre Jackson hace conocer la proclamación contra la anulación.
1833 El 2 de marzo Jackson pone en vigencia la Ley sobre la Fuerza. El 4 de marzo Jackson es investido por segunda vez. El 15 de marzo Carolina del Sur rescinde la Ordenanza de Anulación. El 28 de agosto Gran Bretaña suprime la esclavitud en todas sus posesiones.
1834 El 1 de octubre el gobierno retira sus depósitos del Banco de los Estados Unidos.

1834 Cyrus H. McCormick inventa la segadora mecánica.
1835 El 6 de julio muere John Marshall. El 29 de octubre recibe su nombre la facción locofoco de los demócratas. En noviembre comienza la Segunda Guerra Seminóla.
1836 El 2 de marzo Texas se declara independiente de México. El 6 de marzo Santa Anna (México) toma El Álamo. El 15 de marzo Roger B. Taney es nombrado presidente del Tribunal Supremo. El 21 de abril se afirma la independencia de Texas con la batalla de San Jacinto. El 26 de mayo la Cámara de Representantes adopta la «regla mordaza» sobre la esclavitud. El 15 de junio Ar-kansas entra en la Unión como el vigesimoquinto Estado (el de-cimotercer Estado esclavista). El 28 de junio muere James Madison, el último de los padres fundadores. El 11 de julio: «Circular del Metálico». El 22 de octubre Sam Houston se convierte en el primer presidente de Texas. El 7 de diciembre Martin Van Burén es elegido octavo presidente de los Estados Unidos.
1837 El 26 de enero Michigan entra en la Unión como el vigésimo-sexto Estado (decimotercer Estado libre). El 3 de marzo Estados Unidos reconoce la independencia de Texas. El 4 de marzo es investido Van Burén. El 10 de mayo empieza el pánico de 1837. El 7 de noviembre^lijah P. Lovejoy es asesinado por una multitud antiabolicionista. El 4 de diciembre estalla la rebelión de William L. McKenzie en Canadá. El 29 de diciembre los canadienses incendian el Caroline.
1838 El 18 de agosto Charles Wilkes parte para la expedición exploratoria de la Antártida.
1839 El 11 de febrero, el informe de Durham pone los cimientos de la autonomía canadiense. En febrero y marzo se desarrolla la Guerra de Aroostook. El 25 de septiembre Francia reconoce la independenda de Texas. El 13 de noviembre se funda el Partido de la Libertad.
1840 La población de Estados Unidos es de 17.069.453 habitantes. El 19 de enero Wilkes descubre la Antártida. El 31 de marzo se establece el día de diez horas en los trabajos federales. El 12 de noviembre Alexander McLeod es arrestado por la cuestión del Caroline. Crisis de guerra con Gran Bretaña. El 13 de noviembre Gran Bretaña reconoce la independencia de Texas. El 2 de diciembre William Henry Harrison es elegido noveno presidente de Estados Unidos.
1841 El 4 de marzo es investido Harrison. El 9 de marzo el Tribunal Supremo decide a favor de los negros en el caso «amistad». El 4 de abril muere el presidente Harrison. El vipresidente John Tyler se convierte en el décimo presidente de Estados Unidos. El 16 de agosto Tyler veta el Proyecto de Ley sobre el Banco. El 9 de septiembre Tyler veta el Segundo Proyecto de Ley sobre el Banco. El 12 de octubre McLeod es absuelto. Empieza la crisis de guerra. El 27 de octubre estalla una rebelión de esclavos en el Creóle.

1842 El 18 de mayo se produce la rebelión de Dorr en Rhode Island.
El 9 de agosto el Tratado Webster-Ashburton establece la frontera estadounidense-canadiense hasta las Montañas Rocosas.
1843 El 14 de agosto termina la Segunda Guerra Seminóla.
1844 El 28 de febrero el secretario de Estado, Abel P. Upshur, muere en un accidente. El 24 de mayo Samuel F. B. Morse envía el primer mensaje telegráfico. El 27 de junio Joseph Smith es muerto por una muchedumbre. Los mormones huyen de Nauvoo. El 3 de diciembre John Quincy Adams pone fin a la «regla mordaza» sobre la esclavitud, en la Cámara. El 4 de diciembre James K. Polk es elegido undécimo presidente de Estados Unidos.
1845 El 3 de marzo Florida entra en la Unión como vigesimosépti-mo Estado (decimocuarto Estado esclavista). El 4 de marzo es investido Polk. El 8 de junio muere Andrew Jackson. El 29 de diciembre Texas entra en la Unión como vigesimooctavo Estado (decimoquinto Estado esclavista).
1846 El 25 de abril se produce la primera efusión de sangre en la frontera mexicana. El 9 de mayo Zachary Taylor arroja a los mexicanos al otro lado del río Grande. El 13 de mayo Estados Unidos declara la guerra a México. El 18 de mayo Taylor cruza el río Grande e invade México. El 14 de junio se proclama en California la República de la Bandera del Oso. El 15 de junio el Tratado de Oregón fija la actual frontera estadounidense-canadiense. Estados Unidos llega al océano Pacífico. El 8 de agosto se propone la «Salvedad de Wil-mot». El 13 de agosto John C. Frémont toma Los Angeles. El 18 de agosto Stephen W. Kearny toma Santa Fe. El 10 de septiembre Elias Howe patenta la máquina de coser. El 14 de septiembre Santa Anna se convierte en comandante en jefe del ejército mexicano. El 24 de septiembre Taylor gana la batalla de Monterrey. El 2S de diciembre Iowa entra en la Unión como vigesimonoveno Estado (decimocuarto Estado libre).
1847 El 23 de febrero Taylor gana la batalla de Buena Vista. El 29 de marzo Winfield Scott toma Veracruz. El 24 de julio los mormones, conducidos por Brigham Young, llegan al Gran Lago Salado. El 14 de septiembre Scott toma Ciudad de México.
1848 El 24 de enero se descubre oro en California. El 2 de febrero se firma el Tratado de Guadalupe-Hidalgo; México cede el actual sudoeste estadounidense, incluida California. El 23 de febrero muere John Quincy Adams. El 29 de mayo Wisconsin entra en la Unión como trigésimo Estado (decimoquinto Estado libre). El 9 de agosto se funda el Partido de la Tierra Libre. El 7 de noviembre Zachary Taylor es elegido duodécimo presidente de Estados Unidos.
1849 El 5 de marzo Taylor recibe su investidura. El 15 de junio muere James K. Polk.
1850 La población de Estados Unidos es de 23.191.S76 personas. El 29 de enero empieza ¿1 debate sobre el Compromiso de 1850. El 5 de febrero Henry Clay pronuncia su discurso sobre el Compromiso. El 4 de marzo John C. Calhoun pronuncia su discurso sobre el Compromiso. El 7 de marzo: discurso de Daniel Webster sobre el Compromiso. El 11 de marzo: discurso de William H. Seward sobre el Compromiso. El 31 de marzo muere John C. Calhoun. El 19 de abril, el Tratado Clayton-Bulwer pone fin a las disputas británico-estadounidenses en América Central. El 9 de julio muere el presidente Taylor. Mi-llard Fillmore le sucede como decimotercer presidente de Estados Unidos. El 9 de septiembre California entra en la Unión como trigesimoprimer Estado (el decimosexto Estado libre). El 18 de septiembre se aprueba la Ley sobre el Esclavo Fugitivo. El 20 de septiembre el comercio de esclavos es abolido en el Distrito de Columbia.
1851 El 5 de diciembre Luis Kossuth, rebelde húngaro, llega a los Estados Unidos.
1852 El 29 de junio muere Henry Clay. El 24 de agosto se publica La cabana del Tío Tom. El 24 de octubre muere Daniel Webster. El 2 de noviembre Franklin Pierce es elegido decimocuarto presidente de Estados Unidos.

1853 El 4 de marzo es investido Pierce. El 18 de abril muere el vicepresidente William R. King. El 8 de julio Matthew C. Perry y la flota americana fuerzan su entrada en Tokio y abren Japón al comercio. El 30 de diciembre la Compra de Gadsden define la actual frontera estadounidense-mexicana.
1854 El 23 de enero Stephen A. Douglas presenta el Proyecto de Ley sobre Kansas y Nebraska. El 30 de mayo este proyecto se convierte en ley. El 6 de julio se funda el Partido Republicano. El 1S de octubre se publica el Manifiesto de Ostende.
1855 El 30 de marzo se elige una legislatura proesclavista en Kansas. El 3 de septiembre Walker se entrega al filibusterismo en Nicaragua.
1856 El 15 de enero se elige una legislatura antiesclavista en Kansas. El 21 de mayo una muchedumbre proesclavista saquea Law-rence, Kansas. El 22 de mayo el congresista Preston S. Brooks golpea al senador Charles Sumner y lo deja inconsciente. El 24 de mayo John Brown asesina a cinco hombres proesclavistas en Pottawotamie Creek. El 4 de noviembre James Bucha-nan es elegido decimoquinto presidente de Estados Unidos.
1857 El 4 de marzo es investido Buchanan. El 6 de marzo el Tribunal Supremo da a conocer la decisión sobre Dred Scott. El 7 de noviembre el Kansas proesclavista aprueba la Constitución de Lecompton.
1858 El 4 de enero una votación en Kansas rechaza la Constitución de Lecompton. El 2 de febrero Buchanan apoya la Constitución de Lecompton. El 11 de mayo Minnesota entra en la Unión como trigesimosegundo Estado (el decimoséptimo Estado libre). El 16 de junio Abraham Lincoln es elegido candidato a senador en Illinois por el Partido Republicano. El 2 de agosto Kansas rechaza definitivamente la Constitución de Lecompton. El 27 de agosto Lincoln coge en la trampa a Douglas en sus debates. El 25 de octubre Seward habla del «conflicto incontenible».
1859 El 14 de febrero Oregón entra en la Unión como trigesimoter-cer Estado (el decimooctavo Estado libre). El 27 de agosto Ed-win L. Drake perfora pozos de petróleo por primera vez en la historia. El 4 de octubre Kansas adopta la Constitución antiesclavista de Wyandotte. El 16 de octubre se produce la incursión de John Brown en Harpers Ferry. El 2 de diciembre John Brown es ahorcado.
1860 La población de Estados Unidos es de 31.443.321 habitantes. El 27 de febrero Lincoln habla en la Unión de Toneleros. El 30 de abril delegados de Estados esclavistas abandonan la convención demócrata. El 9 de mayo la convención de la Unión Constitucional elige a John Bell candidato a presidente. Del 16 al 18 de mayo la convención republicana elige a Lincoln candidato a presidente. Del 18 al 23 de junio la convención demócrata elige a Douglas candidato a presidente. Los demócratas de los Estados esclavistas eligen candidato a presidente a Brec-kenridge.
1860 El 6 de noviembre Abraham Lincoln es elegido decimosexto presidente de Estados Unidos. El 18 de diciembre se propone el compromiso de Crittenden. El 20 de diciembre Carolina del Sur se separa de la Unión; es el primer Estado que lo hace.
1861 El 9 de enero Mississippi se separa de la Unión: es el segundo Estado que lo hace. Elorida es el tercero, el 10 de enero. Ala-bama el cuarto, el 11 de enero. Georgia el quinto, el 19 de enero. Luisiana el sexto, el 26 de enero. Texas el séptimo, el 1 de febrero. El 4 de febrero se crean los Estados Confederados de América. El 9 de febrero Jefferson Davis es elegido presidente de la Confederación. El 18 de febrero Davis es investido como presidente confederado. El 4 de marzo es investido Lincoln. El 12 de abril cañones confederados disparan sobre Fort Sumter, comienza la Guerra Civil. El 14 de abril se rinde Fort Sumter. El 15 de abril Lincoln llama a voluntarios. El 17 de abril Virginia se separa de la Unión; es el octavo Estado que lo hace. El 19 de abril soldados de la Unión son atacados en Baltimore; es la primera efusión de sangre de la Guerra Civil. Lincoln declara el bloqueo a la Confederación. El 6 de mayo se separa de la Unión el noveno Estado:

Arkansas. El 20 de mayo se separa el décimo Estado: Carolina del Norte. El 8 de junio se separa de la Unión el undécimo (y último) Estado: Tennessee. El 11 de junio los condados occidentales de Virginia organizan un gobierno favorable a la Unión. El 21 de julio se libra la Batalla de Bull Run. Beaure-gard (C) derrota a McDowell (U.). El 10 de agosto se libra la batalla de Wilsons's Creek. Lyons (U.) muere, pero asegura el control de Missouri para la Unión. El 28 y el 29 de agosto Butler (U.) se adueña de las islas situadas frente a la costa de Carolina del Norte.

1861 El 6 de septiembre Grant (U.) ocupa Paducah, Kentucky. El 1 de noviembre George B. McClellan es nombrado general en jefe de los ejércitos de la Unión. El 8 de noviembre Masón y Slidell son sacados del Trent. Peligro de guerra con Gran Bretaña. El 9 de diciembre el Congreso crea la Comisión para la Conducción de la Guerra, dominada por los republicanos radicales. El 26 de diciembre son liberados Masón y Slidell.

1862 El 11 de enero Edwin M. Stanton es nombrado secretario de Guerra. El 18 de enero muere John Tyler. El 19 de enero se libra la batalla de Mili Springs, Kentucky. Thomas (U.) derrota a Crittenden (C). El 6 de febrero Grant (U.) toma Fort Henry. El 16 de febrero las fuerzas de Grant obligan a rendirse a Fort Donelson. El 23 de febrero Andrew Johnson es nombrado gobernador militar de Tennessee. El 25 de febrero Grant toma Nashyille, Tennessee. El 8 de marzo el Merrimack (C.) destruye barcos de la Unión en el río James. El 9 de marzo se enfrentan el Monitor (U.) y el Merrimack. En abril y mayo Stonewall Jack-son (C.) conduce una triunfal campaña en el valle del Shenan-doah. El 5 de abril McClellan (U.) pone sitio a Yorktown, Virginia. El 6 y 7 de abril se libra la batalla de Shüoh. Grant (U.) derrota por escaso margen a A. S. Johnston (C). Éste muere de sus heridas. El 7 de abril Pope (U.) toma la Isla n.° 10. El 25 de abril Farragut (U.) toma Nueva Orleans. El 4 de mayo McClellan toma Yorktown. El 20 de mayo el Congreso aprueba la Ley de Granjas. El 30 de mayo Halleck (U.) ocupa Corinth, Mississippi. El 31 de mayo se libra la batalla de Fair Oaks con resultado inconcluyente. J. E. Johnston es herido, y Robert E. Lee toma el mando del ejército confederado de Virginia. El 6 de junio la flota de cañoneros de la Unión toma Memphis, Tennessee.

1862 Del 25 de junio al 1 de julio se libra la batalla de los Siete Días. Lee obliga a McClellan a retirarse de Richmond. El 11 de julio Halleck es nombrado general en jefe de los ejércitos de la Unión, en reemplazo de McClellan. El 24 de julio muere Martin Van Burén. El 29 de julio el Alabama (C.) inicia actividades corsarias. El 29 y 30 de agosto se libra la Segunda batalla de Bull Run. Lee derrota a Pope. El 4 de septiembre Lee cruza el Potomac e invade la Unión. El 17 de septiembre se produce la batalla de Antietam. McClellan obliga a Lee a retirarse. El 22 de septiembre Lincoln anuncia

la Proclamación de la Emancipación. El 7 de octubre se libra la batalla de Perryville, Kentucky. Buell (U.) derrota a Bragg (C). El 13 de diciembre se produce la Batalla de Fredericks-burgo, Virginia. Lee derrota a Burnside (U). El 31 dediciembre se da la Batalla de Murfreesboro, Tennessee. Rosecrans

(U.) obliga a Bragg (C.) a retirarse.

1863 El 1 de enero entra en vigor la Proclamación de la Emancipación. El 30 de enero Grant (U.) toma el mando del ataque contra Vicksburg. Ef 3 de marzo la Unión impone la ley del reclutamiento obligatorio. El 30 de abril Grant cruza con éxito el río Mississippi. Del 1 al 4 de mayo se libra la batalla de Chancellorsville, Virginia. Lee (C.) derrota a Hooker (U). El 10 de mayo muere Stonewall Jackson. El 22 de mayo Grant pone sitio a Vicksburg. El 9 de junio se libra una batalla de caballería en Brandy Station. Stuart (C.) derrota por estrecho margen a Buford (U.). El 20 de junio Virginia Occidental entra en la Unión como trigesimoquinto Estado. El 24 de junio Lee cruza el Potomac por segunda vez. El 2S de junio Lee invade Pensilvania. Un ejército confederado está en territorio libre. Del

1 al 3 de julio se libra la batalla de Gettysburg, Pensilvania. Meade (U.) derrota a Lee. Viraje en la guerra.
1863 El 4 de julio Grant toma Vicksburg. El 8 de julio Port Hudson, Luisiana, cae en manos de la Unión. Todo el río Mississippi está en manos de la Unión. Del 13 al 16 de julio hay disturbios por el reclutamiento en Nueva York. El 8 de septiembre Rosecrans toma Chattanooga, Tennessee. El 19 y el 20 de septiembre se libra la batalla de Chickamauga, Georgia. Bragg derrota a Rosecrans. El 16 de octubre se otorga a Grant el mando de los ejércitos de la Unión al oeste de los Appalaches. El 19 de noviembre Lincoln pronuncia la alocución de Gettysburg. Del 23 al 25 de noviembre se libra la Batalla de Chattanooga, Tennessee. Grant derrota a Bragg.
1864 El 9 de marzo Grant es nombrado general en jefe de los ejércitos de la Unión. El 5 y el 6 de mayo se libra la batalla de La Soledad, Vínnnia. Grant oblisia a Lee a retirarse. Del 8 al 12 de mayo se libra la batalla de Spotsylvania, Virginia. Grant fuerza a Lee a retirarse. El 31 de mayo los republicanos radicales eligen a Frémont candidato a presidente. Del 1 al 3 de junio se da la Batalla de Cold Harbor, Virginia. Lee rechaza a Grant. El 7 de junio los republicanos eligen a Lincoln candidato a presidente. El 12 de junio Grant cruza el río James. El 19 de junio Grant pone sitio a Petersburg; el Kearsarge (U.) hunde al Ala-barna (C,)- El 27 de junio se da la batalla de Kenesaw Moun-tain, Georgia. Johnston derrota a Sherman. El 9 de julio se libra la Batalla del río Monocacy, Maryland. Early (C.) derrota a Wallace (U). El 11 de julio Early hace una correría por las afueras de Washington. El 22 de julio Sherman pone sitio a Atlanta.
1864 El 30 de julio fracasa la explosión de la mina en el asedio de Petersburg. El 23 de agosto Farragut (U.) se adueña de fuertes en la bahía de Mobile. El 29 de agosto los demócratas eligen a McClellan candidato a presidente. El 2 de septiembre Sherman toma Atlanta, Georgia. El 19 de septiembre se libra la batalla de Winchester, Virginia. Sheridan (U.) derrota a Early (C.). El 22 de septiembre Frémont renuncia a la competición presidencial. El 12 de octubre muere el presidente del Tribunal Supremo, Taney. El 19 de octubre se da la batalla de Ce-dar Hill. Sheridan cabalga hasta el lugar de la batalla y derrota a Early. El 31 de octubre Nevada entra en la Unión como el trigesimosexto Estado. El 8 de noviembre Lincoln es reelegido. El 16 de noviembre Sherman comienza la marcha a través de Georgia. El 6 de diciembre Salmón Chase es nombrado presidente del Tribunal Supremo. El 15 y el 16 de diciembre se libra la batalla de Nashville, Tennessee. Thomas (U.) derrota a Hood (C). El 22 de diciembre Sherman toma Sa-vannah, Georgia.
1865 El 31 de enero Lee es nombrado comandante en jefe de los ejércitos confederados. El 17 de febrero Sherman toma Co-lumbia, capital de Carolina del Sur. El 18 de febrero Sherman toma Charleston, Carolina del Sur. El 22 de febrero Sherman toma Wilmington, Carolina del Norte. El 4 de marzo Lincoln es investido por segunda vez. El 2 de abril el gobierno confederado evacúa Richmond. El 9 de abril Lee se rinde a Grant, en Appomattox Curthouse. El 13 de abril Sherman toma Raleigh, Carolina del Norte. El 14 de abril Lincoln es asesinado por John Wilkes Booth (muere el 15 de abril). El 19 de abril se realizan los funerales de Lincoln. El 26 de abril Johnston se rinde a Sherman. John Wilkes Booth es atrapado y fusilado. El 4 de mayo Lincoln es enterrado en Springfield, Illinois. El 10 de mayo Jefferson Davis es capturado y encarcelado.
1865 El 26 de mayo Kirby-Smith (C.) se rinde a Canby (U.) en Nueva Orleans, con lo que termina la guerra al oeste del Mississippi. El 2 de junio se rinde Galveston, Texas, último acto de la Guerra Civil.